E. SIENKIEWICZ

A SANGRE Y FUEGO

A SANGRE Y FUEGO

E. SIENKIÉWICZ

A SANGRE Y FUEGO

PRIMERA PARTE

DE LA TRILOGÍA NACIONAL POLACA

TRADUCCIÓN DE R. J. SLABY

TOMO CUARTO



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Calle de Aragón, núm. 255



A SANGRE Y FUEGO

CAPÍTULO PRIMERO

—Figúrate—decíale algunos días después Volodiovski a Longinos—que ese hombre ha cambiado tanto en una hora que parece que ha envejecido veinte años. Aquel alegre charlatán y gracioso narrador, tan ingenioso en la invención de artimañas como el propio Ulises, está ahora mudo como la tumba y no hace más que dormitar. Si abre la boca lo hace como si despertase de un sueño letárgico y lamentándose de su vejez. Demasiado sabía yo que la quería mucho, pero no podía suponer que su cariño llegase a tal extremo.

—No tiene nada de extraño—observó Longinos, lanzando un suspiro—que la quisiera tanto, después de haberla arrancado de las garras de Bogun y de haber afrontado durante la fuga tantos peligros por salvarla. Mientras alimentaba la esperanza de volver a verla libre, su mente permanecía activa y se mantenía firme su vigor vital... Ahora parece haberle tomado horror a la vida al sentirse solo en el mundo, sin tener dónde derramar el afecto de su corazón.

—He tratado de distraerle llevándomele a beber, con la esperanza de que un trago le restituyese su antiguo vigor..., pero ¡en vano!.. Bebe por beber..., ya no tiene el humor de antes, ya no hace alarde de sus hazañas como en otros tiempos. Se enternece, inclina la cabeza y se duerme... Estoy por decir que Skretuski no ha caído en una desesperación tan tremenda como él.

—¡Qué lástima! ¡Tan famoso guerrero! Vamos a buscarle, señor Miguel. Mirad; antes le divertía mucho hacerme

objeto de sus burlas y mortificarme. Acaso ahora vuelva a tener el capricho de hacerlo... ¡Oh, Dios mío!.. ¡Cómo llegan a cambiar las gentes! ¡Un hombre tan jovial en otros tiempos!

—Pues vamos—repuso Volodiovski.—Ya es tarde, pero quizá sea mejor, porque al anochecer se siente más apenado. Como se pasa el día dormitando, por la noche no logra cerrar los ojos.

Los dos amigos se dirigieron al alojamiento de Zagloba. Encontráronle en su aposento, sentado junto a la ventana abierta y con la cabeza apoyada en la palma de la mano...

La hora era ya muy avanzada...

En el castillo había cesado todo movimiento y sólo turbaban el silencio los gritos prolongados de los centinelas y los arrebatados cánticos nocturnos de los ruiseñores en los espesos matorrales del foso. Las líricas aves silbaban, plañían, sollozaban, y su coro era un verdadero diluvio de sones musicales. Por la abierta ventana penetraban las tibias y perfumadas auras de mayo envueltas en los claros rayos de la luna, que iluminaban el apesadumbrado rostro de Zagloba y su calvo cráneo inclinado sobre el pecho.

—Buenas noches—dijeron los dos caballeros.

—Buenas noches—respondió Zagloba.

—¿Qué caviláis sentado ahí en vez de estar ya en la cama?—preguntó Volodiovski.

Zagloba exhaló un suspiro.

—El sueño no existe ya para mí—contestó, arrastrando las sílabas.—Ahora hace un año, un año nada más, que huía con ella de Bogun por la ribera del Kagámlik, y entonces trinaban esas avecillas igual que esta noche... Pero, ¿dónde está ahora la pobre muchacha?

—Así lo ha dispuesto la voluntad de Dios—dijo Miguel.

—Ya no hay consuelo para mí... Sólo lágrimas y dolor, Pan Miguel.

En el silencio que siguió a estas palabras sólo se oía el canto, cada vez más sonoro, de los ruiseñores, cuya melodía impregnaba de dulce tristeza la obscuridad nocturna.

—¡Lo mismo, Dios mío—suspiró Zagloba,—lo mismo cantaban en Kagámlik!

Longinos se sacudió las lágrimas que habían caído sobre su rubia barba.

—¿Sabéis lo que os digo?—profirió el caballero enano.—Que debéis ahogar vuestro dolor en un trago de aguamiel en nuestra compañía... No hay mejor remedio contra el mal humor...; recordaremos los tiempos mejores vaciando sendos picheles...

—Sí, es preciso beber—murmuró resignado Zagloba.

Volodiovski hizo encender luz y ordenó que trajeran el jarro. Luego los amigos se sentaron a la mesa, y Volodiovski, sabiendo que lo que más reanimaba a Zagloba eran los recuerdos, preguntó:

—¿Ahora hace precisamente un año que huías, con la pobre princesa de Razlogi, de las garras de Bogun?..

—Sí, era en mayo... Huímos por Kagámlik en dirección a Zolotonosa... ¡Oh! ¡Qué amarga es la vida!

—¿Ella iba disfrazada?

—Sí, de cosaquito. Tuve que cortarle el cabello con mi sable a la pobrecita para que no la reconocieran... Todavía me acuerdo del sitio donde enterré mi espada en unión de sus cabellos, bajo el tronco de un árbol.

—Era un ser dulce y angelical...—suspiró Longinos.

—Desde el primer día, señores, brotó en mí tan hondo cariño hacia ella, como si la hubiera criado desde niña... La pobrecita tendía las manos hacia mí, balbuciendo sentidas palabras de agradecimiento por haberla salvado y amparado... Ojalá me hubiesen descuartizado antes de tener que llorar su muerte.

Hubo otro momento de silencio y los tres guerreros prosiguieron sus libaciones de aguamiel mezclado con las lágrimas que derramaban.

—Me había hecho la ilusión—continuó el grueso hidalgo—de pasar tranquilo los últimos años de mi vida al lado de aquella pareja, y ahora...

Sus brazos cayeron inertes a lo largo del cuerpo.

—No hay donde esperar consuelo, no lo hay en ninguna parte, a no ser en la tumba...

No había concluído de pronunciar estas palabras, cuando el ruído de una viva disputa dejóse oir en la antecámara. Era alguien que a la fuerza quería entrar, a despecho de la

resistencia del ordenanza. A Volodiovski no le pareció desconocida la voz del importuno y llamó al ordenanza para decirle que le hiciera pasar.

De repente la puerta se abrió y en el umbral apareció la rolliza figura de Rendián, el cual, después de dirigir una mirada en derredor, inclinóse, diciendo:

—¡Alabado sea el Señor!

—Por los siglos de los siglos, amén—respondió Volodiovski.—¡Pero es Rendián!..

—Sí, yo soy en efecto, y os saludo respetuosamente a todos, señores. ¿Dónde está mi amo?

—Tu amo está enfermo en Korez.

—¿Qué decís? ¡Dios mío!.. ¿No será grave la enfermedad, por las llagas de Cristo?

—Grave ha estado, pero ya se va restableciendo... El doctor dice que ya no hay peligro...

—¡Y yo que venía para darle noticias de la princesa!..

El caballero movió melancólicamente la cabeza...

—¡Pues te has molestado en vano!.. Skretuski tiene ya noticia de la muerte de la princesa, y nosotros estamos aquí llorándola amargamente...

Rendián se quedó mirándole, los ojos fuera de las órbitas.

—¡Dios mío! ¿Qué oigo? ¿Muerta la princesa?

—Asesinada en Kiev por la canalla rebelde...

—¿En Kiev? ¿Cómo en Kiev?

—¿Qué? ¿No sabes dónde está Kiev?

—¿Pero os burláis de mí, señores? ¿Cómo puede haber muerto en Kiev, si está escondida en el barranco de Valadinka, no lejos de Raskov, y la hechicera tiene orden de no dejarla dar un paso hasta que Bogun regrese? ¡Oh, Dios mío, voy a volverme loco!

—¿Qué hechicera? ¿De quién hablas?

—¡De Horpina! ¡Oh! ¡Conozco bien a esa arpía!..

Zagloba se levantó de un salto y comenzó a agitar los brazos, como el náufrago que entre las olas trata de encontrar una tabla a que asirse...

—¡Por lo que más quieras, calla!—gritó Volodiovski.

—¡Dejadme que le interrogue, por los clavos de Cristo!..

Todos temblaron al ver la mortal palidez de Zagloba.

Gruesas gotas de sudor brillaban en su calva. Se acercó de un brinco a Rendián y, atenazándole los hombros con los dedos, le interrogó con voz enronquecida:

—¿Quién te ha dicho que está escondida cerca de Raskov?

—¿Quién me lo ha de haber dicho? ¡Bogun!

—¿Estás loco, muchacho?—rugió Zagloba, sacudiéndole como un peral...—¿Qué Bogun?

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Por qué me sacudís de esta manera? Dejadme tranquilo... Me habéis vuelto tarumba... Acabaréis por volverme loco rematado... ¿Qué Bogun va a ser? ¿No le conocéis acaso?

—¡Explícate o te degüello! ¿Dónde has visto a Bogun?

—En Vlodava... Pero, señores, ¿qué queréis de mí? ¿Soy algún ladrón?

Zagloba, fuera de sí, se dejó caer sobre su asiento, respirando penosamente... Volodiovski acudió en su ayuda.

—¿Cuánto tiempo hace que has visto a Bogun?—le preguntó a Rendián.

—Hace tres semanas.

—¿Luego vive?

—¿Y por qué no ha de vivir? Me refirió que le dejasteis malherido, pero salvó el pellejo.

—¿Y te ha dicho él que la princesa está cerca de Raskov?

—Sí, él.

—Mira, Rendián, se trata de la vida de tu amo y de la princesa. ¿El mismo Bogun te ha dicho también que la princesa no estaba en Kiev?

—¡Oh, señor mío! ¿Cómo podía estar en Kiev si Bogun la escondió en Raskov y, poniendo el cuchillo en la garganta de la hechicera, la ordenó no dejara dar un solo paso a la princesa? Y ahora me ha entregado su salvoconducto y su anillo como pasaporte, para que vaya allí por ella, pues las heridas han vuelto a abrírsele y tendrá que guardar cama bastante tiempo.

El relato fué interrumpido por Zagloba, el cual volvió a levantarse furioso, y tirándose con ambas manos de sus ralos cabellos, comenzó a gritar como un energúmeno:

—¡Viva! ¡Viva! ¡Mi hija vive! ¡Por las llagas de Cristo! ¡No! ¡No! ¡No la mataron en Kiev! ¡Está viva! ¡Está viva mi adorada niña!

Y el vejete pateaba, y reía, y sollozaba... Por fin cogió a Rendián por la cabeza, le oprimió contra su pecho y comenzó a besarle con tal furia, que por poco ahoga al pobre muchacho.

—Dejadme, por favor...—gritaba éste,—que me destrozáis... ¡Claro que vive! Y Dios querrá que vayamos juntos a buscarla... ¡Soltadme, os lo ruego, por favor!

—Déjale ya—dijo Volodiovski—y que nos lo refiera todo... Porque hasta ahora lo que nos ha contado es tan confuso...

—¡Habla! ¡Habla!—ordenó Zagloba a voz en grito.

—Dinos todo, desde el principio, hermanito—añadió Longinos, cuya barba estaba de nuevo rociada de lágrimas.

—Esperad, señores, que recobre el aliento. Cerraré antes la ventana, porque esos ruiseñores, con su endiablada algarabía, no me dejan hablar.

—¡Traed el aguamiel!—le dijo Volodiovski al ordenanza con voz de trueno.

Rendián, después de cerrar la ventana, con la lentitud propia de su carácter, dijo, dirigiéndose a los presentes:

—¿Me permitiréis que me siente? ¡Estoy rendido!

—Siéntate, siéntate—contestó Volodiovski, sirviéndole hidromiel del jarro que acababa de traer el ordenanza.—Bebe con nosotros... Te lo mereces por las noticias que nos traes... Pero habla, habla pronto, sin demora...

—¡Soberbio hidromiel!—exclamó Rendián, alzando el vaso y mirándolo al trasluz.

—¡Así te descuarticen! ¿Hablas o no hablas?—rugió Zagloba.

—Pero, ¿por qué os incomodáis? Sí; hablaré, hablaré. Vos mandáis y yo obedezco; para eso soy criado. Veo que he de referirlo todo punto por punto.

—Sí, punto por punto.

—Los señores recordarán que, al llegar la noticia de la toma de Bar, dimos por perdida a la princesa... Yo me fuí a mi pueblo a reunirme con mis padres y mi abuelo, que el pobre tiene ya noventa años...; pero no, serán noventa y uno...

—Por mí, que tenga novecientos...—refunfuñó Zagloba.

—¡Que Dios le conceda todavía muchos! Os agradezco el buen deseo. Volví, pues, a mi casa para entregar a mis padres lo que, por la gracia de Dios, había recaudado entre aquellos ladrones... Ya sabéis que el año pasado caí prisionero de los cosacos de Chegrin... Llegaron a considerarme de los suyos, porque le curé las heridas a Bogun... Aproveché mi amistad con él para adquirir algunos objetos de esos bribones: alhajas y platería...

—Lo sabemos, lo sabemos—interrumpió Volodiovski.

—Llegué, pues, a casa de mis padres, los cuales, locos de contento, casi no podían dar crédito a sus ojos, mucho más cuando les enseñé todo lo que había reunido... Tuve que jurarle al abuelo que aquel caudal lo había ganado honradamente... Sólo entonces se tranquilizaron... Han de saber ustedes que mis padres sostienen un pleito con los Javorski, por cuestión de un peral de la encrucijada, que está en el terreno de Javorski y en el nuestro... De modo que, cuando los Javorski sacuden el árbol, caen también nuestras peras y ellos dicen que todas las que caen son suyas, lo que comprenderán ustedes...

—Pero no consumas mi paciencia, bellaco; no divagues—aulló Zagloba.

—En primer lugar, y con vuestro permiso, yo no soy ningún bellaco; soy un hombre hidalgo, aunque pobre, pero de todos modos con blasón, como pueden certificarlo el lugarteniente Volodiovski y Podbipienta, amigos de mi amo; en segundo lugar, os digo que ese pleito comenzó hace ya cincuenta años.

Zagloba apretó los dientes y se juró no volver a despegar los labios.

—Bien, bien, pececito de mi alma—dijo afablemente Longinos.—Pero la cuestión es que nos hables de Bogun; deja las peras a un lado.

—¿De Bogun? Como queráis. Pues sí; Bogun se figura, señor mío, que no tiene mejor amigo y perro más fiel que yo, a pesar de haberme casi partido por la mitad en Chegrin; porque, la verdad, le serví de cuidadoso enfermero cuando luego los príncipes de Kurcévich le hirieron. Yo entonces le engañé, dándole a entender que ya estaba harto de servir a los señores y que prefería hacer causa común

con los cosacos, porque ganaba más que con mi amo. Me creyó... ¿Y cómo no creerme si yo le había devuelto la salud? Me tomó un singular afecto y me colmó de regalos, no sabiendo que yo había jurado vengarme del hachazo que me dió en Chegrin. Y si entonces no le apuñalé fué porque hubiera sido indigno de un hidalgo degollar como a un cerdo a un enemigo que estaba en el lecho del dolor...

—Perfectamente. Eso también lo sabemos—interrumpió Volodiovski.—Pero dinos: ¿cómo le has encontrado ahora?

—Veréis, señor mío... Cuando ya acabamos por aplastar a los Javorski (tan sensiblemente que ahora no habrá para ellos otro remedio que ir pidiendo limosna por el mundo) me dije: «Bueno... Ahora ya es tiempo de ir al encuentro de Bogun para tomar venganza de los agravios sufridos.» Confié mi secreto a mis padres y al abuelo, y éste, que es un verdadero valiente, me contestó: «¡Si has jurado vengarte, anda con Dios si no quieres pasar por un papanatas!» Y me puse en camino, pensando, además, que si encontraba a Bogun sabría alguna noticia de la princesa, si todavía estaba en este mundo. Cuando le hubiese quitado de en medio y me presentara a mi amo con las nuevas que pudiera adquirir, seguramente que no volvería con las manos vacías...

—¡Ya lo creo! Y nosotros también te recompensaremos—dijo Volodiovski.

—Por mi parte ya puedes contar con una jaca enjaezada...—añadió Longinos.

—Mis humildes gracias, señores—repuso alegremente Rendián.—Creo que es justo que se den albricias por una fausta nueva. Y, además, yo soy un hombre que no recibo los regalos para gastármelos en bebidas...

—¡Me hará reventar!—exclamó Zagloba.

—Quedábamos, pues, en que saliste de tu casa...—indicó Volodiovski.

—Salí, pues, de casa—continuó diciendo Rendián—y pensé: «¿Adónde iré? ¿Quizá a Zbaraz? Porque Bogun no puede estar lejos de allí y, además, así tendré más pronto noticias de mi amo.» Me puse, pues, señores, en camino de Biala, y al llegar a Vlodava vi que mi caballería ya estaba harto rendida por la fatiga. Me detuve, pues, para darle

un pienso. Era día de feria y las hosterías estaban llenas de nobles señores. ¡Esperaba encontrar sólo burgueses y todo era señorío! Un posadero hebreo a quien le pedí una habitación me dijo: «Tenía una, pero la ha ocupado un caballero que está herido.» Yo respondí: «Tanto mejor, puesto que sé curar y supongo que con esto de la feria vuestro cirujano estará abrumado de trabajo.» El hebreo me replicó que el caballero aquel no quería ver a nadie y se cuidaba él mismo. Pero le fué a preguntar, y se conoce que el enfermo se encontraba peor, porque me hizo llamar inmediatamente. Entro en su habitación, miro y... ¿Quién diréis que era el herido?.. ¡Era Bogun!

—¡Ah!—exclamó Zagloba.

—Hice el signo de la cruz. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tanto miedo sentía... El me reconoció en el acto y se alegró en extremo. Ya os he dicho que me tiene por amigo... «Dios te ha enviado, me dijo. Ahora ya no moriré.—¿Y qué hacéis aquí,?» pregunté yo. Y él se puso un dedo sobre los labios. En cuanto se fué el posadero me refirió sus aventuras: cómo Kmielnizki le había mandado de Zamost con una carta para el rey, que en aquel entonces era todavía príncipe heredero, y cómo el lugarteniente Volodiovski le había dejado maltrecho en un desafío en Lípkov...

—Se acordaba de mí con placer, ¿eh?—preguntó el caballero enano.

—No puedo, señor, deciros otra cosa sino que se acordaba con bastante placer. «Me figuraba, decía, que iba a batirme con un mequetrefe y me encontré con un valiente de primera fuerza, que por poco me parte por la mitad.» Pero en cambio, cuando se acordaba de Pan Zagloba, ¡oh!, entonces rechinaba los dientes, enfurecido contra él por haberle instigado a que aceptara el reto...

—El verdugo se le lleve—profirió Zagloba.—Lo que es ahora ya no le tengo miedo.

—Reanudamos, pues, nuestra íntima amistad de otros tiempos—prosiguió Rendián—y ahora más estrechamente que antes. Me lo refirió todo: que había estado a las puertas de la muerte, que en Lípkov le habían dado hospitalidad en una casa, donde él se presentó como Hulévich de

Podolia; que le curaron con ejemplar solicitud y que él juró quedarles eternamente agradecido.

—¿Y qué hacía en Vlodava?

—Se dirigía a Volinia, pero al llegar a Párchev abriéronsele las heridas por haber volcado su coche y se vió obligado a detenerse allí, corriendo el gran riesgo de ser reconocido y asesinado. «He sido enviado, añadió, como portador de varias cartas, pero ahora no poseo documentación alguna, fuera del bastón de salvoconducto, y si descubrieran mi identidad, no solamente los nobles me matarían, sino el primer comandante que me encontrara me mandaría ahorcar sin pedir autorización a nadie. —Está bien; bueno es saber que el primer comandante mandaría ahorcar a Vuestra Señoría..., dije yo.—¿Cómo es eso?, me preguntó.—Porque hay que proceder con cautela y no decir ni una palabra a nadie, en lo que complaceré a Vuestra Señoría,» le contesté. El me dió las gracias y me anunció que su gratitud no tardaría en manifestarse con alguna recompensa. «En este momento, me dijo, no llevo dinero, pero lo que me queda de mis alhajas será para ti, a reserva de cubrirte luego de oro, si me prestas todavía un solo servicio...»

—¡Ah!—exclamó Volodiovski.—Ahora viene lo de la princesa.

—Justamente, señor; pero yo debo referirlo todo por orden. Así, pues, cuando me dijo que no llevaba dinero en aquel momento, yo, es claro, le perdí toda la simpatía. «Valiente servicio te voy a prestar,» pensé. Pero él agregó: «Estoy enfermo, no tengo fuerzas para ponerme en camino y necesito hacer un viaje largo y peligroso. Si llego a Volinia, que no está lejos de aquí, me encontraré entre los míos. Pero me es imposible ponerme en camino en dirección al Dniéster, pues además de que no me encuentro con fuerzas para ello, tendría que atravesar país enemigo, lleno de fortalezas y soldados. Quiero, por lo tanto, que vayas tú en mi lugar.» Yo le pregunté adónde había de ir y el me respondió: «A Raskov, donde la princesa está escondida, con la hermana de Dónez, la hechicera Horpina. La he escondido allí a fin de que no puedan descubrirla ojos humanos. Pero no la falta nada y duerme sobre brocado de oro, como pueda hacerlo la princesa Visnoviezki.»

—¡Sigue, por amor de Dios!—exclamó Zagloba.

—Caminando despacio se va lejos, señor. Cuando oí aquello mi corazón palpitó de alegría, pero no lo dí a conocer. «Hará ya mucho tiempo que la llevaste allí...,» inquirí. Y él me juró que Horpina era para él como un fiel perro y la custodiaría aunque él tardase diez años en volver. Me dijo, además, que estaba allí como en el séptimo cielo, pues ni polacos, ni tártaros, ni cosacos podían dar con el escondrijo y Horpina no desacataría las órdenes que él le había dado.

Durante todo este relato Zagloba estaba nervioso, febril; el menudo caballero movía la cabeza alegremente, y Podbipienta alzaba los ojos al cielo como transportado...

—No cabe duda de que está allí—prosiguió Rendián—cuando Bogun me envía por ella. Sin embargo, al principio hice como si me resistiera a complacerle, para que no me notara nada. «¿Y para qué ir?, le pregunté.—Porque yo no puedo ir, me respondió. Si llego vivo de Vlodava a Volinia, me haré transportar en seguida a Kiev, donde predominan ya por todas partes los nuestros, los cosacos. Y tú, añadió, vé a Horpina y la dices de mi parte que se ponga en camino con la princesa y que la entregue en el monasterio de la Purísima, en Kiev.»

—¡Entonces no fué llevada a San Nicolás el Bueno!—saltó Zagloba.—Ya decía yo que Jerlich no estaba en lo cierto o mentía.

—«Toma, siguió diciéndome, mi anillo, mi salvoconducto y mi puñal. Horpina sabrá ya lo que significan estas insignias. Tanto más agradezco a Dios el habérteme mandado, cuanto que ella te conoce y sabe que eres mi mejor amigo. Viajad juntos y no tengáis miedo a los cosacos. Evitad solamente el encuentro con los tártaros, porque éstos no acatan el bastón de salvoconducto. Allí, en un sitio del barranco, está enterrado el dinero, todo ducados. Cógelos para lo que pudiera ocurrir... En el camino basta que digáis que acompañáis a la esposa de Bogun y nada os faltará. Ya sabe la hechicera lo que tiene que hacer... Pero ponte ya en camino, porque yo, desgraciado de mí, no tengo a nadie a quien mandar, ni de quién fiarme en este país extraño, en medio de enemigos.» Y me lo suplicaba con lá-

grimas en los ojos. El grandísimo bestia me hizo jurar que emprendería el viaje; yo le juré que lo emprendería, añadiendo para mi capote: «pero con mi amo.» Muy contento, me entregó el bastón, el anillo, el puñal y todas las alhajas que llevaba encima. Yo las cogí, pensando: «Mejor están en mis manos que en las de este bribón.» Antes de despedirme me indicó dónde estaba el barranco de Valadinka, cómo se va y cómo se vuelve, con tanta precisión, que ahora podría encontrar el camino con los ojos cerrados, y esto lo veréis vosotros mismos, señores, porque supongo que iremos todos juntos.

—Mañana mismo—dijo Volodiovski.

—¿Por qué mañana? Hoy. Al amanecer haremos ensillar los caballos.

Una gran alegría invadía todos los corazones... No se oían sino voces dando gracias al cielo, y todos se frotaban las manos satisfechos, abrumando con nuevas preguntas a Rendián, que contestaba con el aire flemático propio de su carácter...

—¡Mil balazos!—exclamó Zagloba.—¡Qué criado tan fiel tiene en ti Skretuski!.

—No sé por qué...—dijo Rendián.

—Te colmará de oro...

—Yo pienso también que no me dejará sin recompensa, por más que le sirvo por pura fidelidad.

—Bueno, y ¿qué hiciste de Bogun?—preguntó Volodiovski.

—Eso precisamente, noble señor, me decía yo: «¿Qué hago de él?» Porque, como estaba postrado en el lecho, no cuadraba con mi dignidad darle una puñalada, y, además, también el amo me lo hubiera afeado. ¡Qué suerte más adversa para mí! Así, pues, ¿qué podía hacer? Entonces, cuando me hubo dado todas las instrucciones que creía indispensables y me hubo entregado las insignias, me puse a cavilar... «¿Por qué, me pregunté, ladrones como éste han de andar por el mundo? Un hombre que tiene aprisionada a la princesa... y que me trató tan mal en Chegrin, más vale que se le lleve el verdugo. ¿Y si se restablece? ¿Y si se pone en marcha contra nosotros al frente de sus cosacos?» Y entonces, sin pensarlo dos veces, me fuí a casa del coman-

dante Regovski, que está en Vlodava con su regimiento, y le denuncié la presencia de Bogun, del más abominable entre todos los rebeldes, en la ciudad. A estas horas es de suponer que ya le habrán entregado a la horca.

Y Rendián soltó una carcajada medio estúpida y miró a todos los presentes, como esperando su aprobación; pero cuál no sería su sorpresa cuando vió que todos, en vez de contestarle, permanecían silenciosos. Cerca de un minuto después rompió el silencio el gruñido de Zagloba, diciendo:

—¡Bueno, qué importa!

Volodiovski permaneció callado, y Longinos, luego de chasquear la lengua y menear la cabeza, dijo:

—Amigo mío, has obrado mal..., has obrado..., ¿cómo diré?..., de una manera innoble...

—¿Pero por qué, señor?—preguntó Rendián estupefacto. —¿Era quizá mejor asesinarle?

—También hubiera sido obrar mal... Yo, por mi parte, no sé qué es peor, si un asesino o un Judas.

—¿Qué decís, señor? Judas no traicionó a un rebelde... y aquí se trata de un enemigo de Su Majestad el rey y de toda la república.

—¡Verdad! Pero la cosa no cambia de aspecto. ¿Cómo dices que se llama ese comandante?

—Regovski... Decían que su nombre de pila era Jacobo...

—¡El mismo!—refunfuñó Longinos.—Pariente de Lasch y enemigo personal de Skretuski.

Pero nadie escuchó esta observación, porque Zagloba tomó la palabra:

—Señores—dijo,—no debemos perder ni un minuto. Dios ha querido y dispuesto que, por medio de este joven, nosotros nos encontremos colocados en condiciones más favorables que hasta ahora. ¡Alabado sea el Altísimo! Es preciso partir mañana mismo. El príncipe está ausente, pero nos pondremos en camino sin su permiso, porque los momentos son preciosos. Volodiovski y Rendián vendrán conmigo; y tú, señor Podbipienta, harás mejor en quedarte aquí, porque tu estatura y tu ingenua sinceridad podrían comprometernos.

—¡Oh, no!—exclamó Longinos.—¡Yo también voy!

—Por la seguridad de la princesa, tú debes complacer-

nos y permanecer aquí. El que te ve una vez en su vida no te olvida jamás. Verdad es que llevamos el salvoconducto, pero contigo, aun llevándolo, nadie se fiaría. Tú estrangulaste a Pulian ante los ojos de toda la turba de Krivonos, y reconocerían en el acto a un gigante como tú... No puede ser, por tanto, que vengas con nosotros... Allí no encontrarás las tres cabezas que buscas, y en cuanto a la tuya, no nos sería de gran provecho. Antes de que pongas en peligro toda la empresa es preferible que te quedes aquí...

—¡Cuánto lo siento!

—Lo sientas o no, debes quedarte. Cuando vayamos a coger nidos te invitaremos, pero lo que es ahora no.

—¡Me apena oiros!

—Venga ese hociquito para que lo bese, tanta alegría siento en el corazón... Pero quédate aquí... Lo más importante, señores, es que no se propale el secreto entre los soldados y luego éstos lo comuniquen a los campesinos... ¡Ni una palabra a nadie!

—¿Y al príncipe?

—El príncipe está ausente.

—¿Y a Skretuski si regresa?

—A ése menos que a nadie, porque en seguida correría tras de nosotros... Tiempo tendrá de gozar de la fausta nueva... Si, ¡Dios no lo quiera!, sufriera otra decepción, perdería el juicio... Dadme, pues, señores, vuestra palabra de caballeros de que no diréis nada a nadie.

—¡Doy mi palabra!—dijo Longinos.

—¡Palabra de honor! ¡Palabra de honor!—repitieron todos.

—Y ahora demos gracias a Dios.

Zagloba fué el primero en caer de hinojos, imitándole los restantes... Largo rato permanecieron unidos en fervorosa plegaria...

CAPÍTULO II

Algunos días después de lo que acabamos de referir, el príncipe salió, en efecto, camino de Zamost, con el objeto de realizar nuevos alistamientos que no hacían probable su pronto regreso... En tales circunstancias, Volodiovski, Zagloba y Rendián emprendieron la expedición en busca de la princesa, sin comunicar a nadie su decisión y guardando todo en el más profundo secreto, que sólo compartía, de los que se quedaron en Zbaraz, Longinos, el cual, teniendo comprometida su palabra de caballero, guardaba también un silencio sepulcral...

Viérsul y otros oficiales, enterados de la muerte de la princesa, no suponían ni por asomo que la partida de Zagloba y del menudo caballero tuviera la menor relación con la prometida del desventurado teniente Skretuski y creían más bien que ambos guerreros iban a visitar a este amigo suyo, tanto más cuanto que sabían que ambos habían salido en compañía de Rendián, conocido como siervo de Juan Skretuski.

Los caballeros y Rendián se encaminaron directamente a Klebanovka, para ultimar allí los preparativos de su marcha.

Valiéndose del dinero que había pedido prestado a Longinos, Zagloba empezó por adquirir cinco esbeltos potros de Podolia, resistentes para grandes marchas, muy preferidos en aquellos tiempos por la caballería polaca y por los próceres de las tropas cosacas. Un caballo de tal raza era capaz de perseguir durante un día entero a un potro tártaro, siendo, en cuanto a su velocidad, superior a los mismos caballos turcos, y gozando de fama de ser el más resistente contra todas las variaciones del tiempo, contra aguaceros y fríos nocturnos... De esta clase eran los cinco corredores que compró el grueso hidalgo, quien adquirió, además, para

sí y para sus compañeros, como también para la princesa, vistosas *svitas* (1) cosacas.

Rendián tomó a su cargo el enjaezamiento de los hermosos brutos, y una vez todo provisto y preparado, la comitiva rompió la marcha, no sin invocar antes el auxilio del Omnipotente y de San Nicolás, patrón de las vírgenes, poniendo bajo su santo amparo la realización de su noble propósito.

Vestidos como iban, hubiera sido fácil tomarlos por unos atamanes cosacos... A menudo tenían que sostener polémicas con las tropas de guarnición polacas o con sus centinelas, diseminados por todo el camino hasta los límites del Kamiénez; pero a Zagloba le era fácil probar ante éstos su identidad.

Durante largo tiempo atravesaron una región completamente segura, pues había sido ocupada por las banderas del regimentario Lanskoronski, que avanzaba a paso lento hacia Bar para no perder de vista las bandas cosacas que allí se concentraban. Ya era generalmente notoria la ruptura de las negociaciones, de modo que la guerra amenazaba la región, por más que el núcleo de las fuerzas armadas no se había puesto todavía en marcha. El armisticio concertado en Pereiáslav expiraba por la Pascua de Pentecostés... El guerrilleo de las avanzadas seguía sin interrupción, llegando por entonces a su mayor intensidad... Por ambas partes no se esperaba más que el grito de guerra...

Entre tanto, la primavera iba extendiendo su alegría por toda la superficie de la estepa... A pesar de las innumerables pisadas de los cascos de los caballos, no tardó el suelo en cubrirse de un verde tapiz de hierba, y empezaban a brotar flores sobre los cuerpos de los guerreros muertos en el campo de honor.

En el azul del firmamento, por encima de los campos de batalla, revoloteaban legiones de alondras, y bandadas de toda clase de abigarradas aves hendían las alturas con agudos graznidos... Las aguas desbordadas, rizadas por el tibio soplo de la brisa, parecían luminosas lorigas... Al declinar el día dejábase oir el alegre croar de las ranas, chapoteando

(1) Casacas. *(N. del T.)*

en las tibias ondas, y la jovial música se prolongaba hasta muy entrada la noche...

La Naturaleza parecía ansiosa de cicatrizar las heridas de la tierra; de calmar los dolores y cubrir las mogilas bajo un manto de flores. Una gran claridad impregnaba el cielo y la tierra, el tiempo era tibio, el aire ledo, y la inmensa estepa, semejante a una encantadora pintura, resplandecía como un manto de brocado de oro en el que rutilasen todos los colores del arco iris, o como el ancho cinturón de un caballero polaco, en el que la habilidad de la bordadora hubiera unido en ingeniosa armonía todos los tonos y matices imaginables. Vibraban en la estepa los gorjeos de los pájaros, y una ancha corriente del viento la atravesaba, secando las aguas y curtiendo los rostros humanos.

En tal época el campo se llena de alegría, haciendo brotar la esperanza en todo corazón humano... Y nuestros gallardos guerreros sentíanse dominados por un sentimiento inefable de confianza en el porvenir.

Volodiovski canturriaba y Zagloba se estiraba sobre el caballo, exponiendo gozosamente sus anchos hombros a los rayos del sol, y, al sentirse penetrado por su acariciadora calidez, no pudo por menos que exclamar, dirigiéndose al menudo caballero:

—¡Qué delicia! Después del aguamiel y del vino húngaro, no hay nada que caliente los huesos viejos como los rayos del sol...

—Son beneficiosos para todo ser viviente—repuso Miguel. —Hasta los animales sienten placer calentándose.

—Es una suerte para nosotros el poder realizar nuestra empresa en esta estación—añadió Zagloba,—pues sería muy difícil huir con la muchacha en pleno invierno, cuando reina un frío glacial...

—Dejad que tengamos en nuestro poder a la princesa, y si luego alguien es capaz de quitárnosla, que me digan bestia.

—Pan Miguel, yo no tengo miedo más que de una cosa: de que, en caso de que la guerra estallara, se pusieran en movimiento los tártaros que cobija aquella comarca y se lanzaran sobre nosotros por todas partes... En cuanto a los cosacos, no me preocupo... Y tocante a los campesinos, no

habrá necesidad de identificarnos ante ellos, porque ya habéis podido observar que nos toman por próceres cosacos, y, además, los zaporogos saben acatar un bastón de salvoconducto, sin contar que el mismo nombre de Bogun nos servirá de escudo.

—A los tártaros los conozco bien, pues en el dominio de Lubnie nos pasábamos la vida en lucha con ellos... A Viérsul y a mí nunca nos dejaban tranquilos...

—También yo sé algo de eso... Como ya te he contado, he pasado muchos años de mi vida entre ellos, y, si hubiese querido, hubiera medrado a su sombra. Sin embargo, como me resistí a hacerme pagano, tuve que renunciar a todo eso. Por poco me hacen sufrir el martirio por tratar de convertir a su arcipreste a nuestra fe, la única salvadora.

—Pero, ¿no dijisteis otro día que eso ocurrió en Gálata?

—Eso de Gálata fué una cosa y lo de Crimea fué otra. Si creéis acaso que más allá de Gálata ya se halla el fin del mundo, no sabéis siquiera dónde crecen pimientos. En este mundo hay más hijos de Belial que verdaderos cristianos.

Rendián intervino en la conversación.

—No serán sólo los tártaros los que constituirán un peligro para nosotros—dijo;—todavía no he dicho a los señores que aquel barranco, según me advirtió Bogun, está vigilado por poderes infernales. La giganta misma a cuyo cargo corre el vigilar a la princesa es una bruja aliada con el demonio. ¿Quién sabe, pues, si el diablo no la habrá advertido de nuestra llegada? Es verdad que poseo una bala que he fundido yo mismo sobre un montón de trigo bendito...; otra cualquiera rebotaría de su cuerpo... Pero además se dice que la entrada está vigilada por regimientos enteros de vampiros y fantasmas. Los señores tienen que garantizarme con sus cabezas que no me va a ocurrir nada malo, pues de otro modo se iría al diablo mi recompensa.

—¡Zopenco!—exclamó Zagloba.—¿Crees acaso que no tenemos otra cosa que hacer que pensar en tu salvación? No temas que el demonio te retuerza el pescuezo... y, si así fuera, lo mismo daría, ya que tu codicia ya te ha ganado para el infierno... Yo soy un pájaro demasiado vivo para que me tomen por bobo... y no olvides lo que te digo: si Horpina es una bruja poderosa, soy yo un hechicero más poderoso to-

davía porque he aprendido la magia negra en Persia... Ella es sierva de los demonios, pero yo estoy servido por ellos... Yo podría engancharlos al arado si se me antojara, y si no lo hago es por no perder mi alma.

—Eso está muy bien, señor, pero lo que es ahora no estará de más que os valgáis de vuestra fuerza mágica para que andemos más seguros...

—Lo que es por mí—terció Miguel—cifro mis esperanzas en la justicia de nuestra causa y en el amparo de Dios. Aunque los mismos demonios fueran los guardianes de Bogun y de Horpina, nosotros estamos bajo el amparo de los poderes celestiales, a quienes no resiste ninguna fuerza infernal... En esta esperanza le he ofrecido al santo arcángel Miguel siete velas de cera blanca.

—En ese caso añadiré yo una—repuso Rendián—para que el señor Zagloba cese de amenazarme con la eterna perdición...

—Yo soy el primero que te mandará al infierno—replicó el hidalgo—si se demuestra que no sabes exactamente dónde se halla el escondrijo.

—¿Cómo? ¿No saberlo yo? Una vez llegados a Valadinka, me comprometo a encontrar el barranco con los ojos vendados... Avanzando por la orilla hacia el Dniéster, tendremos el barranco al lado derecho... Lo reconoceremos en seguida, puesto que la entrada está obstruída por un bloque de piedra. A primera vista parece imposible penetrar allí, pero el bloque tiene un boquete que puede dar paso a dos caballos emparejados. Una vez traspasada la entrada, nadie se nos escapará, pues esa es la única entrada y salida del barranco, rodeado de tan altos despeñaderos, que apenas un pájaro logra atravesarlos. La bruja mata a todo mortal que se atreve a entrar sin su permiso... Allí hay montones de esqueletos... Pero Bogun me ha ordenado que no haga caso de nada y que avance sin miedo gritando «¡Bogun!...» Entonces nos recibirá amistosamente... Además de esa Horpina, vive allí un tal Cheremis, un excelente tirador de silbón... Será preciso matar a los dos...

—A Cheremis desde luego, pero, en cuanto a la mujer, bastará atarla.

—Con tal que podáis hacerlo, noble señor... Es tan fuerte

que rompe una coraza como si fuera una camisa y dobla una herradura en la mano... El único capaz de domarla sería Longinos, pero nosotros nunca... Descuidad, señor, que tengo una bala bendita que hará morder el polvo a esa mujer infernal... Si no, echará a correr detrás de nosotros como una loba y llamaría con sus aullidos a todos sus cosacos en su ayuda... Y no sólo no salvaríamos a la señorita, sino que dejaríamos allí nuestras propias cabezas.

Entre tales conversaciones y razonamientos transcurría el tiempo. Los caminantes avanzaban presurosos, atravesando villas y poblados, alquerías y mogilas de sus infortunados compañeros. El camino conducíales por Jarmoliniez hacia Bar, de donde debían desviar su rumbo hacia Jampol para llegar a la orilla del Dniéster. Llegaron a la misma región donde tiempo antes Volodiovski había vencido a Bogun y librado a Zagloba de sus garras. Hasta encontraron la misma alquería donde ocurrió este hecho, y allí pernoctaron. A veces tenían que pernoctar en campo raso, en plena estepa. Zagloba distraía a sus compañeros en aquellas silenciosas noches relatándoles sus antiguas aventuras, mitad vividas, mitad imaginarias. La materia predilecta de sus conversaciones era la princesa, su cautiverio en poder de la bruja, y su próxima liberación.

Por último, cuando hubieron atravesado las regiones que mantenían las guarniciones y banderas de Lanskoronski bajo su férrea disciplina, internáronse en terreno habitado sólo por los cosacos, donde ni un solo laj había quedado. Aquellos que no se habían salvado por la fuga, habían sido pasados a cuchillo, y sus propiedades habían sido arrasadas. El mes de mayo tocaba a su fin, y el cálido junio se acercaba... No obstante, hasta entonces habían transpuesto apenas una tercera parte de su camino, pues éste era largo y dificultoso. Afortunadamente, por parte de los cosacos no les amenazaba ningún peligro.

En cuanto a las bandas nómadas de campesinos, no había que identificarse, como había dicho el grueso hidalgo, pues creían a los viajeros próceres zaporogos. Sin embargo, de vez en cuando, al ser interrogados acerca de su procedencia, los salvaba a todos Zagloba, quien, si aquel con quien tenía que entenderse era un llanero, le enseñaba el

salvoconducto de Bogun, y, si se trataba de un simple campesino rebelde, le contestaba, sin apearse del caballo, con un puntapié en el pecho que le hacía rodar al suelo.

Los campesinos abrían al punto sus filas para dejarle paso, creyendo no sólo que era buen amigo, sino persona de rango elevadísimo, cuando los trataba así: tal vez aquel anciano tan expeditivo fuera Krivonos o Burlay, o acaso el «padrecito» Kmielnizki en persona.

Lo que más desesperaba a Zagloba era la fama de que gozaba Bogun entre el pueblo, pues las continuas interrogaciones referentes al atamán cosaco causaban notables retrasos en el viaje.

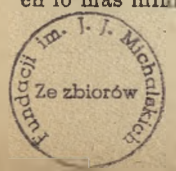
Todo el mundo les preguntaba: «¿Vive? ¿Se ha salvado?»

Porque el rumor de su muerte se había extendido ya hasta Jagorlik, hasta las cataratas del Dniéper. Y cuando nuestros viajeros les afirmaban que Bogun estaba ya bien de sus heridas y en plena libertad y que ellos precisamente eran sus enviados, su gozo no tenía límites: abrazaban a los viajeros, obsequiábanlos, les abrían el corazón y hasta la bolsa, de lo cual no dejaba de aprovecharse el taimado asistente de Skretuski.

En Jampol fueron recibidos por Burlay, uno de los jefes cosacos más afamados, que esperaba allí, con llaneros y campesinos armados, la llegada de las tropas tártaras de Budziak.

Le había enseñado a Bogun el oficio de la guerra; juntos habían recorrido las costas del mar Negro, y juntos habían saqueado Sinopia en una de tales expediciones: le quería como a su propio hijo, y les dispensó una cordial acogida a sus enviados, sin la más mínima desconfianza, tanto más cuanto que el año pasado había visto a Rendián en compañía de Bogun. Y cuando se enteró de que vivía Bogun y de que nuestros viajeros se dirigían a Volinia, mandó que les sirvieran un banquete en el cual el propio anfitrión bebió hasta el punto de embriagarse.

Temía Zagloba que la bebida desatara demasiado la lengua de Rendián, pero el muchacho, más taimado que un zorro, supo conducirse de tal modo que decía verdad sólo cuando las circunstancias lo permitían, sin comprometer en lo más mínimo la causa de sus amigos, y así llegó a ga-



nar aún más la confianza de Burlay. Llenaba, sin embargo, de extraña ansiedad a nuestros guerreros el escuchar tales conversaciones, en las que sus nombres fueron pronunciados repetidas veces por el mozo, en espantosos alardes de sinceridad.

—Corrieron voces—dijo Burlay—de que Bogun había sido muerto en un duelo. ¿Sabéis el nombre de su contrario?

—Volodiovski, un oficial del príncipe Jarema—respondió Rendián con tranquilidad.

—¡Oh! Si le tuviera al alcance de mis manos, caro le haría pagar el haber herido a nuestro gallardo halcón. ¡Lo despellejaría vivo!

Los bigotitos rubios del dragón se agitaron nerviosamente y sus ojos le dirigieron a Burlay una mirada como la del galgo al lobo cuando no puede agarrarle por la garganta...

—Por eso os digo su nombre, señor coronel—añadió Rendián.

—El diablo—pensó Zagloba—se volverá loco de contento cuando tenga entre sus manos a este pícaro...

—Sin embargo—prosiguió Rendián,—no es tan culpable el oficial de dragones, porque fué Bogun quien le desafió, sin saber con qué clase de esgrimidor tenía que habérselas... Pero estaba mezclado en el asunto otro noble, el enemigo mortal de Bogun, que una vez ya había arrancado a la princesa de sus manos.

—¿Y quién es ese?

—¡Bah! Un viejo borracho. En Chegrin se fingía amigo del atamán, se adhería a su persona, fingiendo gran fidelidad.

—¡No se escapará a la horca!—exclamó Burlay.

—Que me llamen bestia si no le corto las orejas a este grandísimo tunante—refunfuñó Zagloba.

—Le trataron de tal manera—añadió el mozo—que cualquier otro, tiempo ha que ya hubiera sido pasto de los cuervos. Pero nuestro atamán salió con vida porque tiene un alma de demonio. A duras penas logró arrastrarse hasta Vlodava... Allí difícilmente hubiera salvado su vida a no ser por nuestra ayuda... Le acompañamos hasta Volinia,

donde triunfan los nuestros en toda línea, y desde allí nos ha enviado a buscar a la joven princesa...

—Las faldas serán su perdición... Hace tiempo que se lo he predicho. ¿No hubiera sido mejor divertirse con ella un buen rato, al estilo cosaco, y luego arrojarla al agua, con una piedra al cuello, como lo hacíamos en el mar Negro?

A Volodiovski le costó no poco trabajo contenerse, ofendido en los tiernos sentimientos que le inspiraba el bello sexo...

Zagloba respondió riendo:

—Claro está, eso hubiera sido mucho más sencillo.

—¡Sois buenos compañeros! No le habéis abandonado en el duro trance... ¡Y tú, pequeñín, eres el más bueno de todos! Ya te vi en Chegrin y observé con qué cariñoso afecto cuidabas a nuestro gallardo halcón... ¡Ea, pues! Soy vuestro amigo, y sólo falta que me digáis lo que necesitáis: ¿hombres o caballos? Os lo daré todo para que no os ocurra algo al volver...

—No necesitamos hombres, coronel—repuso Zagloba.—Estamos entre amigos y tendremos que atravesar nuestro propio país. Dios nos libre de un mal encuentro, pero unos cuantos hombres se las arreglan mejor que un escuadrón... Lo que no nos vendría mal sería unos caballos corredores.

—Os daré unos que no los alcanzarían ni los mejores potros del kan.

Rendián no dejó escapar la ocasión.

—Tampoco nos ha provisto bien la bolsa el atamán, porque no le sobraban fondos, y bien sabéis que, más allá de Braslav, una medida de cebada cuesta un tálero.

—Venid conmigo—contestó Burlay,—voy a daros algún dinero.

Rendián no se lo hizo repetir y siguió al viejo cosaco. Cuando, transcurrido un rato, reapareció, su mofletuda cara estaba radiante, y su bolsa, colocada bajo su azulada túnica, denotaba estar bien repleta.

—Ahora que Dios os acompañe—dijo el viejo cosaco,—y cuando tengáis a la muchacha no dejéis de pasar por aquí para que pueda yo ver a la paloma de Bogun.

—Esto no podrá ser, coronel—respondió el mozo sin desconcertarse,—pues esta lajita es horriblemente tímida y ya

pretendió matarse en una ocasión, dándose una puñalada. Tememos que pudiera sucederla algún percance. Cuando la hayamos entregado a Bogun, entonces podréis conocerla y él hará de ella lo que le plazca.

—Bueno, como queráis. ¡Es una polaquita fina como la seda! ¿Por qué despreciará al cosaco? ¡Id con Dios! No os queda ya mucho camino.

Efectivamente, de Jampol a Valadinka no había mucha distancia, pero el camino era difícil o, mejor dicho, no existía. El paisaje se extendía ante los caballeros sin senda ni vereda alguna, pues en aquella época aquellos lugares estaban desiertos y sólo aquí y allá se veía alguna casa. Los viajeros salieron de Jampol, desviándose algo hacia el Oeste, alejándose del Dniéster para después, siguiendo el curso del Valadinka, llegar a Raskov, única manera de poder encontrar el barranco. Empezaba a despuntar el alba, pues el banquete se había prolongado hasta muy entrada la noche. Zagloba calculaba que no podrían llegar al barranco antes de la puesta del sol, pero esto era precisamente lo que él quería, pues, después de libertar a Elena, le convenía tener toda una noche por delante. Iban hablando de lo favorable que les había sido la suerte hasta entonces en todos sentidos, y Zagloba, recordando el banquete de Burlay, decía:

—¡Hay que ver como estos cosacos, que viven en la más estrecha fraternidad, se protegen mutuamente en todo momento de peligro! De la plebe, a la que los cosacos desprecian, no hablo. Si el diablo les ayuda a hacer mangas y capirotes de las leyes, serán para los villanos unos señores mil veces peores que los nobles. Pero el caso es que, dentro de su «cofradía,» se protegen unos a otros, son capaces de arrojarse al fuego unos por otros: todo lo contrario de lo que pasa entre la nobleza.

—¡Oh! No tanto, noble señor—replicó Rendián.—He vivido mucho tiempo entre ellos, y he visto que se devoran unos a otros como los lobos, y si no fuera porque Kmielnizki los domina unas veces por la poderosa fuerza de su voluntad y otras por la astucia, se destrozarían totalmente entre ellos. Pero este Burlay es un gran guerrero y el mismo Kmielnizki le tiene en grande estima.

—Y tú también debes tener alguna influencia sobre él cuando te ha dejado estrujarle la bolsa. ¡Ay, Rendián, Rendián! Tú no morirás de muerte natural.

—Lo que le está a uno destinado no se puede eludir, noble señor. ¿No es una cosa elogiable y agradable a Dios el engañar al enemigo?

—No censuro yo eso, sino tu codicia, ese defecto de villanos, impropio de un hombre de honor, y que a ti te condenará irremediablemente.

—No creáis que escatimo una luz para la iglesia cuando consigo obtener algún beneficio, a fin de que el Señor tenga también algún provecho y me siga protegiendo; y el que yo sostenga a mis padres no es ningún pecado.

—¡Vaya un pícaro de mil demonios!—exclamó Zagloba, dirigiéndose a Volodiovski.—Yo que creía que la astucia bajaría conmigo a la tumba, me encuentro con que éste es todavía más zorro que yo. Gracias a su listeza libraremos a la princesa del poder de Bogun, con el permiso de Bogun mismo y valiéndonos de los caballos de Burlay. ¿Se ha visto jamás cosa parecida? Y parece que nunca ha roto un plato.

Rendián sonreía satisfecho y contestó:

—¿Por ventura es malo este camino, noble señor?

—Eres un muchacho que me place, y si no fuera por tu codicia, me gustaría tenerte a mi servicio; pero como has conseguido engañar a Burlay, te perdono hasta que me hayas llamado viejo borrachón.

—No soy yo quien os ha llamado así, noble señor, sino Bogun.

—Y Dios le ha castigado por ello.

Entre tales conversaciones transcurrió la mañana, pero cuando el sol se acercaba ya a la mitad de su carrera los viajeros empezaron a sentir una vaga inquietud. Dentro de algunas horas debían divisar el Valadinka. Tras el largo viaje tocaban ya a la meta, y esto, como es natural, hacía palpitar sus corazones. ¿Vivía Elena aún? Y si aún vivía, ¿la encontrarían en el barranco? Horpina podía habérsela llevado ya de allí y, si desconfiaba de ellos, podría esconderla en alguna cueva y hasta matarla. Los obstáculos y los peligros no habían sido aún vencidos. Es verdad que

poseían todas las insignias por las cuales Horpina habría de reconocerlos como enviados de Bogun; pero ¿y si los espectros y los fantasmas les asechaban? El que más miedo tenía en este respecto era Rendián, y hasta el mismo Zagloba tenía bastante, pues, aunque se las echaba de practiquísimo en las artes negras, no podía menos de pensar en los fantasmas y los espectros con cierta intranquilidad. ¿Y si encontraban abandonado el barranco? ¿Y si caían en alguna celada de los cosacos de Raskov? Los corazones latían con creciente violencia, y cuando después de una marcha de varias horas, desde una eminencia, distinguieron una brillante cinta de agua, la mofletuda cara de Rendián se puso algo pálida.

—Es el Valadinka—murmuró.

—¿El Valadinka?—preguntó Zagloba.—¡Qué cerca estamos ya!

—¡Que Dios nos proteja! Noble señor, empezad en seguida con vuestros conjuros, pues tengo un miedo horrible.

—¡Tontería los conjuros! Una gran cruz por encima del río y de los barrancos es mucho mejor.

Volodiovski era el que menos miedo tenía, pero callaba; limitóse a probar cuidadosamente sus pistolas, introdujo pólvora fresca en las cazoletas y miró si el sable salía con facilidad de la vaina.

—Yo llevo aquí, en esta pistola, una bala bendita—dijo Rendián.—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Adelante!

—¡Adelante! ¡Adelante!

Poco tiempo después se encontraban a la orilla del riachuelo y encaminaron los caballos en la dirección de su curso. Entonces Volodiovski se detuvo un instante y dijo:

—Es conveniente que Rendián tome el salvoconducto, pues como la hechicera le conoce, es él quien debe tratar el primero con ella a fin de que no la asuste nuestra presencia y huya con la princesa a alguna cueva.

—Haced lo que queráis, señores, pero yo no voy el primero—contestó Rendián.

—Entonces vé el último, gallina—profirió Volodiovski.

Y tomó la delantera. El grueso hidalgo le siguió. Rendián iba a la zaga, con los caballos de mano, mirando in-

tranquilo a todas partes. Las herraduras de los caballos rechinaban sobre las piedras; alrededor reinaba el más profundo silencio, turbado tan sólo por el canto de las cigarras escondidas en las rendijas de las piedras, pues hacía calor a pesar de que el sol se inclinaba ya hacia su ocaso. Los caballeros llegaron por fin a una eminencia redonda semejante a un escudo de guerrero, sobre la que se veían rocas azotadas por los vientos y el sol, caídas acá y allá, cual lápidas sepulcrales unas, cual ruinas de casas y de templos otras; se creería estar en una ciudad destruída la víspera por los enemigos, o en una arrasada posesión señorial.

Rendián miró en torno suyo y tocó en el codo a Zagloba.

—Ese es el Campo de las Brujas—dijo.—Lo conozco por la descripción que Bogun me ha hecho de él. Ningún viviente puede pasarlo de noche.

—Si no se puede pasarlo a pie, lo pasaremos a caballo—respondió Zagloba.—¡Ah, qué extraño y maldito país! Pero al menos nos encontramos en buen camino.

—Ya no estamos lejos—confirmó Rendián.

—¡Alabado sea Dios!—respondió el grueso hidalgo, y sus pensamientos volaron hacia la princesa.

Ante aquellos salvajes lugares de las orillas del Valadinka, desiertos, silenciosos, un sentimiento extraño le turbaba; casi le parecía imposible que estuviera tan cerca la princesa, por la que él había corrido tantas aventuras y peligros, a la que amaba tanto, que cuando recibió la noticia de su muerte había dado su propia vida casi por terminada. El hombre se acostumbra pronto hasta a la desdicha y Zagloba se había habituado al pensamiento de que Elena había sido raptada y se hallaba en poder de Bogun. Ahora no se atrevía a creer que las zozobras, las pesquisas, tocaban a su fin. ¿Qué diría ella cuando le viera? ¡Qué honda impresión le causaría la llegada de sus libertadores!

—¡Magníficos son los caminos de Dios!—pensaba Zagloba.—El sabe disponer las cosas de tal suerte, que la injusticia se hunde al fin y la virtud triunfa. Dios fué el que condujo a Rendián a manos de Bogun y quien los hizo convertirse en amigos: Dios fué quien dispuso que la guerra, esta siniestra madre, llamase al atamán lejos del desierto donde,

como un lobo, había llevado su presa; Dios le condujo luego a las manos de Volodiovski, y lo reunió después de nuevo con Rendián. Todo se ha encaminado hacia el bien, y ahora, cuando Elena tal vez no espera ya ayuda de nadie, le llega el ansiado socorro. ¡Cesen de correr tus lágrimas, hijita mía! No tardará tu alma en inundarse de alegría, no tardarás en gritar «¡Gracias!,» juntando las manos.

Zagloba se imaginaba, enternecido, a la muchacha, viva, gozosa...

De pronto Rendián le tiró de una manga:

—¡Noble señor!

—¡Qué hay!—contestó Zagloba, malhumorado, al ver cortado el hilo de sus pensamientos.

—¿No habéis visto, noble señor? ¡Un lobo!

—¿Un lobo?

—¡Yo creo que era un lobo!

—¡Bésale la nariz para cerciorarte!

En aquel momento Volodiovski detuvo su caballo.

—¿No habremos equivocado el camino?—preguntó.—Ya debíamos haber llegado...

—No—contestó Rendián.—Vamos por donde me ha indicado Bogun. ¡Ojalá hubiéramos llegado ya!

—Si vamos por buen camino, pronto llegaremos.

—Señores, todavía he de haceros una súplica: cuando yo hable con la bruja, no perdáis de vista a Cheremis, que parece un cabestro, pero creo que es un gran tirador.

—No tengas cuidado, ¡adelante!

A los pocos pasos empezaron los caballos a relinchar y a enderezar las orejas. A Rendián se le heló la sangre en las venas; temía ver aparecer de un momento a otro, entre los escombros, un vampiro o un espectro. Pero su pavor disminuyó cuando unas guaridas de lobos próximas al camino explicaron la inquietud de las caballerías. Era un lobo, en efecto, lo que había visto momentos antes. Alrededor reinaba el más profundo silencio, y ni el canto de las cigarras sonaba ya, pues el sol empezaba a ocultarse.

Rendián se santiguó y se tranquilizó del todo.

De pronto detuvo Volodiovski su caballo.

—Veo la barranca, cuya garganta obstruye una roca partida por un estrecho paso.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—susurró Rendián.—¡Aquí es!

—¡Seguidme!—ordenó el señor Miguel, espoleando su caballo.

Momentos después avanzaban por entre enormes rocas como por una galería de piedra. Ante ellos se abría un profundo barranco bordeado de espesos matorrales, que se ensanchaba hacia el fondo, en un vasto hemiciclo llano que parecía fortificado por gigantescas murallas.

Rendián empezó a gritar a todo pulmón:

—¡Bogun! ¡Bogun! ¡Vén, hechicera; vén, Bogun! ¡Bogun!

Detuvieron los caballos, y después de un rato de silencio, el mozo volvió a gritar:

—¡Bogun! ¡Bogun!...

A lo lejos se oyeron ladridos.

—¡Bogun! ¡Bogun!...

Sobre el borde izquierdo del bosquecillo, bañado por los rojizos rayos del sol poniente, oyóse el crujir de la espesura de rosales y ciruelos silvestres, y poco después apareció, en la misma cima de la pendiente, una figura humana que se inclinó y, poniéndose la mano sobre los ojos a guisa de visera, miró atentamente a los recién llegados.

—¡Esa es Horpina!—dijo Rendián.

Y, colocándose la mano en la boca a modo de bocina, gritó otra vez:

—¡Bogun! ¡Bogun!

Horpina comenzó a descender, echándose hacia atrás para mantener el equilibrio. Pronto llegó abajo; tras ella se removía un hombrecillo extraño que llevaba un largo rifle turco en la mano. Las matas se quebraban bajo los enormes pies de la hechicera; las piedras desprendíanse rodando al fondo del barranco, y así, echada hacia atrás, bañada por el sangriento resplandor del atardecer:

—¿Quién sois?—preguntó a voz en cuello, cuando hubo llegado abajo.

—¿Cómo estás, prenda?—contestó Rendián, que a la vista de seres que no tenían nada de fantasma había recobrado su sangre fría.

—¿Eres el criado de Bogun? ¡Ah! ¡Ya te conozco! ¡Oh, pequeño mío! ¿Y esos quiénes son?

—Amigos de Bogun.

—¡Hermosa bruja!—murmuró el señor Miguel entre dientes.

—¿Y qué queréis?

—Aquí tienes el salvoconducto, el puñal y el anillo. ¿Sabes lo que esto significa?

La giganta tomó las insignias y, después de examinarlas cuidadosamente, repuso:

—Efectivamente, son las de Bogun. ¿Queréis la princesa?

—Sí. ¿Está bien?

—Perfectamente. ¿Por qué no viene Bogun en persona?

—Bogun está herido.

—¿Herido? Ya se lo profeticé yo en el molino.

—Si lo sabes, ¿por qué preguntas? ¡Mientes, trapisondista!—dijo Rendián con atrevimiento.

La hechicera enseñó, al sonreir, sus blancos dientes de loba y, acercándose al mozo, le dió una cariñosa puñada.

—¡Pícaro! ¡Granuja!

—¡Déjame!

—No te dejaré. ¡Dame un beso! ¿Y cuándo os llevaréis a la princesa?

—En cuanto descansen los caballos.

—¡Lleváosla, pues! Yo iré con vosotros.

—¿Y para qué?

—Mi hermano tiene que morir: será empalado por los lajes; voy con vosotros.

Rendián se inclinó en la silla, como para hablar mejor con la hechicera, y su mano tocó, como involuntariamente, la culata de la pistola.

—¡Cheremis! ¡Cheremis!—gritó a fin de llamar la atención de sus compañeros sobre el enano.

—¿Para qué le hablas? Tiene la lengua cortada.

—Es que admiro su hermosura. No le abandones, es tu marido.

—Es mi perro.

—¿Vivís los dos solos en el barranco?

—Los dos y la princesa.

—Está bien. No vendrás con nosotros.

—Ya lo creo que iré.

—Y yo te digo que te quedarás.

En la voz del mozo había algo tan extraño, que la giganta sintió de repente cierta desconfianza.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—¡Esto quiero decir!—respondió Rendián.

Y le disparó un pistoletazo en medio del pecho, tan de cerca, que el humo la envolvió durante unos instantes.

Horpina retrocedió un paso con los brazos extendidos y los ojos fuera de las órbitas; un terrible estertor de agonía salió de su garganta, vaciló y cayó hacia atrás cuan larga era.

En el mismo instante Zagloba hendía de un sablazo el cráneo del enano. El monstruoso enano no exhaló una sola queja; se encogió como un gusano, temblando convulsivamente, y abriendo y cerrando las manos como las garras de un lince herido.

Zagloba limpió con el vuelo de su capa el sable ensangrentado, y Rendián saltó del caballo, cogió una gran piedra y la arrojó contra el ancho pecho de la hechicera. Luego empezó a buscarle algo en el seno.

La gigantesca hechicera batía aún el suelo con los pies, se contraía en horribles convulsiones, hacía horribles muecas, y de entre sus dientes apretados brotaba una espuma sanguinolenta.

El mozo sacó del bolsillo un trozo de tiza bendita, y trazó sobre la piedra la señal de la cruz, diciendo:

—Ya no volverá a levantarse más.

Y saltó sobre la silla.

—¡Adelante!—ordenó Volodiovski.

Como una ráfaga de viento corrieron a lo largo del riachuelo, atravesaron un bosquecillo de encinas y llegaron al centro del barranco, donde había una cabaña y un alto molino, cuya húmeda rueda brillaba a los rayos del sol poniente como una estrella roja. Ante la cabaña encontraron dos terribles perrazos negros, atados con fuertes cuerdas, que querían arrojarse sobre ellos, aullando y ladrando furiosamente.

Volodiovski llegó el primero, saltó del caballo, entró, y empujando la puerta de entrada con el pie, se dirigió, arrastrando el sable, a la antesala.

A la derecha, a través de una puerta abierta, vió una ha-

bitación espaciosa, llena de humo, con una estufa en medio, y el suelo cubierto de astillas y virutas; la puerta de la izquierda estaba cerrada.

—Ahí debe de ser—pensó Volodiovski, y se dirigió a ella.

La empujó, la abrió y se detuvo en el umbral como herido por un rayo.

En el interior de la estancia, con la mano apoyada sobre un almohadón del lecho, estaba la princesa Elena Kurcévich, pálida, la magnífica cabellera extendida sobre los hombros. Sus asustados ojos, dirigidos a Volodiovski, parecían preguntar: «¿Quién eres? ¿Qué quieres tú aquí?,» pues nunca antes habían visto al caballero enano.

Pero él permanecía silencioso, contemplando asombrado a aquella beldad y aquel lujoso aposento cubierto de damascos y brocados. Al fin se recobró y repuso:

—No temáis, señorita; somos amigos de Skretuski.

La princesita cayó de rodillas.

—¡Salvadme!—exclamó, juntando las manos.

En aquel momento entró Zagloba, jadeante, rojo, sin aliento.

—¡Somos nosotros!—exclamó.—¡Nosotros que venimos a salvaros!

Cuando la princesa oyó estas palabras y vió el rostro familiar del grueso hidalgo, se inclinó como una flor segada, sus brazos cayeron inertes y sus sedosos párpados cubrieron sus ojos: se había desmayado.

CAPÍTULO III

Apenas hubieron descansado algo los caballos, los viajeros se pusieron en camino, y cuando el disco de la luna se elevó sobre la estepa se encontraban ya en la región de Studenka, más allá del Valadinka. Rompía la marcha Volodiovski, que no cesaba de mirar atentamente en todas direcciones, explorando el terreno; le seguían Zagloba y Elena, y tras de éstos iba Rendián, que conducía los caballos de carga y dos de mano encontrados en el establo de Horpina, de los que se había incautado sin escrúpulo alguno.

Zagloba no le daba paz a la lengua, pues tenía mucho que contarle a la princesa, que no se había enterado, aprisionada en el salvaje barranco, de nada de lo que sucedía en el mundo. Le contó cómo sus amigos no habían cesado de buscarla; cómo Skretuski había llegado hasta Pereiáslav en busca de Bogun, de cuya derrota no tenía noticia; cómo, en fin, Rendián le había sonsacado al atamán el secreto de su escondrijo y llevádolo a Zbaraz.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la princesa, volviendo hacia la luna su bello rostro pálido.—¿De modo que Pan Skretuski ha llegado hasta más allá del Dniéper en busca mía?

—Hasta Pereiáslav, os repito. Y seguramente hubiera venido aquí con nosotros si nuestra prisa de acudir en vuestro socorro nos hubiera dado tiempo de ir a buscarle. Nada sabe todavía de vuestra liberación y reza a todas horas por la salvación de vuestra alma; pero no hay que apurarse: el premio que le espera bien merece unos días más de sufrimiento.

—Ya me creía abandonada de todos y sólo le pedía a Dios que me enviara la muerte.

—No sólo no os habíamos olvidado, sino que no cesába-

mos de pensar en qué forma podríamos ayudaros. Era natural que Skretuski y yo nos devanáramos los sesos, pero ese caballero que cabalga ahí, delante de nosotros, ha pasado, con igual espíritu de sacrificio, toda clase de penas y fatigas.

—¡Que Dios se lo premie!

—Es evidente que los dos tenéis un algo con que subyugáis a las personas; pero debéis estarle muy agradecida a Volodiovski, pues, como ya os he dicho, hemos derrotado entre los dos a Bogun, dejándole más magullado que un sollo.

—Pan Skretuski me habló en Razlogi de Pan Volodiovski como de su mejor amigo...

—Y tiene mucha razón... En ese cuerpo tan chiquitín habita un alma grande. Ahora está un poco en Babia, porque vuestra belleza parece haberle fascinado. Pero dejadlo volver en sí y veréis lo bueno que es. ¡Las aventuras que hemos corrido juntos durante las elecciones reales!..

—Así, pues, ¿tenemos ya nuevo rey?

—¡Ah!, ¿ni aun esta noticia ha llegado hasta vos? ¡Pobrecilla! En aquel maldito desierto... Pues sí, Juan Casimiro, que fué elegido rey en el pasado otoño, reina ya desde hace ocho meses. Ahora habrá una guerra terrible contra esos bandidos, y Dios quiera que nos vaya bien a nosotros, pues como el príncipe Jarema ha sido postergado y se les ha conferido el mando del ejército a gentes tan aptas para eso como yo para domesticar serpientes...

—¿Irá también Skretuski a esta guerra?

—Skretuski es soldado en cuerpo y alma y no sé si vos podréis tornarle hombre de paz. Los dos somos en eso iguales: en cuanto olemos la pólvora no hay poder humano capaz de detenernos. ¡Oh! ¡Bien nos hicimos notar el año pasado de esa gentuza! Toda una noche no sería suficiente para contaros minuciosamente nuestras hazañas. Claro que iremos a la guerra, pero con el corazón alegre, porque lo principal es el haberos encontrado. Sin vos, ¡pobrecita!, la vida sería para nosotros un suplicio.

La princesa volvió su dulce faz hacia Zagloba.

—Yo no sé—dijo—por qué me habéis tomado tanto cariño, pero lo que sí puedo asegurar es que no me queréis más que yo a vos.

Zagloba resopló de satisfacción.

—¿De modo que me queréis mucho?

—¡Sí, mucho!

—Dios os lo premie, pues la vejez me será harto más soportable con la certidumbre de vuestro cariño. El bello sexo suele ser todavía muy tolerante conmigo, y así tuve ocasión de experimentarlo durante las elecciones en Varsovia. ¡Volodiovski es testigo! Pero ¿de qué me sirven a mí los amoríos juveniles? El ardor de mi corazón quiero dedicarlo ahora a los placeres paternales.

Siguió a estas palabras un profundo silencio, interrumpido sólo por el resoplar de los caballos, que se contestaban unos a otros, señal de buen agüero para los viajeros.

—¡Salud! ¡Salud!—les respondían éstos.

La noche era clara. La luna se acercaba a lo más alto del cielo, profusamente salpicado de brillantes estrellas, y se iba tornando más pequeña y pálida. Los cansados rocines acortaban el paso, y hasta los mismos caballeros empezaban a sentirse fatigados. Volodiovski fué el primero en detener a su caballo.

—Me parece que ya es hora de descansar—dijo.—Pronto amanecerá.

—Tienes razón—repuso Zagloba.—De cansado que estoy, veo ya doble la cabeza de mi caballo.

Pero antes de entregarse al descanso pensó Rendián en la cena; encendió fuego, y, cogiendo unos sacos de cuero que iban sobre los lomos de uno de los caballos, empezó á sacar las provisiones, tomadas con previsor acuerdo en Jampol, en casa de Burlay: pan de maíz, carne fiambre, golosinas y vino de Valaquia. A la vista de las dos botas, cuyo contenido oíase resonar con un regurgiteo seductor, Zagloba se despabiló enteramente y todos se pusieron alegres a yantar. Para todos hubo comida en abundancia, y cuando estuvieron bien repletos, exclamó Zagloba, limpiándose la boca con el vuelo de la capa:

—Hasta el fin de mi vida no cesaré de repetir: ¡Maravillosos son los caminos de Dios! Mirad, graciosa señorita, vos estáis libre, y nosotros, aquí sentados, contentos, bebiéndonos el vino de Burlay. No diré yo que el vino hún-

garo no sea mejor, pues éste sabe a la corambre; pero, no obstante, sería injusto hacerle ascos.

—Lo que no me explico—dijo Elena—es que Horpina haya consentido tan fácilmente en entregarme a vosotros.

Zagloba les guiñó el ojo sano a Volodiovski y a Rendián, y repuso:

—Consintió porque no tenía más remedio. Además, ¿para qué hemos de ocultarlo? No creo que sea ninguna infamia haber mandado a esa mujer al otro mundo en compañía de Cheremis.

—¿Cómo?—preguntó asustada la princesa.

—¿No habéis oído, pues, los disparos?

—Sí los oí, pero creía que era Cheremis quien tiraba.

—No era él, sino este muchacho, que traspasó a la hechicera de un balazo. Tiene el demonio en el cuerpo, es verdad, pero no podía portarse de otra manera, pues ignoro si la bruja sospechó algo o si sólo era un capricho suyo; lo cierto es que se empeñó en venir con nosotros. Hubiera sido peligroso acceder a tal deseo, pues no habría tardado en notar que íbamos a Kiev. En vista de ello la mató. El disparó sobre ella y yo hice callar a Cheremis. Este sí que era un verdadero monstruo africano, y espero que Dios no me contará como pecado el haberle abierto la cabeza. Hasta en el mismo infierno ha de causar horror general. Un poco antes de nuestra partida los quité de en medio para evitar que vierais los cadáveres y los creyerais un mal presagio.

—En estos horribles tiempos—contestó la princesa—he visto matar a tantas personas queridas, que el ver cadáveres no me causa ya miedo; pero hubiera preferido no dejar, en mi fuga, rastros de sangre. Dios podría castigarnos...

—En verdad, no ha sido una acción caballeresca—dijo Volodiovski secamente,—y yo no he querido intervenir en ella.

—No hay motivo para inquietarse, señor—repuso Rendián,—pues no se podía proceder de otro modo. Si hubiéramos matado a un inocente, no diría yo nada; pero matar a un enemigo de Dios está permitido, y yo mismo he visto cómo la bruja tenía pacto con el demonio. ¡Yo no lamento el haberla enviado al otro mundo!

—¿Y qué lamenta, pues, Rendián?—preguntó Elena.

—El no haber cogido el dinero que hay enterrado allí, según me dijo Bogun, pues como los señores tenían tanta prisa, me faltó tiempo para desenterrarlo, a pesar de conocer exactamente el sitio, cerca del molino. También he sentido tener que dejar allí las riquezas del cuarto de la señorita.

—¿Qué os parece el criado que vais a tener?—preguntó Zagloba a la princesa.—A excepción de su amo, es capaz de desollar al mismo demonio para hacerse un cinturón de su piel.

—Si Dios quiere—contestó Elena,—no tendrá que quejarse Rendián de mi ingratitud.

—¡Mis humildes gracias, respetable señorita!—contestó el mozo, besándola la mano.

Entre tanto, Volodiovski permanecía taciturno, y su gesto no era nada alegre. Limitábase a empinar el codo con cierta frecuencia. Su desusado silencio picó al fin la curiosidad de Zagloba.

—¿Qué os pasa, Pan Miguel?—preguntó.—Parece que os habéis quedado mudo.

Y, volviéndose a la princesa, añadió:

—¿No os decía yo que vuestra belleza le priva del habla y del conocimiento?

—Lo mejor sería que durmierais un poco antes de que se haga de día—exclamó, turbado, el caballero, agitando nerviosamente el bigote, como una liebre que quiere envalentonarse y disimular el sobresalto.

Pero el viejo hidalgo tenía razón. La extraordinaria belleza de la princesa había puesto al menudo caballero en un estado permanente de ensueño. La miraba y la remiraba y se preguntaba: «¿Es posible que tal ser ande por la tierra?» Muchas bellezas había visto en su vida: hermosa era Anusia Borgobogata, encantadoras las señoritas Ana y Bárbara de Zbaraz, soberbiamente bella la señorita Zukov, a quien el señor Roztvoroski hacía la corte, y la señorita Viérsul de Skoropad, y la dama de la casa Bohovityn, pero ninguna podía compararse con esta maravillosa flor de la estepa. Junto a ellas era Volodiovski expansivo y charlatán; pero ahora, cuando miraba aquellos ojos aterciopelados, dulces y lánguidos, cuyas sedosas pestañas

proyectaban su sombra sobre las sonrosadas mejillas de la hermosa, aquel cabello suelto que le caía como un racimo de flores de jacinto sobre la espalda y los hombros, aquella figura esbelta como una palmera, aquellos lindos y turgentes senos que se mecían blandamente con la respiración, irradiando un agradable calorcillo; cuando contemplaba aquella piel blanca como la azucena, aquellas mejillas sonrosadas y aquellos labios rojos como la frambuesa, Pan Volodiovski perdía por completo el habla, y, lo que es peor aún, se sentía tímido, torpe y pequeño, ridículamente pequeño. «¡Ella es una princesa y yo un colegial a su lado!,» pensaba con cierta amargura; y deseaba que se le presentase alguna aventura, por ejemplo, que surgiera un gigante de las tinieblas. Entonces hubiera podido demostrar el pobre Pan Miguel que no era tan pequeño como parecía. Además le daba rabia que Zagloba, evidentemente satisfecho de la impresión que producía su hijita sobre todo mortal, tosiera a cada momento, guiñara picarescamente el ojo sano y le endilgara cuchufletas.

Elena Kurcévich, sentada ante el fuego, silenciosa y tranquila, parecía aún más hermosa alumbrada por la luz mortecina de la luna y el rojo fulgor de las llamas.

—Reconoced, Pan Miguel—le decía Zagloba a la mañana siguiente, cuando se hallaron un momento solos,—que no existe otra muchacha como ésta en toda la república. Si podéis mostrarme otra igual, permitiré que me llaméis bestia y me acuséis de *impáritas* (1).

—No me es posible contradeciros en esto—contestó el menudo caballero;—es una beldad peregrina, exquisita, como no la he visto hasta ahora, pues ni las estatuas de diosas del palacio de Kazanovski, que a pesar de ser de mármol parecen vivientes, podrían rivalizar con ella. No me asombra que hombres como Skretuski y Bogun anden a la greña por tal mujer.

—¡Ya lo creo! ¡Todo se lo merece, querido! No se sabe cuándo es más bella, si de día o si de noche, pues siempre está radiante como una rosa. Yo también he sido, como te he dicho, extraordinariamente hermoso en mis mocedades,

(1) «Baja cuna.»

pero confieso que valía mucho menos que ella, aunque dicen que se parece a mí como una manzana a otra manzana.

—¡No digáis tonterías!

—No os enojéis, Pan Miguel; no pongáis ese ceño. La miráis como el macho cabrío a la berza; podría jurarse que vuestros instintos se rebelan, pero no se ha hecho la salchicha para el perro.

—¿No os da vergüenza, a vuestra edad, decir tales sandeces?

—¿Por qué estáis de tan mal temple?

—Vos creéis que todo lo malo ha pasado ya; que nos encontramos en seguridad como el pájaro en el aire; que no nos amenaza peligro ninguno; pero tenemos que andar con pies de plomo. Nuestro camino está aún lleno de horrores. Dios sabe lo que todavía nos está reservado, pues la región adonde vamos debe arder ya en el fuego de la guerra.

—Cuando yo me la llevé de Razlogi, nuestra situación era mucho más crítica, pues teníamos ante nosotros la revolución y por detrás nos perseguían; no obstante, atravesé toda Ucrania, que era un mar de llamas, hasta Bar. ¿Para qué llevamos la cabeza sobre los hombros? En el caso peor, no estamos lejos de Kamiénez.

—Sí, pero los turcos y los tártaros tampoco están lejos de allí.

—¿Y qué queréis decir con eso?

—Os expongo cómo están las cosas. Conviene meditar un poco. Lo mejor sería que, en vez de dirigirnos a Kamiénez, fuéramos derechamente a Bar, pues los cosacos respetan el salvoconducto. De la chusma no hay que temer, pero si los tártaros nos echan la vista encima estamos perdidos. Hace ya mucho tiempo que conozco los ardides de esos malditos, y sabría escaparme de la persecución de un chambul tártaro como lo hacen los lobos o una bandada de pájaros; pero, si tropezamos ahora con ellos, no sabría qué hacer, lo confieso.

—Pues enderecemos nuestros pasos a Bar o a la región de Bar. ¡Que mala peste se lleve los trasgos y espectros de Kamiénez! ¿No sabéis que Rendián se hizo entregar un pasaporte de Burlay? Podemos pasar por entre los cosacos con música y canto. El desierto nos lo hemos dejado ya

atrás. Ahora entramos en país habitado. Debemos procurar llegar todos los días a alguna granja hacia el atardecer, pues será mucho más agradable y adecuado para la muchacha. Me parece, Pan Miguel, que veis las cosas demasiado negras. ¡Qué demonio! Nosotros tres, sin que esto sea inmodestia, reunimos condiciones para salir sanos y salvos de los más apurados trances. Unamos nuestra sagacidad con el empuje de vuestro sable, y ¡adelante!; no podemos hacer nada mejor. Lo principal es que Rendián lleva el pasaporte de Burlay, pues Burlay domina actualmente en toda Podolia. No mucho más allá de Bar encontraremos a Lanskoronski con las tropas cuartanas. ¡Animo, Pan Miguel! ¡No perdamos tiempo!

Nuestros amigos avanzaron sin demora hacia el Noroeste, galopando todo lo que los caballos podían resistir. A la altura de Mogilev el país empezaba ya a ser más poblado; de suerte que ya no les era difícil encontrar al anochecer una granja o caserío, donde se detenían para pasar la noche. Pero en cuanto la rojiza aurora disipaba las tinieblas volvían a ponerse en camino. Por fortuna el verano era seco: los días calurosos y las noches tibias, y por las mañanas brillaba la estepa con argentino resplandor, como cubierta de escarcha. El viento había secado los charcos y podían cruzarse los ríos bajos sin dificultad. Después de caminar durante algún tiempo contra corriente, a lo largo del Lozova, los libertadores hicieron un largo descanso en Starogrod, donde había un regimiento de cosacos a las órdenes de Burlay. Allí encontraron enviados del caudillo cosaco, entre ellos el capitán Kuna, a quien habían conocido en el banquete de Jampol. Este extrañó que no hicieran la ruta de Kiev por Braslav, Raigrod y Skvira, pero no sospechó nada, sobre todo porque Zagloba le explicó que no habían tomado aquel camino por miedo a los tártaros, pues habían oído que llegaban desde el Dniéper. Kuna les manifestó a su vez que había sido enviado por Burlay al regimiento para anunciar su avance, y que el caudillo cosaco llegaría con todas sus fuerzas de Jampol y los tártaros de Budziak, de un momento a otro, a Sarogrod, para continuar desde allí la marcha.

Kmielnizki le había enviado a Burlay mensajeros con la

noticia de que la guerra había empezado, con la orden de conducir a Volinia todos los escuadrones. Burlay hacía tiempo que tenía la intención de atacar a Bar, y sólo esperaba los refuerzos de los tártaros, pues cerca de Bar empezaba la cosa a ir mal para los rebeldes. El regimentario general, Pan Landskoronski, había aniquilado importantes masas de éstos, conquistado la ciudad y ocupado con su guarnición el castillo. Algunos miles de cosacos habían caído en aquel encuentro, y a éstos precisamente quería vengar el viejo Burlay, o al menos recuperar el castillo. Pero Kuna explicó que las últimas órdenes de Kmielnizki de avanzar hacia Volinia desbarataban este plan, y Bar, por entonces, no podría ser sitiado, a no ser que los tártaros se empeñasen en hacerlo por su propia cuenta.

—Bien, Pan Miguel—decía Zagloba al día siguiente:—tenemos a Bar ante nosotros y podría ser llevada allí la princesa por segunda vez, ¡pero el demonio se lleve ese nido! Desde que esos bellacos rebeldes tienen más cañones que las tropas de la Corona, he perdido la confianza tanto en Bar como en cualquier otra fortaleza. Se ciernen negras nubes sobre nosotros.

—No solamente nubes—replicó el caballero,—sino una tempestad. Burlay y los tártaros casi están pisándonos los talones. Si Burlay nos alcanzara, le asombraría que en vez de ir a Kiev vayamos en dirección completamente opuesta.

—Y no vacilaría en enviarnos por camino bien distinto. ¡Ojalá el demonio le enseñe a él primero el camino que va más derecho del infierno! Hagamos un pacto, Pan Miguel: con la chusma me entenderé yo; pero en lo que concierne a los tártaros, vos obraréis por vuestra cuenta.

—A vos os será fácil arreglároslas con la chusma, pues nos cree de los suyos. Pero en cuanto a los tártaros, el único remedio es huir con la mayor rapidez posible, a fin de salir a tiempo de la red que amenaza envolvernos. Los caballos que tenemos son buenos, pero en cuanto se presente ocasión debemos adquirir otros, a fin de que éstos se conserven fuertes.

—El dinero que nos prestó Longinos es suficiente para ello; pero, si no alcanzara, tendrá Rendián que aflojar los táleros de Burlay; y ahora ¡adelante!

Y apresuraron todavía más la marcha. La espuma de los flancos de los caballos volaba en copos blancos sobre la verdosa superficie de la estepa. Pasaron como exhalaciones por Derla y Ladava. En Bar compró Volodiovski nuevos caballos, sin abandonar por eso los antiguos, pues sobre todo los regalados por Burlay eran magníficos potros de raza, por lo que fueron conservados como caballos de relevo, y luego prosiguieron el camino. Cada vez eran más cortos los períodos de descanso; cada vez más raras las entradas en poblados para pernoctar. Todos gozaban de una salud magnífica, y hasta Elena notaba que sus fuerzas iban en aumento, a pesar de las fatigas del viaje. En el barranco había llevado una vida de reclusión, sin abandonar casi nunca su jaula de oro, a fin de no encontrarse con la impúdica Horpina y no tener que oir sus terceriles insinuaciones. Ahora el aire fresco de la estepa le devolvía la salud, sus mejillas se coloreaban de rosa, el sol tostaba su faz y sus pupilas adquirían nuevo brillo. Cuando el viento le agitaba la cabellera dispersándola en guedejas sobre su frente, se hubiera creído estar contemplando a la más linda decidora de la buenaventura, o a una reina de la gitanería que atravesaba la inmensa estepa hacia las floridas praderas, seguida de un cortejo de caballeros.

Volodiovski se había ido acostumbrando poco a poco a mirar el sol deslumbrante de su belleza: el viaje había roto el hielo entre ambos. El menudo caballero había recobrado su antigua alegría y su locuacidad habitual, y colocando su caballo al lado del de la princesa, la hablaba frecuentemente de Lubnie y hacía resaltar su amistad con Skretuski, pues había observado que le oía evocar tales recuerdos llena de complacencia. A veces bromeando le decía:

—Yo soy amigo de Bogun, y a su lado os conduzco, princesa.

Y ella, juntando las manos, como si se asustara horriblemente, le rogaba con indecible dulzura en la voz:

—No hagáis tal, querido caballero; prefiero que me matéis.

—¡Oh! ¡Mataros, no! ¡Haré lo que os he dicho!—contestaba el cruel guerrero.

—¡Matadme!—repetía la princesa, cerrando sus hermosos ojos y tendiendo la nuca hacia su interlocutor.

Parecíale entonces al caballero que le corrían hormigas por la espina dorsal. «¡Esta niña se me sube a la cabeza como el vino!, pensaba. ¡Pero no quiero emborracharme, pues es vino ajeno!» Y el virtuoso señor Miguel se estremecía y se alejaba a galope. Cuando se encontraba hundido como un buzo entre la alta hierba de la estepa, cesaba el hormigueo y el caballero ponía toda su atención en el camino, escrutaba, exploraba. Irguiéndose sobre los estribos, asomaba su rubio bigote por entre las olas de hierba, miraba en torno suyo, escuchaba y husmeaba, como un tártaro cazador en los Campos Salvajes.

Zagloba estaba en sus glorias.

—Ahora la huída es mucho más fácil—decía—que cuando teníamos que huir a pie, como un par de vagabundos, con la lengua fuera. A mí se me secó tanto, que podía raspar madera con ella. Ahora, gracias a Dios, tenemos reposo por la noche y, de cuando en cuando, algo para remojar la garganta.

—¿Recordáis, señor, cómo me pasabais sobre el agua en vuestros brazos?—preguntaba Elena.

—Ya llegará el día, si Dios quiere, en que llevaréis vos también algo en brazos; ya se encargará Skretuski de ello.

—¡Ja! ¡Ja!—reía Rendián.

—¡Callad, deslenguado!—susurraba la princesa, bajando los ojos llena de rubor.

Así pasaban el tiempo, departiendo, bromeando, a fin de que transcurriese más aprisa. Al cabo llegaron a Bar y Joltuskov, comarca por donde había pasado hacía poco el huracán de la guerra. Allí habían acampado las turbas armadas, allí las habían aniquilado recientemente las tropas de Landskoronski, dejando tras sí sólo el incendio; hacía algunos días que se habían retirado a Zbaraz. Nuestros viajeros supieron también, por los habitantes de aquellos poblados, que Kmielnizki con el kan avanzaban al frente de todas sus fuerzas contra los lajes, o mejor dicho, contra los regimentarios generales, cuyas tropas se habían sublevado, pues sólo querían combatir a las órdenes de Visnoviezki. Todo el mundo decía que no tardaría en llegar la catástrofe general, pues el encuentro del «padrecito» Kmielnizki con Jeremías equivaldría al aniquilamiento

de los lajes o de los cosacos. Todo el país, lleno de ardor bélico, echaba mano a las armas y emigraba hacia el Norte para unirse a Kmielnizki. Desde el llano del Dniéster avanzaba irresistiblemente Burlay con todas sus fuerzas, y, obedeciendo sus órdenes, acudían hacia él todas las secciones de guarnición en los cuarteles, puestos de parada y cercos de pasto. Seguíanle sotnias (1), escuadrones, banderas, y con ellos corría como una inmensa ola la masa desordenada de la chusma, armada de trillos, lanzas, horcas de tres puntas, y cuchillos. Los yegüeros y pastores habían abandonado sus moradas rústicas; los aldeanos sus aldeas; los colmeneros sus colmenares; los pescadores salvajes del Dniéster sus escondrijos ribereños; los cazadores sus bosques. Despoblábanse las aldeas, las ciudades y las villas. En las colonias de los tres vaivodatos sólo quedaron las mujeres casadas y los niños, pues hasta las mozas partieron con los bravos contra los lajes. Acercábase por el Este el núcleo de las fuerzas de Kmielnizki cual inmensa tormenta que arrasaba a su paso palacios y castillos, destruyendo totalmente lo que no habían acabado de destrozar las pasadas irrupciones.

Una vez transpuesto Bar, tan lleno de tristes recuerdos para la princesa, llegaron nuestros caminantes a la antigua carretera por Latichov y Ploskirov a Tarnopol, y siguieron hasta Lvov. Se cruzaban a cada momento, ya con grandes convoyes regulares, ya con secciones de infantería y caballería cosaca, ya con bandas de campesinos, ya con inmensas boyadas que, envueltas en nubes de polvo, eran conducidas como aprovisionamiento para los ejércitos cosacos y tártaros. El viaje se fué haciendo más peligroso, pues frecuentemente se les preguntaba a los viajeros quiénes eran, de dónde venían y adónde iban.

A los escuadrones de cosacos les enseñaba Zagloba, en tales casos, el pasaporte de Burlay, contestando:

—Somos enviados de Burlay y le llevamos a Bogun su prometida.

Y a la vista de la insignia del terrible coronel solía abrirse al punto el círculo de cosacos que los rodeaba, tanto

(1) Sección de cien hombres.

más cuanto se opinaba que, si Bogun vivía aún, debía encontrarse ya cerca de los ejércitos del regimentario general, en las proximidades de Zbaraz o de Constantínov. Mucho más penoso fué para nuestros amigos el trato con los grupos del populacho, pastores salvajes, brutos y borrachos, que no tenían la menor idea de la significación de un salvoconducto expedido por los coroneles. Si no hubiera ido Elena con ellos, aquellos brutales campesinos hubieran tomado, desde luego, al señor Zagloba, a Volodiovski y a Rendián por próceres cosacos, como había sucedido muchas veces; pero Elena despertaba la atención de todos, tanto por su sexo como por su extraordinaria belleza, lo que aumentaba los peligros, que los cuatro viajeros a duras penas lograban eludir.

La chusma cedía unas veces ante el salvoconducto de Zagloba y otras ante las terribles despachaderas de Volodiovski, que mandó al otro mundo a más de un campesino. Algunas veces nuestros amigos salieron con vida de imprevistos y apurados trances gracias a la rapidez de los insuperables caballos de Burlay. El viaje, que había empezado tan bien, se iba tornando cada día más difícil.

Elena, aunque animosa por naturaleza, comenzó a resentirse de las muchas noches de insomnio y de los continuos sobresaltos, y su salud empezó a decaer; semejaba una esclava a quien arrastran al campo enemigo. Zagloba se devanaba los sesos inventando nuevas estratagemas, que Volodiovski ponía al punto en práctica. Ambos consolaban a la princesa lo mejor que podían.

—Tenemos que dejar atrás este hormiguero y llegar a Zbaraz antes que Kmielnizki invada con los tártaros toda la región—decía el menudo caballero.

En el camino se había enterado de que los regimentarios generales se reunían allí con la intención de defenderse en la ciudad. Por tanto, se esforzaban por llegar a ella, pues suponían, no sin fundamento, que el príncipe Jeremías, con su división, se uniría a los regimentarios, sobre todo teniendo, como tenía, una parte considerable de su ejército permanente en Zbaraz. Llegaron a Ploskirov. La muchedumbre en la carretera se enrarecía por momentos, pues sólo distaba ya diez millas el territorio ocupado por las

tropas reales. Las bandadas de cosacos no seguían adelante; preferían mantenerse a cierta distancia, esperando la llegada de Burlay por un lado y la de Kmielnizki por otro.

—¡Diez millas solamente! ¡Diez millas nada más!—repetía Zagloba, frotándose las manos.—Si logramos llegar hasta la primera bandera, llegaremos con toda seguridad a Zbaraz.

Volodiovski decidió proveerse de nuevos caballos en Ploskirov, pues los que habían comprado en Bar no servían ya, y los de Burlay debían reservarse para el caso de la más apremiante necesidad. Esta precaución era además muy necesaria, desde que corría el rumor de que Kmielnizki estaba ya ante Constantínov y de que el kan con todas sus hordas avanzaba desde Pilavce.

—Nosotros nos quedaremos con la princesa en el arrabal, pues es mejor no dejarse ver en la plaza de la ciudad—le dijo el pequeño caballero a Zagloba al llegar a una casita abandonada, distante dos estadios de la población.—Vos iréis a preguntar si podemos comprar caballos o si nos quieren cambiar algunos. Declina ya el día, pero debemos cabalgar toda la noche.

—Volveré luego—contestó Zagloba.

Y espoleó su caballo en dirección a la ciudad.

Volodiovski le ordenó a Rendián que aflojase algo los bocados y el aparejo a los caballos, y condujo a la princesa al interior de la casita, a fin de que durmiera un rato luego de beber un poco de vino.

—Debemos hacer diez millas de camino hasta el amanecer—le dijo.—Entonces podremos descansar todos.

No bien había llevado al interior de la casita una bota de vino y algunas provisiones, cuando oyó pisadas de caballo al pie de la puerta.

El caballero enano miró por la ventana.

—¡El señor Zagloba está de vuelta ya!—profirió.—No debe haber hallado caballos.

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente y en el umbral apareció Zagloba, pálido, tembloroso, cubierto de sudor, jadeante.

—¡A caballo!—gritó.

Pan Miguel era un soldado demasiado experto para en

casos parecidos perder el tiempo en preguntas. No se entretuvo tampoco en recoger la bota del vino, la que ya Zagloba había agarrado, sino que asió al punto a la princesa, llevóla al patio y, levantándola sobre la silla, lanzó una rápida mirada a los caballos para ver si estaban bien aparejados.

—¡A caballo!—repitió.

Las herraduras batieron el suelo y pronto desaparecieron jinetes y caballerías en la obscuridad como una tropa de fantasmas.

Galoparon largo tiempo sin descansar, y cuando ya casi les separaba una milla de camino de Ploskirov y la obscuridad era tan profunda (la luna aún no había salido) que era imposible toda persecución, se acercó Volodiovski a Zagloba y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—¡Esperad, Pan Miguel, esperad! Estoy sin aliento, el miedo casi me ha paralizado las piernas. ¡Uf!

—¿Pero qué ha sucedido? ¡Hablad!

—El diablo en persona, el diablo te digo, o un dragón al que le nace nueva cabeza en cortándole la primera.

—Hablad más claro, señor.

—He visto a Bogun en el mercado.

—¿Habláis en serio o estáis delirando?

—Le he visto en el mercado, tan cierto como estoy vivo, y había cinco o seis personas en torno suyo; no he podido contarlas; los pies no me han dado tiempo... Parece que algún mal espíritu se ha puesto en contra nuestra, y ya he perdido del todo la esperanza de poder llevar nuestra empresa a feliz término. ¿Es acaso inmortal ese hijo del infierno? No le digáis nada a Elena... ¡Por el amor de Dios! Vos le dejasteis mal herido, Rendián le entregó al comandante... ¡y todavía vive, está libre y vuelve a atravesarse en nuestro camino! Os aseguro, Pan Miguel, que hubiera preferido ver un fantasma en el cementerio a verle a él. ¡Y estoy condenado a ser siempre el primero que se lo echa a la cara! Ni a un perro le deseo tan mala suerte. ¿Acaso no hay otros hombres en el mundo? ¿No podría encontrarse con otros? No. ¡Conmigo y siempre conmigo!

—¿Y os ha visto?

—Si me hubiera visto, Pan Miguel, no habríais vos vuelto a verme a mí. ¡Eso faltaba!

—Sería muy interesante saber si nos persigue o si se encamina al Valadinka, a casa de Horpina, con la esperanza de pescarnos en el camino.

—Me parece que lleva la ruta de Valadinka. De ser así, vamos nosotros en dirección opuesta a la suya. Ya hay más de dos millas de distancia entre él y nosotros, y dentro de una hora habrá cinco. Cuando en el camino le digan algo sobre nosotros no estaremos ya en Zbaraz, sino en Zolkiev.

—¿Lo creéis así, Pan Miguel? ¡Dios sea alabado! ¡Cualquiera diría que me habéis aplicado un confortante! Pero, ¿cómo es posible que esté en libertad, si Rendián le denunció al comandante de Vlodava?

—Se le habrá escapado al comandante.

—Entonces ese comandante es un bestia y merece que le corten el pescuezo. ¡Rendián! ¡Eh, Rendián!

—¿Qué desea el señor?—preguntó el mozo, acercando su caballo.

—¿A quién denunciaste a Bogun?

—A Pan Regovski.

—¿Y quién es ese Pan Regovski?

—Un gran caballero, capitán de una bandera de coraceros de Su Majestad el rey.

—¡Demonio!—exclamó Volodiovski, chasqueando los dedos.—¡Ahora lo comprendo! ¿No os acordáis de lo que nos contó Longinos referente a la enemistad entre Regovski y Skretuski? Ese hombre es pariente de Lasch y detesta a Juan.

—¡Comprendo, comprendo!—profirió Zagloba.—Por odio a Skretuski habrá dejado libre a Bogun. Pero eso es un acto criminal y merece la horca. Lo denunciaré sin demora.

—Si Dios me permite encontrarme con él—murmuró Volodiovski,—no tendremos necesidad de recurrir a los tribunales.

Rendián no se enteró de más, pues luego de contestar a las referidas preguntas volvió a poner su caballo al lado del de la princesa.

Salió la luna: la niebla que había cubierto la tierra du-

rante la tarde se disipó. Nuestros amigos aflojaron el paso. Volodiovski se ensimismó y Zagloba tardó aún un rato en reponerse de su terrible susto.

—¡Dios libre a Rendián—murmuró—de caer en manos de ese maldito!

—Contádselo para que se asuste un poco él también; mientras tanto, yo escoltaré a la princesa.

—¡Eh, Rendián! ¡Vén acá!

—¿Qué hay?—preguntó el joven, volviendo a acercar el caballo.

Zagloba permaneció un rato callado, esperando que Volodiovski y la princesa se alejasen bastante, y dijo por fin:

—¿Sabes lo que sucede?

—¡No, no sé nada!

—Pan Regovski dejó a Bogun en libertad. Yo mismo le he visto en Ploskirov.

—¿En Ploskirov? ¿Ahora?

—Ahora, sí. ¿No te tiras de la silla?

Los rayos de la luna alumbraban en aquel momento la mofletuda cara de Rendián, pero Zagloba no pudo descubrir en ella la más mínima señal de miedo; con gran asombro vió en ella la misma expresión de rabia bestial que la había afeado al disparar el mozo su pistola contra la hechicera.

—¿No temes, pues, a Bogun?—preguntó el viejo hidalgo.

—¡Señor mío!—contestó el otro.—Si Regovski le ha dejado en libertad, tendré que ponerme de nuevo a buscarle para vengarme del hachazo. No puedo renunciar a la venganza que he jurado, y si ahora no tuviéramos que acompañar a la señorita, volvería grupas más que aprisa y no pararía hasta dar con él.

—¡Cáspita!—pensó Zagloba.—¡Dios me libre de ofender a este mozo!

Y, espoleando el caballo, se acercó a la princesa y a Volodiovski.

Después de una hora de marcha atravesaron el Medvedovka y se internaron en un bosque que se extendía hasta el río, a ambos lados del camino, como una doble y negra muralla.

—Conozco muy bien estos lugares—dijo Zagloba.—El

bosque no es muy grande y tras él hay un cuarto de milla de llanura atravesada por la carretera de la Isla Negra; después vienen selvas más extensas hasta Machín. ¡Quiera Dios que encontremos ya en Machín banderas polacas!

—No estará de más—murmuró Volodiovski.

Durante algún tiempo siguieron avanzando en silencio por la carretera albeante de luna.

—Acaban de pasar dos lobos—gritó Elena de repente.

—Los he visto—dijo el caballero enano.—¡Mirad el tercero!

En efecto, una sombra grisácea atravesó el camino a unos cien pasos de los caballos.

—¡Ved el cuarto!—exclamó la princesa.

—No, es un corzo; mirad, señorita, dos, tres...

—¡Por los cuernos de Belcebú!—exclamó Zagloba.—¡Los lobos perseguidos por los corzos! ¡El mundo al revés!

—¡Aceleremos un poco el paso!—murmuró, intranquilo, Volodiovski.—¡Rendián! ¡Aquí! ¡Pasa adelante con la señorita!

Galoparon, volaron, mejor dicho; poco después se inclinó Zagloba hacia el oído de Volodiovski y le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, Pan Miguel?

—La cosa se pone fea—contestó el interrogado.—Las bestias huyen de algo que las ha despertado en sus guaridas.

—¿Y qué podrá ser?

—Soldados, o cosacos o tártaros, que avanzan por el lado derecho.

—¿Serán nuestras banderas?

—No puede ser; las bestias vienen del Este, de Pilavce; los tártaros, seguramente, avanzan en amplia línea desde allí.

—¡Huyamos, Pan Miguel! ¡Por el amor de Dios!

—No nos queda otro recurso que la huída. ¡Oh!, si no fuera por la princesa, correríamos hasta sus chambules y aprisionaríamos a unos cuantos; pero con ella el avance sería muy difícil si repararan en nosotros...

—¡Serenidad, Pan Miguel! ¿Nos lanzamos dentro del bosque detrás de los lobos, o qué hacemos?

—Eso no puede ser; pues, aunque a las primeras escape-

mos, nos cogerán la delantera, y ¿cómo saldremos entonces?

—¡Que mal nublado se los lleve! Era lo único que nos faltaba. Vamos, Pan Miguel, ¿no os equivocaréis? Los lobos suelen seguir a los ejércitos, pero no huir delante de ellos.

—Los que se hallan a ambos lados de las tropas las siguen, pero los que se encuentran en la vanguardia huyen. Mirad allí, hacia la derecha: entre los árboles brilla una hoguera.

—¡Jesús de Nazaret, rey de los judíos!

—¡Callaos! ¿Queda todavía mucho bosque?

—Pronto llegaremos al extremo.

—¿Y después viene la llanura otra vez?

—Sí, ¡Jesús nos valga!

—¡Callaos! ¿Y luego vuelve a haber bosque?

—Hasta Machín.

—¡Bien! ¡Con tal que no nos alcancen en la llanura! Si conseguimos llegar felizmente hasta el otro bosque, entonces ya estamos en salvo. Marchemos ahora juntos. Afortunadamente, la princesa y Rendián montan los caballos de Burlay.

Espolearon los caballos para alcanzar a Elena y al mozo.

—¿Qué resplandor es ese que se ve a la derecha?—preguntó la princesa.

—¡Señorita!—respondió el caballero chico,—no podemos ocultároslo. ¡Acaso sean hogueras de los tártaros!

—¡Jesús, María!

—¡No os asustéis, señorita! Apuesto el pescuezo a que logramos escabullirnos, pues en Machín están ya nuestras banderas.

—¡Por el amor de Dios! ¡Huyamos!—profirió Rendián.

Enmudecieron como estatuas y galoparon como fantasmas. El bosque fué aclarándose y al fin terminó por completo; la intensidad del resplandor menguaba. De repente se volvió Elena al caballero de baja estatura.

—Señores — murmuró, — juradme que no me dejaréis caer viva en sus manos.

—¡Eso no sucederá mientras yo respire!—contestó Volodiovski.

Galopaban por la estepa, la cual se extendía casi un cuarto de milla y en cuyo extremo se divisaba la negra lí-

nea de otro bosque. Aquella extensión abierta brillaba a la luz plateada de la luna y se distinguían en ella los objetos como si fuera de día.

—Este es el peor trecho del camino—susurró Volodiovski al oído de Zagloba,—pues si vienen de la Isla Negra tendrán que atravesar estos bosques.

Zagloba no contestó, pero picó espuelas.

Habían ya recorrido la mitad de la llanura y los contornos del bosque frontero perfilábanse a cada instante con mayor precisión, cuando de repente el pequeño caballero señaló con la mano hacia el Este.

—¡Mirad!—le dijo a Zagloba.—¡Allí, a lo lejos!

—Son malezas.

—Pero las malezas se mueven. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Nos tienen que ver forzosamente!

El viento silbaba en los oídos de los fugitivos; el bosque salvador se acercaba con rapidez.

De pronto llegó a sus oídos, de la obscura masa adonde había señalado Volodiovski, algo como el rugir de las olas del mar, y un instante después una ensordecedora gritería hendió los aires.

—¡Nos ven!—rugió Zagloba.—¡Los perros! ¡Los granujas! ¡Los demonios! ¡Los lobos! ¡Los bribones!

El bosque estaba ya tan cerca, que los fugitivos sentían en el rostro la frescura de su fragante brisa.

Pero también la masa de tártaros se hacía cada vez más visible, y de aquel obscuro cuerpo empezaban a separarse unos como tentáculos de gigantesco monstruo y se aproximaban con rapidez inconcebible. El experto Volodiovski oía ya con claridad los gritos «¡Alá! ¡Alá!»

—Mi caballo tropieza—gritó Zagloba.

—Eso no tiene importancia—contestó Volodiovski.

Pero rápido como un rayo cruzó por su cabeza un pensamiento horrible. ¿Qué sucedería si los caballos no resistiesen, si cayese uno de ellos? Es verdad que eran magníficos potros tártaros, de férrea resistencia, los que montaban, pero galopaban ya desde Ploskirov y sólo habían moderado un poco la marcha al atravesar el primer bosque. Cierto que también podían relevar sus potros con los dos caballos de mano, pero éstos estaban también muy cansados. ¿Qué

sucedería?, pensaba Volodiovski, y el corazón se le oprimía de angustia, tal vez por primera vez en su vida, no por él, sino por Elena, a la que durante el largo viaje había llegado a querer como a una hermana. ¡Ah, bien sabía él que los tártaros, una vez empezada la persecución, no la abandonarían así como así!

—Aunque nos persigan con denuedo, no se llevarán a Elena—decía para sí, apretando los dientes.

—Mi caballo tropieza—exclamó Zagloba por segunda vez.

—¡Eso no importa!—volvió a contestar Volodiovski.

Por fin penetraron en el bosque. La obscuridad les rodeó; pero algunos tártaros estaban ya sólo a algunos centenares de pasos de distancia.

El caballero chiquito, sin embargo, sabía ya lo que tenía que hacer.

—¡Rendián!—gritó.—¡Desvíate con la señorita por el primer sendero que encuentres!

—¡Bien, señor!

El caballerito se volvió a Zagloba:

—¡Las pistolas en la mano!—ordenó.

Y al mismo tiempo cogió las riendas del caballo del grueso hidalgo, a fin de aminorar su rápida carrera.

—¿Qué hacéis?

—¡Nada! Detened el caballo.

La distancia entre ellos y Rendián, que huía con Elena, era a cada instante mayor. Al cabo llegaron al punto donde la carretera, en una aguda inclinación, se desviaba hacia Zbaraz, mientras que una estrecha vereda, medio cubierta por las ramas, seguía en línea recta. Por ésta se introdujo Rendián, y momentos después desapareció tras él Elena.

Entre tanto, Volodiovski había detenido su caballo y el de Zagloba.

—¡Por la misericordia de Dios! ¿Qué hacéis?—rugió el hidalgo.

—Vamos a contener la persecución. No queda otro medio de salvar a la princesa.

—¡Estamos perdidos!

—Muramos, pues... ¡Quedaos aquí al lado de la carretera! ¡Aquí! ¡Aquí!

Ambos se acurrucaron en la obscuridad de los árboles. El ruído del galope de los caballos tártaros se acercaba como el mugido de una tempestad, haciendo resonar todo el bosque.

—¡Estamos aviados!—refunfuñó Zagloba.

Levantó la bota de vino y, acercándosela a los labios, bebió, bebió...

—*In nômine Patris et Filii et Spiritus Sancti*—exclamó de pronto, sacudiendo la cabeza.—¡Estoy pronto a morir!

—¡Atención! ¡Atención!—murmuró Volodiovski.—Veo avanzar jinetes al frente. ¡Eso es lo que yo quería!

Sobre el iluminado camino aparecieron tres caballeros, los que poseían los mejores caballos indudablemente, los caballos llamados caza-lobos de Ucrania, pues son capaces de alcanzar a un lobo en su huída. Dos o trescientos pasos tras ellos llegaban otros varios, y más lejos la apretada masa de tártaros.

Cuando los tres primeros estuvieron a pocos pasos de los emboscados sonaron dos disparos; inmediatamente el señor Volodiovski, como un lince, saltó al centro del camino, y un instante después, antes que Zagloba pudiera advertir lo que iba a hacer, cayó sobre el tercer tártaro como un rayo.

—¡Adelante!—gritó.

Zagloba no se lo hizo repetir, y ambos galoparon por la carretera cual lobos perseguidos por una furiosa jauría.

Entre tanto, llegaron los otros tártaros junto a los cadáveres, y cuando echaron de ver que aquellos lobos que perseguían podían serles fatales, detuvieron sus caballos para esperar a los demás.

—¿Habéis visto?—dijo Volodiovski.—¡Ya sabía yo que los detendríamos!

Sin embargo, a pesar de que los fugitivos habían ganado algunos cientos de pasos de delantera, la persecución no se interrumpió por largo tiempo; pero los tártaros galopaban ahora en pelotón, no aventurándose a hacerlo desperdigados. Como los caballos de los perseguidos estaban rendidos, su carrera se iba haciendo más lenta. Especialmente el de Zagloba, cuya carga era tan pesada, tropezaba a cada momento; al grueso hidalgo, al pensar en una probable caí-

da, se le ponían de punta los pocos cabellos que le quedaban.

—¡Pan Miguel! ¡Querido Pan Miguel! ¡No me abandonéis!—exclamó desesperado.

—¡Podéis estar seguro de ello!—contestó el menudo caballero.

—Que los lobos..., este maldito caballo...

No acabó su exclamación; la primera flecha silbó en sus oídos, y a ésta siguieron otras, zumbando como tábanos y abejas. Una le pasó tan cerca, que le rozó la oreja. Volodiovski se volvió y disparó de nuevo dos pistoletazos contra los perseguidores.

El caballo de Zagloba dió en aquel momento tal tropiezo, que casi tocó el suelo con los ollares.

—¡Por Dios vivo! ¡Mi caballo cae!—exclamó Zagloba con desgarradora voz.

—¡Saltad de la silla y al bosque!—murmuró Volodiovski.

Diciendo esto, paró su caballo en seco, apeóse de él, y un instante después desaparecía con Zagloba en la obscuridad.

Pero esta maniobra no se les pasó inadvertida a los ojos oblicuos de los tártaros. Algunos desmontaron también y se pusieron a perseguir a los fugitivos.

Las ramas le arrancaron la gorra a Zagloba, le arañaban la cabeza, le destrozaban la ropa, pero él corría como si no tuviera más de treinta años. De cuando en cuando daba con su cuerpo en tierra, pero se levantaba rápido y aceleraba su carrera, jadeando y soplando como un fuelle. Por último, rodó al fondo de un hoyo y vió que ya no podía levantarse, pues las fuerzas le habían abandonado del todo.

—¿Dónde estáis?—susurró Volodiovski.

—¡Aquí! En este hoyo. Esto se acabó. ¡Salvadme, Pan Miguel!

Volodiovski saltó sin vacilar al fondo de la abertura y colocó una mano en la boca de Zagloba.

—¡Callad! Tal vez pasarán de largo. Además, nos defenderemos.

Los tártaros se fueron acercando. Algunos pasaron de largo en efecto, creyendo que los fugitivos habían continuado huyendo; pero otros aflojaron el paso y empezaron a escudriñar el terreno.

Los caballeros contuvieron la respiración.

—¡Que caiga uno aquí dentro!—pensaba Zagloba.—¡Lo despedazo!

Comenzaron a saltar chispas por todas partes; los tártaros iban a encender fuego...

Sus salvajes rostros de pómulos salientes se iluminaban al soplar la yesca con los carrillos inflados. Rodeaban el hoyo, semejantes a maléficos genios del bosque, y el círculo se iba estrechando...

Pero de pronto se oyó un rumor extraño, un estrépito mezclado con confusos gritos, que, partiendo de la carretera, invadía las dormidas profundidades de la espesura.

Los tártaros cesaron de soplar la yesca y se quedaron como petrificados.

La mano de Volodiovski agarró convulsivamente el brazo de Zagloba.

La gritería iba en aumento; de pronto brillaron luces rojas y atronó el espacio una salva de mosquetería; sonaron al punto una segunda, una tercera; y después hendió el aire el grito de *¡Alá!* Nuevamente se oyó chocar de sables, resoplar de caballos, galopar... En la carretera se trababa un combate.

—¡Los nuestros! ¡Son los nuestros!—gritó Volodiovski.

—¡Matad! ¡Asesinad! ¡Degollad!—rugía Zagloba.

Un segundo después pasaban por cerca del hoyo algunos tártaros en loco pánico, corriendo a todo correr, tratando de unirse con los suyos.

Volodiovski no pudo contenerse y salió tras ellos, al través de la espesura, degollando a los que alcanzaba.

Zagloba se quedó solo en el fondo del hoyo.

Algún tiempo después intentó salir, pero en vano. Todos los huesos le dolían, apenas podía tenerse en pie.

—¡Eh, granujas!—decía, mirando en todas direcciones.—Habéis huído. ¡Lástima no haya quedado aquí alguno! Al menos habría yo tenido compañía en este agujero, y le habría enseñado dónde crece la pimienta. ¡Oh, paganos! ¡Seréis degollados como borregos! ¡Dios mío! ¡La gritería crece a cada instante! ¡Me alegraría que el mismo príncipe Jarema estuviese aquí; él os calentaría las costillas! ¡Gritad! ¡Pronto gritarán *Alá* los lobos sobre vuestras carro-

ñas!... ¡Pero este Pan Miguel haberme dejado solo aquí! ¡Bah!, no es extraño. Es fogoso, pues es joven. Después de esta expedición iría con él al mismo infierno, pues no abandona a los amigos a su suerte en caso de peligro. ¡Entiende su oficio esa avispa! En un momento hundió su aguijón en aquellos tres. Si al menos tuviese yo aquí la bota del vino...; pero seguramente el diablo se la habrá llevado ya..., los caballos la habrán deshecho. Sólo faltaría que me picara algún escorpión en este agujero. ¿Pero qué es esto?

El estrépito y los disparos de la mosquetería se alejaban en dirección a la llanura, hacia el primer bosque.

—¡Ah! Ya les van pisando los talones. No habéis resistido, hijos de perro. ¡Dios sea bendito y alabado!

La gritería siguió alejándose.

—¡Huyen a galope tendido! Pero estoy viendo que voy a tener que quedarme, por ahora, dentro de este agujero. No faltaba más sino que me comieran los lobos. Primero Bogun, después los tártaros y para postre los lobos. ¡Dios conceda a Bogun el palo y a los lobos la hidrofobia, pues a los tártaros ya sabrán despacharlos los nuestros! ¡Pan Mígue!! ¡Pan Miguel!

Sólo el silencio contestó a la llamada de Zagloba. Murmuraba el bosque, y el ruído de la lucha se iba apagando en la distancia.

—¡Sabe Dios si tendré que dormir aquí! ¡El diablo cargue con todo! ¡Eh! ¡Pan Miguel!

Pero la paciencia de Zagloba tuvo que soportar todavía una larga prueba, pues ya empezaba a amanecer cuando se oyó de nuevo ruído de herraduras por la carretera y brillaron algunas luces en las tinieblas del bosque.

—¡Pan Miguel! ¡Estoy aquí!—gritó el hidalgo.

—¡Salid, pues!—contestó el menudo caballero.

—¡Ay, si al menos pudiera!

El señor Miguel se acercó con la antorcha a la hoya y, alargándole la mano al grueso hidalgo, dijo:

—¡Vamos! Los tártaros están lejos. Les hemos echado más allá de aquel bosque.

—¿Y quiénes de los nuestros son los que han llegado?

—Kusel y Roztvorovski, con dos mil caballos. Mis dragones vienen también con ellos.

—¿Y eran muchos los tártaros?

—Varios miles.

—¡Gracias a Dios que estamos en seguridad! Pero dadme algo de beber, pues me he puesto muy débil.

Dos horas después, convenientemente comido y bebido, se encontraba Zagloba sobre una cómoda silla, entre los dragones de Volodiovski. Junto a él cabalgaba el pequeño caballero y decía:

—No os acongoje el que no lleguemos luego con la princesa a Zbaraz, pues hubiera sido mucho peor que hubiese caído en esas manos paganas.

—¿No creéis que Rendián se encamine con ella a Zbaraz?—preguntó Zagloba.

—Eso no lo hará. La carretera estará ocupada, pues el chambul de tártaros que acabamos de rechazar pronto volverá sobre nuestras huellas. Además, Burlay tiene que llegar de un momento a otro y estará en Zbaraz antes que Rendián. Y, por otro lado, desde Constantínov avanza Kmielnizki con el kan. Creo que el mozo tendrá todo esto en cuenta.

—¡Oh, Dios mío! Entonces caerán en la trampa...

—Depende sólo de Rendián; él encontrará la ocasión de escabullirse por la carretera de Zbaraz a Constantínov, sin permitir que le envuelvan los regimientos de Kmielnizki o los chambules del kan. Creedme: tengo firme confianza en él.

—¡Quiera Dios que acertéis!

—Ese muchacho es astuto como un zorro. A vos no os faltan nunca artimañas, pero él es mucho más astuto. Nos hemos quemado los cascos pensando en el modo de salvar a la muchacha, y cuando ya habíamos renunciado a toda esperanza, él ha dado en el quid. Ahora se escurrirá como una serpiente, y más aún porque le va en ello su propio pellejo. Tened confianza en Dios, que tantas veces ha protegido a Elena, y pensad que vos mismo, en Zbaraz, os encomendabais a Dios cuando llegó Zacar.

Estas palabras consolaron algo a Zagloba, que se puso muy pensativo.

—Pan Miguel—preguntó al cabo de un rato,—¿le habéis preguntado a Kusel qué ha sido de Skretuski?

—En este momento se encuentra en Zbaraz, gracias a Dios en buena salud. Ha llegado con Basilio Zachvilijovski de ver al príncipe Korizki.

—¿Y qué le diremos?

—No sé, no sé...

—¿Sigue creyendo que la muchacha fué asesinada en Kiev?

—Sí.

—¿Y le habéis dicho a Kusel o a algún otro amigo de dónde venimos?

—No he dicho aún nada, pues creo que antes debemos ponernos de acuerdo.

—Lo mejor es, en mi sentir, que todo quede en secreto. Si la muchacha, lo que Dios no quiera, cayese otra vez en manos de los cosacos o de los tártaros, sería esto para Skretuski un nuevo dolor, ni más ni menos que si a uno le abriesen las heridas recién cicatrizadas.

—Apuesto la cabeza a que Rendián la pondrá en salvo.

—También yo daría gustoso la mía, pero veo que las desgracias han invadido el mundo como una peste. Más vale que callemos y lo confiemos todo a la voluntad de Dios.

—Sea así. ¿Pero guardará Pan Longinos también el secreto? ¿No le dirá nada a Skretuski?

—Mal conocéis a Pan Longinos. Ha dado su palabra de caballero y esto es para el estrambótico lituano cosa sagrada.

En aquel momento se unió Kusel a ellos y los tres continuaron la caminata a los primeros rayos del sol, poniéndose en autos mutuamente de las novedades políticas, de la reciente llegada de los regimentarios a Zbaraz merced a las gestiones del príncipe Jeremías, de la próxima llegada del príncipe y de la inminencia de la lucha con las tropas de Kmielnizki, inevitable, fatal...

CAPÍTULO IV

Volodiovski y Zagloba encontraron en Zbaraz a todas las tropas reales, concentradas en espera del enemigo. Estaban allí el copero de la Corona, que había llegado de Constantínov; Landskoronski, castellano de Kamiénez, que ya se había distinguido por sus heroicas hazañas en Bar; el tercer regimentario general Firley de Dombroviza, castellano de Belz; Andrés Sierakovski, el protonotario de la Corona; Koniezpolski, el abanderado, y Priemski, el general de artillería, hombre de una gran experiencia, especialmente en la toma de ciudades y en la disposición de la defensa. Conducían con ellos diez mil hombres de tropas cuartanas. Además, algunas banderas del príncipe Jeremías estaban ya acuarteladas en Zbaraz.

Priemski había instalado un poderoso campamento en los arrabales del Sur de la ciudad, lindando con el castillo, detrás de dos estanques y del riachuelo Gniezna, fortificándolo según procedimiento extranjero, de forma que sólo era expugnable de frente, puesto que por detrás y por los lados lo defendían los estanques, el riachuelo y el castillo.

En este campamento pretendían los regimentarios resistir el empuje de Kmielnizki. y detener aquella avalancha hasta la llegada del rey con el resto de sus tropas y de las milicias generales de la nobleza. ¿Pero era realizable este plan, atendido el poder de Kmielnizki? Muchos lo dudaban, fundándose en justas razones, siendo la primera de todas que en el campamento había serios desórdenes. Reinaba una discordia mal disimulada entre la oficialidad. Los regimentarios generales sólo por obligación habían venido a Zbaraz, acatando la voluntad del príncipe Jeremías. Al principio tenían la intención de defenderse en Constantínov; pero tan pronto como se corrió la voz de que el príncipe Jeremías sólo intervendría, personalmente, en la ba-

talla en caso do que fuera elegido Zbaraz por punto de defensa, las tropas habían declarado a su oficialidad que no querían ir sino a Zbaraz y que no lucharían en lugar alguno más que allí. Ni la autoridad de la bulava logró disuadirlos, y pronto hubieron de reconocer los regimentarios que, si seguían oponiéndose, el ejército, desde las banderas pesadas de los húsares hasta el último soldado de los batallones mercenarios extranjeros, desertaría y se pasaría a las banderas de Visnoviezki. Este fué uno de los tristes y en aquel tiempo frecuentes ejemplos del relajamiento de la disciplina militar, originado por la incapacidad de los jefes, la discordia reinante entre ellos y el terror inconcebible que infundía el poder de Kmielnizki, unido a las recientes derrotas, sin precedente, sobre todo la de Pilavce.

Los regimentarios, pues, tuvieron que ir a Zbaraz, donde, a pesar de los nombramientos reales, el mando supremo, por la fuerza de las circunstancias, había de ser asumido por Visnoviezki, pues el ejército no quería obedecer a nadie más que a él, dispuesto a luchar y morir sólo a sus órdenes. Pero este caudillo no estaba todavía en Zbaraz, por lo que iba creciendo la intranquilidad en el ejército, la disciplina relajándose cada día más y el ánimo decayendo; pues ya se sabía que Kmielnizki y el kan avanzaban al frente de un ejército tan numeroso como jamás lo habían contemplado ojos humanos, desde los tiempos de Tamerlán. Cada día corrían nuevas noticias, semejantes a pájaros de mal agüero, por el campamento; a cada momento se extendían nuevos y terroríficos rumores que amenguaban el valor de los soldados. Se temía que un pánico semejante al de Pilavce sobrecogiera y dispersara aquel puñado de tropas que debía obstruir a Kmielnizki el paso al corazón de la república. Los mismos jefes iban perdiendo la serenidad. Sus órdenes contradictorias no se obedecían del todo o se obedecían de mala gana. Sólo Visnoviezki era capaz de evitar el desastre que se cernía sobre el ejército y sobre el país.

En cuanto Zagloba y Volodiovski llegaron con las banderas de Kusel, se encontraron en pleno torbellino guerrero. En el patio de armas fueron rodeados por los compañeros de las diversas banderas, que atropelladamente les pedían noticias. Al ver a los prisioneros tártaros, la gente

sintió renacer en su corazón la confianza: «¡Les han hecho una sangría a los tártaros! ¡Tártaros prisioneros! ¡Dios ha concedido una victoria!,» gritaban unos. «¡Los tártaros llegan y Burlay con ellos!,» clamaban otros. «¡A las armas, señores! ¡A las murallas!» La noticia corrió por todo el campamento, y la victoria de Kusel tomaba proporciones gigantescas. Un inmenso gentío rodeaba a los prisioneros: «¡Matadlos!, gritaba. ¿Qué vamos a hacer de ellos?» Las preguntas caían como copos de nieve, pero Kusel no quiso contestar y se encaminó al cuartel del castellano de Belz a informarle. Volodiovski y Zagloba eran saludados, entre tanto, por sus conocidos de las banderas rutenas, pero procuraban escabullirse, pues les urgía ver a Skretuski.

Le encontraron en el castillo con el viejo Zachvilijovski, dos frailes bernardinos del lugar y Pan Longinos. Skretuski palideció un poco al verles, pues la presencia de sus dos amigos evocaba dolorosos recuerdos en su alma. Pero, no obstante, les saludó tranquilo, casi alegremente; les preguntó dónde habían estado, y su respuesta un poco vaga no le pareció extraña, ya que teniendo a la princesa por muerta, no podía suponer ni remotamente que la larga ausencia de sus amigos tuviera la más pequeña relación con ella. No aludieron ni una sola vez al objeto de su expedición, a pesar de que Longinos no dejaba de mirarles, suspiraba y se agitaba intranquilo en su asiento, tratando de leer al menos una señal de esperanza en sus rostros. Ambos tenían puesta toda su atención en Skretuski, a quien el señor Miguel abrazaba a cada momento, pues se le partía el corazón al contemplar a aquel fiel y antiguo amigo, con el que tantas hazañas había llevado a cabo, convertido en un hombre para quien la vida no tenía ya casi valor.

—Mira—le decía Volodiovski al sin ventura,—de nuevo volvemos a reunirnos todos los antiguos compañeros de armas, y no lo has de pasar mal entre nosotros. Según veo, estamos en vísperas de una guerra como jamás se ha conocido, y ello causa gran placer en el alma de todo buen soldado. Si Dios te da salud, más de una vez volverás a acaudillar a tus húsares.

—Dios me ha devuelto ya la salud—contestó Skretuski—

y no tengo otro deseo sino servir a la patria mientras sea preciso.

Skretuski estaba realmente sano, pues su juventud y el vigor de que estaba dotado habían vencido a la enfermedad. Las zozobras habían carcomido su alma, pero no habían logrado destruir el cuerpo.

Había adelgazado mucho y estaba tan descolorido, que su frente, sus mejillas y su nariz parecían modeladas en cera. Su rostro seguía inmóvil, rígido como el de un cadáver, y numerosas canas plateaban su negra barba; pero, por lo demás, no se distinguía en nada del resto de las gentes, a no ser en que iba en contra de las costumbres de la soldadesca, por su aversión al bullicio y a la bebida, y gustaba del trato con monjes, cuyas conversaciones sobre la vida monacal y la vida futura le interesaban en extremo. No obstante, cumplía concienzudamente con su obligación y se ocupaba, como los demás, de todo lo concerniente al próximo asedio.

Pronto se tocó, en la conversación, este punto, pues nadie en todo el campamento, en el castillo y en la ciudad, pensaba en otra cosa. El viejo Zachvilijovski preguntó por los tártaros y por Burlay, a quien ya conocía de antiguo.

—Es un gran guerrero—dijo—y es de lamentar que se haya rebelado con los otros contra la patria. Hemos servido juntos en Jócim, cuando aún no era más que un adolescente, pero ya prometía llegar a ser un hombre extraordinario.

—Es oriundo del Trans-Dniéper y manda cosacos del Llano—observó Skretuski.—¿Cómo es que ahora viene del Sur, desde Kaménez?

—Probablemente—repuso Zachvilijovski—le habrá enviado Kmielnizki a invernar allí, pues Tugay-Bey se quedó junto al Dniéper, y este moro le guarda desde antiguo un gran rencor a Burlay. Nadie ha bataneado tanto como Burlay la piel de los tártaros.

—¡Y ahora se ha convertido en aliado suyo!

—¡Sí! ¡Así están los tiempos! Pero Kmielnizki tendrá que estar con cien ojos para que no se muerdan.

—Decid, ¿cuándo esperáis la llegada de Kmielnizki?—preguntó Volodiovski.

—De un día a otro. Pero ¿quién puede saberlo? Los re-

gimentarios deberían enviar patrulla tras patrulla, y sin embargo no lo hacen. Gracias a que he podido conseguir que enviaran a Kusel hacia el Sur y a los señores Piglovski hacia el mojón de Cholgan. Yo mismo hubiese querido ir, pero me detienen los consejos sucesivos que se celebran... Se dice que se enviarán algunas banderas al señor protonotario de la Corona. ¡Ojalá se den prisa, y no vuelvan a llegar demasiado tarde! Dios nos traiga lo más pronto posible a nuestro príncipe; cuando no, ocurrirá la misma vergüenza de Pilavce.

—He visto a los soldados al atravesar el patio del castillo—dijo Zagloba—y me parece que entre ellos hay más estúpidos que buenos guerreros. Sirven para buhoneros, no para aliados nuestros, para luchar junto a nosotros que amamos la gloria y la ponemos por encima de nuestra propia vida.

—¡Qué habláis ahí!—gruñó el anciano.—No quiero poner en duda vuestra valentía a pesar de que antes tenía una opinión muy distinta de vos; pero no olvidéis que también son caballeros todos los que aquí están: los mejores y más fieles soldados de la república. Sólo les falta el mando, ¡el caudillo! Pan Kamienizki es un perfecto caballero, pero carece de dotes de mando; Pan Firley es viejo, y, en cuanto al copero, ya sabéis cómo se condujeron en Pilavce él y el príncipe Dominico. ¿Cómo asombrarse de que no se les preste obediencia? El soldado vierte gustoso su sangre si tiene la seguridad de que no se le sacrifica a tontas y a locas. Y mirad, ahora mismo, en vez de pensar en el asedio, disputan sobre el puesto que cada uno ha de ocupar.

—¿Hay provisiones suficientes?—preguntó Zagloba intranquilo.

—También de esto hay menos de lo que debía haber, y de forraje para las caballerías andamos peor provistos aún. Si el cerco se prolonga más de un mes, tendremos que alimentar a las bestias con virutas y piedras.

—Aún sería tiempo de pensar en eso—dijo Volodiovski.

—Id, pues, a decírselo. Dios nos mande al príncipe, repito.

—No sois vos solo, señor, el que suspira por él—terció Longinos.

—Ya lo sé—contestó el anciano.—Observad la plaza de armas. Todos están ante los muros y miran ansiosos a las murallas del viejo Zbaraz; otros suben a las torres de la ciudad, y cuando alguno grita por broma: «¡Ya viene!,» todos retozan de alegría. El sediento ciervo no anhela tanto el agua como nosotros a él. ¡Si al menos llegara antes que Kmielnizki! Casi creo que ha habido ya algunos encuentros.

—También nosotros rogamos a Dios por su llegada—agregó uno de los bernardinos.

Los deseos de todos habrían de verse cumplidos pronto, a pesar de que el siguiente día trajo nuevas zozobras y señales de mal agüero. El jueves, 8 de julio, descargó una terrible tempestad sobre la ciudad y las recién fortificadas murallas. La lluvia caía a torrentes, y una parte de los trabajos de fortificación fué arrastrada. El Gniezna y los dos estanques se desbordaron. Por la noche cayó un rayo sobre una bandera de los fusileros del castellano de Belz, señor Firley, la redujo a cenizas y mató a varios hombres, lo que fué tenido por un mal presagio, por una visible señal de la cólera de Dios, mayormente por ser el señor Firley calvinista. Zagloba propuso enviarle una comisión para pedirle que se convirtiera a la religión católica, pues «la bendición de Dios no podía caer sobre un ejército cuyo caudillo vivía en pecaminosa rebeldía contra el cielo.»

Muchos fueron del mismo parecer, y sólo el respeto a la persona del castellano y a la bulava evitaron el envío de la comisión. Pero el valor decreció mucho más. La tempestad rugía terriblemente. Las murallas, a pesar de estar aseguradas con piedras, trenzados de sauces acuáticos y empalizadas, se reblandecían de tal manera, que las cureñas de los cañones empezaban a hundirse. Fué necesario colocar tablas debajo de las culebrinas, morteros y octavas. En las profundas trincheras corría el agua a la altura de un hombre. Tampoco con la noche renació la tranquilidad. El huracán seguía trayendo del oriente nuevos nubarrones gigantescos, que con temeroso aspecto se amontonaban en el cielo y, cerniéndose sobre Zbaraz, lanzaban torrentes de agua, rayos y truenos... Sólo los ordenanzas se quedaron en el campamento; los miembros de la cofradía, los más viejos y los regimentarios, con excepción del castellano de

Kamiénez, se refugiaron en la ciudad. Si Kmielnizki hubiera llegado al mismo tiempo que la tormenta, habría tomado el campamento sin encontrar la más mínima resistencia.

A la mañana siguiente la situación mejoró un poco, a pesar de que seguía lloviznando. A eso de las cinco de la tarde el viento disipó los nubarrones, el azulado cielo se extendió sobre el campamento y, en dirección al viejo Zbaraz, brillaron los soberbios siete colores del arco iris, cuya inmensa curva parecía tocar con un extremo detrás de Zbaraz y con el otro introducirse en la humedad del obscuro bosque; la brillante aparición lucía, fulguraba y jugueteaba sobre el fondo de los fugitivos nubarrones.

La confianza renació en todos los pechos. Los caballeros volvieron al campamento y subieron sobre los resbaladizos vallados para gozar de la visión del espléndido fenómeno meteorológico. Pronto empezó a discutirse con gran agitación sobre lo que podía significar aquel fausto signo, cuando Volodiovski, que estaba con otros al mismo borde del foso, poniéndose la mano sobre sus ojos de lince a guisa de visera, exclamó:

—¡Llegan tropas por debajo del arco iris! ¡Son gente de guerra!

Hubo una gran agitación, como si el huracán hubiera movido aquella aglomeración de gentes, y de repente se propagó un extraño rumor. Las palabras «¡Llegan tropas!» volaban, como flechas, de un extremo a otro de las vallas. Los soldados empezaron a apretujarse, a empujarse, a aglomerarse. El rumor se apagó, reinó el silencio; todas las manos se colocaban sobre los ojos a modo de visera, todos los ojos se enderezaban ávidamente hacia la lejanía, los corazones latían violentamente, entre temerosos y esperanzados.

No tardó en aparecer debajo del arco iris algo que se dibujaba a cada instante más distintamente en la lejanía, algo que se acercaba, se acercaba... Eran banderas, *bunchuques* y estandartes, seguidos de todo un bosque de gallardetes; los ojos ya no dudaron más: eran soldados.

Entonces brotó un inmenso grito de todos los pechos, un grito de infinita alegría:

—¡Jarema! ¡Jarema! ¡Jarema!

Los soldados más viejos fueron acometidos de un verdadero frenesí. Unos saltaban de las murallas, atravesaban el foso y corrían sobre la encharcada planicie para recibir a los que llegaban; otros lanzábanse sobre sus caballos; otros reían, otros lloraban, juntaban las manos o las tendían hacia el cielo, gritando: «¡Ya llega nuestro padre, nuestro salvador, nuestro caudillo!» Cualquiera diría que el cerco había sido levantado ya, que Kmielnizki había sido derrotado.

Entre tanto los escuadrones del príncipe se iban acercando y ya podían reconocerse las insignias. Rompían la marcha, como de costumbre, la caballería ligera de los tártaros del príncipe, los valacos y los cosacos de tropa; detrás se veían los infantes extranjeros de Majnizki, luego la artillería de Wúrzel, los dragones y las banderas pesadas de húsares. Los rayos del sol se reflejaban en los armamentos, en las puntas de las enhiestas lanzas. Todos avanzaban rodeados como de un magnífico resplandor, que parecía la gloriosa aureola de la victoria.

Skretuski, que se encontraba con Longinos sobre el vallado, reconoció desde lejos a su bandera, que había dejado en Zamost; al reconocerla, un pálido rubor asomó a las mejillas de cera del caballero. Suspiró profundamente, como si quisiera arrojar de su pecho una pesadísima carga, y los ojos le brillaron más alegres. Dentro de poco había de realizar actos casi sobrehumanos, emprender luchas heroicas, y no hay nada tan apropiado para curar heridas del corazón, para desvanecer dolorosos recuerdos o para sepultarlos en los abismos del alma. Casi no separaban ya a los escuadrones más que mil pasos del campamento. Todos los oficiales se acercaron para ver la llegada del príncipe; lo mismo hicieron los tres regimentarios y Priemski, el abanderado de la Corona, el estaroste de Krasnostav, Korf, y otros oficiales, tanto de las banderas polacas como de las extranjeras. Todos participaban de la general alegría, especialmente el regimentario Landskoronski, que, aunque era mejor guerrero que caudillo, amaba la guerra sobre todas las cosas. Señalando con la bulava a las tropas que llegaban, dijo en voz bastante alta para que todos pudieran oirle:

—Mirad, allí viene nuestro generalísimo, y yo soy el primero que le cede el mando supremo.

En aquel instante entraban los soldados del príncipe en el campamento. Sumaban en conjunto tres mil hombres, pero creció el valor en todos los corazones como si hubieran sido cien mil, pues en ellos veían nada menos que a los vencedores de Pogrebische, Niemírov, Majnovka y Constantínov. Amigos y conocidos saludábanse. En pos de los regimientos ligeros avanzó con pesada lentitud la artillería de Wúrzel, que llevaba consigo cuatro morteros de mano, dos falconetes de largo alcance y seis cañoncitos de metralla tomados al enemigo. El príncipe, que en Viejo-Zbaraz había despachado a toda su gente, llegó al anochecer, después de la puesta del sol. De todas partes acudían gentes a su encuentro; los soldados, con braserillos de pez, hachas de viento, antorchas y toda clase de maderas resinosas encendidas, rodearon al caudillo en tal número que no podía avanzar un paso. Cogiéronle el caballo por las riendas para poder contemplar durante más tiempo los ojos del glorioso héroe, besaron el borde de su vestido, y poco faltó para que le llevaran en hombros. El júbilo llegó a tal extremo que no sólo los nacionales, sino también los soldados extranjeros se ofrecían a servir un trimestre sin paga. La muchedumbre iba en aumento en torno del príncipe. Jeremías montaba su blanco alazán, semejante, entre los soldados, al pastor entre sus ovejas. Los vivas y la gritería no cesaban.

La noche se hizo clara y serena. En el cielo brillaban miles de estrellas. Precisamente en el momento en que el señor Landskoronski, con la bulava en la mano, se acercaba al príncipe para ofrecérsela, se deslizó una estrella por la bóveda celeste, produciendo un gran ruido y dejando una estela luminosa en dirección de Constantínov, por donde se esperaba la llegada de Kmielnizki.

—¡Era la estrella de Kmielnizki!—gritaron los soldados.

—¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡Una señal evidente! ¡Viva Jaremas *Víctor!*—exclamaron mil voces.

Y el castellano de Kamiénez se acercó, haciendo con la mano señal de que quería hablar. Reinó el silencio.

—El rey me ha entregado el bastón de mando—dijo el

castellano,—pero yo lo deposito en vuestras triunfadoras manos, más dignas que las mías, y soy el primero en ponerme bajo de vuestras órdenes.

—Y nosotros con él—exclamaron los otros dos regimentarios.

Tres bulavas alzáronse hacia el príncipe, pero él, retirando la mano, repuso:

—No soy yo, señores, quien os ha confiado esas bulavas, y por tanto no soy yo tampoco quien ha de despojaros de ellas.

—¡Que la vuestra sea, pues, al lado de las nuestras, la cuarta!—contestó Firley.

—¡Viva Visnoviezki! ¡Vivan los regimentarios!—gritaron todos los caballeros.—Queremos vivir y morir juntos.

En este momento levantó el alazán del príncipe la cabeza, y sacudiendo las crines coloreadas de púrpura, relinchó fuertemente, y todos los caballos del campamento le contestaron al unísono.

También fué considerado esto como una señal de la victoria. Los ojos de los soldados brillaban de valerosa osadía, los corazones palpitaban de ardor bélico y un estremecimiento de fogoso denuedo sacudió de pies a cabeza a los guerreros. Los oficiales participaban de la exaltación general. El copero de la Corona lloraba y rezaba; el castellano de Kamiénez y el estaroste de Krasnostav empezaron a chocar los sables; los soldados se subían a los bordes de los vallados, tendiendo las manos, en la obscuridad, en la dirección por donde había de llegar el enemigo, y gritando:

—¡Venid, hijos de perro! ¡Estamos preparados!

Aquella noche no durmió nadie en el campamento; hasta la mañana siguiente resonaron las exclamaciones de alegría y brillaron los fulgores de hachas y antorchas.

A eso del amanecer volvió el protonotario de la Corona, Sierakovski, al frente de su patrulla, que había ido en exploración al mojón de Cholgan, y trajo la noticia de que el enemigo se encontraba a una distancia del campamento de unas cinco millas. Había sostenido su destacamento una lucha con el grueso de las fuerzas tártaras, pereciendo en ella los dos señores Maukovski, Oleksich y otros varios com-

pañeros de armas. Los exploradores enemigos apresados confirmaron que tras de la horda de tártaros avanzaban Kmielnizki y el kan con el grueso de todas sus fuerzas.

El día transcurrió entre preparativos y disposiciones para la defensa.

El príncipe, después de aceptar el mando supremo sin largas vacilaciones, se ocupó de ordenar el ejército, designando a cada uno su puesto, explicando cómo había de defenderse cada cual y cómo debía acudir en ayuda de los demás. En el campamento empezó a reinar un buen espíritu marcial; la disciplina se restableció, y al anterior desorden, a las órdenes contradictorias, a la incertidumbre, sucedió una perfecta armonía. Ya al mediodía estaban todos en sus respectivas posiciones. Los centinelas, distribuídos delante del campamento, notificaban a cada instante lo que sucedía en los alrededores. Las tropas de servicio enviadas a las aldeas cercanas traían provisiones y forraje, todo cuanto se pudo reunir precipitadamente; y los soldados en las zanjas de defensa conversaban y cantaban alegremente. La noche la pasó el ejército dormitando en torno de las fogatas, la mano en la empuñadura del sable, preparado a la pelea, como si de un momento a otro la tormenta del ataque debiera descargar sobre la fortaleza.

Al amanecer divisóse un punto negro en dirección a Visnioviez.

Las campanas de la ciudad tocaron alarma, y en el campamento resonó el toque prolongado y quejumbroso de las trompetas de alerta, invitando a los guerreros a la vigilancia. Los regimientos de infantería salieron de los vallados, la caballería tapó las salidas, dispuesta al ataque a la menor señal, y a lo largo de los baluartes eleváronse en el aire las sutiles espirales de humo de las mechas encendidas. En aquel momento apareció el príncipe sobre su blanco alazán. Iba protegido por una coraza de plata, pero sin yelmo. Su rostro brillaba de júbilo; ninguna preocupación ensombrecía su frente.

—¡Tenemos huéspedes, señores! ¡Tenemos huéspedes!—dijo, cabalgando a lo largo del vallado.

Reinó el más profundo silencio: sólo se oía el aleteo de las banderas, que el viento desplegaba y plegaba contra sus

astas. El enemigo estaba ya tan cerca, que se podían abarcar todas sus tropas con la mirada.

Era sólo la primera ola, la vanguardia, la que llegaba; no Kmielnizki con el kan, sino sólo una primera expedición de treinta mil hombres, expertos tártaros, armados con arcos, arcabuces y sables. Después de hacer prisioneros a mil quinientos hombres de servicio que habían sido enviados en busca de provisiones, avanzaban en nutridas filas desde Visnioviez, y extendidos en forma de una amplia media luna, avanzaban también, desde la dirección inversa, hacia Viejo-Zbaraz, en orden de batalla.

Luego que el príncipe se hubo convencido de que sólo se trataba de la vanguardia, ordenó que la caballería abandonase el campo atrincherado. Sonaron las voces de mando, los escuadrones se pusieron en movimiento y salieron de detrás de los vallados como un enjambre de abejas de la colmena. El llano se cubrió de hombres y de caballos. Veíase a los jefes de caballería empuñando la maza de armas y recorriendo los escuadrones para ponerlos en orden de batalla. Los caballos resoplaban alegremente y de cuando en cuando corría un relincho por sus filas. Destacáronse de aquella masa dos banderas de tártaros y cosacos del príncipe, y avanzaron a trote corto. Los arcos azotaban sus espaldas, los bacinetes brillaban. Avanzaban silenciosos. A su frente iba Viérsul, encendido el rostro. Su caballo se agitaba como loco, encabritándose a cada instante, como ansioso de romper las riendas y lanzarse al combate.

Ni una nubecilla se veía en el cielo; el día estaba claro y sereno, permitiendo ver perfectamente al enemigo.

En aquel momento apareció por la parte de Viejo-Zbaraz el pequeño convoy del príncipe, que no había podido llegar de Sich al mismo tiempo que el núcleo de las tropas; ahora avanzaba con la mayor rapidez para llegar a Zbaraz antes que la horda tártara le cortara el camino. Pero no pasó inadvertido a la vista de aquélla, pues pronto se puso en movimiento hacia ellos una nutrida media luna de tártaros que avanzaban al galope. Los gritos de «¡Alá!» llegaron hasta los oídos de los fusileros de las murallas. Las banderas de Viérsul volaron como un huracán en ayuda del convoy.

Pero la media luna le alcanzó antes y lo rodeó en un abrir y cerrar de ojos, semejante a una cinta negra. En el mismo instante, algunos miles de tártaros, lanzando salvajes alaridos, se arrojaron contra Viérsul con la intención de rodearle igualmente; pero ahora pudo admirarse la experiencia de Viérsul y la pericia de sus soldados. Cuando vieron que los tártaros trataban de envolverlos por ambos lados, sus fuerzas se dividieron en tres partes, saltaron hacia los flancos y volvieron a dividirse en cuatro partes y luego otra vez en dos; y cada vez se veía obligado el enemigo a cambiar de frente y a dividir sus alas, toda vez que no tenía a nadie ante sí. A la cuarta maniobra se encontraron cuerpo a cuerpo, pero Viérsul eligió la parte más flaca del enemigo, y al primer ataque rompió sus filas, encontrándose de esta manera a espaldas de las mismas. Entonces voló como el huracán hacia el convoy, sin cuidarse de que pronto volvieran a perseguirle. Jefes veteranos que contemplaban aquello desde las murallas se golpeaban las caderas, gritando:

—¡Bravo! ¡Vaya un modo de maniobrar! ¡Sólo los capitanes del príncipe saben mandar así!

Viérsul, entre tanto, se lanzó con la rapidez del viento, como una aguda cuña, contra los que rodeaban al convoy, los atravesó al modo que una flecha atraviesa el cuerpo del soldado, y se encontró, en un instante, en el centro de los enemigos. Ahora, en lugar de dos, tuvo lugar una sola lucha, pero una lucha verdaderamente porfiada. ¡El espectáculo era maravilloso! El convoy, en el centro de la planicie, semejaba una fortaleza movible, vomitaba humo y fuego. A su alrededor ondulaba una masa negra, agitábase como un hormiguero, rugía como un gigantesco remolino; el estrépito de los disparos de la mosquetería llegaba hasta los oídos de los espectadores. Aquí y allá corrían caballos sin jinete. De una parte salvaje empuje; de otra obstinada resistencia. Como un jabalí acorralado, que se defiende con los blancos colmillos contra furiosa jauría, así se defendía aquel convoy contra la nube de tártaros que le rodeaba, esperando recibir del campamento ayuda más fuerte que la de Viérsul.

Aquello no duró mucho. Momentos después destacáronse

sobre la planicie los rojos coletos de los dragones de Kusel y de Volodiovski, semejantes a una nube de pétalos encarnados impelidos por el viento. Alcanzaron a la nube tártara, hundiéndose en ella como en un tenebroso bosque, de modo que un momento después ya no se les veía. La gritería y la fuerza del empuje aumentaron. Los soldados extrañaban que el príncipe no acudiera en socorro de los sitiados con un número de guerreros suficiente; pero él retrasaba esto con la intención de demostrar a los soldados qué clase de guerreros les había llevado, y elevar por este medio su espíritu, a fin de prepararlos a mayores peligros. El fuego del convoy se fué debilitando, tal vez porque los soldados no tenían tiempo de cargar o porque los cañones de los mosquetes se habían calentado demasiado; la gritería de los tártaros, en cambio, crecía. A una señal del príncipe, avanzaron tres banderas de húsares hacia el campo de batalla: una suya capitaneada por Skretuski, la del castellano de Krasnostav y una real a las órdenes del señor Piglovski. Cayeron como un alud sobre la espalda del enemigo. Rompiendo en el acto el anillo tártaro y poniéndolo en fuga, lo empujaron hacia la planicie, hacia el bosque, lo desorganizaron y lo persiguieron hasta un cuarto de milla del campamento, mientras el convoy entraba tranquilamente, entre gritos de alegría y salvas de cañones, en el campo atrincherado.

Pero los tártaros, sabedores de que Kmielnizki y el kan no se encontraban lejos, permanecieron en las cercanías y pronto se agruparon de nuevo a los gritos de: «¡Alá!,» rodearon todo el campamento y ocuparon todos los caminos, carreteras y aldeas de los alrededores, de las que pronto se levantaron nubes de humo. Algunos grupos de exploradores llegaron hasta cerca de los fosos; contra ellos cargaban al punto, aislados o en grupos, soldados de las banderas del príncipe y de los cuartanos y, sobre todo, de la caballería valaca y tártara y de los dragones.

Viérsul no podía tomar parte en esta cacería; había recibido seis heridas en la cabeza, en la defensa del convoy, y yacía como muerto en su tienda; pero Volodiovski, que, a pesar de estar rojo de sangre como un cangrejo, no sentía amenguarse su ardor belicoso, era siempre el primero en

todas partes. Las escaramuzas duraron hasta el anochecer. Los fusileros y las banderas superiores las contemplaban desde los muros como un torneo. Había encuentros en masa, choques parciales, duelos aislados, y se cogían prisioneros. Cuando Pan Miguel capturaba alguno lo llevaba al campamento y volvía de nuevo a la carga. Su rojo uniforme volaba de acá para allá por todo el campo de batalla. Skretuski se lo señaló desde lejos al señor Landskoronski como una maravilla, pues caía como un rayo sobre el desventurado tártaro que se ponía a su alcance. Zagloba le azuzaba sin cesar desde los vallados, gritando a todo pulmón, a pesar de que el menudo caballero no podía oirle. De cuando en cuando se volvía a los soldados que estaban junto a él y les decía:

—¡Mirad, señores! ¡Así le he enseñado yo a manejar el sable! ¡Bien! ¡Adelante! ¡Dios mío, pronto me igualará!

Entre tanto el sol se puso y las patrullas se fueron retirando del campo, donde sólo quedaron cadáveres de hombres y caballos. En la ciudad sonó el toque de oración.

La noche cerró enteramente; pero no reinaron las tinieblas, pues en torno de la plaza brillaba un ígneo resplandor. Las aldeas Zaloschice, Barzynce, Lublanki, Striovka, Kretovice, Zarudz y Vajlovka, estaban ardiendo: todos los alrededores, hasta donde los ojos podían alcanzar, eran pasto de las llamas. Las nubes de humo fulguraban rojizas en la noche, y las estrellas lucían siniestras en el purpúreo firmamento. Verdaderas nubes de pájaros, arrojados de los bosques, de las malezas y de los estanques, atravesaban el aire enrojecido por el incendio, semejantes a llamas aladas, lanzando gritos ensordecedores. Las reses en el redil mugían quejumbrosamente, aterradas por el extraordinario espectáculo.

—No es posible que sólo la vanguardia haya producido tales incendios—decíanse unos a otros los soldados veteranos en los baluartes.—Seguramente Kmielnizki avanza al frente de sus cosacos y de toda la horda.

Y esta opinión no era infundada, puesto que el señor Sierakovski, el día antes, había traído la noticia de que Kmielnizki, el hetmán de los zaporogos, y el kan seguían los pasos de la vanguardia. Los soldados estaban, hasta el úl-

timo hombre, en las fortificaciones, el pueblo en los tejados y en las torres, todos poseídos de gran intranquilidad. Las mujeres llenaban las iglesias y, sollozando, elevaban las manos hacia el Santísimo Sacramento.

Más que todas las miserias, que todas las preocupaciones y penas, pesaba esta espera, cual insoportable carga sobre la ciudad, el castillo y el campamento.

Pero no había de durar mucho tiempo tal angustia. Apenas cerrada la noche, asomaron en el horizonte las primeras líneas de tártaros y cosacos, seguidas de diez, ciento, mil. Parecía que todos los árboles del bosque, todas las malezas se habían desarraigado para encaminarse a Zbaraz. En vano intentaba la vista abarcar aquellas masas de hombres. En cuanto podía alcanzar la mirada no se veía otra cosa que un hormigueo de hombres y caballos, cuyo extremo se perdía en la lejanía entre el humo y las llamas. Avanzaban las tropas enemigas como nubarrones de tempestad, o nubes de langosta, cubriendo todo el territorio de una terrible y movediza mole humana. Ante ellos zumbaba el amenazador murmullo de voces, semejante al silbar del huracán al pasar por las cimas de los viejos pinos silvestres. A cosa de un cuarto de milla del campamento, hicieron alto, se extendieron y encendieron los vivaques.

—¿Veis las hogueras?—susurraban los soldados.—Su hilera se alarga de tal modo que un caballo no podría recorrerla en un solo galope.

—¡Jesús, María!—le decía Zagloba a Skretuski.—He de declararos que poseo la bravura de un león y que no tengo miedo, pero preferiría que de aquí a mañana los aniquilara una tormenta. Tan cierto como amo a Dios, que me parecen demasiados. En el valle de Josafat no habrá tanta gente. Y ¿qué es lo que quieren esos bribones? ¿No sería mejor que cada uno de esos hijos de perro se estuviera quieto en su casa cumpliendo con su obligación? ¿Qué le hemos de hacer si Dios nos ha creado a nosotros nobles y a ellos villanos y les ha impuesto subordinación? La rabia me domina. Yo soy un buen hombre, más blando que un pedazo de pan bendito; pero que no me provoquen. Tenían demasiadas libertades, demasiado pan: por eso se han multiplicado como los ratones en el granero y ahora quieren rebe-

larse contra los gatos. ¡Ya veréis! ¡Ya veréis! Aquí hay un gato que se llama príncipe Jarema y otro que se llama Zagloba. ¿No creéis que intentarán entrar en negociaciones? Si se sometieran humildemente, podría perdonarles la vida. Una sola cosa me inquieta, y es si habrá bastantes provisiones de boca en el campamento. ¡Oh, por el demonio!, mirad, señor, allí: tras el incendio asoman nuevas hogueras, y más allá más hogueras. ¡La negra muerte cargue con esta chusma!

—¿Qué habláis de negociaciones?—respondió Skretuski.

—Creen tenernos ya en sus manos y que mañana nos degollarán a todos.

—Pero se equivocan, ¿verdad?

—Eso depende de la voluntad de Dios. De todos modos no les será fácil, puesto que el príncipe está aquí.

—Con esas palabras me habéis tranquilizado... Pero no me interesa si les será fácil o no, sino el que puedan intentarlo siquiera...

—No es pequeña la satisfacción del soldado si sabe que no sacrifica su vida inútilmente.

—Es cierto, ciertísimo. ¡Pero mal rayo lo parta todo, hasta esa satisfacción vuestra!

En aquel momento se acercaron a ellos Longinos y Volodiovski.

—Las hordas y los cosacos, según dicen, vendrán a sumar medio millón—dijo el lituano.

—¡Así se os caiga la lengua!—profirió Zagloba.—¡Vaya una buena noticia que nos traéis!

—En el asalto se les podrá degollar más fácilmente que en campo abierto—contestó Longinos con dulzura.

—Puesto que el príncipe y Kmielnizki se han encontrado al fin—dijo Pan Miguel,—no hay que pensar en negociaciones. ¡O el estaroste, o el capuchino! Mañana es el día de la justicia.

Y se frotó las manos.

El menudo caballero tenía razón. En aquella guerra tan larga no se habían todavía encontrado frente a frente los dos formidables leones. El uno había vencido a los hetmanes y a los regimentarios generales, el otro había aniquilado a los poderosos atamanes cosacos; el uno como el otro

tenían a la victoria como séquito, el uno como el otro eran el terror del enemigo; pero cuál de los dos platillos, en el próximo encuentro, habría de bajar y cuál subir, no se sabía aún.

Visnoviezki miraba desde el reducto las inmensas masas de tártaros y cosacos y trataba inútilmente de abarcarlas con la mirada. Kmielnizki miraba desde el campo el castillo y pensaba: «Allí está mi mortal enemigo: si le aniquilo, ¿quién podrá oponérseme después?»

Era de esperar que la lucha entre estos dos adversarios había de ser larga y enconada; pero el resultado no podía ser dudoso. El príncipe de Lubnie y Visnoviez sólo tenía a sus órdenes quince mil guerreros, incluídos los hombres de servicio del campamento, mientras que tras el caudillo de los campesinos rebeldes iban todos los pueblos desde el mar de Azov y el Don hasta la desembocadura del Danubio. El kan a la cabeza de sus hordas de la Crimea, de Bialogrod, de Nogay, de Dobrudja, el pueblo que vivía en todos los parajes ribereños del Dniéper y del Dniéster, los hombres del llano y el innumerable populacho de las estepas, de los barrancos, de los bosques, de las ciudades y villas, de las aldeas y alquerías, y todos los que antes habían servido en las milicias de la nobleza y en las tropas reales, iban con Kmielnizki. Además, se habían unido a él los circasianos, los valacos, los turcos de Silistria y de Rumelia, y hasta bandas servias y búlgaras. Parecía aquello un nuevo éxodo de los pueblos, que abandonaban sus residencias en las estepas, encaminándose hacia el Oeste, como para poblar nuevos territorios y fundar un nuevo reino.

Tal era la relación entre las dos fuerzas enemigas... Un puñado de hombres contra cien mil, una isla contra el mar. No era, por tanto, extraño que más de un corazón latiera medroso; que no sólo la ciudad, no sólo aquel rincón del estado, sino la república entera, considerase aquel aislado campamento fortificado rodeado de un diluvio de salvajes guerreros, como la tumba de aquellos nobles caballeros y de su incomparable jefe.

Y así, indudablemente, debía considerarla asimismo Kmielnizki, pues apenas brillaron las hogueras en su campamento, presentóse ante el baluarte un enviado cosaco

agitando la bandera blanca, y después de haberse anunciado con un toque de trompeta, gritó que no tiraran contra él. Los centinelas salieron a su encuentro y le acompañaron inmediatamente a la presencia del generalísimo.

—De parte del hetmán para el príncipe Jarema — les dijo.

El príncipe no había bajado aún del caballo; aún estaba ante el vallado, pintada en el rostro una sobrehumana serenidad. Las hogueras se reflejaban en sus ojos y cubrían su fina y blanca faz de un rosado fulgor.

Cuando el cosaco se encontró ante el príncipe, perdió el habla, las piernas le temblaron y un estremecimiento corrió por todo su cuerpo, a pesar de ser un viejo lobo de la estepa e ir como mensajero.

—¿Quién eres?—le preguntó el príncipe vaivoda, midiéndole con la mirada.

—Soy el centurión Sókol; vengo de parte del hetmán.

—¿Y qué tienes que decirme?

El capitán se inclinó profundamente varias veces hasta más abajo de los estribos del príncipe.

—¡Perdona, señor! Voy a decirte lo que me ha sido ordenado, sin hacerme responsable de ello.

—Habla sin temor.

—El hetmán me ordena anunciarte que ha venido como huésped a Zbaraz y que mañana te visitará en el castillo.

—Dile que no es mañana, sino hoy, cuando se celebra el banquete en el castillo—contestó el príncipe.

Una hora después los morteros hacían salvas, sonaban vivas y aclamaciones, y todas las ventanas del castillo resplandecían a la luz de millares de llameantes bujías.

Cuando el kan oyó las salvas, el vitoreo, el redoble de los tambores y el son estridente de las trompetas, salió en persona de la tienda, en compañía de su hermano Nuradín, del sultán Galga, de Tugay-Bey y numerosos murzas de su séquito, y mandó buscar a Kmielnizki.

El hetmán, a pesar de estar ya algo ebrio, se presentó al punto, e inclinándose profundamente y alzando los dedos hacia su frente, su barbilla y su pecho, esperó órdenes.

Durante largo rato miró el kan hacia el iluminado palacio, semejante, en la lejanía, a una gigantesca linterna;

movió ligeramente la cabeza, y al fin, acariciándose con la mano la fina barba que le caía en dos largas madejas sobre su sobreveste de piel de comadreja, dijo, señalando a las iluminadas vidrieras:

—Hetmán de los zaporogos, ¿qué sucede allí?

—Poderosísimo kan—respondió Kmielnizki:—es el príncipe Jarema que da un banquete.

El kan le miró asombrado.

—¿Qué?... ¿Un banquete?

—Es su último banquete. Los que hoy son comensales allí, mañana serán cadáveres.

En aquel momento resonaron nuevas salvas en el castillo, unidas a un toque de trompetas y un confuso griterío.

— No hay más que un Dios — murmuró el kan. — Ese *giaur* (1) lleva un león en el corazón.

Y después de un rato de silencio agregó:

—Preferiría ser aliado suyo a serlo tuyo.

Kmielnizki tembló. Demasiado cara había pagado ya la indispensable amistad con los tártaros, y aún no estaba seguro de este terrible aliado. La menor indicación del caprichoso kan podía hacer a aquellas hordas volverse contra los cosacos y perderlos irremisiblemente. Además sabía Kmielnizki que el kan estaba a su lado únicamente en perspectiva del botín, de regalos y de los desgraciados cautivos, pero que, por considerarse legítimo monarca, se avergonzaba en su interior de estar aliado a los rebeldes contra su rey, de ser compañero de un «Kmiel» contra un Visnoviezki.

El hetmán de los cosacos se embriagaba con frecuencia, no sólo por costumbre, sino por desesperación.

—Poderoso monarca — repuso: — Jarema es tu enemigo. El es quien ha arrojado a los tártaros del Trans-Dniéper, él es quien ha colgado en los árboles, para espanto general, como a lobos, los cadáveres de los *murzas* tártaros; él es quien quiso asolar Crimea.

—¿Y vos? ¿No habéis causado ningún daño en la campiña?—preguntó el kan.

—Yo soy tu esclavo.

---

(1) Infiel entre los musulmanes.

Los lívidos labios de Tugay-Bey temblaron, sus blancos colmillos brillaron. Tenía entre los cosacos un enemigo mortal, que en otro tiempo había aniquilado un chambul suyo hasta el último hombre, faltando poco para que también a él le cogiera prisionero. Su nombre asomaba ahora, con la irresistible fuerza de recuerdos llenos de odio, a los labios del musulmán, que no pudo contenerse más y rugió con voz ahogada:

—¡Burlay! ¡Burlay!

—¡Tugay-Bey! Vos y Burlay, obedeciendo la augusta y sabia orden del kan, vertisteis agua sobre las espadas, el año pasado, en señal de reconciliación.

Una nueva salva, desde el castillo, interrumpió aquella plática.

El kan alzó la mano y, describiendo con ella un círculo que abarcaba Zbaraz, el castillo y las fortificaciones, preguntó a Kmielnizki:

—¿Será mío mañana todo eso?

—Mañana tienen que morir todos los que allí están —repuso Kmielnizki, mirando fijamente hacia el castillo.

Después se inclinó de nuevo y se tocó con la mano la frente, la barbilla y el pecho, pues consideraba la entrevista terminada.

El kan se arrebujó en su manto de piel de marta cebellina, pues aquella noche de julio era fresca, y enderezando sus pasos a la tienda, dijo:

—¡Ya es tarde!

Entonces todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a cabecear: y él se encaminó, lento y pensativo, a su tienda, repitiendo en voz baja:

—¡No hay más que un Dios!...

Kmielnizki se alejó.

—El castillo, la ciudad, el botín y los prisioneros te los cedo; pero Jarema me pertenece a mí, no a ti, y lo tendré, aunque me cueste la cabeza.

Una tras otra se fueron debilitando y apagando las hogueras; poco a poco fuése extinguiendo el sordo rumor de los miles de voces; aquí y allá se oía aún el sonido de alguna flauta y los gritos de los mozos tártaros que llevaban los caballos al pasto nocturno. Al fin también estos soni-

dos expiraron y el sueño cubrió con su manto las innumerables masas cosacas y tártaras.

Sólo en el castillo rumoreaban los vivas y gritos de regocijo, como si se estuviera celebrando una boda.

En el campamento se esperaba que a la mañana siguiente se efectuaría el asalto. Ya muy temprano, avanzaron masas de populacho, cosacos, tártaros y otros guerreros salvajes, aliados de Kmiel, contra las fortificaciones, semejantes a negras nubes a punto de escalar la cumbre de una montaña. Los soldados, que ya el día anterior se habían entretenido en contar las hogueras, se asombraban ahora al contemplar aquel mar de cabezas. Pero esto todavía no era el asalto propiamente dicho, sino una especie de reconocimiento del campo, de las fortificaciones, de los fosos, de los vallados y de todo el campamento polaco. Y como una hinchada ola marina, impelida desde lejos por furioso huracán, llega asoladora, espumante, atronadora, y desaparece de nuevo en la lejanía, así rebotaban los asaltantes aquí y allá, retrocedían y volvían de nuevo, cual si quisieran probar la resistencia, como si intentaran convencerse de que su fiero aspecto y su inmenso número deprimían, por sí solos, el valor del enemigo.

También ensayaban su artillería. Una espesa lluvia de balas caía en el campamento, desde el cual se contestaba al fuego con los octavos (1) y los fusiles. Al mismo tiempo apareció sobre las murallas una procesión con el Santísimo Sacramento para levantar el decaído ánimo de las tropas. El padre Mujoviezki llevaba la custodia de oro, sosteniéndola con ambas manos a la altura de la cara y elevándola de cuando en cuando. Con los ojos cerrados, serena y ascética expresión, y revestido con una capa de tisú de oro, caminaba bajo del palio. Junto a él iban dos sacerdotes sosteniéndole por debajo de los sobacos: Yaskolski, el capellán de los húsares, en su tiempo famoso soldado y experto en las artes de la guerra como un general, y Sabkovski, igualmente ex soldado, un gigantesco monje bernardino al que sólo superaba en fuerza, en todo el campamento, el señor Longinos. Las varas del palio eran llevadas por cua-

(1) Especie de falconete.

tro nobles, entre los que se hallaba Zagloba. Precedían a la procesión varias lindas doncellas, que iban sembrando de flores el camino.

La procesión recorrió todo lo largo de la muralla, seguida de las altas dignidades del ejército, y a la vista de la custodia, brillante como un sol, de la tranquilidad del sacerdote y de las doncellas ataviadas de blanco, el valor tornaba al corazón del soldado y el ardor bélico inundaba su alma. El viento esparcía por el aire el olor místico de la mirra que se quemaba en los incensarios; las cabezas estaban todas devotamente inclinadas.

El padre Mujoviezki elevaba a intervalos la custodia y, alzando los ojos al cielo, entonaba el *Tántum ergo sacraméntum*. Las poderosas voces de Yaskolski y de Sabkovski tomaban la melodía al vuelo y seguían cantando *venerémur cernui*... Y todo el ejército respondía a coro: *et antiqúum documéntum novo cédat rítui*. El grave sonido de los cañonazos acompañaba el cántico, y de cuando en cuando zumbaba una bala de cañón sobre el palio o chocaba contra el muro, levantando una nube de cascote pulverizado y haciendo encogerse a Zagloba. Pero cuando más le sobrecogió el miedo al grueso hidalgo fué cuando la procesión se detuvo un instante y todo quedó en silencio. Se oían silbar las balas de cañón, que, como grandes pájaros, volaban en bandadas hacia la comitiva. Zagloba estaba como la púrpura, y el capellán Yaskolski, mirando de reojo hacia el campo enemigo, no pudo menos de exclamar:

—Esos sirven mejor para criar gallinas que para tirar cañonazos.

En efecto, los cosacos tenían muy mala artillería, y el capellán Yaskolski, a fuer de antiguo soldado, no podía mirar con tranquilidad aquella falta de puntería, aquella manera de desperdiciar la pólvora. La procesión continuó hasta el otro extremo de la muralla, adonde el enemigo apenas dirigía sus ataques.

Después de intentar en vano intimidar a los sitiados, especialmente a los que se encontraban en el estanque del Este, los tártaros y los cosacos se retiraron a sus posiciones, sin dejar por eso de seguir hostilizando desde allí. Pero la procesión había reanimado los corazones.

Saltaba a la vista que Kmielnizki esperaba la llegada de sus refuerzos. Estaba tan seguro de que la fortaleza caería al primer asalto verdadero, que apenas si se había ocupado de hacer algunas trincheras para los cañones a fin de defenderse de los sitiados. El esperado convoy llegó al día siguiente. Desde Verniakov hasta Dembin, una milla de camino, no se veían más que filas y más filas de carros. Con el convoy llegaron también refuerzos, entre ellos la arrogante infantería zaporoga, que casi podía igualarse a los jenízaros turcos, siendo más apropiada para el ataque y el asalto que los tártaros y el populacho.

El memorable 13 de julio, un martes, transcurrió para ambas partes entre febriles preparativos. Ya no cabía duda, el asalto era inminente, pues las trompetas, los timbales y las litauras tocaban a rebato desde por la mañana en el campamento cosaco, produciendo un ruído infernal, y entre los tártaros rugía como la tormenta el gran tambor sagrado llamado *Balt.* Se inició la noche, clara y serena. Sólo de los estanques y del Gniezna se elevaba ligera neblina.

Apenas había empezado a brillar la primera estrella, atronaron el espacio sesenta cañonazos cosacos, como si hubieran salido de una sola boca. Inmensas muchedumbres avanzaron, lanzando un griterío infernal, contra la muralla. El asalto comenzaba.

Los sitiados sentían ondular la muralla bajo de sus pies. Los más viejos soldados no recordaban haber visto jamás cosa parecida.

—¡Jesús, María!—le preguntó Zagloba a Skretuski, que estaba a su lado, al frente de los húsares, en una brecha de la muralla.—Eso que avanza contra nosotros no son hombres, ¿verdad?

—En efecto, no son hombres; el enemigo empuja bueyes ante sí para que gastemos pólvora con ellos.

El viejo hidalgo se puso rojo como una zanahoria, los ojos se le salieron de las órbitas y a su boca asomó una palabra en la cual iba concentrado todo el odio, todo el pánico y todo lo que podía pensar en aquel momento:

—¡Canallas!

Los bueyes eran aguijoneados por los boyeros, medio desnudos, con vergajos y antorchas encendidas, y el terror los

enfurecía. Avanzaban lanzando terroríficos bramidos, ora apretujados en masas, ora en loca desbandada. Empujados por los aguijones, por la gritería y por las antorchas, corrían hacia el baluarte. Cuando los cañones de Wúrzel empezaron a vomitar fuego y metralla, el humo envolvió todos aquellos contornos, el cielo se tornó sangriento y, como heridas por el rayo, la mitad de las reses cayeron, y el enemigo siguió su avance por encima de sus cuerpos exánimes.

Delante, empujados por las lanzas y el fuego de los arcabuces, corrían los prisioneros llevando sacos de arena para cegar los fosos. Eran aldeanos de la región de Zbaraz, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, que no habían tenido tiempo de huir ante aquella avalancha. Llegaban llorando y lanzando gemidos, juntando las manos y pidiendo misericordia por el amor de Dios. Los cabellos se ponían de punta ante aquellos alaridos, pero la piedad había en aquellos tiempos muerto en la tierra; atravesados en retaguardia por las lanzas de los cosacos, diezmados de frente por la artillería de Wúrzel y por la metralla, corrían chapoteando en sangre: caían, se levantaban y seguían corriendo, pues el enorme empuje de cosacos, turcos y tártaros les impedía detenerse.

Pronto estuvo el foso lleno de cadáveres, sangre y sacos de arena, llegando su nivel a ras del suelo, y pronto el enemigo pasó, lanzando alaridos, sobre el mismo. Una columna empujaba a la otra; al resplandor de los cañonazos podía verse cómo los oficiales con la maza de armas empujaban continuamente nuevos contingentes hacia el baluarte. Los más bravos guerreros se lanzaban contra los cuarteles y los soldados del príncipe Jeremías, pues Kmielnizki sabía demasiado bien que donde ellos estaban la resistencia sería más recia. Avanzaban contra ellos los «compañeros» de Sich, y detrás los terribles adalides de Pereiáslav, bajo las órdenes de Loboda, Voronchenko con los circasianos, Kulak con la sección de Kárvov, Nechay con la de Bráslav, Stepka con la de Human, Mrozoviezki con la de Korsun. Y los soldados de Kalnik y la poderosa sección de Bialacerkiev, compuesta de quince mil hombres, y el propio Kmielnizki, rojo como Satanás, al resplandor del fuego, poniendo su ancho pecho como blanco a las balas ene-

migas, con la mirada del águila y la arrogancia del león, en medio de aquel caos, de aquel humo, de aquel desorden, de aquella carnicería, de aquel torbellino y de aquellas llamas, atendiendo a todo, dirigiéndolo todo.

Tras los mozos guerreros venían los salvajes cosacos del Don, y los circasianos, que se batían con cuchillos, y junto a ellos conducía Tugay-Bey a sus escogidos nogayos. Subhagazi les seguía con los tártaros de Bialogrod, y en pos suyo iba Kusdluk con los cetrinos astracanes, armados de gigantescos arcos y flechas, cada uno de los cuales valía por una lanza. Iban tan apretados unos contra otros, que la cálida respiración de los de detrás azotaba la nuca de los de delante.

¡Cuántos cayeron antes de llegar a los fosos cegados con los cadáveres de los prisioneros! ¿Quién podía contarlos y contarlos? Pero otros llegaron, pasaron por encima de los muertos y empezaron a escalar la muralla. Aquella noche estrellada y clara parecía la noche del Juicio final. Los disparos, que no acertaban a los más cercanos, arrojaban su fuego terrible sobre las más alejadas filas. Las granadas volaban describiendo círculos de fuego en el firmamento con silbo infernal, y trocaban en claro día las tinieblas. Los fusileros alemanes y los infantes polacos, y junto a ellos los dragones del príncipe, a pie, vertían sobre los asaltantes fuego y plomo, abrasándoles la cara y el pecho.

Las primeras filas intentaban retroceder, pero no podían conseguirlo a causa del empuje de las de detrás. Pies, manos y cuerpos resbalaban por las murallas ensangrentadas. Los enemigos trepaban, caían y volvían a trepar, envueltos en nubes de humo, ennegrecidos por la pólvora, atravesados, golpeados, sin preocuparse de las heridas ni de la muerte. En algunos sitios se luchaba cuerpo a cuerpo. Veíanse hombres locos de furor, rechinando los dientes, con la cara bañada en sangre. Se luchaba sobre los palpitantes cuerpos de los moribundos y de los heridos. Ya no se oían voces de mando, sino una gritería general y terrible que todo la apagaba, el tronar de los cañones, el ruido de los disparos, los quejidos y lamentos de los heridos y el estampido de las granadas.

La despiadada y gigantesca batalla duró horas enteras.

En torno a la muralla se formó un nuevo muro de cadáveres, que dificultaba el paso de los asaltantes. Los de Sich estaban casi aniquilados; los de Pereiáslav yacían tendidos en largas filas en torno a la muralla; los regimientos de Karvov, de Bráslav y de Human habían sido diezmados; pero otros nuevos aparecían empujados por la guardia del hetmán, los turcos de Rumelia y los tártaros de Urum-Bey. Sin embargo, el desorden empezó a cundir entre las filas de los asaltantes, pues la caballería polaca, los alemanes y los dragones no habían retrocedido hasta entonces un solo paso. Extenuados, ensangrentados, enardecidos por el fragor de la batalla, cubiertos de sudor, mareados por el olor de la sangre, avanzaron, atropellándose, contra el enemigo, como lobos furiosos contra una manada de ovejas. En aquel momento acudió de nuevo Kmielnizki con los restos de sus mejores regimientos y su todavía intacta falange de Bialacerkiev, y los tártaros, turcos y circasianos.

Los cañones cesaron de tronar en las fortificaciones, las granadas ya no zumbaron más; sólo los arcabuces disparaban a lo largo de la parte Este del muro. De nuevo comenzó la gritería. Por último también cesaron los disparos de la fusilería. Las tinieblas rodeaban a los combatientes.

Ninguna mirada podía ver lo que allí sucedía; movíase en la obscuridad una gigantesca y horrenda turba, entre temblorosos movimientos. No se sabía ya si los gritos eran exclamaciones de triunfo o alaridos de desesperación. A veces cesaban también los gritos y no se oía sino un inmenso clamor debajo de tierra, sobre ella, en el aire y más arriba, más arriba aún, como si las almas de los muertos flotaran gimiendo sobre el campo de batalla.

Pero estas pausas eran cortas; de repente el estrépito, los alaridos, el griterío, resonaron con redoblada furia, cada vez más roncos, más bestiales.

Volvieron a sonar los disparos de fusilería, pues el mayor Majnizki había llegado con el resto de los fusileros en ayuda de los fatigados regimientos. En las filas de detrás tocaron las trompetas a retirada.

Hubo una tregua. Los cosacos se retiraron a alguna distancia y se colocaron al amparo de su propia artillería;

pero no había pasado media hora cuando Kmielnizki se lanzó, por tercera vez, al asalto.

Entonces apareció el príncipe Jeremías en persona, a caballo, sobre el baluarte. Se le podía reconocer claramente, pues la bandera y el bunchuque de hetmán ondeaban sobre él y tras él ardían resinosas antorchas que lanzaban una luz roja como la sangre. Inmediatamente la artillería enemiga empezó a disparar sobre él, pero los torpes artilleros erraban la puntería; las balas volaban por encima de su cabeza hasta detrás del Gniezna, y él permanecía allí inconmovible, contemplando con mirada serena al enemigo.

Como si esta visión los deslumbrase, los cosacos acortaron el paso.

Por sus nutridas filas corrió, como el zumbido del viento, un suave murmullo: «¡Jarema! ¡Jarema!»

Allí, sobre la fortificación, bañado en luz roja como la sangre, parecía el terrible príncipe un gigante de leyenda. Un escalofrío corrió por los fatigados miembros, y las manos hicieron la señal de la cruz.

Inclinó el príncipe su bulava de oro, y en aquel instante, como una bandada de aves de mal agüero, zumbó en el aire una lluvia de granadas y cayó sobre las filas de los asaltantes. Cual una hidra mortalmente herida se agitó la línea del enemigo; un grito de terror corrió de un extremo a otro.

—¡Al ataque! ¡Al ataque!—tronaron las voces de los jefes cosacos.

La negra fila compacta se lanzó con toda vehemencia hacia los vallados, donde esperaba encontrar abrigo contra las granadas. Pero aún no había recorrido la mitad del camino, cuando el príncipe, que continuaba erguido sobre la muralla, se volvió un poco hacia el Oeste e inclinó de nuevo la bulava.

En aquel momento, por la abertura del lado del estanque, entre su superficie y la muralla, asomó la caballería y se extendió en un instante por el borde llano del río. Al resplandor de las granadas podían distinguirse las gigantescas banderas de los húsares de Skretuski y Zachvilijovski, los dragones de Kusel y Volodiovski, y los tártaros del príncipe, bajo las órdenes de Roztvorovski. Seguíanlas al-

gunos batallones de mercenarios y valacos bajo el mando de Byjóviez. No sólo Kmielnizki, sino hasta el último soldado, tenían que reconocer que el intrépido príncipe había decidido arrojar toda su caballería contra los flancos enemigos.

En las filas cosacas las trompetas tocaron inmediatamente a retirada.

—¡Haced frente a la caballería! ¡Haced frente a la caballería!—gritaban voces trémulas.

Al mismo tiempo procuró Kmielnizki cambiar el frente de sus tropas y oponer caballería contra caballería. Pero era demasiado tarde. Sin darle tiempo para formar sus filas, saltaron las banderas del príncipe, rápidas como el viento, al grito de: «¡A degüello! ¡A degüello!,» en tanto que los estandartes crujían, los penachos se agitaban y las férreas armaduras chocaban. Los húsares se lanzaron alabarda en ristre contra aquella barrera humana, como un huracán, atropellándolo y destruyéndolo todo en torno suyo. Ningún poder humano, ninguna orden, ningún caudillo hubiera sido capaz de detener a los regimientos de a pie, contra los que iba dirigido el ataque. Un pánico salvaje se apoderó de los escogidos soldados de la guardia del hetmán. Los soldados de Bialacerkiev arrojaban arcabuces, silbones, lanzas, guadañas, mazas, sables y demás armas, y con las manos en la cabeza huían locos de espanto, lanzando salvajes alaridos, hacia los tártaros. Pero éstos los recibieron con una lluvia de balas; entonces se echaron a un lado, corriendo a lo largo de los convoyes, dejando, bajo el fuego de los soldados de infantería y de la artillería de Würzel, tal número de cadáveres, que casi yacían unos sobre otros.

En esto lanzóse el terrible Tugay-Bey, ayudado por Subhagazi y Urum Mirza, en desesperado ataque contra los húsares. En realidad no esperaba romper sus filas; quería solamente detenerlos, aunque sólo fuera por corto tiempo, para que los silistrios y rumeliotas pudieran formar el cuadro, y para que los de Bialacerkiev se recobrasen. Como soldado de fila y no como un caudillo, se abalanzó con la velocidad del rayo, a la cabeza de sus tártaros, contra el enemigo, repartiendo rudos golpes y exponiéndose al peligro de igual modo que los demás. Las gumías de los soldados de

Nogay golpeaban sobre las lorigas y los arneses, y la gritería de los guerreros lo dominaba todo. Pero tampoco pudieron resistir a pie firme. Arrojados de su posición por el tremendo ataque de los caballeros de hierro, con los que no estaban acostumbrados a luchar frente a frente, empujados contra los regimientos jenízaros, muriendo a los golpes de las largas espadas polacas, arrancados de las sillas, acuchillados, dispersos y pisoteados como gusanos venenosos, defendíanse, no obstante, con tal denuedo, que los húsares se detuvieron en su carrera. Tugay-Bey rugía como una devastadora llama, y los nogayos no se apartaban de su lado como los lobeznos en torno de una loba.

Pero tuvieron que ceder, dejando nuevos hacinamientos de cadáveres tras sí.

Ya los gritos de *¡Alá!*, lanzados por el enemigo, anunciaban que los jenízaros se habían organizado, cuando avanzó Skretuski hacia el furioso Tugay-Bey y le asestó un tajo en la cabeza. Mas, sea que el caballero no hubiera recuperado todavía las fuerzas perdidas durante la enfermedad, sea que el damasquinado yelmo debilitó el golpe, lo cierto es que la hoja se deslizó y, dando sólo de plano en la cabeza del tártaro, se hizo añicos.

Tugay-Bey, sin embargo, nublados los ojos, encabritó su caballo y cayó en brazos de los nohayos, que recogieron a su jefe y huyeron en ambas direcciones, lanzando un alarido infernal. Desaparecieron como la niebla al soplo del huracán, y la caballería del príncipe se encontró frente a las bandas de los servios turquizados, rumeliotas y jenízaros silistrios, que habían formado un poderoso cuadro y retrocedían lentamente hacia los convoyes, el frente vuelto hacia el enemigo, alzados los cañones de los mosquetes, las puntas de las largas picas, alabardas y alfanjes.

Los banderines pesados de los dragones y de los mercenarios atacaban como el huracán al cuadro; ante ellos avanzaba estrepitosamente, pegando de firme, la bandera de húsares de Skretuski. Este galopaba a ciegas en la primera fila; junto a él el terrible Longinos, sobre su jaca lituana, blandía su terrible «Cortacapuchas.»

Una roja cinta de fuego llameaba de un extremo a otro del cuadro; las balas silbaban en los oídos de los caballe-

ros, aquí y allá caía un hombre, un caballo, se producía un hueco en la línea, pero los húsares seguían avanzando. Ya llegan los leales junto al enemigo, ya oyen los jenízaros el resoplido y la agitada respiración de los caballos. El cuadro se estrecha, se estrecha, y opone una muralla inclinada de lanzas, sostenidas por férreas manos, a los caballos que corren alocados hacia ellos. Cada punta de lanza traía la muerte segura para quien se le ponía delante.

En aquel momento, con tremenda rapidez, un gigantesco húsar lanzóse contra la muralla del cuadro; sólo un instante se vieron agitarse en el aire las herraduras del corpulento animal, y caballo y caballero cayeron en medio de la apretada masa, rompiendo las lanzas, aplastándolo y destruyéndolo todo ante sí.

A la manera que el águila cae sobre una bandada de perdices blancas, que, incapaces de defenderse, se agrupan temerosas y son destrozadas por el pico y las garras del ave de rapiña, así había caído Longinos, con su «Cortacapuchas,» en medio de las filas del enemigo. Y jamás tromba alguna causó tantos destrozos en un joven y espeso bosque como Longinos en la apretada masa de jenízaros. Era terrible. Su figura adquirió un tamaño sobrehumano; la yegua parecía haberse transformado en un dragón que vomitaba fuego, y el tajante «Cortacapuchas» parecía triplicarse en manos del caballero. Kislar-Bak, un gigantesco agá, se le puso delante, pero cayó partido en dos por tierra. Inútilmente alargaban los brazos los hombres más corpulentos, sosteniendo las lanzas ante sí. Morían como heridos por el rayo. Los trituraba bajo de los cascos del caballo, los lanzaba contra las más nutridas filas, y cada vez que movía el brazo caían como espigas al golpe de la guadaña. Pronto se hizo el vacío en torno suyo: oíanse gritos de pavor, lamentos, el choque del hierro sobre los cráneos, los resoplidos de la yegua infernal.

—¡Este no es un hombre! ¡Este es un demonio!—gritaron voces llenas de terror.

Y entró la oleada de los húsares de hierro, con Skretuski a la cabeza, por la brecha que había abierto en las filas enemigas el lituano. Las paredes del cuadro saltaron como los muros de una casa que se derrumba. Las masas

de los jenízaros empezaron a huir a la desbandada, en todas las direcciones.

Ya era tiempo, pues los nohayos, a las órdenes de Subhagazi, volvían ya a la carga como lobos sedientos de sangre, y por el otro lado Kmielnizki, que había conseguido reunir nuevamente a los de Bialacerkiev, corría en ayuda de los jenízaros; pero se produjo una confusión general. Cosacos, tártaros, moslemitas, jenízaros, corrían, huían, sin poder oponer la menor resistencia y en el más completo desorden, hacia los convoyes. La caballería los empujaba ante sí, a ciegas, destruyéndolos a todos. El que no había caído en el primer ataque cayó ahora. La persecución era tan encarnizada, que las banderas dejaban tras sí las últimas filas de los fugitivos y los soldados tenían ya los brazos rendidos de tanto asestar tajos. Los fugitivos arrojaban las armas, las banderas, las gorras y hasta las casacas. Las blancas capuchas de los jenízaros cubrían el campo como copos de nieve. Las escogidas tropas de Kmielnizki, los fusileros, la caballería y la artillería, y las tropas de refresco tártaras y turcas, no formaban más que una masa informe, a la que el terror había quitado la razón, tornándola estúpida y ciega. Centenares de hombres se daban a la fuga ante un solo caballero. Los húsares, después de aniquilar a los infantes y a los tártaros, combatían, rivalizando entre sí en bravura, a los dragones y las banderas ligeras. Volodiovski y Kusel, a su cabeza, hacían un destrozo superior a todo lo imaginable. El campo de batalla era una inmensa balsa de sangre, en la que chapoteaban los cascos de los caballos como en agua, salpicando las armas y el rostro de los caballeros.

Los fugitivos galopaban sin descanso. Por fin llegaron a los carros de sus convoyes, y las trompetas de la caballería del príncipe tocaron a retirada.

Los caballeros volvían lanzando exclamaciones de alegría, entonando canciones y contando, por el camino, con los sables todavía humeantes, los cadáveres del enemigo. Pero ¿quién era capaz de abarcar con la mirada toda la extensión de la derrota? ¿Quién de contar a los caídos, si sólo ante las fortificaciones yacían amontonados a la altura de un hombre? Los soldados no podían ya soportar el olor a

sangre y sudor. Afortunadamente sopló, desde el lado de los estanques, un viento bastante fuerte que se llevó aquellos hedores hacia el campo enemigo.

Así acabó el primer encuentro del terrible Jeremías con Kmielnizki.

Pero el asalto no había terminado aún, pues mientras que Visnoviezki había rechazado los ataques dirigidos contra el ala derecha del campamento, Burlay, por el contrario, era casi dueño del ala izquierda. Con el mayor sigilo había rodeado la ciudad y el castillo con sus guerreros del Trans-Dniéper, llegando hasta el estanque del Este, y había atacado violentamente los alojamientos de Firley. El regimiento húngaro de infantería que estaba allí no podía contener el asalto, pues los muros contiguos al estanque no estaban aún completamente terminados. El primer abanderado huyó con el estandarte y pronto le siguió todo el regimiento. Burlay saltó en medio, siguiéndole sus guerreros del Trans-Dniéper como un torrente devastador. Los alaridos victoriosos llegaron hasta el extremo opuesto del campamento. Los cosacos que perseguían a los húngaros fugitivos aniquilaron una pequeña sección de caballería, tomaron algunas piezas y casi avanzaron hasta el cuartel del castellano de Belz, cuando Priemski, a la cabeza de varios escuadrones alemanes, acudió apresuradamente en ayuda de aquél. Atravesando de un solo golpe al abanderado, agarró la bandera y se arrojó con ella contra el enemigo antes que los alemanes se encontrasen con los cosacos. Una terrible lucha cuerpo a cuerpo se empeñó entonces, en la que por un lado el denuedo y el abrumador número de guerreros de Burlay, y por otro la bravura de los viejos leones de la guerra de los Treinta Años, se disputaban la supremacía. Inútilmente se lanzó Burlay, como un jabalí herido, contra las filas de los combatientes. Ni el desprecio de la muerte, ni la obstinación perseverante con que luchaban los guerreros, pudieron detener el irresistible empuje de los alemanes que avanzaban como un muro. Atacaron con tanto poder a los zaporogos, arrojándolos de sus posiciones del baluarte, que dispersaron al enemigo y lo echaron, después de media hora de lucha, detrás de las fortificaciones. Priemski, bañado en sangre, fué el pri-

mero en plantar su bandera sobre el vallado, todavía sin terminar.

La situación de Burlay era terrible. Tenía que retirarse por el mismo camino que había llegado; pero, como el príncipe Jeremías había aniquilado ya a los asaltantes del ala derecha, le era muy fácil cortar la retirada a toda la tropa de Burlay. En aquel momento llegó Mrozovizki en su ayuda, a la cabeza de la caballería de Korsun, pero en el mismo instante aparecieron los húsares de Koniezpolski, a los que se unieron los de Skretuski, que volvían del ataque a los jenízaros y cortaron la retirada, que realizaba todavía en perfecto orden, al caudillo rebelde.

Un solo ataque bastó para dispersar su regimiento, y entonces tuvo lugar una horrenda carnicería. Los cosacos, que tenían cortado el camino hacia su campamento, estaban irremediablemente perdidos: de modo que se defendían furiosamente, sin pedir misericordia, solos o en masas, con el valor de la desesperación; otros tendían las manos inútilmente hacia la caballería, que recorría el campo de batalla como un huracán. Se organizó una verdadera cacería de los fugitivos que se habían escondido en las honduras o tras las elevaciones del terreno. Para alumbrar el campo de batalla se empezaron a lanzar desde las trincheras barriles de brea, que semejaban aerolitos con cola de llamas. A su rojiza luz fueron pasados a cuchillo los guerreros del Trans-Dniéper que aún quedaban con vida.

Todavía acudió en su ayuda Subhagazi, que aquel día había realizado verdaderas maravillas de valor, pero el famosísimo Pan Marcos Sobieski, estaroste de Krasnostav, se plantó ante él, como el león ante el salvaje antílope. Burlay vió, por tanto, que todo estaba perdido. Pero Burlay amaba su honor cosaco más que su vida y no buscó la salvación. Otros huían en la obscuridad, se escondían en las grietas, se escabullían entre las patas de los caballos; sólo él seguía haciendo frente al enemigo. Pan Dombek, Pan Rusiezki, y Aksak, el joven león, que se había cubierto de gloria inmortal en Constantínov, cayeron bajo de su mano. Cogió prisionero a Pan Savizki, derribó a dos húsares de yelmos alados, y finalmente corrió, como una llama deslumbradora, tras un hercúleo hidalgo, que,

rugiendo como un bisonte, atravesaba el campo de batalla.

Zagloba—pues era él—rugía de miedo más que de furor y volvió grupas para huir. Sus escasos cabellos se pusieron de punta, pero no perdió la presencia de ánimo, sino todo lo contrario, buscó el modo de llevar a cabo una artimaña, una idea que acababa de cruzar por su cerebro como un relámpago. Corrió como un huracán hacia un nutrido grupo de caballeros y gritó a voz en cuello: «¡Señores que creéis en Dios, seguidme!;» pero Burlay le perseguía de lado, describiendo semicírculos. Zagloba cerró los ojos; la cabeza le daba vueltas: «¡Reventaré yo y todas mis pulgas!,» se dijo... Oyó tras sí el resoplido del caballo, vió que nadie venía en su ayuda, que era imposible toda huida y que no otra mano que la suya habría de arrancarle de las garras de Burlay.

En este supremo momento, en el más apurado trance de su vida, su terror y su desesperación transformáronse en súbita furia. Rugió con tanta ferocidad como un búfalo, y haciendo girar a su caballo sobre las patas traseras, gritó: «Es a Zagloba a quien persigues,» y galopó hacia Burlay, con el sable levantado.

En aquel instante multitud de barriles de brea ardiendo fueron arrojados desde los muros. Una intensa claror iluminó el campo. Burlay alzó los ojos y se quedó aterrado.

No se horrorizó ante el nombre, que no había oído en su vida, sino al reconocer al hombre a quien poco antes había agasajado en Jampol como amigo de Bogun.

Aquel segundo de vacilación fué la perdición del valiente caudillo de los guerreros zaporogos, pues antes de que hubiera vuelto de su asombro, le asestó Zagloba un tajo tan terrible en el cráneo, que le hizo caer exánime del caballo.

Esto sucedió a la vista de todo el ejército. A los alaridos triunfadores de los húsares sucedieron los gritos de terror de los zaporogos, los cuales, al presenciar la muerte del viejo león del mar Negro, perdieron el resto de su presencia de ánimo y cesaron de oponer resistencia. Aquellos que no logró salvar Subhagazi de la perdición fueron pasados a cuchillo hasta el último hombre, pues en aquella terrible noche no se hicieron prisioneros.

Subhagazi corrió apresuradamente hacia el campamento, perseguido por el estaroste de Krasnostav y por la caballería ligera. El asalto había sido rechazado en toda la línea de los vallados; sólo junto a los convoyes combatía aún la caballería enviada en persecución de los fugitivos.

Gritos de triunfo y de alegría conmovían todo el campamento de los sitiados; una inmensa y potente exclamación, lanzada por millares de pechos, se elevó en el aire hasta la bóveda celeste. Los soldados, cubiertos de sangre, de sudor, de polvo, ennegrecidos por la pólvora, apoyados en sus armas, con caras abotargadas, los ojos llameantes, el ceño fruncido, jadeantes, estaban dispuestos a volver a la carga, si fuera necesario. No tardó en volver la caballería, después de efectuada la sangrienta faena del día. El príncipe se dirigió entonces a caballo al campo de batalla, y con él los regimentarios, el abanderado de la Corona, Pan Marcos Sobieski y Pan Priemski, y la brillante comitiva fué avanzando lentamente a lo largo del muro.

—¡Viva Jarema! — gritaba el ejército.— ¡Viva nuestro padre!

Y el príncipe saludaba inclinando la cabeza descubierta y la bulava hacia todas partes.

—¡Gracias, señores, gracias!—exclamó en alta y bien timbrada voz.

Luego, dirigiéndose a Priemski, dijo:

—Esas trincheras son demasiado amplias para la defensa.

El interpelado bajó la cabeza en señal de asentimiento.

Así atravesaron los caudillos vencedores toda la línea, desde el extremo Este hasta el Oeste del estanque, examinando el campo de batalla e inspeccionando la muralla.

Los enardecidos soldados, entre joviales gritos, llevaban en hombros al campamento, detrás del séquito del príncipe, a Zagloba, como el mayor héroe de la jornada. Veinte poderosas manos sostenían en el aire la corpulenta figura del guerrero, que, rojo, cubierto de sudor, y moviendo los brazos para mantener el equilibrio, gritaba a voz en cuello:

—¡Ah! ¡Le he empimentado bien! He fingido la huída para atraerle en pos de mí. ¡Ese hijo de perro no nos hará ya más de las suyas! ¡Señores míos! ¡Hay que dar ejemplo a los jóvenes! ¡Por el amor de Dios, cuidado, que me haréis

caer! ¡Sujetadme bien, sujetadme bien! Creedme, he tenido una buena tarea con él. ¡Oh, el granuja! ¡Cualquier bellaco cree hoy día poder habérselas con un noble! ¡Pero ahora han recibido lo suyo! ¡Cuidado! ¡Dejadme, por todos los diablos!

—¡Viva! ¡Viva!—gritaban los caballeros.

—¡Llevémosle ante el príncipe!—repetían otros.

—¡Viva! ¡Viva!

Mientras esto sucedía, el hetmán de los zaporogos, rugiendo como un jabalí herido, llegó precipitado a su campamento, se desgarró la casaca y se arañó la cara. Los oficiales que se habían librado de la matanza le rodeaban en sombrío silencio, sin saber consolarle con ninguna palabra. Estaba casi sin sentido. Sus labios estaban cubiertos de espuma, sus talones golpeaban el suelo.

—¿Dónde están mis escuadrones, mis guerreros?—repetía con voz ronca. — ¡Qué dirá el kan, qué dirá Tugay-Bey! ¡Llevadme a Jarema! ¡Ojalá me empale!

Los oficiales callaban.

—¿Por qué las hechiceras me profetizaron la victoria?—seguía rugiendo el hetmán.—¡Cortadlas el cuello! ¿Por qué decían que Jarema sería mío?

Hasta entonces, cuando el rugido del león conmovía el campamento, ningún oficial se atrevía a chistar; pero ahora que el león había sido vencido, aniquilado, que la suerte parecía abandonarle, su desgracia tornaba insolentes a los oficiales.

—¡Con Jarema no puedes tú!—mugió Stepka.

—¡Tú vas y nos llevas a la perdición!—observó Mrozovizki.

El hetmán saltó hacia ellos como un tigre.

—¿Quién venció, pues, en Aguas Amarillas? ¿Quién en Korsun y en Pilavce?

—¡Tú!—respondió Voronchenko secamente.—Pero allí no tenías frente a ti a ningún Visnoviezki.

Kmielnizki se mesaba los cabellos.

—¡Y le he prometido al kan que dormiría esta noche en el castillo!—aulló desesperado.

—Lo que tú hayas prometido al kan le interesa sólo a tu cabeza. Ten cuidado, no sea que la vayas a perder. Pero

al asalto no nos conduzcas de nuevo, ¡no acabes con los siervos de Dios! Alza vallados contra los lajes, abre trincheras ante la boca de los cañones. De lo contrario, ¡ay de ti!

—¡Ay de ti!—repitieron voces sombrías.

—¡Ay de vosotros!—gritó Kmielnizki.

Se amenazaban mutuamente, como nubarrones de tormenta... De pronto Kmielnizki vaciló y se desplomó sobre un lecho de pieles de carnero, cubierto de tapices.

Los oficiales permanecieron largo rato silenciosos, con la cabeza inclinada. Al fin levantó el hetmán la suya y gritó con voz ronca:

—¡Aguardiente!

—¡No beberás!—repuso ásperamente Vyjovski.—El kan querrá hablar contigo.

El kan se hallaba a una milla de distancia del campo de batalla, ignorante aún de lo que allí había sucedido. La noche era tranquila y calurosa. Estaba el soberano en su tienda, sentado entre los mullahs y agaes, esperando noticias y comiendo dátiles de una bandeja de plata que había junto a él. De cuando en cuando dirigía la vista hacia el despejado cielo y murmuraba:

—Mohamed Rosullah.

De improviso apareció Subhagazi, jadeante, cubierto de sangre, sobre el caballo lleno de espuma: saltó de la silla y, dirigiéndose, rápido, hacia el kan, se inclinó profundamente y esperó sus órdenes.

—¡Habla!—dijo el kan, con la boca llena de dátiles.

A Subhagazi le quemaban las palabras los labios, como si fueran llamas, pero no le estaba permitido hablar sin emplear los títulos acostumbrados. Así, pues, empezó, entre frecuentes inclinaciones, de la siguiente manera:

—Poderosísimo kan de todas las hordas, nieto de Mahoma, monarca absoluto, sabio y afortunado señor, señor del árbol cuya sombra se extiende de Oriente a Occidente, señor del árbol florido...

Aquí hizo el kan una señal con la mano. Había visto sangre en la cara de Subhagazi, dolor y desesperación en sus ojos. Escupió los medio masticados dátiles en una mano y se los entregó a un criado, quien, con las mayores mues-

tras de respeto, los recibió y empezó a comérselos al punto.

—Habla pronto, Subhagazi—dijo,—pronto y con cordura; ¿ha sido tomado el campamento de los infieles?

—¡Dios no lo ha querido!

—¿Los lajes?

—Vencedores.

—¿Kmielnizki?

—Derrotado.

—¿Y Tugay-Bey?

—Herido.

—¡No hay más que un Dios! — murmuró el kan. — ¿Cuántos creyentes han entrado en el paraíso?

Subhagazi levantó la mirada hacia la altura y con la ensangrentada mano señaló al luminoso cielo.

—Tantos como luces hay a los pies de Alá—contestó en tono solemne.

El rostro obeso del kan se inyectó de sangre. La cólera inflamó su pecho.

—¿Dónde está el perro—preguntó—que me ha prometido que hoy dormiríamos en el castillo? ¿Dónde está la serpiente venenosa que Dios aniquilará por mi pie? Debe presentarse ante mí para responderme de las vanas promesas que me ha hecho.

Algunos mirzas fueron presurosos en busca de Kmielnizki. El kan se fué tranquilizando y repitió:

—¡No hay más que un Dios!

Y agregó, dirigiéndose al recién llegado:

—¡Subhagazi! Tienes la faz ensangrentada.

—¡Es sangre de los infieles!—contestó el guerrero.

—Cuéntanos, ¿cómo la has vertido? Alegra nuestros oídos con la narración de las hazañas de los creyentes.

Subhagazi empezó a describir detalladamente la batalla, haciendo resaltar el heroísmo de Tugay-Bey, Galgas y Nuradín. Tampoco dejó de ensalzar a Kmielnizki igual que a los demás, y achacó la culpa de la derrota sólo a la voluntad de Dios y a la furia de los infieles. Un detalle de su narración causó estupor en el kan: el de que, al principio de la batalla, no se tiraba contra los tártaros, y la caballería del príncipe sólo les atacó cuando ellos le obstruyeron el paso.

—¡Alá! No querían la guerra conmigo—dijo el kan,—pero ahora es demasiado tarde.

Así era, en efecto. El príncipe Jeremías, al empezar la batalla, había prohibido a los soldados disparar contra los tártaros, a fin de convencerlos de que había entabladas negociaciones con el kan y de que sus hordas sólo aparentemente estaban al lado del populacho. Los acontecimientos, y no otra cosa, le condujeron al encuentro con los tártaros.

El kan movía la cabeza y pensaba si no sería mejor volver las armas contra Kmielnizki, cuando, de repente, el hetmán se presentó ante él. Kmielnizki, ya tranquilo, acercóse con aire altivo, mirando de hito en hito al kan.

—Acércate, traidor—gritó el kan.

—Se acerca a ti el hetmán de los cosacos, no un traidor, sino el fiel aliado, a quien tú prometiste ayuda no sólo en la prosperidad.

—Anda, ve a pernoctar en el castillo: arroja a los lajes de las fortificaciones, de las murallas, como me prometiste.

—Augusto kan de todas las hordas—respondió Kmielnizki, elevando la voz:—eres poderoso, sí, junto al sultán, el más poderoso de la tierra; eres sabio y fuerte, ¿pero tienes el poder de lanzar una flecha a las estrellas o de medir la profundidad de los mares?

El kan le miró asombrado.

—Tú no eres capaz de eso—siguió diciendo Kmielnizki en voz a cada instante más alta.—Tampoco yo he sido capaz de sondear todo el orgullo y toda la insolencia de Jarema. ¿Podía yo suponer que tú, kan, no habías de causarle ningún temor, que tu presencia no le acobardaría y que no sólo no se doblegaría ante ti, sino que tendría la insolencia de levantar la mano contra ti, que vertería la sangre de tus guerreros y que se atrevería a mofarse de ti, poderoso monarca, como del último de tus mirzas? Si yo hubiera podido suponer eso, sólo con ello te hubiera faltado al respeto, a ti, a quien yo amo y honro.

—¡Alá!—exclamó el kan con mayor asombro.

—Pero ¿qué tengo que decirte?—siguió diciendo Kmielnizki, firmes, casi retadores el gesto y el acento.—Tú eres grande y poderoso, de Oriente a Occidente los pueblos y

los monarcas se inclinan ante ti y te llaman «El León.» Sólo Jarema no cae por tierra ante tu majestad. Si tú no le aniquilas, si tú no le haces doblegarse y no huellas sus espaldas con los cascos de tus caballos, ¿de qué te servirá tu poder? ¿De qué tu gloria? Se dirá que un simple príncipe de los lajes ha deshonrado impunemente al señor de Crimea, que él es más grande y más poderoso que tú.

Reinó un profundo silencio. Los mirzas, los agaes y los mullahs miraban al kan, como al sol, con mirada casi idolátrica. El kan, los ojos cerrados, meditaba.

Kmielnizki, apoyado en la bulava, esperaba, animoso, su respuesta.

—Tú lo has dicho—contestó al fin el soberano.—Quiero doblegar la cerviz de Jarema y pasar sobre sus espaldas a caballo, para que no se diga de Oriente a Occidente que un perro infiel me ha deshonrado.

—¡Dios es grande!—exclamaron a una los mirzas, los agaes y los mullahs.

Los ojos de Kmielnizki brillaron de alegría. De un golpe no sólo había apartado de sí la perdición que se cernía sobre él, sino que, además, del aliado dudoso se había hecho un seguro y fiel aliado.

Aquel león sabía, en todo momento, transformarse en una serpiente.

En ambos campamentos se oyó un continuo zumbido, hasta ya muy entrada la noche, cual el de un enjambre de abejas cuando se siente acariciado por el templado sol de la primavera, zumbido que no conseguía despertar a los caballeros que yacían en el campo de batalla, agujereados por las espadas, las lanzas, las balas y las flechas, durmiendo el sueño eterno. La luna salió e inició su curso sobre aquel campo de la Muerte, reflejándose en los cuajados charcos de sangre, abandonando unos cuerpos para iluminar otros, mirando por las muertas pupilas de los ojos de los cadáveres, alumbrando caras pálidas, restos de armas rotas, caballos sin vida..., y, conforme avanzaba cielo arriba, palidecía, palidecía, ante tanto horror. Acá y allá deslizábanse siniestras figuras, aisladas o en grupos, por el campo. Eran la chusma y los siervos de campamento, que llegaban a robar a los muertos y caían sobre ellos como

los chacales sobre los restos de la comida del león. Pero un supersticioso miedo acabó por ahuyentarles. Un algo macabro y misterioso flotaba sobre aquel campo cubierto de cadáveres, sobre la inmovilidad de las figuras, vivas hacía poco, sobre la silenciosa paz en que yacían, unidos en el sueño eterno, polacos, turcos, tártaros y cosacos. De vez en cuanto zumbaba el viento entre las malezas, y a los soldados que velaban en las trincheras les parecía oir revolotear las almas de los muertos sobre los cuerpos que habían animado. Se contaba que cuando en Zbaraz sonó la última campanada de la media noche, de todo el campo, desde las fortificaciones hasta el campamento, se elevaron en el aire innumerables bandadas de pájaros, produciendo un ruido ensordecedor. Se oían voces quejumbrosas, lamentos que ponían los pelos de punta y gemidos misteriosos. Aquellos que aún tenían que morir en la lucha, aquellos cuyos oídos podían percibir voces ultraterrenas, oían claramente cómo las almas de los polacos, volando hacia el cielo, exclamaban: «¡Ante tus ojos, oh Señor, ponemos nuestras culpas!;» mientras que los cosacos gritaban: «¡Cristo! ¡Cristo! ¡Apiádate de nosotros!,» pues unos y otros habían perecido en guerra fratricida y no podían gozar en seguida de la luz eterna, condenados a errar por las tinieblas, a cruzar con el viento sobre este valle de lágrimas, a llorar noches y noches hasta alcanzar el perdón de la culpa común y obtener de Cristo el olvido y la paz.

Mas en aquel tiempo los corazones de los hombres se habían hecho duros como peñas y el ángel de la paz no se cernía sobre el campo de batalla.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, antes que el sol derramara sus dorados rayos por la bóveda celeste, ya estaba el campamento polaco rodeado de un nuevo vallado de defensa. Las anteriores fortificaciones eran demasiado amplias, siendo difícil defenderlas y mandarse refuerzos mutuamente. El príncipe y Priemski habían decidido encerrar su ejército en un cerco atrincherado más estrecho. Toda la noche trabajaron en ello tanto los húsares como las otras secciones y la gente de servicio. Hasta las tres de la madrugada no pudieron cerrar los ojos los cansados caballeros, y a esta hora, todos, exceptuando los centinelas, durmiéronse profundamente, pues también el enemigo había trabajado hasta muy tarde y, después de la derrota de aquel día anterior, no era de temer un asalto nocturno.

Skretuski, Longinos y Zagloba, en su tienda, comían una sopa de cerveza con trocitos de queso, y hablaban de las fatigas del día con aquella satisfacción propia de todo soldado después de una reciente victoria.

—Tengo la costumbre de acostarme con las gallinas y levantarme al amanecer, tal como lo hacían los «antiguos» —decía Zagloba;—pero en la guerra es casi imposible. Uno duerme cuando puede, y se levanta cuando le despiertan. Lo que me molesta es que por culpa de esos bribones tengamos que fastidiarnos. ¡Pero qué le hemos de hacer! Ya les hemos zurrado hoy de lo lindo. Conque sean tratados así un par de veces, perderán de seguro las ganas de despertarnos.

—¿Sabéis si han perecido muchos de los nuestros?—preguntó Longinos.

—¡Oh, no muchos! Siempre perecen más de los asaltantes que de los sitiados. Vos no entendéis tanto de estas cosas como yo, pues no habéis hecho tantas campañas. Nosotros,

los veteranos, no necesitamos contar los muertos; los calculamos según el curso de la batalla.

—Ya aprenderé, junto a los señores, a calcular...—contestó Longinos dulcemente.

—Dudo mucho que vuestro ingenio llegue a tanto.

—¡Dejadle en paz!—terció Skretuski.—No es esta la primera campaña que hace Pan Longinos, y ojalá Dios le concediera al mejor caballero distinguirse como él anoche.

—Se hizo lo que se pudo—contestó el lituano,—aunque no tanto como se quiso.

—No os habéis comportado mal—dijo Zagloba en tono protector, y añadió, retorciéndose el bigote:—Si otros se han portado mejor no es culpa vuestra.

El lituano le escuchaba con los ojos bajos y suspiraba, pensando en su antepasado Stoveiko y en las tres cabezas de turco.

En aquel momento se alzó la cortina de la puerta y entró el señor Miguel, alegre y satisfecho como un jilguero en una mañana serena.

—Ea, ya estamos todos juntos—exclamó Zagloba.—Dadle cerveza.

El menudo caballero les estrechó la mano y dijo:

—¡Si supierais cuántas balas hay en el patio del castillo! No podéis formaros idea. No es posible atravesarlo a caballo sin tropezar.

—Ya las he visto—contestó Zagloba,—pues he dado una vuelta por el campamento. Todas las gallinas juntas de la región de Lvov no han puesto en dos años tantos huevos como balas hay allí. ¡Ay, si fueran verdaderamente huevos, cómo nos íbamos a poner de tortillas! Habéis de saber, señores míos, que por una buena tortilla cedo yo los manjares más delicados. Tengo una naturaleza de soldado, como vosotros. Me gusta comer cualquier cosa con tal que sea abundante. Por eso soy más ágil para la batalla que la juventud de hoy día, que esos melindrosos que no pueden comer ni siquiera un trocito de gorrión sin aflojarse el cinto.

—Ya habéis demostrado anoche con Burlay de lo que sois capaz—dijo el menudo caballero.—Matar a Burlay, como lo hicisteis, nunca lo hubiera esperado de vos.

Era uno de los caballeros más valientes de Ucrania y de Turquía.

—No creáis que esta ha sido mi primera hazaña, Pan Miguel. Veo que nos buscábamos uno a otro por toda la extensión del orbe y nos hemos encontrado los cuatro. Un cuadrifolio como éste no se forma otra vez en toda la república. Con vosotros, señores, y nuestro príncipe a la cabeza, sería capaz de ir hasta Estambul. Pan Skretuski ha matado a Burdabut y a Tugay-Bey.

—Tugay-Bey no ha muerto—interrumpió Skretuski.—Noté como se me desvió la hoja de la espada, y en seguida fuimos separados.

—Es lo mismo. No me interrumpas, Pan Juan. Pan Miguel mató a Bogun en Varsovia.

—Haríais mejor en no decirlo—interrumpió el lituano.

—Lo dicho, dicho está, aunque hubiera preferido callarlo. Pero continúo. Pan Longinos de Triparrata, aquí presente, estranguló a Pulian, y yo maté anoche a Burlay. Pero no puedo menos de manifestar a los señores que a todos los demás los cambiaría yo con gusto por este último, y que yo he tenido con él la partida más difícil. Aquello era un demonio, no un cosaco. Si yo tuviera hijos legítimos, les dejaría un hermoso nombre. Quisiera saber cómo nos premiarán Su Majestad el rey y la Dieta, y cómo se portarán con nosotros, que vivimos más de azufre y salitre que de otra cosa.

—Hubo un caballero que fué más grande que todos nosotros juntos—suspiró Longinos.—Pero su nombre no lo conoce nadie.

—Picáis mi curiosidad—refunfuñó el grueso hidalgo.—Se tratará de un héroe de la antigüedad.

—Se trata, hermanitos, de aquel que derribó al rey Gustavo Adolfo con su caballo y le hizo prisionero cerca de Trestina.

—Yo pensaba que había sido cerca de Puzki—objetó el señor Miguel.

—Pero el rey se libró de sus manos y huyó—agregó Skretuski.

—¡Así fué!—profirió Zagloba, con los ojos chispeantes.—Yo puedo contar algo sobre eso. Precisamente en aquella

época servía yo bajo las órdenes de Pan Koniezpolski, el padre del abanderado de la Corona. ¡Ya lo creo que conozco el asunto! La modestia no me permite mencionar el nombre de aquel caballero: por eso nadie le conoce. A pesar de que—creedme lo que os digo—Gustavo Adolfo era un valiente guerrero, casi tanto como Koniezpolski, el encuentro con Burlay a solas era un trabajito bastante más pesado, os lo aseguro.

—¿Queréis decir que fuisteis vos quien derribó a Gustavo Adolfo?—preguntó Volodiovski.

—¿Acaso me he vanagloriado de ello, Pan Miguel? ¿Quién se acuerda ya de tal hazaña? No me faltan otras, recientes, fresquitas, de que enorgullecerme... La sopa de cerveza hace un ruído infernal en el vientre, y cuanto más queso tiene, más ruído hace. Prefiero una sopa de vino, aunque también le doy gracias a Dios por ésta, pues ¿quién sabe si lo que hay en la despensa alcanzará todavía para mucho tiempo? El preboste Zabkovski me ha dicho que estamos mal de provisiones de boca, lo que le intranquiliza mucho, pues tiene una barriga tan grande como un almear. Es un bernardino como hay pocos: le he tomado mucho cariño. Tiene más sangre de soldado que de monje. Cuando pega una bofetada, ya puede el abofeteado irse encargando el ataúd.

—¡Ah!—dijo el menudo caballero,—no os he contado, señores, lo bien que se ha portado esta noche el capellán Yaskolski. Se colocó en un bastión angular en aquella terrible torre, al lado derecho del castillo, y contemplaba la batalla. Hay que tener en cuenta que es un magnífico tirador de arcabuz. Le decía a Zabkovski: «No tiraré contra los cosacos, que al fin y al cabo son cristianos, aunque obren contra la voluntad de Dios; pero en cuanto a los tártaros, no puedo contenerme más.» Y empezó a vomitar balas con tanto ahinco, que debe haber puesto fuera de combate una treintena de infieles.

—¡Si todo el clero fuera así!—murmuró Zagloba.—Pero nuestro Mujoviezki no hace más que juntar las manos y llorar, lamentándose de que se derrame tanta sangre de cristianos.

—El preboste Mujoviezki—le amonestó Skretuski—es

un santo, y buena prueba de ello es que los otros inclinan respetuosamente la cabeza ante él, no obstante ser más joven que ellos.

—No es mi intención negar su santidad. Bien sé que sería capaz de convertir al mismo kan. ¡Oh, señores míos! Su Excelencia el kan debe de rugir de furor, de tal manera que los piojos deben dar volteretas de miedo en su cabeza. Si se llega a entrar en negociaciones con él, yo iré con la comisión. Somos antiguos conocidos, me quería mucho en otros tiempos. Tal vez se acuerde de mí.

—Para las negociaciones se elegirá probablemente a Janizki, porque habla el tártaro tan bien como el polaco—dijo Skretuski.

—Yo también, y los mirzas y yo nos conocemos tanto como dos caballos del mismo tiro. En Crimea me ofrecían sus hijas a fin de tener hermosa descendencia, y como yo era joven y no tenía cerrado ningún pacto convencional con mi inocencia, como el ilustre Pan Longinos de Triparratas, hice allí la mar de calaveradas.

—Da pena oiros—suspiró Longinos, con los ojos bajos.—Siempre decís lo mismo, como un mirlo amaestrado.

La conversación fué interrumpida por un rumor que venía de fuera. Los caballeros salieron a ver lo que sucedía. Gran número de soldados asomábanse a los muros y miraban los contornos, que durante la noche se habían transformado en extremo y seguían aún transformándose. Los cosacos no habían estado ociosos tampoco desde el último asalto. Habían construído fortificaciones y colocado sobre ellas piezas de artillería de tal calibre y alcance como no podían encontrarse en el campamento polaco. Habían empezado trincheras y fosos que atravesaban el campo, ya rectilíneamente, ya serpenteando. Desde lejos semejaban aquellas fortificaciones millares de nidos de topos. Todo el plano inclinado estaba cubierto de ellas, por todas partes se veía entre la verdura la obscura tierra recién removida, y por todas partes hormigueaban los excavadores. Sobre los primeros vallados relucían las rojas gorras de los bravos cosacos.

El príncipe estaba sobre la muralla, acompañado del estaroste de Krasnostav y del señor Priemski. Un poco más

allá miraba con un anteojo el castellano de Belz los trabajos de los cosacos y le decía al copero de la Corona:

—El enemigo va a empezar un asedio en regla. Veo que tendremos que abandonar la defensa de las murallas y trasladarnos al castillo.

Estas palabras las oyó el príncipe Jeremías, y, volviéndose hacia el castellano, dijo:

—Dios nos libre de hacer semejante cosa; nos meteríamos voluntariamente en una ratonera. Aquí no hay más recurso que vencer o morir.

—Esa es también mi opinión, aunque tenga que matar cada día a un Burlay—terció Zagloba.—Y protesto, en nombre de todo el ejército, contra la opinión del señor castellano de Belz, que...

—No os metáis donde no os llaman—le atajó el príncipe.

—¡Silencio!—murmuró Volodiovski, tirándole del brazo, al grueso hidalgo.

—Los exterminaremos en sus escondrijos como a los topos—agregó éste,—y ruego a Vuestra Excelencia me permita hacer la primera salida. Ya me conocen bien, pero tienen que conocerme mejor todavía.

—¡Una salida!—repuso el príncipe, arrugando la frente. —Esperad a que las noches empiecen a ser más obscuras...

Y añadió, dirigiéndose al estaroste de Krasnostav, al señor Priemski y a los regimentarios:

—Señores, os ruego que acudáis al Consejo.

Dicho esto, se alejó seguido de aquellos dignatarios.

—Por el amor de Dios, ¿qué habéis hecho?—le dijo Volodiovski a Zagloba.—¿No conocéis el reglamento y la disciplina? ¿Cómo se os ocurre mezclaros en las conversaciones de los superiores? El príncipe es muy bueno, pero en tiempos de guerra no entiende de bromas.

—¡No hay para tanto, Pan Miguel! Pan Koniezpolski era un terrible león, y, sin embargo, tenía en mucho mis consejos, y los lobos me devoren si gracias a ellos no venció dos veces a Gustavo Adolfo. ¡Ya sé yo hablar con los grandes señores! ¿No habéis observado como el príncipe *obstupuit* (1) cuando le aconsejé una salida? Si Dios nos

(1) «Se asombró.»

concediese una victoria, ¿a quién habría que agradecérselo? ¿A ti?

En aquel momento se acercó Zachvilijovski.

—¡Mirad cómo escarban! Escarban como los cerdos—profirió, señalando al enemigo.

—Preferiría que fueran cerdos—contestó el grueso hidalgo,—pues entonces tendríamos salchichas baratas. Muchos de ellos han caído, pero hasta los perros desprecian su carne. En el cuartel de Pan Firley han tenido los soldados que cavar pozos, pues en el estanque del Este no se ve el agua, de tanto cadáver. Por la mañana echaban la bilis esos hijos de perro, ahora flotan. El viernes no podremos comer pescado, porque estará cebado con carne.

—Es verdad. Soy un viejo soldado, pero tantos cadáveres sólo los he visto en Jócim, cuando el ataque de los jenízaros a nuestro campamento.

—Pues todavía habéis de ver más, os lo aseguro.

—Me parece que esta noche, o quizá antes, se lanzarán al asalto.

—Y yo os digo que nos dejarán tranquilos hasta mañana.

Apenas había pronunciado Zagloba estas palabras, cuando de las fortificaciones enemigas empezaron a elevarse humaredas blancas y las balas comenzaron a pasar zumbando sobre el muro.

—¡Ahí lo tenéis!—exclamó Zachvilijovski.

—¡Bah! ¡Esos bestias no entienden el arte de la guerra!

El viejo Zachvilijovski tenía razón.

Kmielnizki empezaba un asedio en regla. Cortó todos los caminos, todas las salidas, incendió los pastos, construyó aproches y vallados, mandó cavar galerías serpeantes, sin interrumpir el ataque. Había decidido no permitir ningún reposo a los sitiados, mortificarlos, aterrorizarlos, mantenerlos en continuo insomnio y molestarles hasta que las armas se les cayeran de las entumecidas manos. Por la noche atacó de nuevo los alojamientos de Visnoviezki casi con el mismo resultado que el día anterior, tanto más cuanto que sus guerreros ya no avanzaban con el arrojo de antes. Al siguiente día no cesó el fuego un solo instante. Las culebrinas estaban a un tiro de ballesta de los vallados. Las trincheras humeaban de la mañana a la noche, cual

pequeños volcanes. No se llegaba a una batalla definitiva, sino que aquello era un incesante tiroteo. Los sitiados hacían algunas salidas, y empezaba la lucha con sables, trillos, guadañas y lanzas. Pero aún no se había exterminado una línea de asaltantes, cuando se llenaban las trincheras de nuevos refuerzos. El ejército no tuvo un solo momento de reposo en todo el día, y cuando llegó el anhelado ocaso del sol, empezó un nuevo ataque general.

La noche del 16 de julio atacaron Gladki y Nebaba, dos valientes capitanes, los puestos del príncipe, pero sufrieron de nuevo una terrible derrota. Tres mil de los más valientes soldados quedaron en el campo, y el resto huyó a la desbandada hacia el campamento, perseguido por el estaroste de Krasnostav, arrojando las armas y los cuernos de pólvora. Igual suerte tuvo el desventurado Fedorenko, que, aprovechándose de la densa niebla del amanecer, casi hubiera logrado tomar la ciudad. Pan Korf le rechazó a la cabeza de sus alemanes, y el estaroste de Krasnostav, en combinación con el abanderado Koniezpolski, persiguió a los fugitivos hasta casi exterminarlos.

Pero todo esto no era nada comparado con el terrible asedio que tuvo lugar el 19 de julio. La noche anterior habían levantado los cosacos, precisamente frente al cuartel de Visnoviezki, un elevado vallado, el cual vomitaba fuego sin cesar, con su artillería de gran calibre, y cuando el día tocó a su fin y las primeras estrellas brillaron en el cielo, avanzaron millares de asaltantes. Al mismo tiempo aparecieron en la lejanía varias decenas de terribles máquinas, semejantes a torres y que se aproximaban lentamente a las fortificaciones. A sus lados se levantaban, como gigantescas alas, puentes que habían de lanzarse sobre los fosos y trincheras; las cumbres humeaban, lucían y zumbaban al fuego de pequeños cañones, arcabuces y mosquetes. Estas torres avanzaban sobre el hervidero de cabezas humanas, semejantes a gigantescos caudillos, ya rojas al resplandor de los disparos, ya negras en medio de la obscuridad y el humo. Los soldados se las señalaban desde lejos, murmurando:

—Son máquinas infernales. Kmielnizki quiere molernos con esos molinos.

—¡Mirad con qué fragor se acercan!

—¡Fuego sobre ellas! ¡De los cañones!

La artillería del príncipe lanzaba granada tras granada, bala tras bala, sobre las terribles máquinas; pero, como sólo se distinguían bien al fulgor de los cañonazos, la mayor parte no hacían blanco.

Entre tanto, la nutrida masa de cosacos se aproximaba como una ola negruzca que se deslizase por la inmensa superficie del mar.

—¡Uf!—gruñía Zagloba, que se encontraba, con la caballería, junto a Skretuski.—En la vida he sentido tanto calor. ¡Qué bochorno! Estoy sudando a mares. ¡Los demonios les han dado esas máquinas! ¡Quiera Dios que la tierra se trague a esos bribones, pues ya los tengo hasta la garganta, amén! No comer, no dormir; los perros viven mejor que nosotros. ¡Uf! ¡Qué bochorno!

El aire era realmente pesado y bochornoso, y además estaba impregnado de las emanaciones de los cadáveres que desde hacía algunos días se pudrían sobre todo el campo de batalla. Cubría el cielo una negra y espesa capa de nubes. Una tormenta se cernía sobre Zbaraz. A los soldados les corría el sudor bajo las guerreras, y su pecho respiraba angustiosamente.

De pronto redoblaron los tambores en las tinieblas.

—Van a atacarnos en seguida—dijo Skretuski.—¿Oís los tambores?

—Los oigo. ¡Ojalá el demonio redoblara sobre ellos! Esto es para desesperarse.

—¡Mueran! ¡Mueran!—tronaba el grito de la muchedumbre asaltante.

A todo lo largo del foso junto a la muralla comenzó la batalla. Visnoviezki, Landskoronski, Firley y Ostrorog fueron atacados a un tiempo a fin de que no pudieran prestarse ayuda uno a otro. Los cosacos, borrachos de aguardiente, atacaban con más furia que nunca a los sitiados, pero éstos oponían una resistencia inaudita. El espíritu de heroísmo del caudillo se comunicaba a los soldados. Los terribles infantes de las tropas cuartanas, compuestas de aldeanos mazurianos, se habían lanzado de tal manera sobre los cosacos, que luchaban mezclados entre sus filas. Se

combatía allí con culatas, puños y dientes. A los ataques de los furiosos mazurianos perecieron varios cientos de los mejores fusileros zaporogos, pero no tardaron otros en ocupar su puesto. La lucha se hizo terriblemente encarnizada en toda la línea. Los cañones de los mosquetes chamuscaban las manos de los soldados, que apenas podían ya respirar; a los oficiales se les enronquecía la voz de tanto dar voces de mando en medio de aquel griterío. El estaroste de Krasnostav y Skretuski salieron de nuevo con la caballería y atacaron de flanco al enemigo, pisoteando secciones enteras, bañándose en sangre.

Transcurría hora tras hora y el asalto no tenía fin, pues las terribles brechas que se abrían en las filas eran al punto cegadas por Kmielnizki con nuevas fuerzas. Los tártaros se animaban con su gritería, lanzando, al mismo tiempo, nubes de flechas sobre los soldados leales. Algunos que marchaban detrás de la chusma empujaban a ésta al combate con vergajos. Rabia luchaba contra rabia, pecho contra pecho, el hombre se abrazaba al hombre en lucha a muerte. Así combatían, como las furiosas olas del mar contra un promontorio de rocas.

De pronto la tierra tembló bajo los pies de los guerreros y todo el cielo se cubrió de pálido fulgor, como si Dios no pudiera contemplar por más tiempo las crueldades de los hombres. Un terrible fragor dominó el griterío de los hombres y el estampido de los cañones. La artillería del cielo empezó su terrorífico cañoneo. De Oeste a Este bramaba y fulguraba la tempestad. Parecía que la bóveda celeste se hundía en inmensa nube sobre la cabeza de los luchadores. Había momentos en que todo el horizonte semejaba una sola y grandísima llama. Reinaban de nuevo las tinieblas más profundas, y otra vez los rojizos ziszás de los relámpagos volvían a hender la obscura capa celeste. Una, dos veces, se desencadenó el huracán arrastrando millares de gorras, estandartes y banderas, dispersándolos en un instante sobre el campo de batalla.

Un caos de truenos, rayos, centellas y tinieblas, una formidable tempestad se desencadenaba sobre la ciudad, el castillo, las fortificaciones y el campamento. La lucha se interrumpió. Se abrieron las esclusas del cielo y verdaderos

torrentes de agua empezaron a caer sobre la tierra. El diluvio impedía ver a un paso de distancia. Los cadáveres que llenaban el foso empezaban a ser arrastrados por el agua. Los regimientos cosacos abandonaron el asalto y corrían hacia el campamento, atropellándose unos a otros. Creyendo que el enemigo los perseguía, dispersábanse en la obscuridad. Tras ellos los cañones y carros de municiones tropezaban y se atrancaban en el reblandecido suelo. El agua destruyó los trabajos de los zapadores cosacos, penetró en los fosos y trincheras, a pesar de estar protegidos por desagües, y corrió bramando por el llano como en persecución de los fugitivos.

La lluvia arreciaba por momentos. La infantería abandonó los muros y se refugió bajo de las tiendas. Sólo la caballería del estaroste de Krasnostav y de Skretuski no recibió orden de retirarse, y los dos jefes permanecían en el campo uno junto a otro, casi a punto de ahogarse.

Poco a poco la tempestad fué cediendo. Hacia media noche cesó, al fin, la lluvia. Entre las desgarradas nubes brilló acá y allá alguna estrella. Transcurrió todavía una hora; el agua había descendido algo. Inesperadamente apareció el príncipe en persona junto a la bandera de Skretuski.

—Señores—preguntó,—¿no se han mojado vuestros cargadores?

—¡Están secos, Excelencia!—contestó Skretuski.

—¡Está bien! Desmontad, id por el agua hacia aquellos baluartes, colocad pólvora debajo y hacedlos saltar. Avanzad sigilosamente... El señor estaroste de Krasnostav os acompañará...

—¡A la orden!

Entonces divisó el príncipe al ya casi anfibio Zagloba.

—¿No deseabais hacer una salida?—le dijo.—¡Hacedla ahora!

—¡La hemos hecho buena!—murmuró el grueso hidalgo. —Era lo único que me faltaba.

Media hora después corrían dos secciones, cada una de doscientos cincuenta hombres, sable en mano, con el agua hasta los sobacos, hacia aquellas horribles «máquinas infernales» de los cosacos, las cuales se hallaban como a medio estadio de las fortificaciones.

Una de las secciones la mandaba *el león de los leones,* el estaroste de Krasnostav, Pan Marcos Sobieski, que no permitió quedarse en las trincheras; la otra Skretuski. La servidumbre conducía toneles de brea, antorchas secas y pólvora. Iban silenciosos, como los lobos que a media noche se disponen a caer sobre un rebaño.

El menudo caballero se había unido voluntariamente a Skretuski, pues el señor Miguel amaba estas expediciones sobre todas las cosas. Con el corazón rebosante de alegría y blandiendo el sable en el aire, avanzó, saltando por el agua. Junto a él iba Longinos, con el desnudo Cortapuchas en la mano. Su figura se distinguía entre las de todos los demás, pues al más alto le llevaba dos veces la cabeza.

Zagloba avanzaba jadeante, murmurando, malhumorado, de las palabras del príncipe:

—¿No queríais una salida? Hacedla ahora. ¡Buena es esta! Un perro se resistiría a atravesar este lago, aunque fuera para ir a una boda. Si vuelvo a aconsejar una salida con un tiempo así, no vuelvo a beber más que agua en toda mi vida. No soy ningún pato, y mi barriga no es un esquife. Siempre le he tenido verdadera aversión al agua y más aún a ésta donde sobrenadan carroñas de bellaco.

—¡Callad!—decía el señor Miguel.

—¡No digáis ni una palabra! Claro, como vos no sois mayor que un pececillo y sabéis nadar, es natural. Es una ingratitud de parte del príncipe que, después de mi victoria sobre Burlay, no me deje descansar. Zagloba ha hecho bastante; que cada uno haga tanto como él; pero Zagloba necesita reposo, pues mal lo pasaréis cuando él no viva ya. ¡Por Dios! Si caigo en algún agujero, sacadme en seguida por las orejas, porque, si no, me ahogaré al punto.

—¡Callad!—murmuró Skretuski.—Allí, en aquellos hoyos, hay cosacos y pueden oíros.

—¿Dónde? ¿Qué decís?

—Que hay cosacos en aquellos hoyos.

—¡Eso faltaba! ¡Ojalá los parta un rayo!

Pan Miguel puso una mano sobre la boca de Zagloba, pues sólo les separaban unos cincuenta pasos de los atrincheramientos. Los caballeros avanzaban ahora en absoluto silencio, pero el chapoteo de sus pies en el agua les

denunciaba. Afortunadamente empezó de nuevo a llover y el rumor de la lluvia no tardó en ahogar el ruído de sus pasos.

Ante las trincheras no había centinelas. ¿Quién hubiera podido temer con aquel temporal una salida? Un verdadero lago separaba a los combatientes.

Pan Miguel saltó hacia adelante con Longinos, y llegaron ambos los primeros a las trincheras. El menudo caballero dejó colgar su sable del cinto, y colocándose ambas manos a guisa de bocina, gritó:

—¡Eh! ¡Eh!

—¿Qué hay?—preguntaron desde el interior los soldados, convencidos evidentemente de que alguien de su campamento era el que les llamaba.

—¡Alabado sea Dios!—contestó Volodiovski.—¡Dejadnos pasar!

—¿Es que no sabéis cómo se pasa?

—Sí que lo sabemos—contestó Volodiovski.

Y, descubierta la entrada, saltó al interior, perseguido de Longinos.

En el interior del atrincheramiento se oyó una ensordecedora gritería. Al punto los demás caballeros saltaron dentro de las otras trincheras, lanzando feroces alaridos. En la obscuridad resonaron lamentos, choque de armas. Acá y allá se deslizaban sombras, algunas caían a tierra, sonaban disparos; pero todo no duró, en conjunto, más de un cuarto de hora. Los soldados, sorprendidos en su mayoría en el más profundo sueño, ni siquiera se defendían, y todos fueron degollados antes de que pudieran empuñar las armas.

—¡A las máquinas infernales! ¡A las máquinas infernales!—gritó la voz del estaroste de Krasnostav.

Los caballeros se dirigieron a las torres.

—¡Incendiadlas por dentro, por fuera están mojadas!—tronó Skretuski.

Pero la orden no era fácil de realizar. En aquellas torres, de madera de pino, no había ninguna puerta, ninguna abertura. Los tiradores cosacos subían a ellas por largas escalas; los pequeños cañones, pues no había sitio para colocar piezas grandes, eran subidos con maromas. Los caballeros

daban vueltas, en vano, alrededor de los cuadrángulos, golpeando las paredes con los sables y sacudiendo con las manos las aristas.

Afortunadamente, la servidumbre había llevado hachas y se empezó a abrir brechas a hachazos. El estaroste de Krasnostav dejó colocar morteros que se habían llevado para este objeto. Los toneles de brea y las antorchas fueron encendidos; las llamas lamieron la húmeda, mas, por suerte, resinosa madera, pero antes de que empezara a arder, antes de que la pólvora pudiera inflamarse, Pan Longinos se inclinó y levantó un tremendo peñasco, que los cosacos habían desenterrado.

Cuatro atletas de los más fuertes no hubieran podido moverlo, pero él lo balanceó en sus poderosas manos, y a la luz de los toneles de brea se veía su cara congestionarse. Los caballeros se quedaron estupefactos.

—¡Es Hércules en persona! ¡Mil balazos!—exclamaban, elevando las manos.

Longinos se había acercado entre tanto a un baluarte al que todavía no se había prendido fuego, se inclinó hacia atrás y lanzó la peña contra el centro de la pared.

Los circunstantes echaron la cabeza hacia atrás: de tal modo zumbó la peña. Al golpe saltaron en el acto las junturas, se oyó un desgarramiento, la torre se abrió de igual manera que una puerta de dos hojas, y se derrumbó. La madera fué embadurnada de alquitrán y un momento después ardía.

A los pocos minutos casi todas las torres, cual gigantescas antorchas, alumbraban la llanura. Seguía lloviendo, pero el fuego se avivaba, y ardieron por completo aquellos baluartes, con gran asombro de ambos ejércitos, que no podían explicarse cómo no los apagaba la lluvia.

Del campamento cosaco corrieron Stepka, Kulak y Mrozovizki con algunos miles de hombres y trataron de apagar el incendio. Pero fué en vano. Las columnas de fuego y las rojizas nubes de humo elevábanse cada vez más altas, reflejándose en los lagos y en los charcos.

En tanto volvían los caballeros, en cerradas filas, hacia las fortificaciones, desde las que les saludaban los sitiados con gritos de júbilo.

De pronto miró Skretuski en torno suyo, echó una ojeada entre las filas y gritó con voz de trueno:

—¡Alto!

Longinos y el menudo caballero faltaban entre los que volvían. Probablemente, arrebatados por el ardor bélico, se habrían detenido demasiado ante el último baluarte, o tal vez habrían encontrado soldados escondidos sabe Dios dónde. En fin, lo cierto es que no estaban allí.

—¡Adelante!—ordenó Skretuski.

El estaroste de Krasnostav, que avanzaba al lado opuesto de la fila, no sabía de qué se trataba, y ya iba a preguntarlo, cuando, de repente, los dos desaparecidos surgieron, como si brotaran de la tierra, entre los caballeros y los baluartes. Pan Longinos, con el relampagueante Cortacapuchas en la mano, daba pasos gigantescos; junto a él Pan Miguel corría a todo correr. Ambos llevaban la cabeza vuelta hacia los cosacos, que les perseguían como una jauría de sabuesos. Al rojo resplandor de los incendios podía verse claramente aquella persecución. Diríase que una enorme anta huía con su hijuelo de un grupo de cazadores dispuesto a cada instante a lanzarse contra ellos.

—¡Están perdidos! ¡Por el amor de Dios, más aprisa!—gritaba Zagloba con voz que partía el corazón.—Disparan contra ellos con arcos y silbones. ¡Por las llagas de Cristo, más aprisa!

Y sin preocuparse de que a lo mejor podía originarse una nueva batalla, corría junto a Skretuski y otros, sable en mano, en ayuda de los perseguidos, se hundía en el suelo, tropezaba, caía, se volvía a levantar, jadeando, gritando, temblando de pies a cabeza, y seguía adelante, ya casi sin fuerzas ni aliento.

Pero los cosacos no disparaban. Sus mosquetes estaban mojados, los tendones de sus arcos reblandecidos. Sólo se acercaban, se acercaban... Algunos se habían adelantado tanto, que casi... ya alcanzaban a los fugitivos. De pronto se volvieron los dos caballeros hacia ellos, como jabalíes, y lanzando un grito terrible, levantaron los sables. Los cosacos se pararon como si hubieran echado raíces. Pan Longinos, con su gigantesca tizona, debía de parecerles un ser sobrenatural.

Y como dos lobos pardos, a los que los perros de caza embisten, se vuelven hacia ellos, mostrando sus relucientes colmillos, y la ávida jauría, a cierta distancia, no se atreve a dar el asalto, así se volvían ellos, y cada vez se quedaban parados los próximos perseguidores. Sólo uno, que era evidentemente más atrevido, corrió hacia ellos, la guadaña en la mano; pero el señor Miguel saltó sobre él, como un gato salvaje, y lo hirió de muerte. Los restantes esperaron a que llegaran los demás, que acudían veloces, en espesas masas.

Pero también la fila de los caballeros se iba acercando, y Zagloba corría con ellos, agitando el sable sobre la cabeza, rugiendo como un tigre:

—¡Matadlos! ¡Degolladlos!

Sonó un estampido sobre la muralla, y una granada, plañendo como un mochuelo, describió un arco rojizo en el cielo y cayó en el centro de la espesa masa de cosacos. A ésta siguió pronto otra segunda, una tercera, una décima. Parecía que la batalla iba a comenzar de nuevo.

Hasta el asedio de Zbaraz les era desconocido a los cosacos el empleo de tales proyectiles. Los temían con tanta más razón cuanto que veían en ellos una prueba de las artes mágicas de Jeremías. Detuviéronse los perseguidores, medrosos, y momentos después reventaron las granadas, sembrando el terror y la muerte.

Sonaron estridentes gritos de espanto y la masa de cosacos se desbandó. En aquel momento el señor Longinos y el pequeño caballero alcanzaban a la salvadora fila de los húsares.

Zagloba abrazaba, ya al uno, ya al otro; les besaba en los ojos y en las mejillas. Su alegría era inmensa, pero, tratando de disimularla, para no mostrar la ternura de su corazón, gritó:

—¡Búfalos! No es que os quiera, pero temía por vosotros. ¡Así os hubieran matado! ¿Así entendéis el servicio? ¿Quedándoos atrás? Os habéis merecido que se os ate a las colas de los caballos y se os pasee por el patio del castillo. Vamos ahora a dormir. Gracias a Dios, después de todo, yo seré el primero que aconseje al príncipe imponeros un castigo. Ha sido una suerte para esos perros el haber huído

ante las granadas, pues, de lo contrario, ya hubiera hecho yo de ellos una buena ensalada. Prefiero batirme yo a ver en peligro a los amigos. ¡Tenemos que beber para celebrarlo! ¡Gracias a Dios que no ha pasado nada! Ya pensaba que mañana tendríamos que cantar un *Réquiem*. Pero es lástima que no haya tenido lugar ninguna pelea; siento comezón en la mano, aunque ya, en las trincheras, les he dado habas con cebolla a esos bergantes.

CAPÍTULO VI

Fué necesario preocuparse de la erección de nuevos muros a fin de reducir el campamento, restar eficacia a los trabajos de atrincheramiento de los cosacos y facilitar la defensa a las extenuadas tropas polacas. Con este objeto se trabajó toda la noche que siguió al ataque. Pero tampoco los cosacos holgaban. Avanzando silenciosamente hacia las murallas en la noche del martes al miércoles, levantaron un segundo vallado, mucho más alto que el anterior, en torno del campamento, desde el que empezaron a hacer fuego contra los sitiados, al despuntar el día, con un griterío infernal, no dejando de disparar durante cuatro días y cuatro noches. Ambas partes sufrieron daños de importancia, pues en los dos bandos rivalizaban entre sí los mejores tiradores.

De vez en cuando se desprendían masas de cosacos y populacho lanzándose al asalto, aunque sin llegar a las fortificaciones. El tiroteo era a cada instante más vivo. El enemigo, que disponía de poderosas fuerzas, relevaba continuamente a los grupos de combatientes, enviando un regimiento al descanso y otro a la pelea. En el campamento polaco, en cambio, no había tropas de relevo, siempre eran los mismos los que tenían que tirar, lanzándose a cada instante sobre las armas ante la amenaza del terrible asalto, enterrando los muertos, cavando pozos, y elevando los vallados a fin de tener mejor parapeto para el tiro. Los soldados dormían, o mejor dicho, dormitaban, apoyados contra los muros, entre el fuego y la lluvia de balas, tan numerosas, que todas las mañanas podían barrerse cómodamente de la explanada.

Por espacio de cuatro días nadie se mudó los vestidos, que, empapados por la lluvia y secados luego al sol, quemaban el cuerpo durante el día y lo helaban durante la noche; durante cuatro días nadie se llevó nada caliente a la boca.

Se bebía aguardiente con una dosis de pólvora, se roían galletas y se desgarraba con los dientes reseca carne ahumada, y todo esto en medio del fragor de la batalla, del humo de la pólvora, del zumbido de las balas y del tronar de los cañones.

Los soldados, llenos de un entusiasmo loco y pertinaz, se envolvían las sangrientas cabezas con sucios harapos y seguían luchando. Eran hombres singulares: con los coletos desgarrados, las armas enmohecidas, los mosquetes astillados en la mano, los ojos enrojecidos por el insomnio, estaban siempre alerta, de día y de noche, si llovía como si hacía sol, siempre dispuestos a la pelea.

Los soldados estaban enamorados ciegamente de su caudillo, del peligro, de los ataques, y despreciaban las heridas y la muerte. Un constante arrebato de heroísmo los dominaba, los corazones se habían incendiado, los sentidos se habían endurecido. Los horrores de la lucha eran su felicidad. Las diversas banderas rivalizaban en el cumplimiento del servicio, en la constancia en el ayuno, en el insomnio, en el trabajo, en la valentía y en la obstinación. Se llegó al extremo de ser difícil contener a los soldados en los muros; no les bastaba con la defensa, se lanzaban contra el enemigo como los lobos hambrientos sobre un rebaño de ovejas. En todos los regimientos dominaba una salvaje exaltación. El que hubiera pensado en la entrega hubiera sido hecho pedazos en el acto. «Aquí tenemos que morir,» repetían todos los labios.

Toda orden del caudillo era cumplida en un santiamén. Una vez el príncipe, que hacía una revista nocturna entre los vallados, advirtió que el fuego se debilitaba en las banderas cuartanas de Leschinski. Se dirigió a los soldados y preguntó:

—¿Por qué no tiráis?

—Se nos ha terminado la pólvora y hemos enviado al castillo por más.

—Más cerca la tenéis ahí—dijo el príncipe, señalando las trincheras enemigas.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando toda una bandera se lanzó de las murallas, como luego hacia el enemigo, y cayó como un huracán sobre las trincheras. Los

cosacos fueron exterminados con hoces, pértigas y las culatas de los mosquetes. Los asaltantes inutilizaron cuatro cañones, y media hora después volvieron, diezmados, pero vencedores, cargados con importante provisión de pólvora en toneles y frascos de cuerno.

Los días transcurrían y los aproches de los cosacos se iban estrechando en torno de las fortificaciones, hundiéndose en la línea de las defensas como cuñas en la madera. Se tiraba ya tan de cerca que sólo en los tiroteos cada día caían más de diez hombres de cada bandera. Los sacerdotes no cesaban de administrar los sacramentos. Los sitiados se protegían con carros, tiendas, pieles y trozos de ropa extendidos. Los muertos eran enterrados por la noche en el lugar donde habían perecido; pero los vivos luchaban con más ardor aún sobre las tumbas de sus compañeros. Kmielnizki prodigaba sin medida la sangre de sus gentes, y cada ataque le costaba nuevas y mayores pérdidas. Estaba asombrado de la resistencia de aquellas gentes; mas calculaba que el tiempo agotaría su valor y sus fuerzas. No obstante, el tiempo transcurría y cada día demostraban los sitiados mayor desprecio a la muerte.

Los jefes les daban buen ejemplo a los soldados. El mismo príncipe Jeremías dormía sobre la tierra rasa, junto al muro; bebía aguardiente, comía carne de caballo ahumada, aguantando con abnegación todas las fatigas y la intemperie, como un simple soldado. El abanderado de la Corona Koniezpolski y el estaroste de Krasnostav conducían personalmente sus banderas en las salidas. Durante los asaltos permanecían desarmados, bajo la terrible lluvia de balas. Hasta aquellos jefes a quienes, como a Ostrorog, les faltaba experiencia guerrera, y a quienes el soldado miraba con desconfianza, parecían, mandando Jeremías, haberse transformado en otros hombres. El viejo Firley, Landskoronski y Priemski dormían también junto a los muros, y el segundo dirigía de día el emplazamiento de los cañones, y de noche excavaba como un topo y colocaba minas bajo las trincheras de los cosacos y las volaba luego. Abría también caminos subterráneos por los que los soldados llegaban, como genios de la Muerte, hasta los cosacos entregados al sueño.

Por último, Kmielnizki decidió recurrir a las negociaciones, decidido a aprovecharse de ellas para poner en práctica alguna estratagema. El 24 de julio, a eso del anochecer, empezaron los cosacos a gritarles a los soldados que cesaran de disparar. El enviado zaporogo explicó que el hetmán deseaba ver al viejo Zachvilijovski. Tras de breve consejo, aceptaron los regimentarios la proposición, y el anciano abandonó las fortificaciones.

Desde lejos veían los caballeros cómo los cosacos le saludaban desde sus trincheras, pues Zachvilijovski, durante el corto tiempo que había desempeñado el cargo de comisario, había sabido conquistarse el respeto de los salvajes zaporogos, y el mismo Kmielnizki le tenía en mucha estima. El fuego cesó. Los cosacos, avanzando entre los aproches, llegaron hasta el mismo vallado y los caballeros se dirigieron hacia ellos. En ambas partes se tomaron las mayores precauciones, pero en realidad no había doblez en estas mutuas manifestaciones. Los nobles, que solían apreciar más a los cosacos que al populacho armado, admirando su valentía y su obstinada capacidad de resistencia, ahora conversaban con ellos como con sus compañeros, como caballeros con caballeros. Los cosacos se hacían cruces al contemplar de cerca aquella inaccesible guarida del león, contra la que se estrellaban todo su poder y el del kan. Acercáronse más aún y empezaron a lamentarse de que se vertiera tanta sangre cristiana. Por último, ambas partes se obsequiaron con tabaco y aguardiente.

—Vaya, señores polacos—decían los viejos zaporogos:—si os hubierais portado siempre así, no hubiera sucedido lo de Aguas Amarillas, Korsun y Pilavce. Sois demonios, no hombres. No hemos visto guerreros semejantes en todo el mundo.

—Volved mañana y pasado, siempre nos encontraréis igual.

—Bueno, pues, vendremos. Entre tanto, gracias sean dadas a Dios, pues podemos respirar un poco. Corre mucha sangre cristiana, pero el hambre os rendirá.

—Antes que venga el hambre llegará el rey. Acabamos de darnos un hartazgo de exquisitos manjares.

—Y si nos faltaran las provisiones, iríamos a buscarlas a

vuestro campamento—agregó Zagloba, puesto en jarras.

—Dios quiera que el padrecito Zachvilijovski consiga algo de nuestro hetmán. En caso contrario, os volveremos a atacar esta noche.

—Lo estamos deseando.

—El kan ha jurado que os hará morder el polvo a todos.

—Y nuestro príncipe le ha concedido al kan el honor de atarle por las barbas a la cola de su caballo.

—Es un maestro de brujería, no un guerrero capaz de resistirnos.

—Debíais uniros a él contra los paganos, en vez de alzar la mano contra la autoridad.

—¿A vuestro príncipe?... ¡Cualquier día!

—¿Por qué sois rebeldes? El rey llega, temed al rey. El príncipe Jarema era un padre para vosotros...

—También la Muerte es nuestra madre. La peste no ha matado tantos bravos cosacos como él.

—Todavía hará cosas peores. No le conocéis aún.

—Ni deseamos conocerle. Nuestros ancianos dicen: el cosaco que cae bajo su mirada puede darse por muerto.

—Así sucederá con Kmielnizki.

—Dios sabe lo que sucederá. Lo cierto es que uno de los dos sobra sobre la tierra de Dios. Nuestro padrecito dice que, si le entregáis a Jarema, os dejará en paz a todos y se someterá con todos nosotros a la voluntad del rey.

—¡Silencio, o desenvainamos el sable!

—Sois verdaderos lajes, furiosos e implacables. Pero morderéis el polvo.

Así conversaban los combatientes, ya amigables, ya amenazadores, ya insinuantes, ya, sin darse cuenta, rugientes como la tempestad. Por la tarde regresó el señor Zachvilijovski al campamento. No había podido llegarse a un acuerdo y no era posible, por lo tanto, un armisticio. El temerario Kmielnizki ponía como única condición que se le entregase el príncipe y el abanderado de la corona Koniezpolski. Enumeró, por último, los agravios sufridos por los zaporogos y excitó a Zachvilijovski a quedarse para siempre con él. Esto llenó de furor al anciano caballero, que, volviéndole bruscamente la espalda, se marchó. Por la noche tuvo lugar un asalto, que fué sangrientamente recha-

zado en dos horas de duro combate. No sólo se rechazó de los muros a los cosacos, sino que la infantería tomó las primeras trincheras, destruyendo las troneras y quemando otras catorce «máquinas infernales.» Aquella noche Kmielnizki le juró al kan que no se movería de su puesto mientras quedase un hombre vivo en las fortificaciones.

Al amanecer empezaron de nuevo el tiroteo y el minaje de los muros; todo el día se luchó con trillas, guadañas, hoces, sables, piedras y terrones de tierra. Los amigables sentimientos del día anterior, el dolor de que se vertiera tanta sangre cristiana, se habían convertido en desatada furia. Llovió desde el amanecer. Aquel día se puso a los soldados a media ración, con gran disgusto de Zagloba, pero el hambre aumentaba el furor de los sitiados, que se juraron mutuamente morir hasta el último, no entregarse mientras les quedase una sola gota de sangre en las venas. La noche trajo nuevos ataques, ahora de breve duración, de los cosacos, que se habían disfrazado de turcos. Toda la noche fué intranquila, llena de estrépito y gritería. El tiroteo no cesaba un instante. Los combatientes se dirigían insultos, y luchaban aislados y en masas.

El señor Longinos salió desafiando a sus adversarios, pero nadie se atrevía a habérselas con él. Limitábanse a tirotearle desde lejos. Stempovski y Volodiovski se cubrieron de gloria. El menudo caballero mató en el primer asalto al famoso incursor Dudar.

Al fin también salió Zagloba, pero sólo para batirse con la lengua. Pues, «después de haber matado a Burlay, decía, no puedo rebajarme a batirme con cualquier bellaco.» En esta clase de lucha lingüística no encontró nadie que pudiera hacerle la competencia entre los cosacos. Les hacía desesperarse cuando, bien protegido por el césped, les gritaba con una voz que parecía salir de un pozo:

—Seguid aquí, bellacos, ante Zbaraz, mientras el ejército lituano avanza desde el bajo Dniéper y les rinde el debido homenaje a vuestras mujeres y vuestras hijas. En la primavera próxima encontraréis infinidad de enanitos en vuestras cabañas, si es que vuestras cabañas existen para entonces.

En efecto, el ejército lituano, bajo el mando de Radzivill,

avanzaba por el bajo Dniéper, incendiándolo y arrasándolo todo, no dejando a su paso más que agua y tierra. Los cosacos lo sabían y se ponían furiosos, enviándole como contestación al señor Zagloba una lluvia de balas, que caían, como si sacudieran un peral, sobre su cabeza. Pero él escondía la cabeza bajo el césped y gritaba:

—Habéis errado, almas de perro, pero yo no he errado con Burlay. ¡Venid! ¡A batiros conmigo! ¡Ya me conocéis! ¡Aquí, ea, venid! Mamarrachos, tirad mientras podáis, pues durante el invierno tendréis que cuidar a los malditos hijos de los tártaros en Crimea o elevar vallados en las orillas del Dniéper. ¡Venid! ¡Venid! ¡Un cuarto doy por la cabeza de vuestro Kmiel! Dadle una bofetada de parte mía, de parte de Zagloba, ¿oís? ¿Y qué? ¿Habrá buen estiércol? ¿Quedan todavía muchas carroñas vuestras por los campos? ¡Apestáis a perro muerto! ¡Ojalá la peste os salude! ¡A coger las horcas y los arados, a remar, bellacos! Buenos sois para transportar cerezas y sal por el Dniéper, no para venir a importunarnos aquí.

Los cosacos burlábanse también de los «señores,» diciendo que tres polacos se mantenían de una sola galleta; preguntaban por qué no iban a cobrar los intereses y los diezmos de sus colonos, pero, sin embargo, Zagloba era el que llevaba la voz cantante. Noches enteras resonaban estas conversaciones, acompañadas de maldiciones y salvajes carcajadas, entre el tronar de los disparos. El señor Janizki visitó al kan para entrar en negociaciones, pero éste no hizo más que repetir que «tenían que morder el polvo,» y el enviado, impaciente, repuso: «Hace ya tiempo que nos lo venís profetizando, pero todavía no ha sucedido. El que viene por nuestras cabezas no volverá ni con la suya.» El kan solicitó que el príncipe en persona conferenciara con el visir tártaro, en pleno campo; pero esto no era más que un intento de traición, que fué descubierto, y se rompieron las negociaciones. Durante ellas no se interrumpió la batalla. Por la noche asaltos, por el día tiroteo de cañones, morteros, mosquetes, arcabuces y silbones; después salidas, escaramuzas, relevo de banderas, furiosos ataques de la caballería, matanzas, y cada vez más derramamiento de sangre.

A los soldados sólo les sostenía un salvaje deseo de peli-

gros, de lucha. Iban al combate cantando, como a una boda. Ya estaban tan acostumbrados al fragor de los cañonazos y su estampido infernal, que los regimientos que eran llamados al descanso dormíanse profundamente entre aquel estrépito ensordecedor. Las provisiones disminuían de día en día, pues los regimentarios no habían tenido el cuidado de proveer bien el campamento antes de la llegada del príncipe. Se produjo una gran carestía; sin embargo, el que aún tenía dinero para comprar aguardiente o pan lo repartía jovialmente con los demás. Nadie se preocupaba del mañana, pues ya se sabía que no podían ocurrir más que dos cosas: o la llegada de refuerzos, enviados por el rey, o la muerte de todos. A ambas cosas estaban igualmente dispuestos, sobre todo a la lucha. Dando pruebas de un valor sin precedentes en la historia, peleaban decenas contra millares, con tal denuedo, que cada ataque de los cosacos era para éstos una verdadera derrota. No pasaba un solo día sin que se hicieran varias salidas, sorprendiendo al enemigo en sus propias trincheras. Por la noche, cuando Kmielnizki pensaba que la fatiga tendría hasta a los más obstinados rendidos y preparaba en el silencio nuevos ataques, llegaban hasta él alegres canciones polacas. El caudillo se golpeaba las caderas, lleno de asombro, y se decía que, en efecto, Jeremías era un brujo más poderoso que todos los que había en el campamento cosaco. La furia le dominaba, se lanzaba de nuevo a la lucha y derramaba torrentes de sangre, pues veía que su estrella empezaba a palidecer junto a la del terrible príncipe.

En el campamento cosaco se cantaban canciones de Jarema, o se contaban, muy bajito, historias sobre él, que ponían de punta los cabellos de los bravos. Se decía del príncipe que a veces aparecía por la noche junto a las fortificaciones y empezaba a crecer a ojos vistas, hasta que su cabeza se alzaba sobre las torres de Zbaraz y sus ojos adquirían el tamaño de dos lunas. La espada que llevaba en la mano parecía entonces, al decir de los narradores, aquella estrella de mal agüero que Dios hace surgir a veces en el firmamento como presagio de la perdición de los hombres. Se decía también que a su conjuro se levantaban, haciendo chocar sus armaduras, los cadáveres de los caballe-

ros caídos durante la batalla, y se mezclaban en las filas de los vivos y luchaban con ellos, el arma en la mano. ¡Jeremías estaba en todas las bocas! De él cantaban los bardos ambulantes, de él hablaban los viejos zaporogos, el bajo populacho, los tártaros. Y en estas habladurías, en este odio, en este temor supersticioso, se ocultaba una especie de amor salvaje de aquellos pueblos de la estepa a su sanguinario destructor. La estrella de Kmielnizki iba palideciendo, en efecto, junto a la suya, no sólo a los ojos del kan, de los tártaros, sino también a los ojos de su propio pueblo, y el caudillo comprendía que tenía que tomar Zbaraz a toda costa, o la aureola que le rodeaba se esfumaría como la niebla ante el alba: que tenía que vencer a aquel león o morir.

Pero el león no sólo se defendía, sino que atacaba cada día más horriblemente, desde su guarida. Ni la franca superioridad de las fuerzas, ni la traición, ni la astucia, valían contra él. Entre tanto, los cosacos y el populacho empezaban a murmurar. También a ellos les era penoso seguir rodeados de fuego, de humo, bajo una continua lluvia de balas, soportando hedores de cadáveres, aguaceros y calores, de cara a la muerte. Pero, en realidad, no eran las incomodidades, las penas, los asaltos, el fuego, la sangre, la muerte, lo que temían los bravos guerreros: ¡temían a Jarema!

CAPITULO VII

En la memorable defensa de Zbaraz muchos guerreros se cubrieron de gloria inmortal; pero, ante todos, será al señor Longinos Podbipienta a quien la canción del bardo ensalce. Sus méritos sólo con su modestia podían parangonarse.

La noche era lóbrega, obscura y húmeda; los soldados, cansados de las largas vigilias, dormitaban junto a los vallados, apoyados en sus armas. Después de diez días de continuos tiroteos y asaltos, era aquella la primera noche silenciosa y tranquila. En las trincheras enemigas, distantes apenas treinta pasos, no se oían gritos ni imprecaciones; el ordinario estrépito había cesado. Diríase que el enemigo, que pretendía cansar a los sitiados, había acabado por cansarse él mismo. Sólo acá y allá brillaba alguna hoguera, medio escondida entre el césped, y se oían los acordes amortiguados y dulces de una lira que seguramente tocaba algún cosaco. En la lejanía sonaba el relincho de los caballos de los tártaros, y sobre los muros lanzaba su «alerta» de cuando en cuando el centinela.

Las banderas de los coraceros del príncipe estaban aquella noche de servicio de infantería en el campamento. Skretuski, Longinos, el menudo caballero y Zagloba hablaban bajito en la trinchera, escuchando, durante las pausas, el chapotear de la lluvia en el foso. Skretuski decía:

—Me escama este silencio. Los oídos están tan acostumbrados a los cañonazos y a los gritos de guerra, que en el silencio zumban. Con tal que no se esconda alguna traición tras esta calma...

—Desde que estamos a media ración nada me importa, todo me es igual—murmuró Zagloba sombríamente.—Mi valor tiene necesidad de tres cosas: comer bien, beber bien y dormir. La mejor correa se reseca y estalla si no se la

engrasa, y más aún si, por añadidura, la tienen en agua en remojo como un manojo de cáñamo. El agua nos cala y los cosacos nos muelen. ¿Cómo no han de dejarnos hechos astillas? ¡Bonita situación! Un panecillo cuesta ya un florín y el cuartillo de aguardiente cinco. Esta agua corrompida no sería capaz de llevársela a la boca un perro, pues hasta los pozos apestan ya de tanto cadáver. Estoy rabiando de sed como mis botas, que abren la boca como peces.

—Pero vuestras botas no hacen ascos al agua, aunque sea mala—dijo Volodiovski.

—Más vale que os calléis, Pan Miguel—gruñó el grueso hidalgo.—Vos no sois mayor que un pájaro carpintero: os nutrís con un cañamón y bebéis en un dedal. En cambio yo, gracias a Dios, no he sido sacado de la arena por una gallina, sino parido por una mujer, y necesito comer y beber como un hombre, no como un escarabajo, y como desde el mediodía no me he llevado nada a la boca y no he tragado más que saliva, no puedo tragar vuestras bromas.

El menudo caballero contestó, poniéndose en jarras:

—Llevo colgada del ojal una cantimplora que le he quitado hoy a un cosaco; pero, puesto que una gallina me sacó de la arena, supongo que el aguardiente de una persona tan insignificante como yo no podrá ser de vuestro gusto.

Y añadió, dirigiéndose a Skretuski:

—¿Quieres un trago, Juan?

—¡Venga, que hace frío!

—Bebed, Pan Longinos.

—Sois un zumbón, Pan Miguel—profirió Zagloba,—pero sois un hombre que vale por cien y os priváis de todo para dárselo a los demás. Bienaventuradas las gallinas que sacan de la arena soldados como vos. No ha sido mi intención ofenderos.

—Entonces, pedidle la cantimplora a Pan Longinos; no quiero haceros padecer.

—¿Qué hacéis, señor? Dejadme algo a mí también—exclamó Zagloba temeroso, mirando como bebía el lituano.—¿Por qué echáis la cabeza tan hacia atrás? ¡Ojalá se os quede colgando! Tenéis unos intestinos demasiado largos: no son fáciles de llenar. Hay que ver, vierte como en el hoyo de un tronco podrido. ¡Así os maten!

—Apenas si he bebido un poco—suspiró Longinos, alargándole la cantimplora.

Zagloba echó la cabeza más atrás todavía y se bebió el aguardiente que quedaba.

—Nuestro único consuelo—dijo, luego de resoplar satisfecho—es que ya nos resarciremos de todo cuando terminen nuestras miserias y Dios nos haga salir con la cabeza sana de estos peligros. Ya buscaremos el modo de procurarnos algún sustento. El bernardino Zabkovski no es menos comilón que yo, pero que se vaya al cuerno.

—¿Qué verdades os ha cantado hoy a vos y al padre Zabkovski el preboste Mujoviezki?—preguntó Pan Miguel.

—¡Silencio!—susurró Skretuski.—Alguien llega de la explanada.

Todos callaron; en aquel momento surgió una sombra preguntando en voz baja:

—¿Veláis?

—Velamos, Alteza—respondió Skretuski, cuadrándose militarmente.

—Vigilad, vigilad. Este silencio me da mala espina.

Y el príncipe continuó su inspección, temeroso de que el sueño hubiera rendido a los fatigados soldados. Longinos juntó las manos.

—¡Esto es un caudillo! ¡Esto es un guerrero!

—Descansa menos que nosotros—agregó Skretuski.—Todas las noches recorre las murallas hasta el segundo estanque.

—Dios le dé salud.

—Amén.

Todos callaron y hundieron la mirada en la obscuridad. En las trincheras de los cosacos todo estaba tranquilo, hasta los últimos fuegos se habían apagado.

—Podríamos sorprenderlos durmiendo, y desalojarlos como si fueran marmotas—murmuró Volodiovski.

—¡Quién sabe!—contestó Skretuski.

—Estoy cayéndome de sueño—dijo Zagloba,—los ojos se me cierran, y sin embargo no está permitido dormir. Me gustaría saber cuándo se permitirá. Tanto si hay tiroteo como si no, hay que estar sobre las armas, aunque uno no pueda tenerse en pie, como un judío en día de sábado. ¡Un

servicio de perros! No sé qué es lo que me saca de quicio, si el aguardiente o la excitación al pensar en los inmerecidos reproches que me dirigió esta mañana el preboste Mujoviezki por culpa del padre Zabkovski.

—¿Qué pasó?—preguntó Longinos.—Empezasteis a contarlo y no habéis podido terminar.

—Bueno, pues os lo contaré y tal vez se nos pasará así el sueño. Esta mañana iba con el padre Zabkovski hacia el castillo con la esperanza de encontrar allí algo qué comer. Llegamos, miramos por todas partes, y no encontramos nada. Salimos furiosos. En el patio encontramos al sacerdote calvinista que preparó a bien morir al capitán Senberg, herido ayer en el regimiento de Firley. «¿Qué haces por aquí, mamarracho, escandalizando a Dios? ¡Acabarás por traernos desgracia!,» le dije; y él contestó, contando con la protección del señor de Belz: «Nuestra creencia es tan buena como la vuestra, o tal vez mejor.» Nosotros, al oirle, nos quedamos como petrificados de horror. Pero yo me callé, pensando: «Zabkovski es el que debe contestarle.» Y mi buen Zabkovski empezó a hacerle objeciones y demostraciones, y le dió, por último, tal empujón contra la pared, que por poco le rompe una costilla. En esto llegó el príncipe con el preboste Mujoviezki, y ¡menuda fué la rociada que nos echaron! Que no debíamos armar broncas ni escándalos, que no era para ello tiempo ni lugar, y que tampoco teníamos que andar con argumentos. Nos pusieron la cabeza como a escolares, y casi con razón, pues *utinam sim falsus vates* (1). Pero los calvinistas acabarán por traernos mala sombra.

—¿Y el capitán Senberg se convirtió?—preguntó el señor Miguel.

—¡Qué había de convertirse! Se fué al otro mundo con sus perversidades, como había vivido.

—¡Que haya hombres que prefieran la perdición de su alma a renunciar a sus caprichos!—suspiró Longinos.

—Dios nos libre de los poderes infernales y de las brujerías de los cosacos, que ofenden a Dios. ¿No saben los señores que ayer se lanzaron de esa trinchera ovillos de hilo

(1) «Ojalá fuera mal profeta.»

sobre el patio del castillo? Los soldados decían que allí donde caían se volvía cobriza la tierra.

—Ya es sabido que a Kmielnizki los demonios le sirven de criados—murmuró el lituano, santiguándose.

—Yo mismo he visto a las brujas— agregó Skretuski,— y habéis de saber...

De pronto Volodiovski le apretó el brazo, murmurando:

—¡Silencio!

Y saltando al borde de la trinchera, escuchó atentamente.

—No oigo nada—susurró Zagloba.

—Sólo se oye la lluvia—agregó Skretuski.

El señor Miguel impuso silencio con la mano y siguió escuchando.

—¡Vienen!—murmuró de repente, acercándose a sus camaradas.

—Avisa al príncipe. Ha ido hacia el cuartel de Ostrorog—contestó Skretuski.—Mientras tanto, nosotros vamos a prevenir a los soldados.

E inmediatamente corrieron a lo largo del foso, parándose a cada instante y susurrando a los soldados que velaban:

—¡Que vienen! ¡Que vienen!

Las palabras volaban, como el rayo, de boca a boca. Un cuarto de hora después llegó el príncipe a caballo y dictó sus órdenes a los oficiales. Como el enemigo, por lo visto, se acercaba, esperando encontrar al campamento entregado al sueño y desapercibido, les recomendó le dejaran en esta creencia.

Los soldados debían permanecer silenciosos y dejar llegar a los asaltantes hasta los mismos muros, y cuando un cañonazo diera la señal debían caer sobre ellos de improviso.

Los soldados se limitaron a echarse a la cara los mosquetes, y esperaron, quietos y mudos. Skretuski, Longinos y Volodiovski estaban juntos, y también Zagloba se quedó con ellos, pues sabía por experiencia que casi todas las balas caían en el patio del castillo, y, en tales momentos, el lugar más seguro era junto a la muralla. Se colocó, eso sí, algo más atrás que sus amigos para no exponerse al pri-

mer asalto. Hacia un lado estaba Longinos de rodillas, con su «Cortacapuchas» en la mano, y Volodiovski, acurrucado junto a Skretuski, le susurraba al oído:

—Vienen, vienen...

—Muy despacito...

—No son villanos, pero tampoco tártaros.

—Es infantería zaporoga.

—O tal vez jenízaros; marchan bien. A caballo podríamos matar más.

—Está demasiado obscuro para cabalgar.

—¿Oyes ahora?

—¡Pst! ¡Pst!

El campamento parecía sumergido en el sueño más profundo. Ni el menor movimiento, ni una hoguera; por todas partes el más profundo silencio, interrumpido sólo por el murmullo de la fina llovizna, que parecía caer a través de un cedazo. Poco a poco se fué produciendo otro rumor, regular, acompasado, más perceptible a cada instante, y poco después, a algunos pasos del foso, apareció una larga y espesa fila de seres humanos, claramente visible, pues superaba en negrura a las tinieblas, y se detuvo.

Los soldados contenían la respiración. El menudo caballero pellizcaba la pantorrilla a Skretuski, como si quisiera manifestarle su alegría de esta manera.

Los asaltantes se fueron acercando al foso y descolgaron escalas por él. Luego bajaron uno tras otro y las colocaron sobre el otro lado, contra el muro.

El muro seguía en el más profundo silencio, como si todo hubiera perecido tras él por doquier.

Acá y allá crujía algún travesaño, a pesar de todas las precauciones.

—¡Ya os darán con cebolla!—pensaba Zagloba.

Volodiovski había cesado de pellizcar a Skretuski, y Longinos sujetaba con más fuerza el puño de su «Cortacapuchas» y dilataba los ojos, pues era el que estaba más cerca del muro y esperaba dar el primer golpe. En aquel momento aparecieron tres pares de manos que se asieron fuertemente al muro, y las siguieron tres puntas de yelmo..., subiendo lentas, cautelosas...

—¡Son turcos!—pensó Longinos.

De pronto sonó el terrible estampido de varios miles de mosquetes; se hizo claro como de día. Antes que el resplandor se apagara, surgió Longinos y asestó tan terrible tajo, que el aire silbó sonoramente al henderlo la hoja de su tizona.

Tres cuerpos cayeron al foso y tres cabezas cubiertas con yelmo rodaron a los pies del arrodillado caballero.

El cielo se abrió ante Longinos, aunque el infierno rugía sobre la tierra; parecieron nacerle alas en los hombros, coros de ángeles le cantaban en el pecho, como si hubiera sido elevado hasta el cielo. Y siguió luchando como en sueños, siendo cada tajo de su espada como una oración de gracias.

Y todos sus antepasados, desde el célebre Stoveiko, se alegraron en sus moradas celestiales de que el último de los Podbipienta de «Cortacapuchas» fuera tal hombre.

Este ataque, en el que tomaron parte principal las tropas de refuerzo de los turcos, rumeliotas y silistrios, así como la guardia del kan, fué rechazado aún más sangrientamente que los anteriores y atrajo sobre la cabeza de Kmielnizki una horrorosa tempestad. El caudillo había asegurado que los polacos lucharían con menos denuedo contra los turcos, y que, si se le confiaban aquellos ejércitos, tomaría el campamento. Ahora tenía que aplacar al kan y a los enfurecidos mirzas, conquistándoselos hasta por medio de regalos. Al kan le destinó diez mil táleros, y a Tugay-Bey, Korz-Agá, Subhagazi, Nuradin y Galdza dos mil a cada uno. Entre tanto, sacaban los soldados los cadáveres de los fosos, pues no se les hostilizaba desde los vallados. Los soldados descansaron hasta la mañana siguiente, seguros de que el asalto no se repetiría. Durmieron, por lo tanto, el sueño de los justos, a excepción de los regimientos de guardia y del señor Longinos, que pasó toda la noche de rodillas sobre su tizona, dando gracias a Dios por haberle permitido cumplir su voto y cubrirse de tanta gloria, que su nombre corría de boca en boca por el campamento y la ciudad. A la mañana siguiente le llamó el príncipe-vaivoda a su presencia y le colmó de alabanzas. Los soldados se acercaban en grupos a felicitarle y a contemplar las tres cabezas, que los ordenanzas habían llevado ante la tienda y ya estaban enne-

grecidas. La admiración de todos era grandísima, y muchos no daban fe a sus propios ojos, pues estaban cortadas como con tijeras.

—Sois un terrible *sártor* (1)—decían.—Ya sabíamos que erais un consumado guerrero, pero un tajo como éste os lo envidiarían los mismos héroes de la antigüedad, pues el más diestro verdugo no sabría darlo con más perfección.

—El viento no se lleva las gorras con tanta sencillez como la tizona se llevó estas cabezas—decían otros.

Y todos estrechaban las manos de Longinos, que con los ojos bajos, radiante de felicidad, dulce, tímido y ruboroso, como la novia el día de la boda, contestaba:

—Se habían colocado tan bien...

La atención general se concentró entonces en la espada, pero como era una espada de dos filos, una tizona de caballero de las cruzadas, nadie era capaz de manejarla con facilidad, sin exceptuar el padre Zabkovski, a pesar de que partía una herradura como si fuera una caña.

En torno a la tienda era mayor a cada instante la algazara, y Zagloba, Skretuski y Volodiovski hacían los honores a los que llegaban, agasajándoles con relatos heroicos, ya que no había otra cosa mejor. En el campamento se había consumido ya casi la última galleta y hacía mucho tiempo que no se comía otra carne que chuletas de caballo ahumadas. Pero el buen humor substituía a la comida y a la bebida.

Cuando los visitantes empezaban ya a retirarse, llegaron Pan Marcos Sobieski, el estaroste de Krasnostav y su capitán Stempovski. Longinos salió a recibirles, y el estaroste le saludó amablemente y le dijo:

—¿De modo que para vos es hoy día de fiesta?

—Ya lo creo que es día de fiesta—terció Zagloba,—pues nuestro amigo ha cumplido hoy su voto.

—¡Alabado sea Dios!—contestó el estaroste.—Entonces pronto os tendremos que felicitar como novio, ¿eh? ¿Tenéis ya alguna en perspectiva?

El señor Longinos se puso rojo hasta las orejas, y el estaroste añadió:

---

(1) «Sastre.»

—En vuestra turbación conozco que sí. Es vuestro sagrado deber procurar que una estirpe como la vuestra no se agote. ¡Ojalá nacieran a miles, de las piedras, soldados como vosotros cuatro!

Y estrechó la mano de Pan Longinos, de Skretuski, de Zagloba y del menudo caballero, que se regocijaron, en el fondo de su corazón, de la alabanza de aquellos labios, pues el estaroste de Krasnostav era un dechado de valentía, de nobleza y de todas las virtudes caballerescas. Era Marte viviente, pues todos los dones de Dios habían sido vertidos en abundancia sobre él: sobrepujaba en hermosura hasta a su hermano menor Juan, el que más tarde fué elegido rey, por la nobleza de su cuna y por sus riquezas, que igualaban a las más poderosas del país, y sus aptitudes militares eran consideradas insuperables por el mismo Jeremías. Prometía ser una estrella de extraordinaria magnitud él en el cielo de la república, cuando la decisión del alto tribunal de Dios hizo brillar más fúlgida la de su joven hermano Juan, y el cometa, antes de tiempo, en la época de desdichas, se extinguió.

—El príncipe vaivoda—continuó—me ha hablado mucho de vosotros; sois sus predilectos. No me asombro de que le sirváis sin el cebo de ascensos, que podríais conseguir más fácilmente en el servicio del rey.

A lo que contestó Skretuski:

—Todos pertenecemos al regimiento de húsares del rey, con excepción de Pan Zagloba, que por innata bravura sirve como voluntario. Y que sirvamos bajo las órdenes del príncipe-vaivoda es debido ante todo al amor que le profesamos y, luego, a que queremos gozar de la guerra todo lo posible.

—Os aplaudo. Pan Longinos no hubiera encontrado sus tres cabezas en otro ejército con tanta facilidad como aquí. Pero, en cuanto a la guerra, la tenemos todos en estos tiempos.

—Es lo único que no nos falta—dijo Zagloba.—Desde el amanecer han estado viniendo aquí los soldados con alabanzas, pero si en lugar de alabanzas nos hubieran traído algo para almorzar y un sorbo de aguardiente, se lo hubiéramos agradecido más.

Y miró con ojos melancólicos al estaroste, que repuso, sonriéndose:

—Desde ayer al mediodía no me he llevado nada a la boca, pero un sorbo de aguardiente puede encontrarse tal vez en alguna parte. Invito a los señores.

Skretuski, Longinos y el menudo caballero se opusieron y reprocharon la conducta de Zagloba, que procuró disculparse lo mejor que pudo.

—No quería pedir nada—contestó,—pues mi orgullo me induce más a dar lo mío que a tomar lo ajeno, pero cuando un personaje tan ilustre nos invita, considero una imperdonable grosería rehusar.

—Venid conmigo — insistió el estaroste. — Me agrada vuestra compañía, y, además, mientras no haya tiroteo tenemos tiempo. A comer no puedo invitaros, pues hasta la carne de caballo es rara ya y tan pronto como se mata un caballo en la explanada cien manos se abalanzan sobre él. Pero tengo todavía cerca de dos botellas de aguardiente, que no las quiero para mí solo.

Ellos se resistieron aún a aceptar, mas el estaroste insistió tanto, que aceptaron por fin, y Stempovski se adelantó con objeto de procurar que hubiera también para la colación algunas galletas y algún trocito de carne de caballo. Zagloba se puso de buen humor.

—Si Dios quiere—dijo,—apenas el rey nos libre de este asedio, nos dirigiremos a los convoyes de la milicia general. ¡Oh, los convoyistas llevan siempre una barbaridad de golosinas, y cada uno de ellos se cuida más de su vientre que de los intereses de la república! Con ellos prefiero comer a pelear, pero... tal vez se comporten más valientemente en presencia del rey.

El estaroste dejó de sonreir y habló de esta manera:

—Nos hemos jurado caer uno tras otro antes que entregarnos, y así será. Tenemos que prepararnos, por lo tanto, a pasar tiempos peores. Las provisiones están ya casi agotadas, y, lo que es peor aún, se acaba la pólvora. A otros no se lo diría, a vosotros sí puedo decíroslo. Pronto nos quedará tan sólo la bravura en el corazón, el sable en la mano, y nada más. Dios nos traiga pronto al rey, esta es nuestra última esperanza. ¡Es todo un guerrero! Para sal-

varnos no le detendría el temor a la lucha ni a la muerte; pero está solo y es débil, y ya sabéis, señores, cuán lentamente se lleva a cabo el llamamiento general. Además, ¿cómo ha de saber el rey la situación en que nos encontramos, cómo nos defendemos, que sólo vivimos de mendrugos?

—Estamos dispuestos a sacrificarnos — contestó Skretuski.

—¿Y si informásemos al rey por medio de un enviado?— apuntó Zagloba.

—Uno que fuera lo bastante valeroso para intentarlo se cubriría de gloria imperecedera—respondió el estaroste;— sería el salvador de todo el ejército y libraría a la patria de una gran desdicha. Aunque el llamamiento general no estuviese aún completamente terminado, bastaría la proximidad del rey para desmoralizar a los rebeldes. ¿Pero quién sería capaz de ir? ¿Quién sería capaz de llevar a cabo la empresa, teniendo Kmielnizki ocupados todos los caminos y salidas de tal manera que un ratón no podría escabullirse fuera del campamento? El que tal cosa hiciera iría a la muerte segura.

—¿Y de qué nos sirve la astucia?—objetó Zagloba.—Se me ocurre una idea...

—¿Cuál? ¿Cuál?—preguntó el estaroste.

—¿No cogemos todos los días un puñado de prisioneros? ¿Si pudiéramos sobornar a uno? Podría decir que se nos ha escapado y correr hacia el rey.

—Lo consultaré con el príncipe.

Longinos meditaba. Su frente se cubría de arrugas, callaba. De pronto alzó la cabeza y dijo con su acostumbrada dulzura:

—Yo me encargo de pasar por entre los cosacos.

Cuando los caballeros oyeron estas palabras se echaron bruscamente hacia atrás. Zagloba miró al lituano con la boca abierta, a Volodiovski se le estremecieron los bigotes, Skretuski palideció, y el estaroste de Krasnostav, golpeándose el coleto de terciopelo, exclamó:

—¿Vos pretendéis hacer eso?

—¿Habéis meditado lo que decís?—profirió Skretuski.

—Hace ya tiempo que pienso en ello—repuso el lituano. —No es la primera vez que se habla entre los caballeros de

informar al rey de nuestra situación. Y yo más de una vez me he dicho: «Si Dios mé permitiese cumplir mi voto, iría en seguida.» ¿Qué significo yo, pobre hombre? ¿Qué se perdería si en el camino me mataran?

—Pero seréis degollado irremisiblemente—gritó Zagloba.—Ya habéis oído al estaroste: eso sería ir a una muerte segura.

—¿Y qué me importa eso, hermanito? Si es la voluntad de Dios, me conducirá felizmente a través de las líneas enemigas: si no, me lo premiará en el cielo.

—Criatura, ¿habéis perdido la razón? Primero os cogerán, y luego, tras largos martirios, os darán una muerte horrorosa.

—A pesar de todo, iré, hermanito—contestó el lituano dulcemente.

—Un pájaro no podría pasar inadvertido sobre sus cabezas, le clavarían una flecha. Nos tienen rodeados por todas partes, como a un tejón en su madriguera.

—Iré a pesar de todo—repitió el lituano.—Estoy agradecido a Dios, que me ha permitido cumplir mi voto.

—¡Miradle! ¡Contempladle!—exclamó Zagloba desesperado.—Dejaos, pues, cortar la cabeza y lanzarla sobre el campamento como una bala de cañón, pues sólo de esta manera podréis pasar por entre los enemigos.

—Permitídmelo, buenos señores—rogó el lituano, juntando las manos.

—¡Oh, no, no iréis solo, pues yo iré con vos!—dijo Skretuski.

—Y yo también —añadió Volodiovski, requiriendo su sablecito.

—¡Mil sablazos sobre él!—exclamó Zagloba, sujetándose la cabeza.—¡Así os parta un rayo con vuestro «yo también, yo también!» ¡Qué temeridad! ¡Como si hubierais visto poca sangre, poca perdición, pocas balas! ¿No hay bastante con lo que sucede aquí? ¿No? ¿Queréis perder el pescuezo, cueste lo que cueste? Idos, pues, al diablo y dejadme en paz. ¡Ojalá os degüellen!

Y el grueso hidalgo empezó a dar vueltas alrededor de sus amigos como si hubiera perdido el juicio.

—Dios me castiga—exclamó—por haberme unido a unos

mequetrefes y no a hombres nobles y valerosos. Bien merecido me lo tengo.

De pronto se quedó parado ante Skretuski, con las manos atrás, y, mirándole de hito en hito, resopló colérico:

—¿Qué daño os he hecho yo para que queráis perderme?

—¡Dios me libre!—contestó el caballero.—¿Cómo es eso?

—¡Claro! Que a Pan Longinos se le ocurran tales desatinos no me extraña, pues siempre ha tenido el ingenio en el puño en vez de en la cabeza, y desde que cortó la calabaza a los tres turcos locos, se ha vuelto él el cuarto...

—Da pena oiros—suspiró el lituano.

—Tampoco en éste lo extraño—continuó Zagloba, señalando a Volodiovski.—Se agarra al ojal de la bota de un cosaco, o se cuelga de sus pantalones, como el cardo se pega a la cola del perro; él será quien se escabullirá mejor que nadie. A ninguno de los dos los ilumina el Espíritu Santo; pero que vos, en vez de disuadirlos de su locura, los alentéis y queráis ir con ellos, procurando así que se nos conceda a los cuatro la palma del martirio, es el colmo. ¡Al demonio! Esto no lo hubiera yo esperado nunca de un oficial a quien el príncipe mismo considera un hombre serio y cuerdo.

—¿Cómo a los cuatro?—preguntó asombrado Skretuski.—¿Queréis venir también vos?

—¡Desde luego!—gritó Zagloba, dándose una puñada en el pecho.—Yo también voy. Si uno solo de vosotros, o todos, dais un paso, yo también lo doy. Mi sangre caiga sobre vosotros. Otra vez ya sabré a qué atenerme; cara me ha costado la experiencia.

—¡Bravo, amigo!—gritó Skretuski.

Los tres caballeros empezaron a abrazar al grueso hidalgo; pero Zagloba estaba realmente enfadado y, resoplando, los rechazó con el codo.

—¡Idos al demonio!—exclamó.—¡No necesito vuestros besos de Judas!

En aquel momento se oyó el estampido del cañón y el fuego de la mosquetería. Zagloba se detuvo y dijo:

—¡Ahí lo tenéis! ¡Ahí lo tenéis! ¡Id ahora!

—¡Eso es el tiroteo ordinario!—observó Skretuski.

—¡El tiroteo ordinario!—remedó el grueso hidalgo.—

¿Aún os parece poco? Medio ejército ha pagado con su vida este tiroteo ordinario, y vosotros... ¡como si tal cosa!

—No perdáis ánimo, señor—terció Longinos.

—Callaos, remolacha—rugió Zagloba.—Vos sois el más culpable. A vos se os ha ocurrido la descabellada idea.

—Será una idea descabellada, pero iré, hermanito.

—¡Iréis! ¡Iréis! ¡Y yo sé por qué! No os las echéis de héroe, que ya conocemos el mundo. Es la castidad que os causa tedio y os induce a salir fuera de las fortificaciones. Lejos de ser el más virtuoso de los caballeros, sois el más perverso...; sois, propiamente dicho, una ramera que lleva sus virtudes al mercado. ¡Qué ultraje a Dios! No es ver al rey lo que os urge, sino que ansiáis ir a relinchar por las aldeas, como un caballo en la explanada del castillo. Mirad, un hermoso caballero que vende su inocencia. ¡Un escándalo, un verdadero escándalo, vive Dios!

—¡Da pena oiros!—exclamó Longinos tapándose los oídos.

—¡Dejaos de disputas!—dijo Skretuski.—Vamos al grano.

—¡Sí, sí!—agregó el estaroste de Krasnostav, que hasta entonces había escuchado, asombrado, a Zagloba.—Esto es una cosa de mucha importancia. Pero sin el príncipe no podemos decidir nada. Los señores están a su servicio y deben someterse a sus órdenes. El príncipe debe estar en casa. Vamos a ver si acepta vuestro ofrecimiento.

—¡Claro!—apoyó Zagloba, y la esperanza iluminó su faz.—Vamos, vamos.

Atravesaron el patio del castillo, sobre el que ya empezaban a caer las balas de las trincheras cosacas. Los soldados estaban arrimados a las murallas, que desde lejos semejaban barracas de feria: tantos vestidos viejos, trapos multicolores y pieles había colgados sobre ellas, tantos carros, restos de tiendas y otra clase de objetos se habían colocado allí para que sirvieran de defensa contra las balas, que durante semanas enteras llegaban volando sin cesar por encima de los muros, día y noche. Ahora se veía por encima de aquellos colgados harapos una larga humareda azulada. Filas de soldados con uniformes rojos y amarillos, echados por tierra, trabajaban dificultosamente en la defensa contra las más próximas trincheras enemigas. El patio del castillo parecía un montón de ruinas. El llano cubierto de

grietas, pisoteado por los caballos, no tenía una sola mancha de verdor. Acá y allá, junto a los pozos recién cavados, se veían montones de tierra húmeda, restos de carros, cañones, toneles, huesos blanqueados por el sol. Lo que no se veía eran caballos muertos, pues se aprovechaban como provisión de boca para los soldados; en cambio podían verse por todas partes grandes montones de balas de hierro oxidadas. Las fatigas de la guerra y los estragos del hambre eran visibles por todas partes. Los caballeros se cruzaron con grandes y pequeños destacamentos de soldados, ora transportando los heridos o los muertos, ora corriendo hacia las murallas a relevar a sus fatigados compañeros. Sus caras estaban ennegrecidas, sus barbas crecidas, sus opacos ojos inflamados, sus vestidos desteñidos y rotos. La mayoría de las cabezas cubríanlas harapos, en vez de gorras o yelmos, y las armas estaban rotas. Y se pensaba al verlos: «¿Qué será de este puñado de valientes, hasta hoy vencedores, transcurrida una o todo lo más dos semanas?»

—Ved, señores—decía el estaroste,—si urge que el rey se entere de la situación de la plaza.

—La miseria nos enseña ya los dientes, como un perro rabioso—murmuró el menudo caballero.

—¿Y qué sucederá cuando ya nos hayamos comido los caballos?—preguntó Skretuski.

Entre tales coloquios, llegaron ante las tiendas del príncipe, que se encontraban al lado derecho del vallado; ante ellas había varios caballeros de servicio, destinados a transmitir órdenes al campamento. Sus caballos se nutrían de carne de caballo ahumada y molida, y los pobres animales se sentían martirizados constantemente por un terrible ardor interior, daban alocados saltos, y era imposible hacerlos estarse quietos. Y así sucedía con las bestias de toda la caballería, la cual, cuando salía contra el enemigo, parecía una manada de grifos o hipocentauros, que, más que andar, volaban.

—¿Está el príncipe en la tienda?—preguntó el estaroste a uno de los caballeros.

—Sí, está con Pan Priemski.

El estaroste entró el primero, sin anunciarse; los cuatro caballeros quedáronse ante la tienda.

Un instante después se levantó la cortina de la entrada y el señor Priemski asomó la cabeza.

—El príncipe Jarema desea ver con urgencia a los señores—dijo.

El señor Zagloba entró de buen humor en la tienda; esperaba que el príncipe no accedería a que sus mejores caballeros fueran hacia la segura perdición. Pero se equivocaba, pues apenas si habían tenido tiempo de inclinarse ante él, cuando les habló de esta manera:

—El señor estaroste me ha hablado de vuestra decisión de abandonar el campamento, y yo apruebo vuestra buena intención. No sería posible ofrecer un sacrificio mayor a la patria.

—Veníamos sólo por vuestra autorización—repuso Skretuski,—puesto que Vuestra Alteza es quien dispone de nuestras vidas.

—¿Queréis ir, pues, los cuatro?

—Alteza—contestó Zagloba,—ellos quieren ir, pero yo no. Dios es testigo de que no he venido para alabarme o para recordar mis merecimientos, y si lo hago es sólo para que no caiga sobre mí la suposición de que soy un cobarde. Los señores Skretuski, Volodiovski y Longinos de Triparrata son grandes guerreros, pero también Burlay, que fué muerto por mi mano (otras proezas no quiero mencionar), era un gran guerrero, que valía tanto como un Bardabut, un Bogun y tres cabezas de turco. Creo, por lo tanto, que en el oficio de las armas no soy inferior a mis compañeros. Pero una cosa es valentía y otra es locura. No tenemos alas, y sólo volando podríamos pasar.

—¿Vos no vais, pues?—preguntó el príncipe.

—He dicho que no quiero ir, pero no he dicho que no iré. Dios me castigó un día con la amistad de estos señores, y ahora tengo que cargar con ella hasta la muerte. Si la cosa se pone mal, la espada de Zagloba es todavía de alguna utilidad; pero no acierto a comprender qué utilidad puede reportar la muerte de nosotros cuatro, y espero que Vuestra Excelencia nos retendrá, no concediéndonos la autorización para esa loca empresa.

—Sois un buen camarada, y es noble de vuestra parte no abandonar a vuestros amigos; pero en cuanto a lo que espe-

rabais de mí, os habéis equivocado, pues acepto vuestro sacrificio.

—¡El perro reventó!—murmuró Zagloba, dejando caer los brazos.

En aquel momento entró Firley, el castellano de Belz, en la tienda.

—Alteza—dijo,—mis gentes acaban de prender a un cosaco, el que afirma que se prepara un asalto para esta noche.

—Ya tuve noticias de ello—contestó el príncipe.—Todo está dispuesto. Hay que darse prisa en construir los nuevos vallados.

—Están ya casi terminados.

—Muy bien. A la noche nos trasladaremos allá.

Y Jarema añadió, volviéndose a los cuatro caballeros:

—Después del asalto, cuando haya cerrado la noche por completo, será el momento oportuno para la salida.

—¿Cómo?—profirió Firley.—¿Preparáis una salida, Alteza?

—La salida es otra cosa..., yo mismo la dirigiré. Ahora se trata de otro asunto. Estos señores quieren encargarse de la empresa de pasar a través de las filas del enemigo para ir a informar al rey de nuestra situación.

Firley se asombró: abrió extraordinariamente los ojos y miró hacia la fila de los caballeros, examinándolos uno a uno.

El príncipe sonreía satisfecho. Tenía una debilidad: le gustaba asombrar a sus soldados.

—¡Santo Dios!—exclamó Firley.—¿Aún hay tan valientes corazones en el mundo? ¡Santo Dios! No seré yo quien os disuada de llevar a cabo esa azarosa empresa, señores míos.

Zagloba se puso rojo de cólera, pero no dijo nada; se limitó a resoplar como un oso. El príncipe, tras una breve meditación, pronunció las siguientes palabras:

—De todos modos, no quiero que se vierta inútilmente vuestra sangre, y no soy partidario de que salgáis todos juntos. Primero debe ir uno, pues de esta manera, si muere a manos del enemigo, éste se apresurará a vanagloriarse de ello, como ya lo hizo en cierta ocasión junto a Lvov, con ocasión de la muerte de uno de mis servidores. Si uno perece, irá el segundo, y en caso de necesidad el tercero y

el cuarto. Puede suceder que el primero pase felizmente, y en tal caso sería inútil poner las vidas de los otros en peligro.

—¡Alteza!—interrumpió Skretuski.

—Este es mi deseo y mi orden—dijo Jeremías con firmeza.—Para contentaros, os diré que el primero que debe ir es el primero que se ha ofrecido.

—Ese soy yo—gritó Longinos, radiante de felicidad.

—Así pues, esta noche después del asalto. Carta para el rey no os la doy: vos relataréis al soberano todo lo que han visto vuestros ojos. Sólo os entrego mi anillo de sello como legitimación.

Longinos recibió el sello y se inclinó ante el príncipe. Pero éste, poniendo ambas manos en las sienes de Podbipienta, le sostuvo la cabeza unos instantes, le besó en la frente y dijo con voz conmovida:

—Estáis tan cerca de mi corazón como un hermano... El Dios de los ejércitos y la Reina de los Angeles os guíen y conduzcan a través del enemigo, campeón de Dios. Amén.

—Amén—repitieron el estaroste de Krasnostav, el señor Priemski y Firley.

El príncipe tenía los ojos llenos de lágrimas, pues era un verdadero padre de sus guerreros; todos lloraban, y Longinos se irguió en un arrebato de entusiasmo; le corría fuego por las venas. Su alma pura, generosa y noble, se henchía de gozo ante la perspectiva del próximo sacrificio.

—La historia del mundo hablará de vos—exclamó el castellano de Belz.

—*Non nobis, non nobis, sed nómini Túo, Dómine, da glóriam* (1)—murmuró el príncipe.

Los caballeros abandonaron la tienda.

—¡Uf!—refunfuñó el grueso hidalgo.—Algo se me ha atascado en la garganta y tengo la boca amarga como si hubiera masticado ajenjo. Y ésos siguen tirando; así les parta un rayo. ¡Oh, qué pesada es la vida en el mundo! Pan Longinos, que los santos ángeles os protejan... y que la peste aniquile a esa canalla...

—Hasta luego, señores—dijo Longinos.

---

(1) «No a nosotros, no a nosotros, sino a tu nombre, Señor, da gloria.»

—¿Cómo? ¿Adónde vais?—preguntó Zagloba.

—A ver al preboste Mujoviezki, a confesar, hermanitos. Es preciso purificar el alma pecadora.

Y el lituano se encaminó apresuradamente al castillo; los demás volvieron hacia la muralla. Skretuski y Volodiovski estaban como aturdidos y callaban; Zagloba siguió refunfuñando:

—Tengo un nudo en la garganta. ¡Nunca hubiera pensado que me causaría tanta pena! Es el hombre más bueno del mundo... Al que me diga lo contrario le doy un revés. ¡Oh Dios! ¡Dios! Yo que pensaba que Firley lo impediría y lo que ha hecho ha sido remachar el clavo. El demonio nos ha traído a este hereje. «La historia, ha dicho, hablará de vos.» Que hable de él, pero no de la cabeza de Longinos. ¿Por qué no va él? Como buen calvinista, tiene seis dedos en los pies; así puede correr mejor. Os digo, señores míos, que el mundo se pone cada vez peor, y probablemente será verdad lo que el preboste Zabkovski ha profetizado: que el mundo se acabará pronto. Sentémonos en el muro; después iremos al castillo a gozar de la compañía de nuestro amigo hasta la noche por lo menos.

Pero Longinos dedicó todo el tiempo, después de confesar y comulgar, a la oración. Sólo se dejó ver hacia el anochecer, en el asalto, que fué uno de los más terribles, pues los cosacos se lanzaron al ataque precisamente en el momento en que los soldados estaban ocupados en trasladar los carros y demás defensas tras los nuevos muros. Durante unos instantes pareció que las minúsculas fuerzas polacas iban a ceder ante el empuje de la avalancha de doscientos mil enemigos. Los regimientos polacos se mezclaron tres veces con los del enemigo, hasta el punto de no poder distinguirse unos de otros. Kmielnizki lanzaba todas sus fuerzas al asalto, pues el kan y su propia oficialidad le habían dicho que aquel sería el último asalto y que, en caso de no tener éxito, había que vencer por el hambre a los sitiados. Pero tres horas después habían sido rechazados los asaltantes con tan enormes pérdidas, que, según se decía, habían perecido cuarenta mil enemigos. Está demostrado que, después de la batalla, yacía un gran montón de banderas a los pies del príncipe y que éste fué, en efecto, el último ataque

en masa. Siguiéronle, no obstante, tiempos más aciagos todavía para los sitiados a causa del no interrumpido tiroteo, el minaje de los muros, el robo de los carros, la miseria y el hambre.

El infatigable príncipe Jeremías, inmediatamente después del asalto, condujo a los soldados, que casi no podían tenerse en pie, a una salida, que terminó con una nueva derrota del enemigo. Luego reinó el silencio en el campamento.

La noche era calurosa, pero el cielo estaba cubierto de nubes. Cuatro obscuras figuras se movían, sigilosas, cautas, hacia el extremo Este de la muralla. Eran Longinos, Zagloba, Skretuski y Volodiovski.

—Cuidad bien de las pistolas—susurró Skretuski—para que la pólvora no se humedezca. Dos regimientos estarán dispuestos toda la noche. Tan pronto como disparéis correremos en vuestra ayuda.

—Está obscuro como boca de lobo—murmuró Zagloba.

—¡Tanto mejor!—contestó Longinos.

—¡Silencio!—musitó Volodiovski.—Oigo algo.

—No es nada. Es el estertor de un moribundo.

—¡Ojalá os encontrarais ya junto al encinar!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—suspiró Zagloba con un escalofrío como de fiebre.

—Dentro de tres horas amanecerá.

—Así, pues, ya es tiempo de que parta—dijo Longinos.

—Sí, es tiempo, es tiempo—repitió Skretuski con voz ahogada.—¡Vé con Dios!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—Quedad en paz, hermanos, y perdonad si os he agraviado en algo.

—¿Vos?, ¿vos?—exclamó Zagloba, arrojándose en los brazos del lituano.

Skretuski y Volodiovski le abrazaron también. Ahogados sollozos conmovieron el pecho de los caballeros. Sólo Longinos se mostraba sereno, a pesar de estar profundamente conmovido.

—Quedad en paz—repitió.

Y acercándose al borde del vallado se deslizó al foso, y

poco después aparecía su obscura silueta sobre la orilla opuesta, desde donde les hizo una señal de despedida a sus camaradas. Después desapareció en las tinieblas.

Entre el camino hacia Zaloschice y la carretera de Visniovez crecía un bosquecillo de encinas, cortado por estrechas praderas transversales e inmediato a un inmenso bosque secular que se prolongaba hasta detrás de Zaloschice. A aquel bosquecillo se encaminó el lituano.

El camino era muy peligroso, pues para llegar hasta el encinar había que pasar ante toda la longitud del campamento cosaco; pero Longinos confiaba en que, dado el trajín del campamento, los centinelas no se preocuparían de los que pasaban. Todos los demás caminos, barrancos, trochas y senderos, estaban guardados por centinelas muy alerta, continuamente revisados por esauls, centuriones y coroneles, y por el mismo Kmielnizki. En el camino sobre las praderas, a lo largo del Gniezna, no había que pensar, pues allí guardaban los yegüeros tártaros a sus caballos hasta el amanecer.

La noche era calurosa, pero tan obscura, que a diez pasos no se veía nada, ni hombre ni árbol. Esto era para Longinos una importante ventaja, a pesar de que le obligaba a avanzar muy despacio y con mucha precaución para no caer en algún foso u hoyo, excavado por manos cosacas o polacas, de los innumerables que había por todo el campo de batalla.

Llegó sin tropiezo hasta la segunda línea del vallado de los polacos, abandonada la víspera, y luego de traspasar el foso se arrastró cautelosamente hacia las trincheras y fosos de los cosacos. Se detuvo y escuchó: las trincheras estaban vacías. La salida del príncipe, llevada a cabo después del asalto, había cogido tan de sorpresa a los soldados, que los que no habían perecido habían huído al campamento. Un gran número de cadáveres yacía en las pendientes y sobre las cimas de los vallados. Longinos tropezaba a cada instante con cuerpos inertes, pasaba sobre ellos y seguía adelante. De vez en cuando se oía algún lamento o estertor, señal de que muchos de aquellos desgraciados vivían todavía.

Entre los vallados y la segunda línea de trincheras había

una amplia explanada construída por los regimentarios, también cubierta de cadáveres, y cortada por numerosos fosos. A corta distancia había unas defensas subterráneas, que en la obscuridad semejaban montones de gavillas. Pero también estaban abandonadas. Por todas partes dominaba el más profundo silencio; no se veía ni una hoguera ni un hombre en toda la explanada, fuera de los muertos.

Longinos rezó una oración por el alma de los difuntos y siguió avanzando. El ruído del campamento polaco, que había sonado distintamente en sus oídos hasta la segunda línea del campo atrincherado, fué apagándose en la distancia, y, cuando cesó por completo, Longinos se detuvo y miró atrás por última vez.

Casi no podía reconocer ya nada, pues en el campamento no brillaba luz alguna. Una sola lucecita brillaba todavía en el castillo, con fulgor intermitente, cual una estrella entre las nubes o un gusano de luz.

«Hermanos, pensaba Longinos, ¿quién sabe si os volveré a ver en esta vida?»

La angustia oprimió el corazón del gigante como una descomunal piedra. Allí, donde brillaba aquella lucecita, estaban los suyos, los corazones hermanos, el príncipe Jeremías, Skretuski, Volodiovski, Zagloba, el preboste Mujoviezki. Allí le amaban, pensaban en él con inquietud..., y aquí noche, desierto, tinieblas, cadáveres bajo de los pies, corros de almas en pena, y, en la lejanía, el campamento de los devoradores de sangre, del despiadado enemigo.

Una mortal congoja le invadió en las tinieblas y le susurró al oído: «¡No pasarás, es imposible! Vuelve, aún es tiempo. Dispara la pistola y un regimiento entero vendrá en tu ayuda. A través de ese campamento salvaje no pasa nadie.»

Aquel hambriento campamento, inundado diariamente de balas, lleno de peligros de muerte y de emanaciones cadavéricas, se le antojaba ahora a Longinos como un refugio tranquilo y seguro.

Allí no le reprocharían los amigos que volviera atrás. Les diría que la empresa era superior a las fuerzas humanas, y ellos no se decidirían a ir, no mandarían a nadie más, y seguirían confiando en la misericordia de Dios y del rey.

¿Y si Skretuski fuera y no volviese?

«¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Esto son tentaciones del demonio, se dijo Longinos. Estoy dispuesto a morir, nada peor puede sucederme. Satán quiere asustar al alma débil valiéndose de la soledad, las tinieblas y los cadáveres, pues él se aprovecha de todo para ganarse a las pobres almas. ¿Puede un caballero cubrirse de ignominia, perder la gloria, deshonrar su nombre, dejando de salvar al ejército? ¡Jamás!»

Y siguió avanzando casi a tientas.

De nuevo empezó a oir ruído de voces, pero ahora no venía del campamento polaco, sino del lado opuesto, aún indistinto, pero grave y amenazador como el rugido del oso en la obscuridad del bosque. Mas la intranquilidad había abandonado el alma del héroe, la angustia había cesado de oprimir su corazón, y las había sucedido un melancólico recuerdo de los compañeros de armas.

«Iré a pesar de todo,» murmuró Longinos, como contestando al rumor amenazador.

Pasado algún tiempo, se encontró en un lugar del campo de batalla, donde, el día del primer asalto, la caballería del príncipe había dispersado a los cosacos y a los jenízaros. Aquí el camino era más llano, había menos fosos, hoyos y defensas, y casi ningún cadáver, pues los muertos de aquel encuentro habían sido retirados por los cosacos. También era menos densa la obscuridad, debido a lo llano del terreno. El suelo inclinábase hacia el Sur, pero Longinos se desvió hacia la derecha para deslizarse entre el estanque del Oeste y el campamento. Ahora podía avanzar aprisa, sin obstáculos. Casi había alcanzado ya la línea exterior del campamento, cuando un nuevo rumor cautivó su atención.

Se detuvo al punto, y un cuarto de hora después oyó trotar de caballos.

«Las guardias de los cosacos,» pensó.

Ahora llegaron a su oído también voces humanas; echó a correr apresuradamente hacia un lado, y en cuanto encontró, a tientas, la primera elevación de terreno, se arrojó por tierra y se quedó inmóvil, en una mano la pistola y en la otra la tizona.

Los jinetes pasaron casi rozándole. La obscuridad le impedía contarlos, pero oía perfectamente su conversación.

—La cosa se pone mala para ellos, pero para nosotros también—decía una voz soñolienta.—¡Cuántos buenos guerreros han mordido el polvo!

—¡Reina de los cielos!—se dolía otro jinete.—Se dice que el rey no está lejos; ¿qué va a ser de nosotros?

—El kan está furioso con nuestro padrecito, y los tártaros amenazan con llevarnos al cautiverio, a falta de polacos...

—En las praderas de pasto matan a los nuestros. El padrecito nos ha prohibido ir al coto, pues el que llega allí está perdido.

—Se dice que entre los buhoneros hay lajes disfrazados. ¡Ojalá esta guerra no hubiera empezado nunca!

—Y cada vez se va poniendo peor.

—El rey está cerca ya con las fuerzas lajes; eso es lo peor.

—¡Ay! Podía uno estar ahora en Sich durmiendo tranquilamente, y tiene que andar vagando en las tinieblas como un espectro.

—Debe haber espectros en torno nuestro, pues los caballos resoplan.

Las voces se fueron alejando, y finalmente se apagaron.

Longinos se levantó y siguió adelante.

Una lluvia, fina como la niebla, empezó a caer. Se hizo todavía más obscuro.

A la izquierda, a distancia de unos dos estadios, brillaban una lucecita, dos, tres, diez..., claro indicio de que el gigante se encontraba en la línea del campamento.

Las lucecitas distaban bastante unas de otras y fulguraban débilmente. Por lo visto, en el campamento velaba muy poca gente a aquella hora: algunos bebedores, algunos rancheros...

«¡Gracias a Dios que he llegado después de un asalto y una salida!, pensaba Longinos. Deben de estar rendidos.»

De pronto oyó acercarse la segunda patrulla.

El suelo era allí más abrupto y se pudo esconder con más facilidad.

La patrulla pasó tan cerca de él, que poco faltó para que le pisaran los caballos. Afortunadamente no relincharon,

acostumbrados ya a pasar por junto a los cadáveres. Longinos siguió adelante.

A unos mil pasos tropezó con otras dos patrullas. Evidentemente se vigilaba el campamento a conciencia. Longinos se alegró de no encontrarse con las patrullas de a pie que solían recorrer el perímetro de los campamentos para informar a las montadas.

Pero su alegría no había de durar mucho. No había caminado gran trecho cuando surgió ante él, a unos diez pasos, una sombra obscura. Longinos, aunque no era hombre asustadizo, sintió un ligero escalofrío. Era demasiado tarde para retroceder. La figura se acercó a él. Sin duda, el centinela le había visto.

Transcurrió un instante de vacilación. De pronto preguntó una voz quedamente:

—¿Eres tú, Basilio?

—Sí—murmuró el lituano.

—¿Traes el aguardiente?

—Sí.

—Dámelo, pues.

Longinos avanzó algunos pasos.

—¿Quién eres tú, tan alto?

Osciló algo en la obscuridad. En el mismo instante se oyó un crujir como de huesos rotos, seguido de un gemido, y la figura cayó pesadamente por tierra.

Longinos siguió adelante, pero no por la misma línea, pues estaba visto que era la de los puestos de guardia, sino a menor distancia del campamento, tratando de hacerlo paralelamente a la de los carros. Si junto a ella no había un segundo cordón de vigilancia, sólo podría encontrarse con los destacamentos de relevo, pues las secciones de a caballo no tenían allí utilidad alguna.

Algunos momentos después pudo confirmar que no había un segundo cordón. Pero el campamento no distaba más que dos tiros de arco. No sin extrañeza le parecía acercarse cada vez más, aunque se esforzaba en mantenerse siempre a la misma distancia de la línea de los carros.

También comprobó que no todos dormían en el campamento. Junto a las hogueras que brillaban acá y allá distinguía figuras sentadas. El resplandor de una de las ho-

gueras era tan vivo, que temió Longinos ser visto, y tuvo que retroceder hacia las guardias para no entrar en la zona iluminada. Desde lejos distinguió junto al fuego cuerpos de bueyes colgados en columnas cruciformes, que eran despellejados por los carnívoros. Grupos de hombres contemplaban esta ocupación. Algunos tocaban flautas quedamente. Se hallaba, por tanto, hacia el lado del campamento ocupado por los conductores del ganado, los *chabanes*. Las demás filas de carros estaban sumergidas en las tinieblas.

Pero la pared del campamento, alumbrada por la vaga luz de las hogueras, parecía acercársele de nuevo. Al principio la había tenido siempre a la derecha; ahora veía de pronto que la tenía enfrente.

Se detuvo y meditó lo que le convendría hacer. Estaba cercado... Los convoyes, los cotos de los tártaros y los campamentos de la chusma rodeaban a Zbaraz como un anillo. En el centro de este anillo se hallaban los puestos de guardia y las patrullas para que nadie pudiera pasar.

La situación de Pan Longinos era terrible. Sólo podía escabullirse por entre los carros o buscar otra salida por entre la chusma cosaca y los cotos. Sólo podía errar por aquel paraje hasta el amanecer, o volverse a Zbaraz; pero también así podría caer en manos de los centinelas. No obstante, él se decía: «Es indudable que todos los carros no pueden estar apretados unos contra otros. Tienen que haber dejado bastantes boquetes, pues son necesarios para entrar y salir.»

Y decidió buscar uno de estos pasadizos, para lo que se acercó más aún a la barrera que le obstruía el paso. El resplandor de las hogueras podía traicionarle, pero, por otra parte, le era de gran utilidad, pues sin él no habría podido distinguir ni los carros ni el pasadizo entre ellos.

Tras cosa de un cuarto de hora de atenta investigación encontró el pasadizo, un agujero negro. Por allí no había hogueras y tampoco podía haber cosacos. Aquello debía de ser un boquete para la caballería. Longinos se echó al suelo boca abajo y empezó a arrastrarse hacia aquella negra abertura como la serpiente hacia su nido.

Transcurrió un cuarto, media hora, y Longinos seguía

arrastrándose, y encomendando a los poderes celestiales su cuerpo y su alma. Pensaba que tal vez la suerte de todo Zbaraz dependía, en aquel momento, de que pudiera pasar por aquella abertura; y rezaba, no sólo por él, sino también por los demás, por los que en aquellos instantes, en las fortificaciones, rezarían también recordándole. Reinaba el silencio.

Ni un hombre se movía, ni un caballo resoplaba, ni un perro ladraba; y Longinos atravesó la fila de carros felizmente. Ante él se alzaba el obscuro matorral, tras el que se hallaba el encinar inmediato a la selva cuya espesura se extendía hasta Toporov. Detrás de la selva estaba el rey, la salvación, la gloria, el alto mérito ante los hombres y ante Dios. ¿Qué era el tajo con el que había cortado las tres cabezas, comparado con esta proeza, para la que necesitaba algo más que una mano de hierro?

El gigante se daba cuenta de la magnitud de la empresa, pero en aquel corazón puro no anidaba orgullo alguno. Como el corazón de un niño, se deshizo en lágrimas de agradecimiento.

Se levantó y siguió adelante. A aquel lado de los carros no había ninguna o había muy pocas guardias. La lluvia arreció. Golpeaba las malezas y apagaba el ruído de los pasos. Longinos avanzaba con zancadas de cíclope, aplastándolo todo; cada uno de sus pasos equivalía a cinco de los demás hombres. Los carros se iban alejando y el bosque de encinas acercándose. La salvación se aproximaba.

¡Allí están ya las encinas! Entre ellas todo es obscuridad, negrura. Pero eso es ventajoso. Un ligero vientecillo se ha levantado; las encinas zumban dulcemente, como si rezaran: «Gran Dios, Dios de la clemencia, protege al caballero, que es tu servidor y un fiel hijo de esta tierra, sobre la que crecemos en honor tuyo.»

Apenas milla y media le separaba ya del campamento polaco. La frente cubierta de sudor, pues el tiempo se había tornado bochornoso y amagaba tormenta, avanza apresuradamente, oyendo cantar a los ángeles en su corazón. El follaje se iba aclarando. La pradera estaba ya cerca, y las encinas acrecían su zumbido, como si quisieran decirle

al caballero: «Espera, espera, estás más seguro entre nosotras.» Pero él no las escuchaba y salió a la pradera, en medio de la cual se alzaba solitaria una encina prócer. Longinos se dirigió a ella.

De pronto, cuando sólo le separaban algunos pasos del gigantesco árbol, salieron de entre sus espesas ramas quince o veinte hombres y corrieron hacia el caballero, dando saltos de lobo.

—¿Quién eres? ¿Quién eres?

Su idioma era incomprensible, sus cabezas casi puntiagudas: yegüeros tártaros, que se habían refugiado allí al arreciar la lluvia.

Un rojizo relámpago iluminó la encina, las salvajes figuras de los tártaros y la del gigantesco caballero. Un griterío terrible conmovió el aire. Comenzó la lucha...

Los tártaros se arrojaron sobre Longinos como una manada de lobos sobre el ciervo, agarrándolo con sus musculosas manos; pero él no hizo más que sacudirse, y los arrojó lejos de sí. Cayeron como cae del árbol la fruta en sazón. Luego rechinó el terrible «Cortacapuchas» en la vaina, y al punto resonaron lamentos, aullidos, gritos pidiendo ayuda, el zumbido de la tizona, el estertor de los moribundos, el relincho de los espantados caballos y el crujido de los sables tártaros al romperse. La silenciosa pradera se llenó de los más terribles alaridos que es capaz de exhalar la garganta humana.

Los tártaros se arrojaban en columna cerrada contra el caballero; pero él había apoyado ya la espalda contra el tronco de la encina y se defendía por delante con su zumbadora tizona, asestando terribles tajos. Unos cuantos tártaros ensangrentados cayeron a sus pies, y los demás retrocedieron aterrorizados.

—¡Un milagro! ¡Un milagro!—aullaban.

Pero sus gritos no sonaban en el desierto. No había transcurrido media hora cuando se llenó toda la pradera de gentes a pie y a caballo. Cosacos y tártaros acudían con hoces, pértigas, arcos y antorchas encendidas. Rápidas preguntas se cruzaban, volaban de boca en boca:

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

—¡Un milagro!—contestaban los yegüeros.

—¡Un milagro!—repetía la muchedumbre.—¡Un laj! ¡Un milagro! ¡Duro con él! ¡Cogedlo vivo, vivo!

Longinos hizo dos disparos con su pistola, pero ya no podían ser oidos por sus camaradas en el campamento polaco.

La multitud se le acercó en semicírculo; él estaba apoyado en el tronco del gigantesco árbol, y esperaba tizona en mano.

El semicírculo se iba estrechando. Al fin sonó la voz de mando:

—¡A él!

Todos avanzaron. El estrépito cesó. Los que no podían llegar hasta el caballero alumbraban. La multitud bullía y se apretujaba bajo del árbol.

De pronto sonó un terrible griterío de terror y la bravía turba se dispersó en un instante.

Bajo del árbol estaba Longinos solo: a sus pies yacía un montón de cuerpos retorciéndose en las convulsiones de la agonía.

—¡Cuerdas! ¡Cuerdas!—gritó una voz.

Varios jinetes se apresuraron a ir por ellas y volvieron a poco trayéndolas. Entonces dos forzudos cosacos agarraron los extremos de una larga soga y trataron de sujetar a Longinos al árbol.

Pero Longinos blandió la tizona y ambos hombres cayeron por tierra. El mismo resultado tuvo una segunda prueba realizada por dos tártaros.

Cuando aquellos salvajes se convencieron de que el número de sus adversarios no significaba nada para el gigante, trataron de cogerle vivo entre ocho o diez de los más diestros. Pero él los aniquiló como el jabalí a la rabiosa jauría. La encina, que era de tronco doble, daba abrigo al caballero en su hendedura, y el que se ponía al alcance de la tizona, moría sin lanzar un grito. La fuerza sobrehumana de Longinos parecía crecer por momentos.

Cuando la enfurecida horda vió que sus esfuerzos eran vanos, se dispersó por la pradera, y en torno a la encina se oyó el salvaje grito:

—¡Uk! ¡Uk!

Al ver los arcos y las aljabas de flechas, comprendió

Longinos que había llegado su última hora, y empezó a rezar la letanía de la Santísima Virgen.

Reinó un profundo silencio. La muchedumbre contuvo el aliento.

La primera flecha silbó cuando Longinos decía: «Madre del Redentor,» y le hirió la sien.

La segunda flecha silbó cuando Longinos decía: «Virgen Clementísima,» y se le clavó en un hombro.

Las palabras de la letanía se mezclaban con los silbidos de las flechas.

Y cuando Longinos decía: «Estrella matutina,» las flechas se le clavaron en los hombros, en los costados y en las piernas. La sangre de la sien le corría por los ojos. Todo lo veía ya como entre niebla, la pradera, los tártaros, y no oía el silbar de las flechas. Notó que las fuerzas le abandonaban, que las piernas le vacilaban..., inclinó la cabeza sobre el pecho... y cayó de rodillas.

«Reina de los Ángeles,» gimió.

Estas fueron sus últimas palabras.

Los ejércitos celestiales cogieron su alma y la depositaron como una hermosa perla a los pies de la *Reina de los Angeles.*

CAPITULO VII

Pan Volodiovski y Zagloba hallábanse, a la mañana siguiente, sobre la muralla, entre los soldados, mirando hacia el campamento enemigo, de donde se acercaba, como una inmensa nube, una masa de populacho.

Skretuski asistía a un consejo, y sus amigos, entre tanto, hablaban del día anterior y del inusitado movimiento en el campamento enemigo.

—Esto no anuncia nada bueno—decía Zagloba:—vienen, seguramente, a asaltarnos de nuevo, y nuestras manos no quieren ya obedecer a la voluntad.

—¿Cómo iban a intentar un asalto, en pleno día, con este tiempo?—repuso el menudo caballero.—No pretenden sino tomar el muro disputado ayer, minar el nuevo y tirotearnos de la mañana a la noche.

—Se les podría amedrentar con los cañones.

Volodiovski bajó la voz:

—La pólvora se va agotando. Gastándola de esta manera no tendremos para seis días, según me han asegurado. Pero antes puede que venga el rey.

—Suceda lo que quiera. ¡Con tal que nuestro pobrecito Longinos llegue a pasar felizmente! No he podido dormir en toda la noche pensando en él; en cuanto empezaba a dormitar, le veía en peligro y sentía tal angustia, que sudaba de pies a cabeza. Es el mejor hombre que puede encontrarse en toda la república, aunque se le buscara tres años y seis semanas con una linterna.

—¿Por qué le mortificabais, pues, continuamente?

—Porque mi lengua es peor que mi corazón. Pero no me hagáis sangrar el corazón con recuerdos, pues bastantes remordimientos siento, y si, lo que Dios no quiera, le sucediera una desgracia, no tendría tranquilidad en todo el resto de mis días.

—No tenéis que tomar la cosa tan a pecho. Nunca sintió rencor hacia vos, y más de una vez le oí decir: «Tiene mala lengua, pero corazón de oro.»

—¡Dios dé salud a nuestro noble amigo! No sabía hablar como una persona, pero suplía esta falta cien mil veces con sus grandes virtudes. ¿Qué os parece, Pan Miguel? ¿Habrá pasado felizmente?

—La noche era obscura, y los villanos estaban terriblemente cansados después de la derrota. Nosotros mismos no disponíamos de buenas guardias, mucho menos ellos.

—¡Dios lo haya querido así! Ya le encargué a Longinos que inquiriera el paradero de nuestra pobrecita princesa. Supongo que Rendián habrá llegado con ella hasta las tropas reales. Longinos, seguramente, no se detendrá a descansar, sino que vendrá con el rey y pronto tendremos noticias de ella.

—Confío mucho en la sagacidad de ese mozo, y estoy seguro de que habrá sabido encontrarla un seguro refugio. Jamás me consolaría si no se hubiera salvado; hace poco tiempo que la conozco, pero creo que no amaría tanto a una hermana mía.

—Para vos es una hermana, para mí una hija. Con todas estas preocupaciones acabará por encanecérseme la barba y mi corazón enfermará. Se le toma cariño a alguien, y ¡adiós, calma; adiós, alegría!... Y, por añadidura, tiene uno el vientre vacío y la gorra llena de agujeros, por los que, lo mismo que a través de un mal tejado, entra el agua y le inunda a uno la calva. Los perros viven hoy mejor en la república que los nobles, y, de todos los nobles, nosotros cuatro somos los que lo pasamos peor. Me parece que ya es tiempo de vivir más a lo persona, o morir. ¿No opináis así, Pan Miguel?

—Me he preguntado muchas veces si no sería mejor contárselo todo a Skretuski y no me he decidido a hacerlo porque él nunca habla de la princesa y, si alguien se la nombra, se estremece como si recibiera un pinchazo en el corazón.

—Habladle de ella, abridle nuevamente las heridas secadas por el fuego de esta guerra, mientras tal vez algún tártaro la conduce ya al Perekop, arrastrándola por la cabelle-

ra. Llamas me acuden a los ojos cuando pienso en esto. Es tiempo de morir, no hay otra salida. En el mundo no hay ya más que sufrimientos. Con tal que Longinos haya logrado pasar felizmente...

—El encontrará más gloria en el cielo que los demás, pues es virtuoso. Pero mirad, señor, ¿qué hace el populacho allí?

—El sol deslumbra hoy de tal manera que no veo nada.

—Atraviesa nuestro vallado de ayer.

—Ya os dije que se trataba de un asalto. Vámonos pronto de aquí, Pan Miguel; ya hemos estado aquí bastante.

—Se atrincheran, pero es, a mi juicio, para tener una retirada segura. Me parece que traen las máquinas... Cavan. ¿No oís el ruido de las azadas? Allanan el terreno...

—Este sol me deslumbra, no veo bien.

Zagloba se puso la mano sobre los ojos a guisa de visera. En aquel momento se precipitó una masa de populacho por un boquete abierto en el muro y se extendió en un abrir y cerrar de ojos por el espacio vacío entre los vallados. Unos empezaron inmediatamente a tirotear; otros, mientras allanaban la tierra, levantaban un nuevo vallado y defensas, que debían encerrar como un tercer anillo al campamento polaco.

—¡Oh!—exclamó Volodiovski,—ya lo decía yo. Traen las máquinas.

—Vámonos. ¿No os digo que se trata de un asalto?

—No, esos son otros baluartes.

Efectivamente, aquellas máquinas que aparecieron por la abertura estaban construídas de distinta manera que las ordinarias «máquinas infernales.» Sus paredes consistían en escaleras unidas por goznes, cubiertas de trozos de vestidos y pieles, tras las que, desde la mitad de la altura hasta la cima, se escondían los mejores tiradores y hostilizaban al enemigo.

—Vámonos—repitió Zagloba.—¡Ojalá los perros devoren las carroñas de esa gentuza!

—Esperad—contestó Volodiovski.

Y empezó a contar las máquinas a medida que iban apareciendo por la abertura.

—Una, dos, tres..., se ve que no tienen pequeña reserva...;

cuatro, cinco, seis: cada vez van siendo más altas...; siete, ocho..., al último perro de la explanada de nuestro castillo lo fusilarán desde esas máquinas, tras cuyas paredes deben encontrarse sus más diestros tiradores; nueve, diez...; se las distingue claramente, como en la palma de la mano, pues el sol les da de lleno; once...

De repente Miguel dejó de contar.

—¿Qué es aquello?—preguntó asombrado.

—¿El qué?

—De aquélla, de la más alta, pende una persona...

Zagloba abrió cuanto pudo su ojo sano. En efecto, sobre el último baluarte alumbraba el sol el desnudo cuerpo de una persona, que se balanceaba al extremo de una cuerda, siguiendo los movimientos de la máquina, semejante a un gigantesco péndulo.

—Es verdad—exclamó Zagloba.

De pronto Miguel Volodiovski se puso pálido como un cadáver.

—¡Dios Omnipotente! Es Longinos—gritó con desesperado acento.

Sobre el muro se produjo un murmullo, como cuando el viento pasa a través del follaje de los árboles. Zagloba inclinó la cabeza, se cubrió los ojos con las manos y de sus lívidos labios se escapó un gemido:

—¡Jesús, María! ¡Jesús, María!

El murmullo se transformó en un rugido y luego en un trueno. Los soldados habían reconocido en el que pendía de aquel instrumento de ignominia a su compañero de desdichas, al caballero sin tacha, a Pan Longinos, y la cólera, una terrible cólera, les puso los cabellos de punta.

Zagloba había apartado las manos de sus ojos. Era terrible verle. Su cara estaba lívida, tenía los ojos fuera de las órbitas y la boca cubierta de espuma.

—¡Sangre! ¡Sangre!—rugió tan horrorosamente, que los circunstantes se sobrecogieron de terror.

Saltó al foso. Tras él siguió cuanto ser viviente había en los muros. Ningún poder, ni la misma orden del príncipe, hubieran sido capaces de detener aquel huracán de ira. Los unos saltaron sobre los hombros de los otros, se agarraban con manos y dientes al borde del foso, y el prime-

ro que llegaba arriba avanzaba ciegamente, sin preocuparse de si los demás le seguían.

Los baluartes arrojaban humo, como hornos de pez, y retemblaban al estampido de los disparos, pero esto no logró detener a los agresores. Zagloba les precedía a todos agitando el sable sobre la cabeza, rugiendo de furor, terrible, como un búfalo rabioso. Los cosacos se precipitaron contra aquella avalancha, armados de guadañas y trillos. Diríase que dos muros avanzaban uno contra otro con indescriptible estrépito. Pero la jauría de mastines hartos no puede defenderse largo tiempo contra hambrientos y rabiosos lobos. Desalojados de su puesto, batidos con los sables, destrozados con los dientes, aniquilados y aplastados, no resistieron los cosacos sino breves momentos el furioso ataque. Retrocedieron en horrible confusión y huyeron por la abertura de la muralla.

Zagloba, rugiendo, saltó, como una leona a quien han robado su cachorro, adonde la muchedumbre era más espesa. Bramaba, daba tajos, mataba, asesinaba, destruía todo cuanto se oponía a su paso. En torno suyo se hacía el vacío, y junto a él avanzaba otra llama destructora, Volodiovski, semejante a un lince herido.

Los tiradores de los baluartes fueron degollados hasta el último hombre. A los demás cosacos se les rechazó hasta detrás de la muralla. Luego subieron los soldados al baluarte, descolgaron a Longinos y lo depositaron cuidadosamente en el suelo.

Zagloba se abalanzó sobre su cuerpo.

A Volodiovski le sangraba también el corazón, y lloraba ante su amigo muerto, como un niño. Era fácil reconocer de qué manera había perecido, pues todo el cuerpo lo tenía acribillado a flechazos. Sólo en la cara no tenía herida alguna, a excepción de la de la sien. Algunas gotas de sangre habían caído sobre sus mejillas, sus ojos estaban cerrados y una sonrisa placentera iluminaba su faz. Si no hubiera sido por la azulada palidez de la tez, habría podido creerse que Longinos estaba sumido en un dulce sueño. Los compañeros le llevaron sobre sus hombros a las fortificaciones y de allí a la capilla del castillo.

Por la tarde fué construído un catafalco y por la noche

tuvo lugar el entierro en el cementerio de Zbaraz. Todo el clero de Zbaraz, a excepción de Zabkovski, que en el último asalto había recibido un tiro en la espalda y estaba a las puertas de la muerte, asistió. También asistió el príncipe, que había depositado, durante la ceremonia, el alto mando en manos del estaroste de Krasnostav. Detrás iban los regimentarios, el abanderado de la Corona, el portabandera de Novogrod, Priemski, Skretuski, Volodiovski, Zagloba y varios compañeros del regimiento en que había servido el difunto. El ataúd fué depositado en una tumba recién abierta y la ceremonia comenzó.

La noche era serena y estrellada; las antorchas lucían tranquilas y lanzaban su resplandor sobre las amarillas tablas del recién construído ataúd, sobre la figura del sacerdote y sobre los sombríos rostros de los caballeros.

El humo de los incensarios se elevó tranquilo, impregnando el aire de aromas de enebro y de mirra. El silencio era turbado solamente por los ahogados sollozos de Zagloba, los profundos suspiros de los fuertes pechos de los caballeros y el lejano tronar de los cañones en las murallas.

Entonces el preboste Mujoviezki alzó la mano como en señal de que quería hablar, y los caballeros atendieron, casi conteniendo la respiración. Durante un instante permaneció callado; después, alzando la vista hacia el estrellado firmamento, empezó a hablar en estos términos:

—«¿Qué llamadas son esas que oigo a las puertas del cielo,» pregunta el canoso Portero de Cristo, despertando de dulce sueño. «Abre, San Pedro; abre, soy yo, Longinos.» ¿Pero qué rango, qué proezas, qué merecimientos te infunden, Pan Podbipienta, el valor de importunar a tan excelso Portero? ¿Con qué derecho quieres entrar aquí, donde ni la nobleza de la cuna, aunque sea tan alta como la tuya, ni la dignidad de los senadores, ni la dignidad real, ni la misma majestad de los purpurados, significa nada por sí sola? Aquí no se llega por la calle ancha, en carrozas de seis troncos, rodeado de jeduques, sino por una vereda estrecha, abrupta y espinosa: el camino de la virtud. ¡Ah!, abre, San Pedro, abre pronto, pues precisamente por ese camino escarpado ha pasado nuestro compañero y amado hermano de armas Longinos Podbipienta, y ha llegado, al cabo, hasta ti, como

una paloma fatigada del largo vuelo. Llega desnudo como Lázaro, atravesado a flechazos por los paganos como San Sebastián, pobre como Job, puro como una doncella inocente, humilde como un cordero, paciente y tranquilo, sin la mancha del pecado, con el goce del sacrificio de su sangre vertida por la patria terrena. Déjale pasar, San Pedro, pues si a él no le dejas, ¿quién había de ganar el cielo en estos tiempos de perdición y de olvido de Dios? ¡Déjale pasar, Portero celestial! Deja pasar a este cordero, para que paste en las praderas del cielo, para que se fortalezca con la divina hierba, pues llega, hambriento, de Zbaraz...

Así empezó el preboste Mujoviezki su discurso, y describió seguidamente con tanta elocuencia toda la vida de Longinos, que cada cual veía su insignificancia al lado de aquel ataúd donde yacía el caballero sin tacha, que superaba a los más humildes en modestia y a los más grandes en virtudes. Todos se golpeaban el pecho; un dolor profundo invadió sus corazones ante la irreparable pérdida que acababa de sufrir la patria, ante la desgracia que había caído sobre los sitiados de Zbaraz. Y el preboste continuó exaltado su narración, y cuando, por último, empezó a contar cómo Longinos había emprendido la salida del campamento y sufrido la muerte de martirio, agotó allí toda su retórica. Cuando dirigió las santas palabras de despedida, en nombre de todo el clero, de todos los caudillos y de todos los guerreros, a los restos mortales del héroe, él mismo era incapaz de contener las lágrimas, y, sollozando como Zagloba, dijo:

—¡Vé en paz, hermano! ¡Vé en paz, compañero amado! No ya al rey de la tierra, sino al del cielo, vas a llevar el mensaje de nuestro dolor, de nuestra hambre, de nuestra miseria y de nuestra opresión. Seguramente a fuerza de ruegos obtendrás la salvación que anhelamos, pero tú ya no volverás; por eso te lloramos, por eso bañamos tu ataúd con nuestras lágrimas, porque te añoramos, queridísimo hermano.

Todos lloraban con el noble sacerdote: el príncipe, los regimentarios, los soldados, pero más todavía los amigos del héroe. Cuando el preboste entonó el *Réquiem aetérnam dona ei Dómine,* se oyó un sollozo general, no obstante ser

todos los allí reunidos hombres endurecidos por el cotidiano trato con la muerte, acostumbrados a mirarla cara a cara...

En el momento en que se ataban las cuerdas del ataúd, hubo que arrancar de allí a Zagloba por la fuerza, pues se abrazaba a él como si fuera un hermano o un padre el que había muerto. Al fin lograron apartarle entre Skretuski y Volodiovski. Entonces el príncipe se acercó y arrojó un puñado de tierra sobre el ataúd; el sacerdote recitó *ánima ejus...;* las cuerdas crujieron, los terrones resonaron sobre el ataúd, todos echaban tierra a la fosa con las manos, con los yelmos, y pronto se levantó sobre los restos mortales de Pan Longinos Podbipienta un elevado montículo alumbrado por la pálida y mortecina claror de la luna.

. . . .

Los tres amigos dirigiéronse al patio del castillo, donde resonaban el continuo tronar de los cañones y el tiroteo continuo. Caminaban silenciosos, uno junto a otro, pues ninguno de ellos quería decir la primera palabra. Los otros caballeros iban en grupo aparte, haciéndose lenguas de los méritos del difunto.

—Ha tenido un entierro tan honroso—dijo un oficial que pasaba junto a Skretuski,—que el mismo protonotario Sierakovski no lo tuvo mejor.

—¡Bien se lo ha merecido!—contestó otro oficial.—¿Quién hubiera arriesgado así su vida para llegar hasta el rey?

—He oído que entre los soldados de Visnoviezki se han ofrecido algunos voluntarios—añadió un tercero.—Pero me parece que después de este horrible escarmiento se les habrán pasado las ganas a todos de realizar el intento.

—Además es una cosa irrealizable. Ni una serpiente podría escabullirse por el campamento.

—¡Vive Dios! ¡Eso sería una verdadera locura!

Los oficiales siguieron adelante. De nuevo reinó el silencio. De pronto dijo Volodiovski:

—¿Lo has oído, Juan?

—Lo he oído—contestó Skretuski.—Hoy me toca a mí.

—¡Juan! Tú me conoces hace tiempo y sabes que yo no acostumbro retroceder ante el peligro. Pero una cosa es arrostrar el peligro y otra suicidarse.

—¿Y eres tú quien me dice eso?

—Yo, porque soy tu amigo.

—También yo soy tu amigo. Dame tu palabra de caballero de que no irás como tercero si yo sucumbo.

—¡Oh! Eso no puede ser—exclamó Miguel.—¿Cómo puedes pedirme una cosa que tú mismo no harías? ¡Hágase la voluntad de Dios! Pero deja que te acompañe...

—El príncipe es quien no lo permite, no yo; tú eres un soldado y debes obedecer.

El señor Miguel calló, pues era, en efecto, ante todo, un soldado. A la luz de la luna se veía temblar su bigote.

—La noche es demasiado clara, no vayas hoy—murmuró, tras un largo silencio.

—Desearía que fuese más obscura—contestó Skretuski,—pero no hay que pensar en una prórroga. El buen tiempo, según parece, no tendrá larga duración. Aquí falta la pólvora y se van agotando las provisiones; los soldados cavan en la explanada buscando raíces; a muchos empiezan a pudrírseles las encías de las inmundicias que comen. Voy hoy, ahora mismo; ya me he despedido del príncipe.

—Estás cansado de la vida, ¿verdad?

Skretuski sonrió tristemente.

—No lo digas, Miguel. A decir verdad, no soy feliz, pero no busco la muerte, pues eso es pecado. No se trata de morir, sino de realizar una salida para avisar al rey y salvar el campamento.

Volodiovski sintió de pronto vehementes deseos de revelarle a su amigo todo lo referente a la princesa. Ya lo tenía a flor de labio, pero pensó: «La nueva le trastornaría y caería más fácilmente en manos del enemigo.» Y se mordió los labios.

—¿Qué camino piensas tomar?—preguntó momentos después.

—Le he dicho al príncipe que atravesaré el estanque y después seguiré a lo largo del río hasta bastante lejos del campamento enemigo. El príncipe convino conmigo que este camino es preferible a cualquier otro.

—Veo que no hay remedio. La muerte no llega más que una vez, y es mucho más gloriosa sobre el campo del honor que en el lecho del dolor. ¡Dios te guíe, Dios te acompañe,

Juan! Si no nos volvemos a ver en este mundo, nos veremos en el otro, porque nuestra amistad es de las que no mueren.

—Dios te premie las muchas pruebas que me has dado de ello. Escucha, Miguel, si perezco, es seguro que no me presentarán esos malvados como a Pan Longinos, pues han recibido una lección demasiado terrible; pero lo sabréis, de una manera o de otra os enterarán. En tal caso, que vaya el viejo Zachvilijovski a ver a Kmielnizki para que le entregue mi cuerpo, pues no quisiera que los perros lo arrastrasen por el campamento.

—Ten la seguridad de que así se hará.

Pan Zagloba, que al principio no había prestado gran atención al diálogo, comprendió al fin de qué se trataba, pero no tuvo fuerzas para tratar de disuadir a Skretuski de aquella locura, y se limitó a murmurar:

—Ayer aquél, hoy éste. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Animo!—profirió, haciendo de tripas corazón, el menudo caballero.

—¡Señor Juan!...—empezó a decir el grueso hidalgo.

Pero no pudo continuar. Inclinó su canosa y apesadumbrada cabeza sobre el pecho del caballero y se abrazó a él como un niño desamparado.

Una hora después hundíase Skretuski en el agua del lago del Oeste.

La noche era muy clara y el centro del lago brillaba como un disco de plata, pero Skretuski desapareció pronto de la vista de los que le miraban. La orilla estaba cubierta de juncos, cañas, biznagas. Más allá crecían duraznillos, nenúfares y otras plantas acuáticas. Esta mescolanza de hojas anchas y estrechas, de tallos resbaladizos y juncos lianiformes, que se le enredaban en las piernas y en la cintura como serpientes, dificultaban en extremo la marcha del oficial, pero le ocultaban a las miradas de los centinelas. En atravesar a nado el luminoso disco central del estanque no había ni que pensar, pues cualquier objeto obscuro hubiera sido allí muy visible.

Skretuski había decidido, por lo tanto, recorrer todo el borde del lago hasta llegar al terreno pantanoso del extremo opuesto, situado entre el lago y el río. Según todas las

probabilidades, habría allí centinelas de los cosacos o de los tártaros; pero, en cambio, había un verdadero bosque de cañas, cuyos bordes tan sólo habían sido talados, para construir cabañas, por el populacho. Llegado allí, podría seguir adelante por entre los cañaverales hasta durante el día, salvo el caso de que los bajos fueran demasiado grandes. Pero también este camino era terrible. Bajo estas durmientes aguas, que no tenían más que un pie de profundidad en las orillas, había una infinidad de cenagales, de una vara, o más, de profundidad. A cada paso de Skretuski subían a la superficie del agua infinidad de burbujas, cuyo estallido se podía oir claramente en el silencio. Además, a pesar de la lentitud de sus movimientos, se formaban ondas circulares en torno suyo, que, al ensancharse y reflejar trémulamente, fuera de la espesura, la luz de la luna, podían denunciarle. Si hubiera llovido, habría atravesado a nado el centro del estanque y no habría tardado más de media hora en llegar al terreno pantanoso; pero en el cielo no había ni una nubecilla. Verdaderos raudales de luz verdosa caían sobre el estanque, plateando las hojas de las plantas acuáticas y transformando en argentinos penachos los extremos de las cañas. Ni el menor soplo de viento se percibía.

Afortunadamente, el borboteo de las burbujas de agua era apagado por el ruido del tiroteo, y Skretuski sólo avanzaba cuando el tiroteo arreciaba. Pero la noche, clara y silenciosa, tenía otro inconveniente: una verdadera nube de mosquitos se levantaba de las cañas al paso del guerrero, y los insectos se le posaban en la cara, en los ojos, y le picaban rabiosamente, zumbándole en torno a los oídos y cantándole sus plañideros salmos. Skretuski, al elegir este camino, no se había hecho ilusiones en cuanto a las dificultades que encontraría en él, pero en realidad no había podido preverlas todas. Toda profundidad de agua, por conocida que sea, tiene en la noche algo de misterioso y aterrador. Involuntariamente pregúntase uno: «¿Qué se oculta ahí, en ese fondo?» Y el lago de Zbaraz era sencillamente horroroso. El agua parecía más espesa en él que en cualquier otro y exhalaba efluvios cadavéricos, pues se pudrían en él centenares de cosacos y tártaros. En sus orillas encontraban muchos

cadáveres ambos ejércitos, y sabe Dios cuántos habría en aquel instante entre las cañas, los nenúfares y las biznagas. A Skretuski le rodeaba la frescura de las ondas, pero tenía la frente bañada en sudor. ¿Qué sucedería si dos húmedos y resbaladizos brazos le sujetasen de repente, o si un par de verdosos ojos se clavasen de pronto en los suyos? Las largas varas de las cañas le golpeaban las rodillas, y los pelos se le ponían de punta, pues le parecía que un ahogado le sujetaba para no soltarle ya más. «¡Jesús, María! ¡Jesús María!,» murmuraba sin cesar, avanzando, avanzando. A veces alzaba los ojos hacia la altura y sentía cierto alivio al ver la luna, las estrellas y el plácido cielo. «¡Dios me guíe!,» murmuraba, y su propia voz le daba ánimos. De cuando en cuando miraba hacia la orilla y le parecía hacerlo desde un mundo maldito y ultraterreno, lleno de pantanos, de negros abismos, de encantados rayos de luna, de almas en pena y de cadáveres. Y una angustia indecible le impulsaba a huir de aquel laberinto de cañaverales.

Pero él seguía avanzando por la orilla y estaba ya tan lejos del campamento, que, a pocos pasos de la orilla, vió un tártaro a caballo. Se detuvo. El tártaro, a juzgar por el uniforme movimiento de la cabeza, debía ir durmiendo.

Aquello era extraño, inquietante. El tártaro cabeceaba sin cesar, como si saludara silenciosamente a Skretuski, que no apartaba la vista de él. Había algo terrible en aquel hombre, pero Skretuski sintió disminuir su angustia, pues aquel peligro real le hacía olvidar otros de índole extrahumana y siniestra. El mundo de los espíritus se esfumó y el caballero recobró en un instante su sangre fría. «¿Dormirá? ¿No dormirá?, se dijo. ¿Debo seguir adelante o esperar?»

Por fin siguió adelante, más lentamente, con más precauciones que hasta entonces. Ya se encontraba a la mitad del camino entre el terreno pantanoso y el río, cuando se levantó el primer soplo de un ligero vientecillo. Pronto empezaron a agitarse las cañas, produciendo un fuerte rumor al chocar unas contra otras, de lo que Skretuski se alegró, puesto que, a pesar de todas las precauciones, a pesar de que a veces invertía minutos enteros en dar un solo paso, un movimiento involuntario, un chasquido o un cha-

poteo podía descubrirle. Ahora, entre el fuerte zumbido de las cañas, que se extendía por todo el lago, avanzó sin tanta timidez. Parecíale que todo resucitaba en torno suyo, que el agua despertaba de un letargo de muerte.

Pero el oleaje no tardó en ser causa de nuevos sobresaltos, pues de pronto surgió ante Skretuski un bulto obscuro que empezó a agitarse como disponiéndose a lanzarse sobre él. El oficial estuvo a punto de gritar, aterrorizado, pero el miedo que le había invadido se trocó súbitamente en asco, en un asco horrible: la aparición, de la que se exhalaba un hedor asfixiante, no era un alma en pena.

El caballero siguió su camino. El zumbar de las cañas era a cada instante más sonoro. Por entre el ramaje vió Skretuski la segunda y tercera guardias tártaras. Luego pasó junto a la cuarta...

—Debo haber recorrido medio lago—pensó.

Y alzó la cabeza por encima de las cañas para orientarse. Sus rodillas tropezaron en aquel momento con un bulto. Miró, y vió una cabeza humana.

—El segundo—se dijo.

Entonces no se asustó, pues aquel cadáver estaba de espaldas e inmóvil. Skretuski apresuró el paso para no desvanecerse a causa del hedor. El cañaveral fué haciéndose cada vez más espeso, lo que permitía al guerrero ocultarse mejor, pero, en cambio, dificultaba más su marcha. Pasaron media hora, una hora. Juan estaba fatigadísimo. El agua era en algunos sitios tan poco profunda que apenas si le llegaba a los tobillos, y en otros tan honda que le llegaba hasta la cintura. El repetido esfuerzo de las piernas para sacar los pies del fango le cansaba extraordinariamente. Su frente estaba cubierta de sudor. Sentía, de cuando en cuando, escalofríos.

—¿Qué significa esto?—pensó, lleno de terror.—¿No me atacará el delirio? El terreno pantanoso no se ve. ¿Y si no me puedo orientar entre el cañaveral y paso de largo?

Esto era un terrible peligro, pues podía errar toda la noche en torno del lago y encontrarse a la mañana siguiente en el mismo sitio de donde había salido, o al alcance del enemigo.

—He tomado un camino falso—se dijo, y el valor princi-

pió a abandonarle.—Estoy por volver sobre mis pasos y salir mañana de nuevo. Descansaría esta noche...

Pero siguió adelante, pues comprendió que él mismo se engañaba al prometerse volver atrás y descansar. Además pensó que, como avanzaba tan despacio, deteniéndose tan a menudo, no podía haber llegado todavía al terreno pantanoso. Pero su deseo de descansar era mayor a cada instante. Se hubiera tendido de buena gana sobre el fango. Para darse ánimos, rezaba. Pero cada vez eran más vivos los escalofríos, cada vez tenía menos fuerza para sacar los pies del fango. Aunque el haberse dejado atrás las guardias tártaras le había alentado, notaba que el espíritu decaía como el cuerpo y que la fiebre le invadía.

Otra media hora transcurrió y el terreno pantanoso no aparecía.

Además tropezaba a cada momento con cadáveres de ahogados. La noche, el miedo, los cadáveres, el crujir de las cañas, las fatigas y el insomnio, le trastornaron los sentidos. Empezó a tener visiones. Veía a Elena en Kúdak. Se veía él con Rendián en una *tumbaza* navegando Dniéper abajo. Las cañas parecían cantar: «Bebían, bebían..., las nieblas no cedían.» El preboste Mujoviezki esperaba con la estola, y el señor Cristóbal Grodzizki ocupaba el puesto de padre... La niña miraba siempre desde el muro hacia el río: parecía que a cada momento iba a palmotear y exclamar: «¡Viene! ¡Viene!» «Noble señor, decía Rendián, tocándole la manga. Allí está la señorita...»

Skretuski despierta. Lo que él había creído la mano de Rendián es una rama. La visión desaparece, vuelve la razón. El guerrero ya no siente cansancio, la fiebre le da fuerzas.

¿Aún no se ve el terreno pantanoso?

Pero en torno suyo siguen las mismas cañas, como si no se hubiera movido de aquel sitio. Junto al río debe haber agua libre, de modo que no ha llegado aún al marjal.

Sigue adelante, pero sus pensamientos vuelven de nuevo, tenaces y caprichosos, hacia las halagüeñas visiones. En vano se rebela, en vano empieza a rezar: «¡Oh, Virgen de las Mercedes!;» en vano procura conservar toda la lucidez de su espíritu; de nuevo desfilan ante él el Dniéper, *tumba-*

zas, chaicas, Kúdak, Sich; ahora la visión no guarda orden ni concierto: un gran número de personas están ante él; junto a Elena se hallan el príncipe y Kmielnizki, Longinos, un atamán de campamento, Zagloba, Bogun, Volodiovski, todos vestidos de fiesta, como para asistir a una boda. ¿Pero dónde tendrá lugar esa boda? Están en una ciudad desconocida que no es ni Lubnie, ni Razlogi, ni Sich, ni Kúdak. Se ve como un mar sobre el que flotan cadáveres...

Skretuski se despierta por segunda vez, y al oir un fuerte rumor que viene del lado hacia donde él se dirige, se detiene y escucha.

El rumor se va aproximando, se distingue un chasquido y un chapoteo: es un bote.

Ya se le distingue a través de las cañas. Dentro de él van dos individuos de la soldadesca. Uno de ellos maneja el remo, el otro sostiene en la mano una larga pértiga, que de lejos brilla como una vara de plata, y aparta con ella las plantas acuáticas.

Skretuski se hundió hasta el cuello en el agua, y los miró.

—¿Se tratará de una guardia ordinaria o estarán sobre mi pista?—pensó.

Pero pronto comprendió, por los tranquilos y despreocupados movimientos de los dos hombres, que se trataba de una guardia ordinaria. Debía haber más de un bote por el lago, de modo que si los cosacos estuvieran sobre su pista, deberían haberse reunido varios botes para perseguirle.

La barca pasó de largo. El zumbar de las cañas sólo le permitió al guerrero oir estas palabras:

—¡El diablo les lleve, que también debemos hacer guardia por estas fétidas aguas!

Y la barca desapareció tras los densos cañaverales; el cosaco que iba delante seguía golpeando acompasadamente entre los juncos con su vara, como si quisiera espantar a los peces.

Skretuski siguió adelante.

Algún tiempo después vió una guardia tártara, muy cerca de la orilla. La luz de la luna caía de lleno sobre la cara de perro de un nohayo. Pero Skretuski temía menos a las guardias que al delirio. Reunió, por tanto, toda la energía de su voluntad para conservar la claridad de espíritu, para

saber dónde se encontraba y hacia adónde iba. Pero esta lucha sólo contribuyó a aumentar su cansancio, y pronto observó que todo lo veía doble y triple y que a veces el lago le parecía una vasta explanada de campamento y los grupos de cañas tiendas. Entonces quiso llamar al señor Volodiovski, pero, sin embargo, conservaba bastante lucidez para comprender que no debía hacerlo.

—¡No grites! ¡No grites!—se repetía sin cesar.—Sería tu perdición.

Pero esta lucha interior le agotaba. Había abandonado Zbaraz debilitado por el hambre y el horrible insomnio, de lo que morían ya allí los soldados. Esta marcha nocturna, el baño helado, el hedor de los cadáveres que impregnaba el agua, el errar por el fango y el dificultoso avance por entre el trenzado de plantas acuáticas y raíces, le habían extenuado. A esto había que agregar la excitación del miedo y el dolor de las picaduras de los mosquitos, a causa de las cuales tenía toda la cara bañada en sangre. Comprendió que, si no llegaba pronto al marjal, tendría que salir a nado al centro del lago, echándolo todo a rodar, o dejarse caer en el fango y morir ahogado.

El marjal y la embocadura del río le parecían un puerto de salvación, a pesar de que allí le esperaban nuevas dificultades y peligros.

Luchaba contra la fiebre y seguía adelante, sacando fuerzas de flaqueza. En los ardores de la fiebre oía voces humanas, conversaciones, le parecía como si el lago hablase de él. ¿Llegaría hasta el marjal o no? ¿Podría salir o se quedaría allí pegado al fango? Los mosquitos, con sus finas vocecitas, cantaban cada vez más lastimeros sobre él; el agua se iba haciendo a cada instante más profunda; no tardó en llegarle a la cintura, al pecho. De seguir avanzando, el caballero perecería en medio de aquella espesura.

Y nuevamente sintió el deseo vehemente e irresistible de llamar a Volodiovski en su ayuda, y se colocaba las manos junto a la boca a guisa de bocina, para gritar: «¡Miguel! ¡Miguel!,» cuando una caña piadosa le azotó en la cara con su húmedo penacho y Juan recobró la razón. Frente a él, algo hacia la derecha, vió un débil resplandor y se dirigió hacia el lugar de donde partía.

De pronto se detuvo. Corría ante él una ancha y plateada cinta de agua. Respiró. Era el río.

—Ahora dejaré de andar por la orilla, e iré hacia esa especie de cuña—pensó.

A ambos lados de la cuña se alzaban dos estrechos cañaverales. El caballero siguió adelante por el que tenía más cerca, y después de un rato advirtió que se encontraba en buen camino. Miró en torno suyo. El lago quedaba detrás de él; caminaba a lo largo de la ancha cinta plateada. El agua era más fría.

Al cabo de un rato sintió un horrible cansancio. Las piernas le temblaban, y ante sus ojos ondeaba una negra nube.

—No puedo más — pensó. — Saldré a la orilla y me tenderé.

De pronto cayó de rodillas y sus manos tropezaron con algo seco cubierto de musgo. Era una especie de islote entre las cañas.

Se sentó sobre él y empezó a frotarse con las manos la ensangrentada cara y a respirar profundamente.

Al cabo de un rato llegó olor de humo a sus narices, y cuando miró hacia la orilla, vió, a unos cien pasos, una hoguera y junto a ella un grupo de gentes.

Se encontraba en la misma línea de la hoguera, así es que, cuando el viento separaba las cañas, podía verlo todo exactamente. Eran yegüeros tártaros, que comían en torno del fuego.

Ante tal espectáculo, se sintió acometido por hambre devoradora. La mañana del día anterior había comido un trocito de carne de caballo, que no habría bastado para saciar a un lobezno de dos meses; desde entonces no había probado bocado.

Empezó, pues, a arrancar los redondos tallos de las flores acuáticas que crecían junto a él, y a chuparlos ávidamente. Con esto aplacaba el hambre y al mismo tiempo la sed que le mortificaba.

Entre tanto, no apartaba la vista del fuego, que se iba consumiendo y palidecía. Las figuras de los yegüeros parecían alejarse, envueltas en una niebla...

—¡Ah! ¡El sueño me rinde! Dormiré aquí, en este montículo—pensaba el caballero.

Pero de pronto los yegüeros se levantaron y llegó momentos después a oídos de Skretuski la llamada: *¡Losh, losh!*

Un corto relincho contestó a la llamada. El fuego abandonado por los tártaros se fué extinguiendo. No tardó en oir el caballero un silbido y el sordo rumor de los cascos de los caballos al galopar sobre la húmeda pradera.

Skretuski no podía comprender por qué los yegüeros se iban. Entonces notó que las cañas y los discos de las hojas palidecían, que el agua lucía de otra manera diferente que al fulgor de la luna, y que todo se cubría de una ligera neblina.

Miró en torno suyo: amanecía.

Toda la noche la había pasado dando vueltas en torno del lago.

Apenas si estaba al principio del camino. Ahora tendría que buscar el modo de pasar de día ante el campamento, atravesando el río.

Hacia el Este tomaba el horizonte un color pálido verdoso.

Skretuski dejó el islote, hundiéndose en el fango, y cuando unos momentos después llegó a la orilla, separó las cañas y miró hacia la pradera.

A una distancia de unos quinientos pasos vió un puesto de guardia tártaro. El resto de la pradera estaba desierto. El fuego era ya un débil rescoldo. El caballero decidió aproximarse a la hoguera, deslizándose entre los juncos y las altas hierbas.

Cuando llegó se puso a buscar anhelante los restos de la comida. Encontró unos huesos de carnero recién roídos, con restos de grasa y nervios, y algunos trozos de nabos asados, que todavía quedaban entre la caliente ceniza, y empezó a comer con la voracidad de un animal salvaje.

Como viese acercarse a algunos de los centinelas cosacos, diseminados por la pradera, retrocedió y desapareció en pocos minutos tras el cañaveral. Cuando hubo encontrado su islote, se acostó sobre él sin hacer el menor ruído. Los centinelas pasaron de largo. Skretuski se arrojó en seguida sobre los relieves que había recogido, y los huesos empezaron a crujir entre sus poderosas mandíbulas como

entre las de un lobo. Royó bien los tendones y la grasa, chupó el tuétano y trituró la masa ósea, apagando así el hambre. Desayuno parecido hacía mucho tiempo que no lo había tenido en Zbaraz.

Ahora se sintió fortalecido. Tanto el alimento como el día que despertaba le animaron. La coloración del lado Este del cielo se fué transformando de verdosa en rosada y en dorada. La frescura del amanecer molestaba en extremo al caballero, pero le consolaba el pensamiento de que los rayos del sol pronto calentarían su fatigado cuerpo. Miró detenidamente en torno suyo para orientarse. El islote era bastante redondo y no muy grande, aunque lo suficientemente ancho para que pudieran acostarse sobre él dos hombres con toda comodidad. El cañaveral le rodeaba como un muro, ocultándolo completamente a las miradas indiscretas.

—Aquí no me encuentran—pensaba Skretuski,—al menos que no quieran pescar entre las cañas; pero los peces han reventado de la putrefacción. Aquí descansaré y meditaré lo que debo hacer.

Y pensó si le convendría o no seguir a lo largo del río. Al fin decidió continuar su camino tan pronto como se levantara el viento y agitara las cañas.

En caso contrario, el ruído y el crujido de los tallos podrían descubrirle, toda vez que habría de pasar probablemente muy cerca del campamento.

—¡Gracias, Dios mío, que todavía vivo!—susurró.

Y alzó la vista al cielo. Entonces sus pensamientos volaron hacia el campamento polaco. Desde aquel sitio se distinguía claramente el castillo, sobre todo ahora, dorado por los primeros rayos del sol naciente. Tal vez contemplara alguien, desde las torres, con el anteojo, el lago y el cañaveral, y Volodiovski y Zagloba estarían quizá en el muro, temerosos de verle aparecer, de un momento a otro, colgado de un baluarte.

—No me verán—pensó, y su pecho se llenó de dulce confianza. — No me verán, no me verán. Es verdad que sólo he recorrido una pequeña parte del camino, pero la más difícil. Dios me seguirá ayudando.

Su fantasía le hacía sentirse transportado hasta más allá

del campamento, a los bosques, tras los que se encontraba el ejército real y adonde acudían, al llamamiento general de la patria, húsares, soldados de a pie y regimientos extranjeros. La tierra se estremecía bajo el peso de hombres, caballos y cañones, y en el centro de aquel inmenso hormiguero hallábase Su Majestad el rey en persona.

Asistía a una inmensa batalla: veía campamentos arrasados; al príncipe con toda la caballería, galopando sobre montones de cadáveres, ejércitos que se saludaban.

Sus doloridos e inyectados ojos se cerraron ante el resplandor de la deslumbradora luz, su cabeza se inclinó bajo el peso abrumador de sus pensamientos. Sucumbiendo, por último, a una debilidad extraña y agradable, se estiró cuan largo era y se durmió.

El cañaveral seguía zumbando... El sol se elevó alto en el cielo, y calentándole con su ardiente mirada, secó los vestidos del guerrero, que dormía profundamente. El que le hubiera visto allí, sobre aquel islote, tendido boca arriba, la faz ensangrentada, hubiera creído que era un cadáver que el agua había arrojado. Pasaron horas y horas y él seguía durmiendo. El sol llegó al cenit y empezó a descender por la bóveda celeste, y él seguía durmiendo. Al fin el continuado y penetrante relinchar de unos caballos que se mordían y el griterío de los yegüeros tártaros, que aguijoneaban a sus caballos con zurriagos, le despertó.

Se frotó los ojos, miró en torno suyo, y trató de recordar dónde estaba. Miró hacia la altura: en el cielo, coloreado de rojo por los últimos rayos del sol, asomaban ya algunas estrellas: había dormido todo el día.

Pero ni se sentía fortalecido; todos los miembros le dolían. Mas, esperando que las nuevas penalidades le devolverían la elasticidad del cuerpo, metió los pies en el agua y continuó su camino sin demora alguna.

Ahora iba por el agua clara, a lo largo del cañaveral, a fin de no llamar la atención de los yegüeros, que acampaban por las orillas, con el rumor de sus pasos. Los últimos resplandores del sol se extinguieron y se hizo bastante obscuro, pues la luna no estaba aún alta. El río era tan profundo que Skretuski perdía a veces el fondo y tenía que nadar, lo que le resultaba penoso, pues iba vestido y avan-

zaba contra corriente, la que, aunque lenta, siempre le empujaba hacia atrás en dirección de los estanques. Mas el penetrante ojo tártaro no había podido descubrir aquella cabeza que avanzaba junto al obscuro parapeto del cañaveral. Siguió, pues, animoso, su marcha, a ratos nadando, pero la mayor parte del tiempo vadeando con el agua hasta la cintura o hasta debajo de los sobacos, y llegó por fin a un punto desde el que sus ojos distinguieron a ambos lados del río miles y miles de luces.

—Son los campamentos—pensó.—¡Ahora, que Dios me ayude!

Y se puso a escuchar.

Un zumbido de voces llegó a sus oídos. Sí, eran los campamentos. A la orilla izquierda del río, siguiendo su curso, estaba el de los cosacos con sus millares de tiendas y carros, y a la derecha el tártaro; ambos hirvientes de voces humanas, salvaje sonar de tambores y flautas, mugir de camellos, relinchar de caballos. El río los dividía, constituyendo una barrera que evitaba feroces riñas, pues los tártaros no podían mantenerse tranquilos junto a los cosacos. En aquel lugar el río era más ancho, tal vez había sido ensanchado *ad hoc*. Pero, a juzgar por las hogueras, los carros estaban situados a un lado y las cabañas de caña a otro, a pocos pasos de la orilla. Junto al agua había, seguramente, centinelas.

El cañaveral y los juncos se fueron aclarando: las orillas eran por allí pedregosas. Skretuski avanzó algunos pasos más, pero tuvo que detenerse aterrorizado ante aquellos hormigueros humanos. Se imaginaba toda la vigilancia, toda la furia de aquellos millares de seres humanos, dirigida hacia él, y frente a ellos se sentía por completo impotente, verdaderamente ínfimo. Estaba tan solo...

—Por aquí no pasará nadie—pensaba.

Pero siguió deslizándose hacia adelante, pues le empujaba una irresistible y dolorosa curiosidad. Quería ver más de cerca aquel terrible poder.

De pronto se detuvo. El bosquecillo de cañas se terminaba como si estuviera cortado con un cuchillo. Tal vez se habían cortado las cañas para la construcción de cabañas.

Más adelante las hogueras teñían de púrpura, con su resplandor, las claras ondas.

Dos de las más grandes ardían cabe las orillas. Junto a una había un tártaro a caballo, junto a la otra un cosaco, con la larga pica en la mano. Ambos estaban de cara al agua. Más lejos se veían otros centinelas.

Las llamas lanzaban un vivo resplandor sobre el río, semejante a un puente ígneo. En el agua, a lo largo de las orillas, había una línea de pequeños botes, que eran utilizados por los centinelas del lago.

—Es imposible pasar por aquí sin ser visto—murmuraba Skretuski.

Y repentinamente se sintió acometido de una horrible desesperación. No podía avanzar ni retroceder. Un día y una noche habían transcurrido desde que andaba errando entre pantanos y charcos. ¿Había respirado el aire mefítico del lago, se había pasado horas y horas en el agua, para llegar a la conclusión, al alcanzar el campamento enemigo, de que era imposible atravesarlo, de que se había lanzado a una empresa irrealizable?

Sabía, no obstante, que sólo podría sacar fuerzas de flaqueza para avanzar, nunca para retroceder. En su desesperación había un sordo furor, y estuvo un momento tentado de salir del agua, estrangular al centinela, arrojarse sobre la multitud y morir.

El viento volvió a zumbar en misteriosos susurros entre las cañas, trayendo los sonidos de las campanas de Zbaraz.

Skretuski empezó a rezar; se golpeaba el pecho y le pedía al cielo la salvación, con la fe y el fervor de uno que se está ahogando. De los campamentos llegaba un estrépito hostil como contestación a su plegaria. Figuras negras, coloreadas de rojo por el fuego, se movían de acá para allá, como hordas de demonios en el infierno; los centinelas seguían inmóviles; el río corría en ondas de sangre hacia el mar.

—Los fuegos se apagarán cuando cierre la noche — se decía Skretuski, y esperaba.

Pasaron una, dos horas. El ruído fué disminuyendo; los fuegos empezaron, en efecto, a apagarse, exceptuando los

de los centinelas, que brillaban a cada instante con más claridad.

Los centinelas se relevaban. Era de suponer que estarían allí hasta la mañana siguiente.

A Skretuski se le ocurrió que tal vez de día podría deslizarse con más facilidad; pero desechó en seguida tal idea. Durante el día se hacían las aguadas, se daba de beber al ganado, la gente se bañaba y el río debía de estar lleno de cosacos y tártaros.

De pronto se fijó la mirada del guerrero en los botes. Junto a ambas orillas había de veinte a treinta en una fila y los del campamento tártaro estaban casi en contacto con los juncales.

Skretuski se sumergió hasta el cuello y se deslizó lentamente hacia ellos, no apartando sus vigilantes ojos del centinela tártaro.

Al cabo de media hora se encontraba junto al primer bote. Su plan era sencillo. La parte trasera de los botes se elevaba sobre el agua, formando una especie de bóveda, a través de la cual se podía deslizar fácilmente una cabeza humana. Si todos los botes se encontraban bien juntos unos a otros, no podría ver el centinela tártaro la cabeza que se deslizaba ante él. Más peligroso era el centinela cosaco; pero tampoco podría éste distinguirle, pues a pesar de los fuegos que había en ambas orillas, bajo los botes reinaba la sombra. Por lo demás, no había otro camino...

Skretuski no vaciló largo tiempo, y pronto se encontró bajo las popas de los botes.

Tuvo que arrastrarse, pues había muy poco fondo. Se hallaba tan cerca del centinela tártaro, que oía el resoplido de su caballo. Se detuvo un momento y escuchó. Los botes estaban alineados en la forma que él deseaba. Entonces clavó los ojos en el centinela cosaco, al que veía muy bien en la orilla frontera. Pero éste miraba hacia el campamento tártaro. El caballero se había dejado ya atrás quince botes, cuando, de repente, oyó voces humanas junto a la orilla. Se escondió al pronto y escuchó. En sus viajes por Crimea había aprendido el tártaro. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo, especialmente cuando oyó las voces de mando:

—¡Adentro y adelante!

El caballero sintió un calor abrasador, a pesar de encontrarse en el agua. Si los que se disponían a partir ocupaban el bote bajo el cual se encontraba él en aquel momento, estaba perdido. Si ocupaban uno de los que había delante de él, estaba perdido igualmente, pues quedaría un espacio despejado y bien visible.

Cada segundo se le antojaba una hora. Se oyeron pisadas sobre las tablas: los tártaros ocuparon el cuarto o quinto bote detrás de él, se alejaron de la orilla y remaron en dirección al lago.

Pero este hecho atrajo la atención del centinela cosaco hacia los botes. Skretuski permaneció inmóvil durante media hora. Después, cuando el centinela fué relevado, siguió adelante.

De esta manera alcanzó el extremo de la fila de botes. Detrás del último había, de nuevo, juncos, y algo más lejos un cañaveral. Cuando el caballero hubo alcanzado éste, cayó, sin respiración y cubierto de sudor, de rodillas y dió gracias a Dios de todo corazón.

Ahora avanzaba con algo más de atrevimiento, aprovechando el rumor de la brisa entre las cañas. De vez en cuando miraba hacia atrás. Las hogueras de los centinelas se alejaban, su brillo iba disminuyendo. Las junqueras y los cañaverales se iban tornando más espesos y obscuros y las orillas más cenagosas. El rumor de los campamentos se iba debilitando. Una fuerza sobrenatural fortalecía los miembros del caballero. Avanzaba a través del cañaveral y de las malezas, se hundía en el fango, caía en aguas profundas, nadaba y se alzaba de nuevo. Todavía no se atrevía a ganar la orilla, pero comprendía que ya estaba casi salvado. Su emoción no le permitía darse clara cuenta del tiempo que llevaba avanzando, pero cuando miraba hacia atrás veía los fuegos de los centinelas como dos pequeñísimos puntos brillantes; unos trescientos pasos más y habían desaparecido. La luna salió. En torno suyo todo estaba tranquilo. Se oía un zumbido más fuerte, más grave que el del cañaveral. Skretuski hubiera saltado de alegría: a ambos lados del río se extendía el bosque.

Entonces dirigió sus pasos hacia la orilla y salió del ca-

ñaveral. Un aroma de resina llegó hasta él; el bosque de pinos se unía al cañaveral y a las junqueras. Acá y allá, en la profunda obscuridad, brillaban como plata las amplias ramas de los pinos.

El caballero cayó por segunda vez de rodillas y besó la tierra rezando.

Estaba salvado.

Luego se sumergió en las tinieblas del bosque, preguntándose a sí mismo hacia dónde iría. ¿Adónde le conducirían aquellos bosques? ¿Dónde estaban el rey y el ejército?

Su viaje no había terminado aún; no era fácil ni seguro. Pero cuando pensaba que había logrado salir de Zbaraz, que había cruzado por entre centinelas, campamentos y cenagales, y a través de casi medio millón de enemigos, todos los peligros le parecían ya pasados y aquel bosque se le antojaba una calle luminosa a cuyo extremo estaba Su Majestad el rey.

Y aquel pobre hombre, hambriento, temblando de frío, mojado hasta los huesos, manchado de sangre, roja tierra del río y negro fango, llevaba en el corazón la alegre esperanza de que pronto volvería a Zbaraz muy de otra suerte.

—Ahora no os espera ya la muerte por el hambre—decía, pensando en sus amigos de Zbaraz,—pues os traeré al rey.

Y aquel generoso corazón se alegraba de la próxima salvación del príncipe, de los regimentarios, de los soldados, de Volodiovski y de Zagloba y de todos aquellos héroes encerrados tras las defensas de Zbaraz.

Las profundidades del bosque se abrían ante él y le rodeaban, protegiéndole con su sombra.

CAPÍTULO IX

En un salón del palacio de Topórov, por la noche, hallábanse tres señores en conferencia secreta. Varias bujías ardían sobre la mesa, cubierta de mapas de la provincia, junto a los que se veían un sombrero alto, adornado con una pluma negra, un catalejo, una daga con la empuñadura incrustada de nácar, un pañuelo de encaje y un par de guantes delante. Ante la mesa, sentado en una elevada poltrona, había un hombre como de unos cuarenta años, bajito y delgado, pero de complexión fuerte, de faz tostada por el sol, amarillenta, cansina, de ojos negros. Cubría su cabeza una de esas pelucas suecas cuyos largos rizos caen sobre los hombros y la espalda. Un fino y negro bigote, con las guías retorcidas hacia arriba, le cubría el labio superior, y el labio inferior y la barbilla sobresalían en extremo, dándole a su rostro una expresión de valor leonino, orgullo y tenacidad.

No era una cara hermosa, pero sí muy singular. Pintábase en ella una extraña amalgama, la inclinación a los placeres y cierta pía y lánguida indolencia. Sus ojos miraban apagados, pero se advertía en ellos que no siempre miraban así, que en los momentos de pasión debían lanzar rayos, si bien en sus pupilas se reflejaba un corazón benigno.

Un jubón de terciopelo negro y una gorguera de encajes, bajo la que asomaba una cadena de oro, realzaban la respetabilidad de esta extraordinaria figura, en la que, pese a la inquietud que el rostro denunciaba, había cierta serenidad majestuosa. Era el rey Juan Casimiro Vaza, que aún no hacía un año había sucedido a su hermano Ladislao.

No lejos del monarca, en la penumbra, estaba sentado Jerónimo Radzieiovski, estaroste de Lomzyn, un hombre bajito, grueso, con cara carnosa, roja e inexpresiva de pa-

laciego, y frente a él un tercer personaje, con los codos apoyados sobre la mesa, contemplaba los mapas y de vez en cuando clavaba los ojos en el rey.

Si no la majestad, su actitud y su gesto tenían la serenidad autoritaria de los de un monarca. Su faz pía e inteligente, aunque grave y marcada por las arrugas de un cavilar casi continuo y de una perpetua zozobra, era hermosa en extremo. Sus ojos azules y penetrantes, su faz prematuramente apergaminada, su barba recortada a la sueca, el mechón de cabello que le caía sobre la frente, sus facciones correctas, regulares, como talladas en piedra, su elegante traje polaco, dábanle un aspecto digno, prócer, senatorial.

Aquel hombre era Jorge Osoliñski, el canciller de la Corona, príncipe del Reino Romano, diplomático y orador admirado en todas las cortes de Europa. Era el famoso rival de Jeremías Visnoviezki.

Sus extraordinarias facultades le habían conquistado el favor del monarca anterior, que le había elevado a los más altos cargos, había puesto en sus manos el timón de la nave del Estado, a la sazón tan en peligro.

Y nadie tan a propósito como él para pilotar una nave de tal especie. Laborioso, perseverante, inteligente, con la mirada siempre puesta en el porvenir, calculándolo todo con años de anticipación, habría sabido conducir a puerto seguro cualquier Estado que no hubiera sido la república. Ministro de un rey como el de Francia o como el de España, su mando hubiera sido beneficiosísimo para la nación.

Pero educado más allá de las fronteras de su patria, ateniéndose a modelos extranjeros, no podía, a pesar de su innata sagacidad y claro entendimiento, a pesar de su larga experiencia, adaptarse a la debilidad gubernamental de la república, y no aprendió en toda su vida a contar con este obstáculo, no obstante ser la roca contra la que se estrellaban todos sus planes, intenciones y esfuerzos. Ahora veía el abismo que empezaba a abrirse ante él, veía la ruína que se cernía sobre el imperio y a causa de la cual murió más tarde con el corazón lleno de desesperación.

Era un teórico genial, falto en absoluto de espíritu práctico, y persistía en el revoltijo de sus errores, del que no era capaz de salir. Una vez invadido por una idea que, a su

parecer, debía dar frutos en lo futuro, la llevaba adelante con la tenacidad del fanático, sin considerar que esta idea, excelente en la teoría, podía frente a hechos positivos ocasionar consecuencias funestas.

Mientras se esforzaba en fortalecer el imperio y el gobierno, había desencadenado al terrible elemento cosaco, sin darse cuenta de que el ataque no iba dirigido solamente contra la nobleza, los latifundios de los magnates, los abusos y la insolencia de la nobleza, sino contra los propios, los más caros intereses de los gobernantes mismos.

Kmielnizki se había alzado en las estepas y había llegado a transformarse en un gigante. Sobre la república recaían las derrotas de las Aguas Amarillas, de Korsun y Pilavce. Ya desde este primer paso se había aliado Kmielnizki con el enemigo del Estado, el poder de Crimea. Una hecatombe seguía a la otra; no quedaba sino guerra y más guerra. El terrible elemento de la rebelión tenía que ser aplastado ante todo. Y el canciller, en vez de hacer eso, seguía aferrado a su idea, confiaba aún en la eficacia de las negociaciones, no se decidía a terminar de una vez, creyendo todavía en la buena fe de Kmielnizki.

La fuerza de los hechos frustró todas sus teorías; cada día se demostraba con más claridad que los esfuerzos del canciller daban unos resultados completamente opuestos a los esperados por él; hasta que al fin llegaron los acontecimientos de Zbaraz y todos los temores se confirmaron de la manera más evidente.

El canciller, agobiado por el peso de las preocupaciones, de la amargura y del odio general, hizo lo que hacen en los momentos de adversidad los hombres cuya confianza en sí mismos resiste a todos los fracasos: exculparse.

Culpables eran la república y todos sus habitantes, altos y bajos, su pasado y su forma de gobierno. Pero el que, por miedo a que se desplome un bloque de piedra situado en el declive de una montaña, quiere levantar este bloque hacia lo alto sin tener en cuenta las fuerzas de que dispone, no hace sino acelerar su derrumbamiento. El canciller había hecho algo más y peor, pues había llamado en su ayuda al terrible y arrollador torrente de los cosacos, sin pensar que su empuje precipitaría la catástrofe.

Todas las miradas estaban, pues, fijas en él como en el causante de la guerra, de las hecatombes y desgracias.

Pero el rey tenía en mejor concepto la capacidad de su canciller, tanto más cuanto que la opinión pública, desacatando la autoridad de su Real Majestad, tanto le culpaba a él como al canciller.

Y estaban ambos taciturnos y llenos de preocupaciones, sin saber exactamente lo que deberían hacer, pues el rey no tenía más que veinticinco mil hombres con él. La orden de movilización general había sido lanzada demasiado tarde y apenas una parte del llamamiento general se había reunido hasta entonces. Quién tenía la culpa de ello y si el retraso no era un nuevo error de la caprichosa política del canciller, sólo lo sabían el rey y su ministro. Uno y otro se sentían en aquel momento impotentes contra Kmielnizki.

Lo peor de todo era que no tenían noticias exactas sobre él. En el campamento real no se sabía hasta entonces si el kan con todos sus ejércitos estaba con Kmielnizki, o si era sólo Tugay-Bey con una parte de sus hordas el que acompañaba a los cosacos. Esto era un asunto serio, una cuestión de vida o muerte. Con Kmielnizki sólo podría el rey, en caso de extrema necesidad, probar fortuna, a pesar de que el hetmán de los rebeldes contaba con una fuerza diez veces superior a la suya. La aureola que rodeaba el nombre del rey tenía una importancia muy grande para los cosacos, tal vez mayor que para las masas del llamamiento general, compuestas de la nobleza, sin disciplina ni experiencia. Pero, si estaba el kan con ellos, resultaba absurdo querer batirlos.

Corrían los más diversos rumores, pero nadie sabía nada con exactitud. El previsor Kmielnizki mantenía unidas todas sus fuerzas, no dejaba salir del campamento ni un solo destacamento de cosacos, ni una partida de tártaros, a fin de que el rey no pudiera recibir noticias.

El hetmán de los rebeldes tenía la intención de aniquilar por el hambre al moribundo Zbaraz, con una parte de sus tropas, y con el resto de sus cosacos y todas las fuerzas tártaras reunidas caer de improviso sobre el rey y su ejército, cercarlos y entregárselos al kan.

No sin fundamento, por lo tanto, ensombrecía una nube la frente del rey, pues no existe mayor dolor para la majestad que el sentimiento de la impotencia. Juan Casimiro se apoyó sin energía contra el respaldo de su poltrona, dejó caer la mano sobre la mesa y dijo, señalando al mapa:

—Esto no nos conduce a nada, a nada. Procuradme noticias.

—Yo tampoco deseo otra cosa que noticias—repuso Osoliński.

—¿Han vuelto las partidas de exploradores?

—Han vuelto, pero no han traído informe alguno.

—¿Ni prisioneros?

—Sólo aldeanos de los alrededores, que no saben nada.

—¿Y ha vuelto Pan Pelka? Es un explorador de reconocido mérito.

—Majestad—terció, tras de la poltrona, la voz del estaroste de Lomzyn,—Pan Pelka no ha llegado ni llegará, pues ha perecido.

Durante un rato reinó el silencio. El rey, fija su sombría mirada en las bujías, se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—¿No aconsejáis nada?—preguntó al fin.

—¡Esperar!—contestó gravemente el canciller.

La frente de Juan Casimiro se arrugó.

—¡Esperar! — repitió. — Mientras tanto sucumbirán en Zbaraz Visnoviezki y los regimentarios.

—Todavía resistirán algún tiempo—bostezó Jerónimo Radzieiovski.

—Más vale que os calléis, si no tenéis algo mejor que decir, señor estaroste.

—Todavía tengo un consejo que dar, Majestad.

—¿Cuál?

—Mandemos alguien a Kmielnizki, ante Zbaraz, con el pretexto de las negociaciones. El embajador se enteraría de si está con él el kan en persona, y nos traería la noticia.

—Eso no puede ser. Ahora que hemos declarado rebelde a Kmielnizki, que hemos puesto precio a su cabeza y que hemos confiado la bulava sobre los zaporogos a Pan Zabuski, no cuadraría con nuestra dignidad entrar en negociaciones con Kmielnizki.

—Pues entonces mandémosle una embajada al kan.

El rey dirigió una mirada interrogadora al canciller, que alzó hacia él sus ojos azules y serios, y después de breve meditación contestó:

—El consejo no es malo, pero Kmielnizki prenderá y detendrá seguramente al embajador.

—Puesto que no encontráis ningún medio práctico—dijo el rey,—mandaré dar toque de marcha y me dirigiré con todo el ejército a Zbaraz. ¡Suceda lo que Dios quiera! Allí sabremos si está o no el kan.

El canciller conocía el arrojado valor del rey y no dudó que era capaz de hacer lo que decía. Por otro lado, sabía por experiencia propia que, cuando el rey tomaba una resolución y se obstinaba en algún propósito, no había medio de hacerle desistir. Por eso no se opuso en seguida y hasta alabó la idea, pero expuso que no era necesario llevarla a cabo inmediatamente, que aquello podía hacerse si transcurrían algunos días sin recibirse noticias. Cada día debía aumentar la indisciplina entre el populacho, desmoralizado por las continuas derrotas en Zbaraz y la noticia de la próxima llegada de Su Majestad. La rebelión se disolvería ante el brillo de la majestad, como se funde la nieve a los rayos del sol, pero había que dar tiempo al tiempo. El rey llevaba en su persona la salvación de toda la república, y a los ojos de Dios y de la posteridad no debía de exponerse a ningún peligro, y menos aún en el caso de que el ejército de Zbaraz estuviera irremisiblemente perdido.

—Haced lo que os plazca con tal que yo mañana tenga noticias.

De nuevo reinó el silencio.

Frente a la ventana apareció el gigantesco disco de la luna llena, pero en el salón reinaba la obscuridad, pues las luces se habían llenado de pábilos.

—¿Qué hora es?—preguntó el rey.

—Cerca de media noche—contestó Radzieiovski.

—Esta noche no me acostaré. Quiero revisar el campamento y vos me acompañaréis. ¿Dónde están Ubald y Arcisevski?

—En el campamento. Voy a ordenar que traigan los caballos.

Y se dirigió hacia la puerta. En aquel momento se oyó en la antecámara ruído de voces y de pasos apresurados, y un instante después se abrió la puerta de par en par y entró, casi sin respiración, el camarero mayor del rey, Tyzenhaus.

—Majestad—exclamó,—acaba de llegar un compañero de armas de Zbaraz.

El rey saltó en su poltrona, el canciller se levantó igualmente, y de ambas bocas salió al mismo tiempo la exclamación:

—¡Imposible!

—¡Pues es la verdad! Está en la antecámara.

—Tráele en seguida—gritó el rey palmoteando.—Él nos sacará de apuros. ¡Tráele pronto, volando, por la Santísima Madre de Dios!

Tyzenhaus se alejó, y no tardó en aparecer en la puerta una figura alta y silente.

—Acercaos, señor—dijo el rey.—Más. Nos alegramos de vuestra llegada.

El hermano de armas avanzó lentamente hacia la mesa. Al verle, el rey, el canciller y el estaroste retrocedieron asombrados. Ante ellos no tenían un hombre, sino un fantasma, un fantasma terrible. Los harapos malcubrían su consumido cuerpo. Su cara estaba lívida, llena de sangre y fango, sus ojos brillaban febriles, la negra y enmarañada barba le llegaba hasta el pecho, un hedor cadavérico se exhalaba de él, y sus piernas temblaban de tal modo que tuvo que apoyarse en la mesa.

El rey y los dos señores le contemplaban estupefactos. De pronto se abrió la puerta y entró una numerosa comitiva de elevados personajes militares y civiles: los generales Ubald, Arcisevski, el canciller lituano Sapieha, el estaroste de Rechice señor de Sandomir. Todos se colocaron detrás del rey y clavaron los ojos en el recién llegado. Entonces el rey preguntó:

—¿Quién eres?

El pobre hombre abrió la boca, quiso hablar, pero un calambre le contrajo las mandíbulas, su barbilla se agitó y sólo consiguió articular:

—De Zbaraz.

—Dadle vino—ordenó alguien.

Al punto le trajeron un vaso lleno. El recién llegado bebió penosamente. Mientras tanto el canciller se quitó el capote y cubrió con él los hombros del desconocido.

—¿Puedes hablar ahora?—preguntó el rey, transcurrido algún tiempo.

—Puedo—contestó el caballero con voz algo más firme.

—¿Quién eres?

—Juan Skretuski..., coronel de húsares.

—¿Al servicio de quién?

—Al servicio del vaivoda ruteno.

Un murmullo corrió por el salón.

—¿Qué sucede en vuestro campamento? ¿Qué ocurre en Zbaraz?—interrogó el rey con voz febril.

—¡Miseria!.. ¡Hambre!.. ¡Una mogila!..

El rey se cubrió los ojos.

—¡Jesús de Nazaret! ¡Jesús de Nazaret—murmuró.

Y añadió luego:

—¿Podéis resistir todavía algún tiempo?

—Nos falta pólvora. El enemigo está ante las murallas.

—¿Es fuerte?

—Kmielnizki y el kan con todas sus hordas.

—¿El kan está allí?

—Sí.

Un sombrío silencio reinó. Todos los presentes se miraban unos a otros. La indecisión se pintaba en sus rostros.

—¿Y habéis podido resistir?—inquirió el canciller.

Skretuski levantó la cabeza, como si hubiera recobrado de pronto las fuerzas, una ola de orgullo iluminó su faz, y con voz ardorosa y fuerte repuso:

—Veinte asaltos han sido rechazados, diez y seis batallas en campo abierto ganadas, setenta y cinco salidas victoriosas...

De nuevo reinó el silencio. El rey se levantó, sacudió la peluca como el león la melena, su amarillenta faz se coloreó y sus ojos lanzaron llamas.

—¡Por Dios vivo!—gritó.—Basta de estériles consejos, de inacción, de vacilaciones. Esté el kan o no, estén o no reunidos todos los movilizados, ¡por Dios vivo!, basta ya. Hoy mismo avanzamos hacia Zbaraz.

—¡A Zbaraz! ¡A Zbaraz!—repitieron varias voces enérgicas.

Ante estas palabras la cara del recién llegado se iluminó como el cielo al amanecer.

—Clementísimo rey y señor—murmuró,—con vos quiero vivir y morir.

El noble corazón del rey se ablandó como la cera, y no preocupándose del repugnante aspecto del caballero, el real señor apretó la cabeza de Juan entre sus manos y habló de esta manera:

—Tú me eres más querido así que cualquier otro con brocados y oro. ¡Por la Santísima Madre!, suelen premiarse hechos insignificantes con estarostías, y ¿cómo podría faltarte a ti un premio por lo que has hecho? No lo rehuses, yo soy tu deudor.

Y otros, uniendo sus voces a la del rey, exclamaban:

—No hay caballero más valiente que éste.

—Este es el primero entre todos los héroes de Zbaraz.

—Se ha cubierto de gloria inmortal.

—¿Cómo has podido deslizarte entre los cosacos y los tártaros?

—Escondiéndome en los lodazales, entre los cañaverales, atravesando los bosques..., errando..., sufriendo hambre...

—Dadle de comer—ordenó el soberano.

—¡De comer!—repetían otros.

—Vestidle.

—Mañana se te dará un caballo y vestidos—añadió el rey.—Nada te faltará.

Todos se apresuraban, siguiendo el ejemplo del monarca, a elogiar al caballero, y le acosaban a preguntas, a las que sólo lograba contestar con gran dificultad, pues a cada instante se sentía más débil. Viéndole próximo a desmayarse, le trajeron un cordial. En aquel momento entró el preboste Cecisovski, el limosnero mayor del rey.

Inmediatamente le abrió paso toda la nobleza, pues era un sacerdote muy sabio y venerable. Su palabra tenía sobre el rey casi más influencia que la del mismo canciller, y el santo varón decía en el púlpito cosas que ni en la misma Dieta hubiera osado nadie insinuar. Rodeáronle todos y empezaron a contarle que había llegado un hermano de ar-

mas de Zbaraz; que el príncipe Visnoviezki, a pesar del hambre y de la miseria, seguía combatiendo al kan, a la sazón ante Zbaraz con Kmielnizki; que en todo el año anterior no había perdido tantos hombres como en Zbaraz, y, finalmente, que el rey quería correr en ayuda de los sitiados, aunque tuviera que perecer con todo el ejército.

El preboste escuchaba silencioso, agitando los labios y contemplando a ratos al demacrado caballero, a quien el rey había hecho llevar alimentos, y él mismo le daba de beber en un pequeño vaso de plata.

—¿Y cómo se llama ese caballero?—preguntó el preboste, oído que hubo el relato.

—Skretuski.

—¿Juan Skretuski?

—Juan Skretuski.

—¿Lugarteniente del vaivoda ruteno?

—En efecto.

El sacerdote levantó la austera faz y empezó nuevamente a rezar. Luego dijo:

—Alabemos el nombre del Señor, pues sus caminos, por los que El conduce a los hombres a la felicidad y a la paz, son inescrutables. Amén. Yo conozco a este guerrero.

Skretuski, que había oído estas palabras, volvió la cabeza hacia el preboste, pero su cara, su figura y su voz le eran completamente desconocidas.

—¿Sólo vos, entre todos los sitiados, os habéis atrevido a atravesar los campamentos enemigos?—preguntó el sacerdote.

—Un noble hermano de armas lo intentó antes que yo, pero pereció en la demanda.

—Tanto más grande es vuestro mérito, pues a pesar de ello habéis osado hacerlo. Veo por vuestro aspecto deplorable que debe haber sido la vuestra una travesía terrible. Dios ha visto vuestro sacrificio, vuestras virtudes y vuestra juventud, y os ha guiado.

De pronto se volvió el preboste a Juan Casimiro y preguntó:

—¿Es irrevocable la decisión de Vuestra Real Majestad de acudir al punto en ayuda del príncipe vaivoda?

—A vuestras oraciones, padre, encomiendo la patria, el

ejército y a mí mismo, pues ya sé que es una empresa terrible, pero no puedo consentir que perezcan el príncipe vaivoda y caballeros tales como este hermano de armas.

—¡Dios nos concederá la victoria! — exclamaron varias voces.

El preboste alzó las manos y reinó el más profundo silencio:

—*Benedico vos in nómine Patris et Filii et Spíritus Sancti.*

—Amén—contestó el rey.

—Amén—repitieron todas las voces.

La paz alumbró la hasta entonces apesadumbrada faz de Juan Casimiro y sus ojos brillaron como carbunclos. Entre los presentes se extendió un prolongado susurro acerca de la anunciada expedición, pues muchos dudaban todavía de que el rey quisiera, en efecto, emprender la marcha en seguida; pero Casimiro tomó la espada de encima de la mesa e hizo señal a su ayudante de cámara, señor Tyzenhaus, para que se la ciñera.

—¿Cuándo desea Vuestra Majestad emprender la marcha?—preguntó el canciller.

—Dios nos ha concedido una noche serena—repuso el rey—y podremos partir en el acto.

Y añadió, dirigiéndose a uno de los personajes:

—Señor guardia de campo, ordenad que se toque a marcha.

El guardia de campo se alejó presuroso. El canciller Osoliński hizo en voz queda la observación de que no todos estaban preparados y que las carrozas no estarían dispuestas antes de la mañana siguiente, pero el rey respondió:

—El que ame más a las carrozas que a la patria y a la Majestad Real, que se quede aquí.

La sala empezó a vaciarse. Todo el mundo se dirigía apresuradamente a su respectivo regimiento, a fin de organizarle y ponerle en disposición de partir. Sólo quedaron el rey, el canciller, el preboste, Skretuski y Tyzenhaus.

—Majestad—dijo el preboste,—lo que queríais saber de este hermano de armas ya lo sabéis. Hay que dejarle descansar, pues apenas puede tenerse en pie. Permitidme, Majestad, llevarle a dormir a mi alojamiento.

—Bien, padre. Vuestro deseo es justo. Que Tyzenhaus y otro le acompañen, pues sólo no podría llegar probablemente. Vé, mi querido hermano de armas, nadie mejor que tú ha ganado aquí el reposo. Y piensa que soy tu deudor. Antes me olvidaría de mí mismo que de ti.

Tyzenhaus sujetó a Skretuski por debajo del brazo y lo condujo fuera. En la antecámara encontraron al estaroste de Rechice, que sujetó al vacilante caballero por el otro lado. Delante iba el preboste, a quien precedía un criado con un farol, precaución inútil, pues la noche era tranquila y clara. La áurea y redonda luna brillaba, semejante a una nave aérea, sobre Topórov. Desde la explanada del campamento se oía rumor de voces, chirriar de carros, sones de trompeta llamando a marcha. Allá lejos, ante la iglesia bañada por la luz de la luna, se veían masas de soldados de infantería y de caballería. En la aldea relinchaban los caballos. Al rechinar de los carros se unía el estrépito de las cadenas y el sordo retumbar de los cañones.

—Ya se disponen a marchar—profirió el sacerdote.

—Hacia Zbaraz... a salvarlos...—susurró Skretuski.

Y fuera la alegría o las fatigas pasadas, o ambas cosas juntas, el caso es que se sintió tan débil, que Tyzenhaus y el estaroste de Rechice casi tuvieron que arrastrarle.

Cerca ya de casa del preboste se cruzaron con los soldados de las banderas de Sapieha y los fusileros de Arcichevski, que aún no habían formado e iban en desorden, obstruyendo el paso.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso!—gritaba el preboste.

—¿Quién es ése?

—El hermano de armas de Zbaraz.

—¡Salve! ¡Salve!

Y unos soldados abrían paso y otros se agolpaban en torno del héroe y murmuraban, mirando asombrados aquel rostro enjuto y exangüe, alumbrado por la luna:

—De Zbaraz, de Zbaraz...

Con no poca dificultad consiguió el preboste llevar a Skretuski hasta su casa. Allí, después de haberle bañado y limpiado de sangre y lodo, le hizo acostar en la cama del capellán del lugar. El se dirigió inmediatamente hacia el ejército, que salía en aquel momento.

Skretuski estaba rendido, pero la fiebre le impidió dormirse en seguida. No sabía ya dónde estaba ni lo que le sucedía. Sólo oía zumbidos, pataleo de caballos, chirrido de carruajes, el atronador paso de los soldados de a pie, gritería, toques de trompeta, y todo esto llegaba a sus oídos como un solo y gigantesco bramido... «El ejército parte,» murmuró. Y el bramido empezó a alejarse, a debilitarse, a disiparse, hasta que al fin el más profundo silencio reinó en Topórov.

Parecióle al guerrero que el lecho se hundía de pronto en un abismo.

CAPÍTULO X

Durmió varios días, pero al despertarse no le había abandonado aún la maligna fiebre y deliraba. Hablaba incoherentemente de Zbaraz, del príncipe, del estaroste de Krasnostav; conversaba con el señor Miguel y Zagloba, le gritaba al señor Longinos: «¡No paséis por ahí!» A quien nunca mentaba era a la princesa. Se veía que la fuerza inconmensurable, en virtud de la cual había encerrado este recuerdo en lo más íntimo de su ser, no le abandonaba ni en su enfermedad. En cambio le parecía ver la mofletuda cara de Rendián inclinarse sobre él, como cuando el príncipe, después de la batalla de Constantínov, le envió a Zaclav con algunas banderas para aniquilar las masas rebeldes, y Rendián había aparecido inesperadamente en su alojamiento. Y la visión de aquella cara le trastornaba, pues se le antojaba que el tiempo había invertido su curso.

Se creía de nuevo junto al Jomor, durmiendo en una cabaña. Cuando despertó, se dirigió con las banderas hacia Tarnopol: Krivonos, derrotado en Constantínov, huía hacia el campamento de Kmielnizki... Rendián ha llegado de Guscha y está sentado junto a él... Skretuski quería hablarle, quería mandarle ensillar los caballos, pero no podía... Y de nuevo le parecía encontrarse en Jomor a raíz de la toma de Bar, y el dolor le hacía apretar los dientes, y sus desdichados pensamientos se perdían otra vez en la obscuridad. Ya no sabía más, no veía nada; pero de aquel caos de ideas, de aquellas tinieblas surgían Zbaraz..., el asedio... ¿De modo que no estaba en Jomor? Y de nuevo veía a Rendián sentado junto a él, inclinándose sobre él. A través de los visillos de las ventanas, en forma de corazones, entra la clara luz del día y alumbra perfectamente la cara del mozo, llena de compasiva solicitud.

—¡Rendián!—gritó de pronto Pan Skretuski.

—¡Oh, mi noble señor! ¡Que al fin me reconoce!—exclamó el mozo, cayendo de rodillas.—Ya creía que mi querido señor no se despertaría más...

Siguió un momento de silencio en el que sólo se oían los sollozos del mozo, que continuaba abrazado a las piernas de su señor.

—¿Dónde estoy?—preguntó el oficial.

—En Topórov...; el señor ha venido aquí de Zbaraz para avisar al rey... ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

—¿Y dónde está el rey?

—Ha salido con el ejército en socorro del príncipe-vaivoda.

De nuevo reinó el silencio. Lágrimas de alegría corrían por la faz de Rendián, que, transcurrido un instante, añadió con voz rebosante de emoción:

—¡Quiero ver bien a mi señor!

Y, acercándose a la ventana, la abrió de par en par.

El fresco aire matinal penetró en la estancia, y con él la clara luz del día, que acabó de despejar a Juan.

Rendián se sentó a los pies de la cama.

—¿De modo que he salido de Zbaraz?—preguntó el caballero.

—Sí, mi noble señor. Nadie ha osado hacer lo que vos, y gracias a vos ha partido el rey en ayuda de los sitiados.

—Pan Longinos lo intentó el primero, pero pereció.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pan Longinos muerto? ¡Un señor tan virtuoso y tan generoso!... ¿Cómo habrán podido vencer a un gigante como él?

—Lo acribillaron a flechazos.

—¿Y el señor Volodiovski y Zagloba?

—Estaban bien cuando yo partí.

—Gracias a Dios. Son los mejores amigos de mi señor... Pero el señor preboste me ha prohibido hablar.

Rendián calló y sacudió repetidas veces la cabeza. En su mofletuda faz se pintó una honda preocupación.

—Señor...—dijo de pronto.

—¿Qué deseas?

—¿Qué se hará de los bienes de Pan Longinos? Debe de poseer pueblos enteros y toda clase de riquezas. ¿Habrá de-

jado algo para los amigos? Pues, según he oído, no tiene familia.

Skretuski no contestó. Rendián comprendió que su pregunta no le había agradado y varió de tema.

—Gracias a Dios que el señor Zagloba y Volodiovski están bien; temía que hubieran caído en manos de los tártaros...; hemos pasado juntos muchas fatigas..., sólo que el señor preboste me ha prohibido hablar... ¡Ay, mi querido señor!, no pensaba volverles a ver, pues la horda de tártaros nos pisaba ya los talones.

—¿De modo que estuviste con los señores Volodiovski y Zagloba? No me han dicho nada de eso.

—Claro, porque no sabían si me habría salvado o no.

—¿Y dónde os puso la horda en tan crítico trance?

—Detrás de Ploskírov, en el camino de Zbaraz. Estábamos bastante lejos de Jampol, querido señor..., pero el preboste me ha prohibido deciros nada.

Callaron de nuevo.

—Dios os premie vuestra buena voluntad y las fatigas que habéis pasado—murmuró momentos después Skretuski,—pues supongo a lo que fuísteis allí. También yo estuve por aquellos lugares antes que vosotros... inútilmente...

—¡Ay, mi querido señor, si no fuera por el preboste!... Pero la noche que llegasteis me dijo: «Tengo que ir a Zbaraz con el rey; cuida a Pan Skretuski, pero no le digas nada, porque el alma abandonaría su cuerpo.»

Skretuski había ya perdido toda la esperanza y estas palabras no le produjeron impresión alguna. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Cómo has venido a parar aquí?

—La castellana de Sandomir, Pani Vitovska, me envió desde Zamost a decirle al señor castellano que quería reunirse con él en Topórov... Es una brava mujer, señor; quiere estar por fuerza con el ejército, sólo para no separarse del señor castellano. De modo que yo llegué a Topórov un día antes que vos, señor. Pani Vitovska debe llegar de un momento a otro, ya debía estar aquí...; pero la pobre ya no encontrará aquí a su marido.

—No me explico cómo pudiste llegar a Zamost, habién-

dote ido con Volodiovski y Zagloba a Jampol. ¿Por qué no fuiste con ellos a Zbaraz?

—Mirad, querido señor, cuando la horda avanzó contra nosotros, no se podía obrar de otra manera; ellos dos solos se arrojaron sobre un chambul entero de la horda mientras yo huí y no paré hasta Zamost.

—Es una suerte que no perecierais. Pero yo te suponía mejor muchacho. ¿Crees que estuvo bien abandonarlos en tal peligro?

—¡Ay, señor mío!, si hubiéramos estado los tres solos, de seguro que no les habría abandonado...; pero éramos cuatro...; por lo tanto ellos se arrojaron contra los tártaros y a mí me ordenaron... huir... solo... Si tuviera la certeza de que la alegría no os mataría... En las cercanías de Jampol habíamos encontrado..., pero el preboste...

Skretuski miraba al mozo y parpadeaba vivamente, como queriendo convencerse de que estaba despierto. De pronto parecióle que se desgarraba algo en él, se puso pálido como un cadáver, se sentó en la cama y gritó con voz de trueno:

—¿Quién iba contigo?

—¡Ay, señor mío! ¡Señor mío!—exclamó el muchacho asustado al ver la súbita alteración del rostro de su amo.

—¿Quién iba contigo?—repitió Skretuski sujetándole por los hombros, como con férreos garfios, sacudiéndole, y temblando de pies a cabeza.

—Os lo diré, señor, haga el preboste lo que quiera. La señorita iba con nosotros y ahora está con Pani Vitovski.

Skretuski quedó rígido, sus ojos se cerraron y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

—¡Socorro!—gritó Rendián.—Mi señor debe haber lanzado el último suspiro. ¡Socorro! ¿Qué he hecho? Más valía que me hubiese callado. ¡Dios mío! Queridísimo señor, hablad una sola palabra... ¡Por el amor de Dios! El preboste tenía razón al prohibírmelo... ¡Señor mío! ¡Eh! ¡Señor mío!...

—¡No es nada!—murmuró, al fin, el oficial.—¿Dónde dices que está?

—Gracias a Dios que volvéis en vos, señor mío. Está con la castellana de Sandomir; deben llegar de un momento a

otro... ¡Gracias a Dios!... Con tal que no os muráis, señor mío... Cuando llegamos, huyendo, a Zamost..., el párroco la puso bajo la custodia de Pani Vitovski... porque en el ejército hay muchos hombres groseros... Bogun la respetó, y en el camino la respetó también todo el mundo, pues yo les decía a los soldados que era una parienta del príncipe Jeremías... ¡No puede el señor figurarse el dinero que me gasté en el viajecito!

Skretuski tenía los ojos fijos en el techo, y la expresión de su rostro era serena y grave. Estaba rezando. Cuando terminó, incorporóse bruscamente y dijo:

—Tráeme la ropa y mándame ensillar el caballo.

—¿Adónde queréis ir, señor?

—¡Pronto, la ropa!

—El rey os mandó mucha, y algunos caballeros también os enviaron vestidos. Y tenéis en la cuadra tres magníficos caballos. ¡Quién tuviera uno así! Pero al señor le convendría seguir acostado, pues las fuerzas le faltan por completo.

—No me falta nada. Puedo montar. ¡Por Dios vivo, date prisa!

—Ya sé que el cuerpo de mi señor es de hierro; sea, pues, así. Sólo os ruego, señor, que me disculpéis ante el preboste Cecisovski... He aquí los vestidos...; mejores no se encuentran en los mercados armenios de sedería...; vestíos, señor; entre tanto, haré que os preparen una sopa de vino, pues también le he ordenado preparar una para mí al criado del sacerdote.

Diciendo esto, salió Rendián en busca de la comida. Skretuski empezó a ponerse presuroso los vestidos que le habían enviado como regalo el rey y los nobles señores. De cuando en cuando abrazaba al mozo, estrechándole contra su emocionado corazón, y éste le contaba cómo había encontrado a Bogun un tanto restablecido de las heridas que le había hecho el señor Volodiovski en Vlodava, cómo había sabido por él el escondrijo de la princesa y cómo había recibido de sus manos el bastón de salvoconducto; cómo luego se había encaminado, acompañado del señor Zagloba y de Volodiovski, al barranco de las cercanías del Vadalinka; cómo había matado allí a la hechi-

cera y a Cheremis, cómo habían libertado a la princesa, y, por último, los peligros que habían tenido que atravesar huyendo ante las tropas de Burlay.

—A Burlay le ha matado Pan Zagloba.

—Es un guerrero valiente, señor. En mi vida he visto otro igual. Unos hombres son valientes, otros elocuentes, otros astutos; pero Pan Zagloba reúne todo esto en su persona. Cuando la horda cayó sobre nosotros, el señor Miguel y Zagloba se quedaron atrás para atraer la atención hacia ellos y detener a los perseguidores, y yo me dirigí hacia Constantínov, evitando Zbaraz, pues suponía que cuando la horda hubiera asesinado al menudo caballero y a Pan Zagloba, correría en aquella dirección, creyendo perseguirnos. No sé en qué forma salvaría Dios misericordioso al caballero enano y a su corpulento compañero... Yo pensaba que no escaparían a la muerte. La señorita y yo nos escurrimos entre las tropas de Kmielnizki, que llegaban de Constantínov, y Zbaraz, donde los tártaros se reconcentraban.

—No llegaron allí en seguida porque Pan Kusel los rechazó. ¡Pero habla más de prisa!

—¡Si yo lo hubiera sabido! Pero como no lo sabía, busqué el modo de escabullirme con la señorita entre los tártaros y los cosacos, como por un desfiladero. Afortunadamente la región estaba desierta y no tropezamos con ser viviente por parte alguna, ni en las aldeas ni en los poblados, pues todo el mundo había huído ante los tártaros. Por poco entrego mi alma de puro miedo de que pudieran apoderarse de mí, y, en verdad, por último, no me escapé de tal destino.

—¿Cómo es eso?—preguntó Skretuski.

—Como os digo, señor. Por el camino caí en una patrulla de cosacos acaudillada por Donez, hermano de aquella Horpina bajo cuya custodia la señorita estuva aprisionada en el barranco. Afortunadamente él me había visto con Bogun. Le saludé de parte de su hermana, le enseñé el salvoconducto de Bogun y le conté cómo Bogun me había mandado por la señorita y ahora me esperaba en las cercanías de Vlodava. Y él no desconfió, pues era amigo de Bogun y sabía que su hermana guardaba a la

señorita. Pensaba yo que nos dejaría continuar nuestro viaje y que hasta nos proveería para el camino, pero me dijo: «Allí se reúnen los movilizados del llamamiento general y puedes caer en poder de los lajes; vénte conmigo. En el campamento de Kmielnizki estará la muchacha más segura que en ningún sitio, pues Kmielnizki mismo la protegerá para entregársela a Bogun.» Cuando me dijo esto, me quedé medio muerto, sin saber qué contestar. Le repetí, pues, que Bogun la esperaba, y que mi cabeza peligraba si no se la llevaba pronto, a lo que me contestó: «Avisaremos a Bogun y tú te quedarás aquí.» Viendo que me oponía, acabó por decirme: «Me asombra que tengas tanto miedo de quedarte entre los cosacos, ¿acaso serás un traidor?» Entonces comprendí que no me quedaba más recurso que huir de noche. Siete clases de sudor brotaban de mi frente, señor mío. Cuando lo tenía preparado todo para la huída, llegó de repente Pan Pelka.

—¿Pan Pelka?—preguntó Skretuski, conteniendo la respiración.

—El mismo, señor mío. Era un incursor renombrado. Ha perecido hace poco; ¡que el Señor ilumine su alma! No sé si habrá alguien que sepa guiar como él una patrulla y guerrillear mejor. Acaso tan sólo le iguale Pan Volodiovski. Así, pues, Pan Pelka aplastó el destacamento de Donez, del que no quedó un solo hombre vivo, y cogió al mismo caudillo prisionero. Hace pocas semanas le llevaron al palo, arrastrado por bueyes; ¡bien empleado le está! Pero también con Pan Pelka pasé grandes apuros, pues era un hombre que detestaba todas las virtudes...; ¡el Señor ilumine su alma!... Temía que la señorita, apenas escapada a las hordas de los cosacos, tuviera que sufrir algún ultraje de los nuestros. Sólo cuando le dije a Pan Pelka que la señorita era parienta del príncipe, cesó en sus pretensiones. Debéis saber, señor, que cuando se nombraba a nuestro príncipe se quitaba siempre la gorra y hablaba de sus deseos de entrar a su servicio... Empezó, pues, a tratar con respeto a la señorita, y nos condujo hasta Zamost, donde estaba el rey, y allí nos acogió el preboste Cecisovski, un santo varón, señor, y entregó la señorita a la señora Vitovski.

Skretuski respiró profundamente y se echó al cuello de Rendián.

—De ahora en adelante serás mi amigo, no mi criado—le dijo.—Pero ahora pongámonos en camino. ¿Cuándo debía llegar aquí la señora castellana?

. —Una semana después que yo. Han pasado ya diez días...; ocho días habéis estado sin conocimiento, señor.

—¡A caballo! ¡A caballo!—repitió Skretuski;—la alegría hace saltar mi corazón.

Pero, apenas había terminado de pronunciar estas palabras, se oyó en el patio ruído de caballos, y por la ventana obstruída vió Skretuski al anciano preboste Cecisovski y junto a él las demacradas figuras de Zagloba, Volodiovski, Kusel y otros conocidos, entre los rojos dragones del príncipe. Un grito de alegría resonó, y un momento después entraba el preboste a la cabeza de multitud de caballeros.

—¡La paz se ha firmado en Zborovo, el sitio ha sido levantado!—gritó.

Skretuski lo había adivinado al ver a sus camaradas de Zbaraz. Zagloba y Volodiovski le abrazaban alternativamente.

—Nos han dicho que vivíais—profirió el grueso hidalgo—y, locos de alegría, hemos venido al punto a buscaros. ¡Os habéis cubierto de gloria! ¡No sabéis el premio que os espera!

—El rey os ha premiado—agregó el preboste;—pero el Rey de los reyes ha pensado también en vos.

—Ya lo sé. ¡Dios os lo premie! Rendián me lo ha contado todo.

—¿Y la alegría no os ha ahogado? ¡Tanto mejor! ¡Viva Skretuski, viva la princesa!—exclamó Zagloba.—No os habíamos dicho nada, señor Juan, porque no sabíamos si vivía. Pero el bravo mozo logró sortear con ella todos los peligros. *O vulpes astuta* (1)! El príncipe os espera a los dos. ¡Ah! Hasta más allá de Jagorlik fuimos por ella. Yo maté al monstruo infernal que la guardaba. Los doce chiquillos se os habían escapado, pero ahora les daréis alcance, y

(1) «¡Oh zorra astuta!»

acaso a alguno más. Tendré nietos, señores míos. Rendián, ¿tuviste muchos contratiempos? Pan Miguel y yo solos detuvimos a toda la horda. Yo me lancé el primero contra el chambul. Se escondieron en unos hoyos, pero no les sirvió de nada. Pan Miguel se portó también como un bravo. ¿Dónde está mi hijita? ¡Traedme a mi hijita!

—¡Dios te haga feliz, Juan! ¡Dios te haga feliz!—decía el menudo caballero, abrazando de nuevo a Skretuski.

—Dios os premie todo lo que habéis hecho por mí; me faltan palabras para manifestaros cuánto os lo agradezco. ¡Con mi vida y mi sangre no os lo pagaría!

—Eso no tiene importancia. ¡Lo principal es que la paz se ha firmado!

—¡La paz se ha firmado!—repitió Zagloba.—Una paz de mil demonios, señores míos, pero ¡qué hemos de hacerle! Gracias a Dios, hemos podido abandonar el pestilente Zbaraz. ¡Ahora tendremos tranquilidad, señores míos! Esta es nuestra obra, mi obra especialmente, pues si Burlay viviera aún todas las negociaciones hubieran sido inútiles. ¡Vamos a la boda! ¡Arriba, Juan! ¡Animo! ¡No podéis figuraros los regalos de boda que os prepara nuestro principesco señor! Ya os contaré... ¿Pero decidme ahora dónde está mi hija? Traedme mi hijita. Ya no volverá Bogun a quitárnosla. Tendría que romper sus cadenas. ¿Pero dónde está la hijita de mi alma?

—Precisamente me preparaba a montar a caballo para ir al encuentro de la señora de Sandomir—repuso Skretuski.—¡A caballo! ¡A caballo! Si no, perderé la razón.

—¡Vamos, señores! Acompañémosle. No perdamos tiempo. ¡Vamos!

—La señora de Sandomir no debe encontrarse lejos—dijo el preboste.

—¡A caballo!—agregó el señor Miguel.

Pero Skretuski ya se encontraba ante la puerta y saltó sobre el caballo con tanta agilidad como si no acabara de levantarse del lecho del dolor. Rendián se colocó a su lado. Había salido, procurando evitar encontrarse solo con el preboste. Pan Miguel y Zagloba se unieron a ellos. Galopaban a la cabeza de una numerosa comitiva de nobles y dragones rojos, que semejaban pétalos de amapola en alas del viento.

—¡Hup-la!—gritaba Zagloba, picando espuelas.

Ya llevaban unos diez estadios galopando, cuando en el recodo de la carretera tropezaron con una fila de carrozas y calesas, escoltadas por gran número de payuques. Algunos de éstos, al ver ante sí aquel grupo de gentes armadas, se adelantaron para ver quiénes eran.

—Somos soldados del ejército real—gritó Zagloba.—¿A quién escoltáis?

—A la señora castellana de Sandomir—contestó una voz.

Skretuski, dominado por una fuerte emoción, se deslizó del caballo sin saber qué hacía, y, tambaleándose, fué a parar a un lado del camino, donde se quedó parado. Se había quitado la gorra, gotas de sudor le caían de las sienes, y aquel caballero que había arrostrado valientemente la desdicha, temblaba ahora de pies a cabeza a la vista de la cercana felicidad.

Pan Miguel se apeó también del caballo y sostuvo con sus brazos al debilitado caballero.

Siguiendo su ejemplo, se colocaron todos a un lado de la carretera, con la cabeza descubierta, y dejaron pasar la fila de carrozas y calesas. Con la señora de Vitovski venían un grupo de damas, que, mirando aquella hilera de soldados y caballeros en la carretera, se preguntaban asombradas qué significaría aquéllo.

Por fin apareció, en el centro de la comitiva, una carroza más lujosa que las otras. Los caballeros vieron por las abiertas ventanillas del carruaje el grave rostro de una anciana dama y junto a él la bella y dulce faz de Panna Elena de Kurcévich.

—¡Hijita!—exclamó Zagloba, precipitándose hacia la carroza.—¡Hijita! ¡Skretuski está aquí!... ¡Hijita de mi alma!

En la comitiva se oyeron voces de: «¡Alto! ¡Alto!» Y Volodiovski y Kusel se aproximaron, llevando, o arrastrando más bien, a Skretuski, que casi se había desmayado. El oficial inclinó la cabeza sobre el pecho y cayó de rodillas sobre el estribo.

Un momento después levantaban los fuertes, pero hermosos, brazos de Elena la débil y demacrada cabeza del caballero.

Zagloba, como viese pintado el asombro en el rostro de la señora de Sandomir, profirió:

—Este caballero es Skretuski, el héroe de Zbaraz. El se ha deslizado entre el enemigo, él ha salvado al ejército, al príncipe, a toda la república. ¡Dios los bendiga a los dos! ¡Que vivan!

—¡Que vivan! *Vivant! Vivant!*—exclamaban los nobles.

—¡Que vivan!—repitieron los dragones del príncipe con voz atronadora, que resonó en toda la campiña de Topórov...

—¡A Tarnopol! ¡A ver al príncipe! ¡A la boda!—gritó Zagloba.—Ahora, hijita, se acabaron las penas... A Bogun le esperan el verdugo y el tajo.

El preboste Cecisovski elevó los ojos al cielo y sus labios repitieron las palabras del Divino Maestro:

—Los que siembran lágrimas cosecharán alegrías...

La castellana hizo a Skretuski sentarse junto a Elena, y la comitiva se puso de nuevo en movimiento. El día era divino, el sol inundaba de luz los bosques de encinas y los campos, y flotaban ya en el aire azul los plateados hilos de las telarañas, que cubrían en el otoño, como una capa de nieve, la campiña; una paz profunda reinaba en torno. Sólo el resoplido de los caballos turbaba el silencio.

—Pan Miguel—decía Zagobla, tocándole el pie a Volodiovski con el estribo,—de nuevo se me ha agarrado algo a la garganta, como cuando el pobre Longinos (Dios le conceda el reposo eterno) salía de Zbaraz. Pero, al pensar que esos dos se han encontrado al fin, se me alivia el corazón como si me bebiese un cuartillo de malvasía de un trago. Si a ti no te está destinado también el estado de casado, sus hijos serán nuestros nietos en nuestros días de vejez. Cada cual nace para una cosa, Pan Miguel, y nosotros tal vez somos más apropiados para la guerra que para el matrimonio.

El menudo caballero no contestó, pero su bigote se agitó más nerviosamente que nunca.

Se dirigieron a Topórov y de allí a Tarnopol, donde debían unirse con el príncipe Jeremías, a fin de encaminarse con sus banderas a Lvov para celebrar la boda. Durante el camino le contó Zagloba a la señora de Sandomir lo que

había sucedido durante los últimos tiempos. Se enteró, por lo tanto, de que el rey, después de una sangrienta batalla, no decisiva, cerca de Zborov, había cerrado con el kan un convenio no muy favorable, pero que al menos aseguraba, por cierto tiempo, la paz a la república. En virtud de este convenio Kmielnizki continuaba investido del cargo de hetmán de los zaporogos y tenía derecho de elegir entre la incalculable masa del populacho un ejército permanente de cuarenta mil hombres. En correspondencia a esta concesión juró fidelidad y obediencia al monarca y a los altos representantes del Estado.

—Está fuera de toda duda—añadió el grueso hidalgo—que volveremos a tener guerra con Kmielnizki; pero, si nuestro príncipe asume el mando supremo, todo se arreglará.

—Contadle a Skretuski lo principal—dijo el menudo caballero, acercando más su caballo a Zagloba.

—¡Es verdad! Quería hablarle de eso, pero hasta ahora no hemos tenido tiempo ni de respirar. No sabéis nada, señor Juan, de lo sucedido después de vuestra partida. El príncipe ha cogido prisionero a Bogun.

Skretuski y la señorita de Kurcévich se asombraron tanto ante esta inesperada noticia, que no pudieron proferir palabra en el primer momento. Elena se limitó a mirar al cielo, juntando las manos.

—¿Cómo ha ocurrido eso?—preguntó Skretuski por fin.

—El dedo de Dios—contestó Zagloba,—no otra cosa que el dedo de Dios. El convenio de paz estaba ya cerrado, y ya acabábamos de salir de aquel pestilente Zbaraz. El príncipe se desvió con la caballería hacia la izquierda para proteger el resto del ejército, no fuera que alguna horda cayera sobre nosotros, pues los tártaros no suelen cumplir sus convenios... De pronto se lanzó una sección de trescientos caballos contra toda la caballería del príncipe.

—Sólo Bogun es capaz de hacer esto—exclamó Skretuski.

—El era en efecto. Pero con los soldados de Zbaraz no debían haberse metido los cosacos. Pronto los rodeó Pan Miguel, y hasta el último fué degollado. Bogun, herido dos veces por él, cayó prisionero. Está visto que no tiene suerte

con Pan Miguel. Debe estar convencido de ello, pues era la tercera vez que se encontraban. Pero es probable que sólo buscase la muerte.

—Parece ser—terció Pan Miguel—que Bogun acababa de llegar del Valadinka, deseoso de intervenir en la toma de Zbaraz, y cuando se enteró de que la paz estaba ya firmada, la rabia le hizo perder el juicio o poco menos.

—El que a hierro mata, a hierro muere, así lo quiere la variabilidad de la fortuna—dijo el grueso hidalgo.—Es un cosaco locamente atrevido, pero mucho más atrevido todavía cuando le ataca la desesperación. Por causa suya se produjo entre nosotros y el populacho una gran reyerta. Creíamos que teníamos nueva guerra, pues el príncipe fué el primero en gritar que los convenios estaban rotos. Kmielnizki quería salvar a Bogun, pero el kan estaba indignado con él, como lo demostraron sus propias palabras: «Habéis pisoteado mi juramento y mi palabra.» Amenazó con la guerra a Kmielnizki y le envió al príncipe un embajador diciéndole que Bogun era un mala cabeza y un bandido y que él rogaba al príncipe que no le diera a la cosa importancia y tratara a Bogun como a un bandido. Según he oído, al kan le interesaba mucho que los tártaros pudieran llevarse los prisioneros con tranquilidad, pues han cogido tantos, que en Estambul se pagarán por un hombre dos clavos de herradura.

—¿Qué ha hecho el príncipe con Bogun?—preguntó Skretuski con ansiedad.

—El príncipe ya había mandado afilar el palo para él, cuando meditó, y dijo: «Quiero regalárselo a Skretuski para que haga de él lo que quiera.» El cosaco está ahora encerrado en un calabozo en Tarnopol; el cirujano de la compañía le cuida la cabeza. ¡Dios mio, cuántas veces debía el alma haber abandonado este cuerpo! Ningún lobo tiene tan acribillada la piel por los perros como él la suya por nosotros. Sólo Pan Miguel le ha mordido tres veces. Pero es un hombre tan fuerte como infortunado. ¡El verdugo le ayude! No tengo ya ningún rencor contra él, a pesar de que me ha perseguido horriblemente y sin motivo alguno. Con él he bebido y he tenido amistad como con un igual, hasta que levantó la mano contra vos, hijita mía. Habría

podido clavarle un puñal en Razlogi. Pero ya desde hace mucho tiempo que en el mundo no se encuentra el agradecimiento, que rara vez se paga el bien con el bien. ¡El verdugo!... ¿Y vos, señor Juan, qué pensáis hacer con él? Los soldados dicen que seguramente le reduciréis a la servidumbre, pues es un hombre forzudo y debe de ser duro para el trabajo; pero no puedo creer que le tratéis de esa manera.

—Ciertamente que no obraré así. Es un soldado con sentimientos de caballero, y no seré yo quien se complazca en humillarle.

—¡Que Dios se lo perdone todo!—suspiró la princesa.

—¡Amén!—repuso Zagloba.—Llama a la muerte como a una madre cariñosa, y tal vez la habría encontrado si no hubiera llegado a Zbaraz demasiado tarde.

Todos callaron, pensando en la mutabilidad de la suerte. No tardó en divisarse Grabova, donde habían de hacer un alto. Allí encontraron numerosa soldadesca que volvía de Zborov. También habían llegado el castellano de Sandomir, Pan Vitovski, que salió con su regimiento al encuentro de su mujer, y el estaroste de Krasnostav, Pan Priemski y muchos nobles del llamamiento general.

La posada señorial de Grabova y los principales edificios habían sido incendiados, pero como el día era tan hermoso, nadie pensó en refugiarse bajo techado, y todos se acomodaron al aire libre, en el encinar. Se habían llevado bastantes provisiones de comida y bebida, y la servidumbre preparó rápidamente una buena cena. El señor de Sandomir hizo armar varias tiendas en el encinar para las mujeres y los dignatarios, y no tardó en extenderse bajo de las encinas un verdadero campamento. Los caballeros se aglomeraban ante la tienda donde estaban Skretuski y la princesa. Otros hablaban de la pasada guerra. Aquellos que no se habían batido en Zbaraz, sino sólo en Zborov, les preguntaban a los soldados del príncipe por las peripecias del sitio. Reinaba una alegría general.

El señor Zagloba llevaba, naturalmente, la voz cantante entre la nobleza, contando por milésima vez cómo había matado a Burlay. Y Rendián la llevaba entre la servidumbre que preparaba el banquete. No obstante, el taimado

mozo encontró un momento propicio para llevarse a un lado al señor Skretuski y abrazarle devotamente las rodillas.

—Mi querido señor—dijo,—también yo desearía pediros una gracia.

—Difícil me sería negarte a ti algo—contestó Skretuski, —pues gracias a ti he recuperado lo que más quiero en este mundo.

—Ya sabía yo que mi noble señor no me negaría...

—¡Di! ¿Qué quieres?

La mofletuda cara de Rendián se puso como la grana y sus ojos brillaron de odio.

—Una sola gracia os pido, señor. Que me regaléis a Bogun.

—¿A Bogun?—exclamó Skretuski asombrado.—¿Qué quieres hacer con él?

—Quiero pagarle con creces el oprobio de que me cubrió en Chegrin. Estoy seguro que mi señor se lo entregará al verdugo, pero antes quisiera yo pagarle lo que le debo.

Skretuski arrugó la frente.

—Eso no puedo hacerlo—contestó decidido.

—¡Oh, Dios mío!, más valiera que me hubiera muerto—clamaba Rendián.—¿He de vivir siempre bajo el peso de mi ignominia?

—Pide lo que quieras, nada te negaré, pero eso no puedo concedértelo. Vé a tu pueblo y pregunta a los padres si no sería más pecaminoso satisfacer ese sentimiento de odio que renunciar a él. No pongas ante el juicio de Dios tu mano cargada de odio. ¡Avergüénzate, Rendián! Ese hombre no pide otra cosa a Dios que la muerte. ¿Quieres todavía martirizarle? ¿Quieres ultrajar al encadenado y asesinar al herido? ¿Eres acaso un tártaro o un perro cosaco? Mientras yo viva no aprobaré tal cosa; no pienses más en ello.

En el acento de Skretuski había tal energía y decisión, que el muchacho perdió toda esperanza de ver realizado su deseo, y gimió:

—Si estuviera sano, dos muchachos como yo no serían bastante adversario para él. Y cuando está enfermo no puedo vengarme.

—¡La venganza incumbe sólo a Dios!

El muchacho quiso decir algo todavía, pero Skretuski ya le había vuelto la espalda y se dirigía a un gran corro que se había formado ante las tiendas.

En el centro estaba sentada la castellana de Vitovski, junto a ella la princesa, y alrededor los caballeros. No lejos de ellos estaba Zagloba con la cabeza descubierta, y les contaba a los que se habían quedado en Zborov el asedio de Zbaraz. Todos le oían conteniendo la respiración: en los rostros se pintaba profunda emoción, y los que no habían estado en la plaza sitiada lo sentían. Pan Juan se sentó junto a la princesa, le cogió una mano, la apretó contra sus labios, y los dos amantes permanecieron silenciosos. El sol, entre tanto, se iba poniendo. Skretuski escuchaba con la misma atención que los demás, como si se estuviera narrando algo desconocido para él.

El señor Zagloba se secaba el sudor de la frente y su voz era más sonora a cada instante. Aquellas sangrientas peripecias evocadas por el grueso hidalgo parecían desfilar llenas de vida ante los ojos de los caballeros. Veían las murallas como rodeadas de un mar embravecido en los furiosos asaltos. Oían el griterío, el tronar de los cañones, el estampido de los mosquetes; se imaginaban al príncipe con su coraza de plata sobre los muros, en medio de una lluvia de balas. Después la miseria, el hambre, aquellas noches rojas como la sangre, en que la muerte se cernía sobre el campamento como un pájaro siniestro..., la salida de Longinos y de Skretuski... Y todos escuchaban atentos, requiriendo a veces el sable de un modo instintivo, mirando a veces a lo alto.

—Ahora Zbaraz—terminó el narrador—no es más que una mogila enorme, una inmensa sepultura, y el que allí no haya quedado enterrada la honra de la república, la flor de los caballeros, el príncipe vaivoda y yo, todos nosotros, que somos llamados por los cosacos «los leones de Zbaraz,» a él se lo debemos.

Y al decir esto señalaba a Skretuski.

—¡Es verdad, es la pura verdad!—exclamaron al mismo tiempo Marcos Sobieski y Priemski.

—¡Gloria a él! ¡Honor y agradecimiento!—profirieron

las fuertes voces de los caballeros.—¡Viva Skretuski! ¡Viva la joven pareja! ¡Viva el héroe!

La exaltación se había apoderado de todos. Unos corrieron en busca de vasos, otros lanzaron las gorras a lo alto. Los soldados empezaron a chocar los sables. Y resonó un grito atronador:

—¡Gloria y honor a él! ¡Viva!

Skretuski inclinó la cabeza humildemente como un verdadero caballero cristiano; pero la princesa se levantó, agitó su cabellera, sus mejillas se colorearon de rojo y sus ojos brillaron orgullosos, pues aquel caballero iba a ser su esposo. La gloria del marido se proyecta sobre la mujer como los rayos del sol sobre la tierra.

. . . .

Ya muy entrada la noche se separaron los reunidos, encaminándose en dos direcciones. Vitovski y su mujer, Priemski y el estaroste de Krasnostav se dirigieron con sus regimientos a Topórov, y Skretuski con la princesa y la bandera de Volodiovski a Tarnopol. La noche era clara como el día. Multitud de estrellas brillaban en el cielo. La luna se elevó e iluminó los campos cubiertos de plateadas telas de araña. Los soldados empezaron a cantar. Más tarde se elevó una ligera neblina sobre las praderas, que parecieron transformarse en un grandioso lago iluminado por la luna.

Una noche así era aquella en que Skretuski salió de Zbaraz. Pero aquella noche no latía el corazón de la princesa junto al suyo.

EPÍLOGO

La histórica tragedia no había acabado, a pesar de todo, ni en Zbaraz ni en Zborov, ni siquiera había sido aquel su primer acto. Dos años después se levantó otra vez todo el pueblo cosaco en armas contra la república. Kmielnizki volvió a alzarse más poderoso que antes, y junto a él estaba el kan con todas sus hordas, y los mismos caudillos que ya habían medido sus fuerzas bajo las murallas de Zbaraz: el salvaje Tugay-Bey, Urum-Mirza y Artimgirey, Nuradín, Galga, Amurat y Suhhagazi. Tremendas columnas de fuego y lamentos humanos indicaban el camino por donde pasaban. Miles de guerreros cubrían los campos, llenaban los bosques; medio millón de labios se abrían para lanzar el grito de guerra, y a los hombres les parecía que había sonado la última hora de la república.

Pero también la república despertó de su sopor y puso término a la anterior política del canciller: la obtención de la paz por medio de negociaciones y convenios. Se había demostrado claramente que sólo las armas podían asegurar una paz duradera, y cuando el rey tuvo noticia de aquella invasión enemiga, mandó a su encuentro un ejército de cien mil soldados y nobles, sin contar la innumerable servidumbre y ordenanzas.

No faltaba ninguna de las personas que habían tomado parte en nuestra narración. Allí estaban el príncipe Jeremías Visnoviezki con toda su división, en la que seguían sirviendo Skretuski y Volodiovski y, entre los voluntarios, Zagloba. También estaban los dos hetmanes Potozki y Kalinovski, libertados ya por medio del rescate de su esclavitud tártara. También se encontraban allí el coronel Esteban Charniezki, el que más tarde fué vencedor del rey sueco Carlos Gustavo; Priemski, que mandaba la artillería; el general Ubald, Arcisevski, el estaroste de Krasnostav y

su hermano, el estaroste de Javórov, el futuro rey Juan III, Ludovico Weyher, el vaivoda de Pomerania, Jacob, el vaivoda de Malborg, el abanderado de Koniezpolski y el príncipe Dominico de Zaslav, así como obispos y dignatarios de la Corona, senadores, toda la república con su caudillo supremo y rey.

Sobre los campos de Berestechko chocaron por fin las nutridas masas de hombres con el ejército enemigo, y allí se libró una de las batallas más memorables en la historia del mundo, ante cuyo eco retembló toda la Europa contemporánea.

Duró tres días. En los dos primeros quedó la victoria indecisa, pero al tercero la victoria se decidió gracias al príncipe Jeremías.

Al frente del ala izquierda, sin armas, con la cabeza descubierta, avanzó como un huracán contra las gigantescas masas de los jinetes zaporogos, los tártaros nohayos, los de Crimea, los de Bialogrod, los turcos silistrios y rumeliotas, los urumbales, jenízaros, servios, valacos, perieros y otros guerreros salvajes procedentes de regiones tan diversas como los pantanos meocianos, el mar Caspio, el Danubio...

Y como el río desaparece entre las espumosas olas del mar, así se perdieron los escuadrones del príncipe en aquel mar de enemigos. Una nube de polvo se extendió por la llanura como una tromba y envolvió a los combatientes...

Aquella lucha sobrehumana presenciábanla todo el ejército y el rey; y el subcanciller Leschinski levantó la Cruz con el Crucificado y bendijo a los que desaparecían.

Entre tanto, todo el campamento cosaco, compuesto de doscientos mil hombres, erizado de cañones, se lanzaba por el lado opuesto contra el ejército real, como si un inmenso dragón, acechando al borde de los bosques, vomitara contra ellos sus gigantescas corrientes de fuego.

Pero de aquella nube de polvo en que habían desaparecido los regimientos de Visnoviezki destacáronse primero algunos caballeros, después cientos, miles, galopando hacia la colina donde se hallaba el kan, rodeado de su guardia escogida.

La salvaje masa corría, presa de loco pánico, perseguida por las divisiones polacas.

Miles de zaporogos y tártaros cubrían el campo de batalla, y entre ellos, atravesado dos veces por el sable, yacía el enemigo mortal de los lajes y fiel aliado de los cosacos, el salvaje y valiente Tugay-Bey.

El terrible príncipe triunfaba.

Pero el rey, juzgando con la mirada de caudillo esta victoria del príncipe, decidió aniquilar por completo a las hordas antes que los cosacos pudieran entrar en acción.

Todo el ejército avanzó, todos los cañones resonaron sembrando muerte y confusión. No tardó en caer el hermano del kan, el soberbio Amurat, atravesado el pecho de un balazo.

Las hordas lanzaron un doloroso alarido. El kan, horrorizado y ya herido al principio de la batalla, miraba avanzar, a lo lejos, entre el tronar de los cañones, a Priemski y al mismo rey, al frente de los reitres. La tierra temblaba bajo el peso de la caballería que se lanzaba al ataque.

Entonces Islam-Girey se estremece, y en vez de presentar batalla huye, y tras él huyen a la desbandada todas las hordas, los valacos, los urumbalos, la caballería zaporoga, los turcos silistrios y los servios turquizados, como las nubes empujadas por el viento.

El desesperado Kmielnizki alcanzó a los fugitivos y le rogó al kan que volviese a la lucha, pero el kan rugió de cólera y lo mandó hacer prisionero por los tártaros.

Ahora sólo quedaba el campamento cosaco.

Su caudillo, el coronel Diedalo de Kropivno, no sabía lo que había sido de Kmielnizki. Pero cuando se dió cuenta de la derrota y de la vergonzosa fuga de todas las hordas, detuvo el avance y se refugió en los cenagosos brazos del río Plesova.

Mientras tanto, se desencadenó una tormenta: torrentes de agua caían del cielo. «Dios lavaba la tierra después del justo combate.»

La lluvia duró varios días y el ejército real pudo descansar de las batallas sostenidas los días anteriores. Entre tanto el campamento cosaco fué rodeado de vallados y se transformó en una gigantesca fortaleza movible.

Cuando volvió el buen tiempo comenzó el sitio más extraordinario que se ha visto jamás.

Cien mil soldados reales sitiaban a los doscientos mil hombres del ejército de Diedalo.

El rey carecía de cañones, víveres y municiones. Diedalo tenía una provisión inagotable de pólvora y toda clase de víveres, y además setenta cañones pesados y ligeros.

Pero a la cabeza de las tropas reales estaba el rey; a los cosacos les faltaba Kmielnizki.

El ejército real estaba animado por la recién alcanzada victoria, y los cosacos desconfían de su suerte.

Transcurrieron algunos días: la esperanza en la vuelta de Kmielnizki y del kan se disipó.

Entonces empezaron las negociaciones. Llegaron los caudillos cosacos, inclinaron humildemente la cabeza, pidieron misericordia, recorrieron las tiendas de los senadores, besando los bordes de sus vestiduras, y prometieron apoderarse de Kmielnizki, aunque se encontrara debajo de tierra, y entregárselo al rey.

El corazón de Juan Casimiro no era cruel; el monarca accedió a perdonar a los soldados y a la plebe, pero con la condición de que se le entregasen todos los oficiales, a los que retendría hasta que se encontrase a Kmielnizki.

Pero un convenio así no les gustó a los oficiales, que, penetrados de la magnitud de su delito, no esperaban perdón.

Por lo tanto continuaron las luchas, hasta durante las negociaciones; se hicieron salidas desesperadas, y la sangre polaca y cosaca corrió abundantemente.

Los cosacos luchaban durante el día con el encarnizamiento de la desesperación, y por la noche clamaban misericordia ante el campamento real.

Diedalo era propenso a las negociaciones; le hubiera sacrificado su cabeza al rey con tal de salvar al pueblo y a los soldados.

En el campamento cosaco estallaron las disidencias: unos querían capitular, otros defenderse hasta morir. Pero todos estaban deseando huir del campamento, lo que hasta a los más atrevidos les parecía una empresa imposible.

El campamento estaba rodeado por los brazos del río en forma de horquilla y por grandes cenagales. Uno podría defenderse allí años enteros, pero para abandonarle no había otro camino que atravesar el ejército real.

En este camino no pensaba nadie en el campamento.

La marcha de las negociaciones, interrumpidas por el fragor de las batallas, era difícil y pesada. La discordia crecía entre los cosacos. En una de las reyertas fué depuesto Diedalo y nombrado en su lugar un nuevo caudillo.

Su nombre reanimó a los desesperados cosacos. Su eco resonó ruidosamente en el campamento real y despertó en el corazón de varios caballeros medio extinguidos recuerdos de pasados dolores y desdichas.

El nuevo caudillo se llamaba Bogun.

Ya en otros tiempos había alcanzado un alto rango entre los cosacos, tanto en los consejos como en las batallas. La voz popular le había designado siempre a él como al sucesor de Kmielnizki.

Bogun fué el primer caudillo cosaco que, con los tártaros, a la cabeza de cincuenta mil hombres, ocupó los campos de Berestechko. Había tomado parte en la batalla de la caballería que duró los tres días, y con el kan y sus hordas derrotados por Jeremías, pero, no obstante, había sabido salvar la mayor parte de sus tropas y reunirlas en el campamento.

Ahora el partido contrario a la reconciliación le designaba como sucesor de Diedalo, en la confianza de que él solo lograría salvar a todo el campamento y al ejército.

Y efectivamente, el joven caudillo no quería oir nada de negociaciones; sólo quería lucha y derramamiento de sangre, aunque debiera ahogarse él en ella.

Pero pronto se tuvo que convencer de que con aquellas masas no había ni qué pensar en abandonar el campamento a mano armada, a través del ejército real, y recurrió a otro medio.

La historia ha conservado el recuerdo de aquel esfuerzo sin precedentes, que los contemporáneos consideraron digno de un gigante y que hubiera podido salvar al ejército y al populacho.

Bogun había decidido cruzar los pantanos insondables de Plesova, valiéndose de un puente por el cual pudieran pasar todos los sitiados.

Bosques enteros cayeron bajo los hachazos de los cosacos, y se hundieron en los cenagales; allí se arrojaron carros,

tiendas, pieles, vestidos, y el puente crecía de día en día. Diríase que nada le era imposible al caudillo.

El rey retrasaba el asalto para evitar derramamiento de sangre; pero, cuando vió la gigantesca obra que se estaba realizando, comprendió que no debía esperar más tiempo, y dió la orden de que por la noche todo el mundo estuviera dispuesto a la batalla decisiva.

En el campamento cosaco nadie se enteró de tal orden. Durante la noche el puente se había alargado mucho más, y por la mañana Bogun mismo fué a revisar los trabajos, acompañado de otros oficiales.

Era un lunes, el 7 de julio de 1651. La mañana era turbia, y el sol tenía un color rojizo, como si estuviera enfermo, y un reflejo sanguinolento iluminaba los bosques y las aguas.

En el campamento polaco se llevaban los caballos a la pradera y se oía el rumor de las voces de los que se despertaban. Ardían hogueras, se preparaba el desayuno. Todos veían la partida de Bogun, su acompañamiento y la caballería que le seguía, con cuya ayuda pretendía el caudillo rechazar al vaivoda de Braslav, que ocupaba la parte trasera del campamento y se esforzaba en destruir a cañonazos los trabajos de los cosacos.

La multitud contemplaba tranquilamente la partida, hasta la miraba con confianza. Miles de ojos seguían al joven guerrero y miles de labios murmuraban:

—¡Dios te bendiga, halcón!

El caudillo, su acompañamiento y la caballería, después de haberse alejado a paso lento del campamento, alcanzaron el borde del bosque; aún se los vislumbró durante algún tiempo, bañados en los rayos del sol de la mañana, y por fin desaparecieron detrás de los arbustos.

De pronto se oyó una voz terrible, desgarradora, a la puerta del campamento:

—¡Gentes, huid!

—¡Los oficiales huyen!—gritaron de repente varias voces.

—¡Los oficiales huyen!—repitieron miles de voces.

Un murmullo recorrió la multitud, como el huracán atravesando un bosque, y de repente un alarido horrible y sobrehumano salió de las gargantas de aquellos doscientos mil hombres.

—¡Huyamos, huyamos! ¡Los lajes! ¡Los oficiales han huído!

La masa de hombres pareció, de repente, ondular, como un torrente arrasador. Las hogueras fueron pisoteadas, los carros y tiendas volcados, las empalizadas destrozadas; se apretujaban, se aplastaban. Un terrible pánico los trastornaba a todos. Montañas de cadáveres obstruyeron pronto el camino; entre el griterío, el estrépito, los alaridos, los gemidos, se pasaba por encima de ellos. La multitud se precipitaba desde el campamento al puente, los cosacos se empujaban unos a otros, caían al fango, se agarraban desesperadamente a las maderas, clamando a la misericordia divina, y desaparecían en el frío y movedizo cenagal. En el puente se inició una batalla para abrirse paso. Las aguas del Plesova se llenaron de cuerpos. La Nemesis de la Historia se resarcía ahora terriblemente de Pilavce y Berestechko.

La horrible gritería llegó hasta los oídos del joven caudillo, que comprendió al punto lo que significaba. Pero inútilmente volvió hacia el campamento, inútilmente salió al encuentro de la muchedumbre, pidiéndola, con las manos elevadas al cielo, que hiciera frente a la avalancha. Su voz se perdió en el mugido de miles de voces, la terrible corriente de fugitivos le arrastró, con su caballo, su acompañamiento y toda la caballería, llevándole hacia la perdición.

El ejército real se asombró de aquel movimiento que al principio tomó por un ataque desesperado. No daba crédito a los propios ojos.

Un instante después, cuando el asombro hubo pasado, todas las banderas, sin esperar orden de ataque, avanzaron sobre las masas enemigas. Ante ellas, como un huracán, los dragones, a cuya cabeza iba el menudo caballero, hendían el aire con sus aceros.

Y siguió un día de furia, un verdadero día del juicio. El que no pereció aplastado o ahogado, cayó bajo el sable. Los brazos del río se llenaron de sangre de tal manera, que no se podía distinguir si por ellos corría sangre o agua. La alocada muchedumbre se empujaba hacia el agua, en creciente confusión, y se ahogaba. La muerte se alojaba en aquellos terribles bosques, tanto más horribles, cuanto que

las masas cosacas empezaban a defenderse furiosamente. Se libraban luchas en los cenegales, en los rastrojos y en las selvas. El vaivoda de Braslav cortó la retirada a los fugitivos. En vano ordenó el rey a los soldados que parasen; la piedad se había extinguido, la carnicería duró hasta la noche, una carnicería como no la recordaban los más antiguos guerreros, y a cuyo recuerdo, muchos años después, se ponían los pelos de punta.

Cuando las tinieblas cubrieron la tierra, los mismos vencedores estaban aterrados de su sangrienta obra. No se cantó ningún *Tedéum,* y no lágrimas de alegría, sino lágrimas de dolor, corrían abundantemente por los nobles ojos del rey.

Así terminó el primer acto del sangriento drama cuyo promovedor fué Kmielnizki.

Pero Bogun no había perdido la vida, como los otros, en aquella terrible jornada. Unos decían que en vista de la derrota había confiado su salvación a la fuga, otros que un conocido caballero le había protegido; pero la verdad nadie consiguió descubrirla.

Lo cierto es que en las guerras sucesivas su nombre volvió a sonar entre los de los más ilustres caudillos cosacos. Una flecha disparada por alguna mano vengadora le hirió algunos años más tarde, pero tampoco entonces le había llegado aún el fin del curso de su existencia. Después de la muerte del príncipe Visnoviezki, ocurrida a causa de las penalidades de la guerra, una gran parte del dominio de Lubnie, que había sido arrebatado a la república, cayó en poder de Bogun, que, según se contaba, acabó por desacatar la autoridad de Kmielnizki. Este, derrotado, maldecido por su propio pueblo, buscó la protección de sus antiguos camaradas, pero el orgulloso Bogun rechazó todo amparo, dispuesto a defender siempre su libertades cosacas con el sable en la mano.

Se decía también que jamás iluminó una sonrisa la faz de este hombre extraordinario. No habitaba en Lubnie, sino en una aldehuela que hizo edificar sobre unas ruínas y que se llamaba Razlogi. Allí debió de morir.

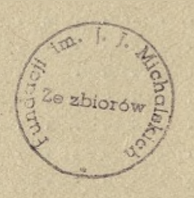
Las guerras civiles le sobrevivieron y continuaron todavía por largo tiempo. Más tarde vino una epidemia, y poco

después los suecos y los tártaros eran huéspedes casi permanentes en Ucrania y se llevaban masas de pueblo a la esclavitud. La república decaía, Ucrania decaía también. Los lobos aullaban sobre las ruínas de las ciudades que fueron, y los que un día eran campos florecientes eran inmensos cementerios. El odio llenaba los corazones y envenenaba la sangre fraterna.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO

ÍNDICE

	Páginas
Capitulo primero	5
Cap. II.	19
Cap. III.	37
Cap. IV.	64
Cap. V.	106
Cap. VI.	123
Cap. VII.	132
Cap. VIII.	162
Cap. IX.	187
Cap. X.	200
Epílogo.	217



CATÁLOGO DE LAS OBRAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORA DE MONTANER Y SIMÓN

I. – HISTORIA UNIVERSAL

de G. Oncken. Nueva edición con un discurso preliminar de Rafael Altamira. Cuarenta y seis volúmenes elegantemente encuadernados y profusamente ilustrados. – Al contado, 500 pesetas. A plazos, 550. Primer plazo, ptas. 44, y los restantes 23 a 22 pesetas mensuales.

Fuera de la serie

NUESTRO SIGLO, por von Leixner, trad. de Menéndez Pelayo. Un volumen, 15 pesetas.

HISTORIA DE LA GUERRA DE 1914, por el general D. Carlos Banús. Un volumen, 12 pesetas.

II. – HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

de Lafuente, continuada por Juan Valera. Más de 6,000 grabados. *A. Edición de lujo.* – Seis magníficos tomos en folio. Al contado, 400 pesetas. A plazos, 450. Primer plazo, pesetas 42, y los restantes 24 a pesetas 17 mensuales. – *B. Edición económica.* – Veinticinco lujosos tomos. Al contado, 200 ptas. A plazos, 225. Primer plazo, ptas. 22,50, y los 15 restantes a ptas. 13,50 mensuales.

Fuera de la serie

HISTORIA DE FELIPE II, de H. Fornerón. Un tomo con ilustraciones, encuadernado en piel, 20 pesetas.

HISTORIA CRÍTICA DE LA REGENCIA DE DOÑA MARÍA CRISTINA, por Gabriel Maura Gamazo. Tomo I, 6 pesetas.

III. – HISTORIA NATURAL

ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinard. – **ZOOLOGÍA**, por el doctor Claus. – **BOTÁNICA**, por D. Odón de Buen. – **MINERALOGÍA**, por

el Dr. G. Tschermak. - GEOLOGÍA, por A. Geikie. Lujosa edición, ilustrada con miles de grabados; 13 tomos ricamente encuadernados. La obra completa, al contado, 125 pesetas. A plazos, 140 pesetas. Primer plazo, 16,50 pesetas; los 13 restantes a 9,50 mensuales.

IV. - DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

por N. Fernández Cuesta, reconocido por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario español más completo. Cuatro tomos encuadernados. Ál contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales, a 7,50 pesetas cada uno.

V. - DICCIONARIO DE DICCIONARIOS

castellano, latín, portugués, francés, italiano, catalán, inglés, alemán, por el Dr. Arturo Masriera, con la colaboración de L. C. Viada y Lluch y E. Massaguer. Cuatro volúmenes de 800 páginas cada uno. Al contado, 100 pesetas. A plazos, 120. Primer plazo, pesetas 15,50; los 11 restantes a 9,50 pesetas mensuales.

VI. - COSTUMBRES DEL UNIVERSO

Espléndida edición con riquísimos grabados. Dos grandes tomos bellamente encuadernados. Al contado, 110 pesetas. A plazos, 125. Primer plazo, pesetas 17; los doce restantes a pesetas 9 mensuales.

VII. - HISTORIA DE LAS CRUZADAS

de Michaud, ilustrada con cien grandes composiciones de Gustavo Doré. Dos tomos casi folio ricamente encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales a pesetas 7,50.

VIII. - FABULAS DE LAFONTAINE

Traducción de Teodoro Llorente; láminas y dibujos de Gustavo Doré. Un tomo casi folio ricamente encuadernado. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 50. Primer plazo, pesetas 12,50, y los 5 restantes a 7,50 pesetas mensuales.

IX. - HISTORIA GENERAL DEL TRAJE

ilustrada por Hottenroth con 240 bellísimas cromolitografías. Dos grandes volúmenes ricamente encuadernados. Al contado, 90 pesetas. A plazos, 100. Primer plazo, pesetas 12, y los 11 restantes a pesetas 8 mensuales.

X. – OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Comprende las siguientes creaciones:

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, reproducción en facsímil de la edición impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. – Dos tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 34,50.

LA DIVINA COMEDIA, ilustrada con 110 composiciones de Flaxman. Un tomo de 600 páginas, en couché, ricamente encuadernado. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

LAS MIL Y UNA NOCHES. Edición de gran lujo con láminas en colores y en negro. Dos tomos ricamente encuadernados. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 52,50.

FÁBULAS DE ESOPO. Lujosa edición, profusamente ilustrada. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

Precio de la colección completa: al contado, 115 pesetas. A plazos, 133. Primer plazo, ptas. 25; los doce restantes a 9 ptas. mensuales.

Por separado

La Divina Comedia. Primer plazo, pesetas 9, y los dos restantes a 7 pesetas mensuales. – Las Mil y una Noches. Primer plazo, 12,50 pesetas, y los cinco restantes a 8 pesetas mensuales.

XI. – OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS

Edición de lujo ilustrada con dibujos de Pellicer y Apeles Mestres. Dos tomos encuadernados con planchas alegóricas. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 35. Primer plazo, pesetas 12,50, y los tres restantes a 7,50 pesetas mensuales.

XII. – BIBLIOTECA DE GEOGRAFIA PINTORESCA

Constituída por los siguientes volúmenes bellamente encuadernados:

EL HOMBRE Y EL ANIMAL, de A. Mangin, profusamente ilustrada. Al contado, 13 pesetas. A plazos, 15.

LAS RAZAS HUMANAS, de F. Ratzel. Dos abultados tomos. Al contado, 35 pesetas. A plazos, 40.

AMÉRICA PINTORESCA. Viajes de los más famosos exploradores modernos. Magníficas ilustraciones. Al contado, 25 ptas. A plazos, 28.

ÁFRICA PINTORESCA. Región de los GRANDES LAGOS, por V. Giraud, y EL CONGO, por M. Westermarck. Al contado, 15 pesetas. A plazos, 17.

Precio de la colección completa: al contado, 85 ptas. A plazos, 100. Primer plazo, ptas. 15, y los diez restantes a ptas. 8,50 mensuales.

XIII. – EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

Famosa novela de E. Pérez Escrich, en 4 tomos encuadernados. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 46. Primer plazo, pesetas 11, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

XIV. – BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Serie primera

Contiene las obras que constituyen las Bibliotecas histórica, de las grandes creaciones literarias, de biografías íntimas, novelas contemporáneas hispánicas y extranjeras, obras poéticas, viajes, obras cervánticas, morales y de ciencia recreativa. Véase secciones XVI a XXIII. Ochenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 720 pesetas. A plazos, 850. Al contado, cada volumen, pesetas 10. Toda la serie a plazos: primer plazo, 44 pesetas, y los veintiséis restantes a 31 pesetas mensuales.

XV. – BIBLIOTECA DE SALON

Constituída por 40 volúmenes escogidos, a gusto del cliente, de las bibliotecas de biografías íntimas, novelas contemporáneas, obras poéticas, de viajes y cervánticas, que se indican en los lotes XVI a XXIII. Cuarenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 360 pesetas. A plazos, 430. Al contado, cada volumen, 10 pesetas. A plazos: primer plazo, pesetas 34, y los veintidós restantes a pesetas 18 mensuales.

XVI. – BIBLIOTECA HISTÓRICA

Constituída por las siguientes obras ricamente ilustradas:

HISTORIA DE LOS GRIEGOS, de V. Duruy. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA DE LAS CREENCIAS, de F. Nicolay. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS, de F. de Pabanó. Al contado, 10 pesetas. A plazos, 12.

LA CIVILIZACIÓN DE LA INDIA, de G. Le Bon. Dos tomos Al contado, 20 pesetas. A plazos, 24.

HISTORIA DE AMÉRICA, por José Coroleu Cuatro tomos. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 48.

La Biblioteca completa. Al contado, 130 pesetas. A plazos, 156. Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVII. – LAS GRANDES CREACIONES LITERARIAS

Colección constituída por las siguientes obras ilustradas:

LA VIDA NUEVA, de Dante, traducción de L. C. Viada y Lluch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS LUSIADAS, de Camoens, traducción de Luís de Tapia. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FAUSTO, de Goethe, traducción de T. Llorente. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ROBINSON CRUSOE, de Daniel de Foe. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS POÉTICAS DE HEINE, versión de J. P. Rivas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

GIL BLAS DE SANTILLANA, de Lesage, traducción del P. Isla, 2 tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

PABLO Y VIRGINIA, de B. de Saint-Pierre. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CALENDAL, de Federico Mistral. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CARMEN, de Próspero Merimée. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SCHILLER. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

JOCELYN, de A. de Lamartine. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 130 pesetas; a plazos, 156. – Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVIII. – BIBLIOTECA DE BIOGRAFÍAS ÍNTIMAS

Constituída por los siguientes volúmenes:

OLIVERIO CRÓMVELL; su vida y su carácter. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ABRAHAM LINCOLN, íntimo. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

TOMÁS A. EDISSON. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NAPOLEÓN II (L'Aiglon). – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ISABEL II, íntima. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – Seis plazos mensuales de 10 pesetas cada uno.

XIX. – LA NOVELA CONTEMPORANEA ILUSTRADA

Constituída por las siguientes novelas escogidas:

A. – Autores hispánicos

DEUDA DEL CORAZÓN, de José de Selgas, dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

SI YO FUERA RICO, por Luís Mariano de Larra. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL CALVARIO, por Francisco Acebal. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

DON PERFECTO, novela argentina de C. M. Ocantos. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, de Martz. Zubiría (Hugo Wast). – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOLEDAD, de Víctor Catalá. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOR CLEMENCIA, de E. Pérez Escrich. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS, de Carlos Frontaura. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL ÍDOLO, de E. García Ladevese. – Al contado, 10 pesetas, a plazos, 12.

PARA ELLAS, de Adela S. Cantos de Escobar. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. – Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

B. – Obras poéticas

ECOS DE LAS MONTAÑAS, de J. Zorrilla, ilustraciones de Doré – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS ESCOGIDAS, de Ventura de la Vega, dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

CANTARES LITERARIOS Y POPULARES, por Melchor de Palau. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. – Primer plazo, pesetas 13, y los cinco restantes a pesetas 7 mensuales.

C. – Autores extranjeros

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, de Maeterlinch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA ABUELA, de Eugenia Marlitt. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SEGUNDA ESPOSA, de Eugenia Marlitt. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL VUELO DE UN ÁGUILA, de Ethel M. Dell. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

EL HOMBRE FANTASMA, de G. de Teramon. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NOVELAS CORTAS, de E. de Amicis. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VALENTINA, de E. C. Price. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LUZ Y SOMBRAS, de Bulwer Lytton. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

COLOMBA, de P. Merimée. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FRANCISCO EL EXPÓSITO, de J. Sand. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Y EL AMOR DISPONE, de Matilde Alanic. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. – Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

XX. – BIBLIOTECA DE VIAJES

Constituída por los siguientes volúmenes, profusamente ilustrados:

EN EL CORAZÓN DE ASIA. A través del Tíbet, por Sven Hedin. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS, por E. Aubin. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CHINA. Dos años en la ciudad prohibida, por la princesa Der Ling. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SOCIEDAD JAPONESA, por A. Bellessort. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA VIDA EN LA AMÉRICA DEL NORTE, por P. de Roussiers. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – El primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXI. – OBRAS CERVANTICAS

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES, por M. S. Oliver. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS MUJERES DE CERVANTES, por J. Sánchez Rojas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, por J. Montalvo. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los tres volúmenes: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. – Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a 7 pesetas mensuales.

XXII. – OBRAS MORALES

LIBRO DE ORO DE LA VIDA, por L. C. Viada y Lluch. – Al contado. 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PECADOS CAPITALES, por L. C. Viada y Lluch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VIDA DE LA VIRGEN, por la Ven. Sor María de Agreda. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA MUJER Y EL TRABAJO, por Oliva Schreiner. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MODO DE SER FELIZ EN EL MATRIMONIO, trad. de J. P. Rivas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los cinco volúmenes: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – Primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXIII. – CIENCIA RECREATIVA

Obras profusamente ilustradas

ASTRONOMÍA POPULAR. Descripción general del cielo. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

LA ATMÓSFERA. Grandes fenómenos de la naturaleza, por Flammarión. Dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

Los cuatro volúmenes: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. – Primer plazo, 13 pesetas, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

IMPORTANTE. – Pueden formarse, a gusto del cliente, lotes especiales de 6 a 10 volúmenes, a escoger entre los de las secciones XVI a XXIII. Al contado, a razón de 10 pesetas volumen A plazos, a razón de 12 pesetas volumen.

De 6 a 20 volúmenes pagaderos a plazos mensuales de 12 pesetas De 21 a 40 volúmenes, pagaderos a plazos mensuales de 18 pesetas.

Pueden también adquirirse sueltas las obras expresadas en este Catálogo, por los precios al contado y a plazos que se indican. En este caso, la distribución de los plazos se establecerá de común acuerdo entre el agente y el comprador.

OBRAS NUEVAS

DICCIONARIO DE MEDICINA PRÁCTICA

publicado en inglés bajo la dirección de los doctores SIR MALCOM MORRIS, FEDERICO LANGMEAD y GORDON M. HOLMES. – Versión española revisada y anotada por los doctores D. J. M. BELLIDO y D. SANTIAGO PI SUÑER, catedráticos de Medicina, con un prólogo del doctor D. AUGUSTO PI SUÑER, catedrático de la Facultad de Barcelona.

Dos voluminosos tomos ilustrados con gran número de láminas en negro y en tricromía, además de los grabados intercalados en el texto.

NARRACIONES MITOLÓGICAS

POR PAOLA FUMAGALLI

LUSTRACIONES DE A. MORONI. – CROMOTIPIAS DE R. CAPMANY

UN TOMO 7,50 PESETAS